

PAT BARKER

Regeneración



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores



© Ellen Warner

PAT BARKER nació en Thornaby-on-Tees, en Yorkshire, Inglaterra, el 8 de mayo de 1943. Estudió en la London School of Economics, donde se licenció en Historia Internacional, y en la Universidad de Durham. Enseñó Historia y Política hasta 1982. Barker empezó a escribir con 20 años, y la animó en su carrera la novelista Angela Carter. Sus primeras novelas tratan las vidas duras de las mujeres de la clase trabajadora en el norte de Inglaterra. En 1983 fue nombrada como una de los 20 Mejores Novelistas Jóvenes británicos por el Consejo de Comercialización

del Libro y la revista Granta. Su trilogía de novelas sobre la Primera Guerra Mundial, que comenzó con *Regeneración* en el año 1991, fue inspirada en parte por las experiencias de su abuelo, que luchó en las trincheras de Francia. *Regeneración* fue llevada al cine 1997, protagonizada por Jonathan Pryce y James Wilby. *El ojo en la puerta* (1993), la segunda novela de la trilogía, que se publicará próximamente en Galaxia Gutenberg, ganó el premio Guardian Fiction y *The Ghost Road* (1995), la última novela de la serie, ganó el premio Booker para la ficción. Pat Barker fue galardonada con un CBE en 2000. Sus últimas novelas son *Class Life* (2007) y *Toby's Room* (2012), esta última regresando a la temática de la Primera Guerra Mundial.

Julio de 1917, el poeta Siegfried Sassoon, soldado en activo en el ejército británico, escribe una carta abierta para denunciar la insensatez de proseguir la Primera Guerra Mundial y acusa a los mandos militares de enviar inútilmente a la muerte a millones de jóvenes. La carta puede minar la moral de las tropas y la retaguardia británicas y por ello su autor se arriesga a un consejo de guerra. Pero gracias a la intervención del también poeta Robert Graves, amigo de Sassoon, las autoridades militares deciden internarlo en el Hospital de Guerra de Craiglockhart, especializado en enfermedades mentales y en traumas de guerra.

Una vez allí, Sassoon entrará en el universo del doctor Rivers, un reputado psiquiatra escindido entre la comprensión hacia el sufrimiento de los que pelean en el frente y la obligación de devolverlos restablecidos a la batalla.

Transitando a través de la delgada línea que separa la locura de la sensatez, Sassoon encontrará en Craiglockhart otros pacientes afectados por los horrores de la guerra, entre ellos el también poeta Wilfred Owen. A través de los destinos de todos ellos *Regeneración* describe cómo la guerra devastó a toda una generación de europeos, sin olvidar los dilemas de la ciencia entre el servicio a la humanidad o al poder y la denuncia de la obtusa voluntad militar para quien cada soldado no es más que una cifra irrelevante.

PAT BARKER

Regeneración

Traducción de
Carlos Milla e Isabel Ferrer

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

*Para David, y en recuerdo del
Dr. John Hawkings
(1922–1987)*

Primera parte

1

Para mí se acabó la guerra

Declaración de un soldado

Hago esta declaración en un acto de desafío consciente a la autoridad militar, porque, a mi juicio, aquéllos con el poder necesario para poner fin a la guerra están alargándola intencionadamente.

Soy un soldado, convencido de que actúo en representación de otros soldados. Creo firmemente que esta guerra, que era una guerra de defensa y liberación cuando entré en ella, ha degenerado ahora en una guerra de agresión y conquista. Creo firmemente que las razones por las que mis compañeros de armas y yo entramos en esta guerra deberían haberse definido con tal claridad que fuera imposible cambiarlas y, de haberse hecho así las cosas, los objetivos que entonces nos impulsaron a la acción podrían alcanzarse ahora por medio de la negociación.

He visto y padecido el sufrimiento de la tropa, y ya no puedo seguir siendo cómplice en la prolongación de dicho sufrimiento con fines que considero malévolos e injustos.

No protesto por cómo se ha dirigido la guerra, sino por las falsedades y errores políticos debido a los cuales se sacrifica a los combatientes.

En representación de aquéllos que ahora sufren, expreso esta protesta contra el engaño del que son víctimas; pero también creo firmemente que puedo contribuir a la erradicación de la insensible autocomplacencia con que en nuestro país la mayoría se plantea la prolongación de padecimientos que no comparte ni puede concebir por falta de imaginación.

S. SASSOON
Julio de 1917

Bryce esperó a que Rivers acabara de leer antes de volver a hablar.

–La «S» es de «Siegfried». Por lo visto, consideró que era mejor no incluirlo.

–Y con razón, eso desde luego. –Rivers plegó la hoja y deslizó las yemas de los dedos por el borde–. ¿Van a enviarlo aquí, pues?

Bryce sonrió.

–Bueno, creo que se trata de algo más concreto que eso: van a mandártelo a ti.

Rivers se puso en pie y se acercó a la ventana. Hacía buen día, y muchos pacientes veían un partido de tenis en los jardines del hospital. Oyó el golpeteo de las raquetas, y un grito de frustración cuando una pelota fue a parar a la red.

–¿Supongo que está... «traumatizado por el combate»?

–Según la Comisión, sí.

–Se me ocurre que en vista de esto –dijo Rivers, sosteniendo en alto la declaración–, no vendría mal un diagnóstico de neurastenia.

–El coronel Langdon presidió la Comisión. Ciertamente da la impresión de que eso es lo que él piensa.

–Langdon no cree en los traumas de combate.

Bryce se encogió de hombros.

–Tal vez Sassoon no hizo más que farfullar incoherencias en medio de la sala.

–«Ése es un gallina, muchacho.» Yo sé bien de qué pie cojea Langdon. –Rivers volvió a su silla y se sentó–. A mí esto no me suena incoherente, ¿no te parece?

–¿Acaso su estado mental tiene alguna importancia? –preguntó Bryce con cautela–. ¿No crees que para él será mejor estar aquí que en la cárcel?

–Mejor para él, quizá. Pero ¿y para el hospital? ¿Te imaginas lo que dirá nuestro querido director de Servicios Médicos cuando se entere de que estamos dando refugio no sólo a cobardes, escaqueadores, zánganos y degenerados, sino también a objetores de conciencia? Confiemos en que no haya publicidad.

–La habrá, mucho me temo. La declaración se leerá en la Cámara de los

Comunes la semana que viene.

–¿Quién la leerá?

–Lees-Smith.

Rivers le quitó importancia con un gesto.

–Sí, ya, lo sé. Aun así, eso implica prensa.

–Y el ministro aducirá que no se han aplicado medidas disciplinarias porque el señor Sassoon padece un grave trastorno mental, y por consiguiente no es responsable de sus actos. No sé si yo preferiría eso a la cárcel.

–Dudo que haya tenido elección. ¿Lo aceptarás? –preguntó Bryce.

–¿Quieres decir que yo sí tengo elección?

–En vista del número de pacientes que tratas, sí.

Rivers se quitó las gafas y se frotó los ojos.

–Al menos se habrán acordado de enviar el expediente, espero.

Sassoon se asomó por la ventana del vagón, aún medio esperando ver a Graves acercarse por el andén con sonoros pasos, más despeinado que de costumbre. Pero ya habían empezado a cerrarse las puertas del tren, y el andén permanecía vacío.

Sonó el silbato. Al instante vio filas de hombres de rostro grisáceo que, hablando entre dientes, trepaban por escaleras de mano para enfrentarse a las armas. Apartó la imagen de su mente con un parpadeo.

El tren se puso en marcha. Ya era tarde para Robert. El prisionero llega sin escolta, pensó Sassoon a la vez que abría la puerta corrediza interior del vagón.

Anticipándose una hora a la salida del tren, había conseguido un asiento de ventanilla. Avanzó entre la maraña de pies. Un anciano párroco, dos hombres de mediana edad, ambos con aspecto de haber sacado partido a la guerra, una muchacha y una mujer mayor, que obviamente viajaban juntas. El tren dio una sacudida en un cambio de agujas. Todos se mecieron y tambalearon. Sassoon tropezó y casi cayó en el regazo del párroco. Musitó una disculpa y se sentó. Miradas de admiración, y no sólo de las mujeres. Sassoon se volvió hacia la ventanilla y encorvó los hombros para aislarse de

todos ellos.

Al cabo de un rato dejó de fingir que contemplaba las chimeneas humeantes de las barriadas de Liverpool y cerró los ojos. Necesitaba dormir, pero el rostro de Robert flotaba ante él, blanco y crispado como el domingo anterior, hacía casi una semana, en el salón del hotel Exchange.

Por un momento, al alzar la vista y ver la figura vestida de caqui de pie en el umbral, pensó que volvía a tener alucinaciones.

–Robert, ¿qué demonios haces aquí? –Se levantó de un salto y, corriendo, atravesó el salón–. Has venido, gracias a Dios.

–He conseguido el alta para la reincorporación.

–Robert, no.

–¿Qué otra cosa podía hacer? Después de recibir esto. –Graves hundió la mano en el bolsillo de la guerrera y sacó una hoja de papel arrugada–. No habría estado de más adjuntar una carta.

–Escribí una carta.

–No, Sass. Sólo me mandaste esto. ¿No podías al menos habérmelo comentado antes?

–Estaba convencido de que la había escrito.

Se sentaron en lados opuestos de una mesa baja. La fría luz septentrional entraba a raudales por las altas ventanas, despojando el rostro de Graves del escaso color que tenía.

–Sass, debes dejarlo estar.

–¿Dejarlo estar? No pensarás que he llegado hasta aquí para rendirme ahora, ¿eh?

–Oye, ya has expresado tu protesta. Por si te sirve de algo, coincido contigo punto por punto. Pero ya has dicho lo que querías decir. Es absurdo que te conviertas en mártir.

–La única manera de conseguir publicidad es pasar por un consejo de guerra.

–Eso no lo harán.

–Sí lo harán. Es sólo cuestión de perseverancia.

–No estás en condiciones de someterte a un consejo de guerra. –Graves cerró el puño–. Si tuviera a Russell ahora aquí delante, le pegaría un tiro.

–La idea fue mía.

–Venga, vete a otro con ese cuento. Y aunque así fuera, ¿crees que alguien va a entenderlo? Todos dirán que es cobardía.

–Oye, Robert, tú piensas exactamente lo mismo que yo sobre la guerra, y no haces... nada. De acuerdo, eso es cosa tuya. Pero no me vengas con lecciones sobre la cobardía. Esto es lo más difícil que he hecho en la vida.

Ahora, en el tren con destino a Craiglockhart, seguía pareciéndole lo más difícil. Cambió de posición en el asiento y suspiró, contemplando los trigales inclinados por el viento. Recordó el sonido argénteo del trigo al agitarse, la luz trémula en los tallos. Habría dado cualquier cosa por estar allí, lejos del ambiente cargado del vagón, del picor y la opresión del uniforme.

Ese domingo habían ido en tren a Formby y pasado la tarde vagando sin rumbo por la playa. Un apagado sol invernal alargaba sus sombras por detrás de ellos, de modo que cada uno de sus gestos se reproducía y agrandaba a sus espaldas.

–No permitirán que te conviertas en mártir, Sass. Deberías haber aceptado a la Comisión.

La discusión se había vuelto repetitiva. Quizá por cuarta vez, Sassoon dijo:

–Si aguanto lo suficiente, no tendrán otra opción.

–Tienen muchas opciones. –Graves pareció tomar una decisión–. De hecho, he estado moviendo unos cuantos hilos en tu nombre.

Sassoon sonrió para ocultar su enfado.

–Bien. Si has empleado tu tacto habitual, me caerán al menos dos años.

–No te formarán consejo de guerra.

Sassoon, a su pesar, empezó a inquietarse.

–¿Ah, no? ¿Y qué harán entonces?

–Te encerrarán en un manicomio hasta que acabe la guerra.

–Y eso es lo que has conseguido moviendo hilos, ¿eh? Pues gracias.

–No, lo que he conseguido moviendo hilos es que se constituya otra Comisión. Esta vez deberás aceptarla.

–No se puede encerrar a la gente en un manicomio así como así. Hay que tener razones.

–Y ya las tienen.

–Sí, la declaración. Eso no es prueba de que esté loco.

–¿Y las alucinaciones? ¿Los cadáveres en Piccadilly?

Un largo silencio.

–Pensaba que las cartas que te escribí eran privadas.

–Tuve que convencerlos para que te asignaran otra Comisión.

–¿No me formarán un consejo de guerra?

–No. Bajo ninguna circunstancia. Y si sigues rechazando a la Comisión, te encerrarán, eso dalo por seguro.

–Oye, Robert, una cosa así no me lo creería de nadie más que de ti. ¿Me juras que es verdad?

–Sí.

–¿Sobre la Biblia?

Graves sostuvo en alto una Biblia imaginaria y levantó la mano derecha.

–Lo juro.

Sus sombras se proyectaban detrás de ellos, negras sobre la arena blanca. Sassoon aún dudó por un momento. Luego, con voz extrañamente ahogada, dijo:

–De acuerdo, pues: accedo.

En el taxi, de camino a Craiglockhart, Sassoon empezó a experimentar cierto temor. Miró por la ventana las concurridas aceras de Princes Street, pensando que las veía por primera y última vez. No imaginaba lo que le esperaba en Craiglockhart, pero dudaba mucho que dejaran salir a la calle a los pacientes.

Alzó la vista y advirtió que el taxista lo miraba por el retrovisor. En el pueblo todos debían de conocer el nombre del hospital, y cuál era su función.

Sassoon se llevó la mano al pecho y empezó a tirarse de un hilo suelto allí donde antes lucía la cinta de la Cruz Militar.

«Por el valor demostrado durante una incursión en las trincheras enemigas. Permaneció durante una hora y media bajo el fuego de los fusiles y la artillería recogiendo y transportando a nuestros heridos. Gracias a su valentía y determinación, fueron recuperados todos los muertos y heridos.»

Al leer la mención honorífica, Rivers se asombró más aún de que Sassoon hubiera tirado la medalla. Ni siquiera el pacifista más extremo podía avergonzarse de una medalla concedida por salvar vidas. Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Llevaba más de una hora examinando el expediente, y aunque ahora conocía todas las circunstancias del caso, no había avanzado en lo más mínimo en su comprensión del estado mental de Sassoon. Si acaso, el testimonio de Graves ante la Comisión –con su hincapié en las alucinaciones– parecía indicar una psicosis en toda regla más que una neurastenia. Sin embargo no había ninguna otra prueba que lo avalara. Por desencaminada que estuviera la declaración, no era ilusoria, ilógica o incoherente. Sólo le extrañaba el hecho de que hubiera tirado la medalla. Sin duda eso había sido el acto de un hombre al límite de su resistencia.

Bueno, todos hemos pasado por eso, pensó. El problema era que le resultaba difícil examinar las pruebas con imparcialidad. Deseaba encontrar una enfermedad en Sassoon. Al tomar conciencia de eso, se interrumpió. Se levantó y empezó a pasearse por el despacho, de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta. En la vida sólo había visto otro caso similar: un hombre que se negó a seguir combatiendo por motivos religiosos. Las atrocidades se producían en ambos bandos, afirmaba. Entre británicos y alemanes, no sabía con qué quedarse.

El caso había llevado a acaloradas discusiones en la sala común de los médicos castrenses: sobre la libertad de la conciencia individual en tiempos de guerra y el papel del psiquiatra militar en el «tratamiento» administrado a un hombre que se negaba a combatir. Rivers, escuchando esas argumentaciones, no dudaba de la profundidad y seriedad de las distintas

posturas. La controversia se atenuó al demostrarse que el paciente era un psicótico. Ése fue el quid de la cuestión. Un hombre como Sassoon siempre sería un problema, pero sería un problema mucho menor si estaba enfermo.

Rivers vio interrumpidos estos pensamientos por el crujido de unos neumáticos en la grava. Se acercó a la ventana a tiempo para ver detenerse un taxi y apearse a un hombre, que por su uniforme sólo podía ser Sassoon. Después de pagar al taxista, Sassoon se quedó allí inmóvil por un momento, contemplando el edificio. Al llegar a Craiglockhart por primera vez nadie se libraba de la intimidación que inspiraba aquella mole lúgubre y tenebrosa. Sassoon permaneció en el camino de entrada un minuto entero después de marcharse el taxi; por fin respiró hondo, cuadró los hombros y corrió escalinata arriba.

Rivers se apartó de la ventana, casi avergonzado de haber sido testigo de aquella pequeña victoria personal sobre el miedo.

La luz de la ventana situada detrás del escritorio de Rivers iluminaba directamente la cara de Sassoon. Tez pálida, ojeras moradas. Aparte de eso, ninguna otra señal evidente de trastorno nervioso. Ni tics, ni sacudidas, ni parpadeos, ni repetidos quiebros para esquivar un obús que había estallado hacía ya mucho tiempo. Mientras realizaban movimientos complicados con la taza, el platillo, la bandeja, los sándwiches, el pastel, las pinzas para los terrones de azúcar y la cucharilla, sus manos se mantenían perfectamente firmes. Rivers se llevó la taza a los labios y sonrió. Una de las cosas que más le gustaba de servir el té de la tarde a los pacientes recién llegados era que, después de eso, muchas pruebas neurológicas eran ya innecesarias.

De momento Sassoon aún no había mirado a Rivers. Estaba sentado con la cabeza un tanto ladeada, postura que podía interpretarse fácilmente como arrogancia, aunque posiblemente, sospechaba Rivers, era más bien por timidez. Hablaba con voz un tanto inarticulada, y las palabras a veces fluían de manera vacilante y otras atropelladamente. Un tartamudeo disimulado, quizá, pero un tartamudeo de toda la vida, pensó Rivers, no el tartamudeo reciente y embarazoso propio del neurasténico.

—Antes de que se me olvide: el capitán Graves ha llamado para decir que llegará en algún momento después de la cena. Le transmite sus disculpas por haber perdido el tren.

—¿Aún tiene intención de venir?

—Sí.

Sassoon mostró alivio.

—¿Sabe qué le digo? Creo que Graves no ha llegado a tiempo de coger un

tren en su vida, a menos que alguien lo haya metido dentro.

–Estábamos muy preocupados por usted.

–¿Por si el chiflado desaparecía?

–Yo no lo expresaría así.

–He venido sin ningún problema. Ni siquiera me ha sorprendido no ver a Graves allí; he pensado que debía de haberse dormido. Últimamente ha estado... corriendo de un lado a otro en mi nombre. No se hace usted idea del trabajo que se requiere para manipular a una Comisión Médica.

Rivers se empujó las gafas hacia la frente y se masajó las comisuras interiores de los ojos.

–No, supongo que no me hago idea. Mire, quizá esto le parezca una ingenuidad por mi parte, pero... para mí... la acusación de que una Comisión Médica ha sido manipulada es bastante grave.

–Yo no tengo quejas. Me trataron de una manera muy justa y razonable. Quizá mejor de lo que merecía.

–¿Qué le preguntaron?

Sassoon sonrió.

–¿No lo sabe?

–He leído el informe, si se refiere a eso. Aun así, me gustaría oír su versión.

–Ah. «¿Opuse objeciones a combatir por motivos religiosos?» Contesté que no. En realidad, fue bastante gracioso. Por un momento pensé que me preguntaban si oponía objeciones a ir a una cruzada. «¿Me consideraba facultado para decidir cuándo debía acabar la guerra?» Dije que no me había planteado nada acerca de mis facultades. –Lanzó una mirada a Rivers–. Eso no es del todo verdad. Y luego... el coronel Langdon preguntó, o más bien afirmó: «Su amigo nos ha dicho que se le da muy bien lanzar obuses. ¿Ya no le desagradan los alemanes?».

Un largo silencio. Por detrás de la cabeza de Rivers el visillo ondeó formando un arco resplandeciente y una ráfaga de aire fresco les acarició la cara.

–¿Y usted qué contestó?

–No me acuerdo. –Ahora parecía impaciente–. Daba igual lo que dijese.

–Ahora no da igual.

–De acuerdo. –Una parca sonrisa–. Sí, se me da muy bien lanzar obuses. No, ahora ya no me desagradan los alemanes.

–¿Eso significa que en algún momento le desagradaron?

Sassoon pareció sorprenderse. Por primera vez oía algo contrario a sus presuposiciones.

–Brevemente. En abril y mayo del año pasado, para ser exactos.

Una pausa. Rivers esperó. Al cabo de un momento Sassoon continuó, casi de mala gana.

–Un amigo mío había resultado muerto. Durante un tiempo yo salí de patrulla todas las noches, buscando alemanes que matar. O mejor dicho eso era lo que yo quería creer. Al final no sabía bien si intentaba matarlos yo a ellos, o sencillamente les proporcionaba numerosas oportunidades para matarme ellos a mí.

–«Jack el Loco», como lo apodaron sus hombres.

Sassoon pareció desconcertado.

–Está visto que Graves ha hablado más de la cuenta, ¿eh?

–Es la clase de información que la Comisión Médica necesita saber. – Rivers titubeó–. Asumir riesgos innecesarios es uno de los primeros indicios de la neurosis de guerra.

–¿Ah, sí? –Sassoon se miró las manos–. No lo sabía.

–Las pesadillas y las alucinaciones vienen después.

–Pero ¿qué es un «riesgo innecesario»? Mis mayores disparates los cometí cumpliendo órdenes. –Alzó la vista para ver si debía continuar–. Nos dijeron que fuéramos a quitar las insignias de regimiento a un cadáver alemán. Calcularon que llevaba muerto dos días, así que si conseguíamos las insignias, sabrían a qué batallón nos enfrentábamos. Luna llena, sin una sola nube, un absoluto disparate, pero allá fuimos. Al final llegamos allí... ¿y qué encontramos? Llevaba muerto muchísimo más de dos días, y para colmo era francés.

–¿Y qué hicieron?

–Le quitamos una bota y la mandamos al cuartel del batallón, con un buen trozo de la pierna izquierda dentro.

Rivers dejó pasar otro silencio.

–¿He de deducir que no vamos a hablar de pesadillas?

–Usted manda.

–Sí, ya. Pero una de las paradojas de ser un psiquiatra militar es que uno no llega muy lejos ordenando a sus pacientes que sean sinceros.

–Seré tan sincero como usted quiera. Sí tuve pesadillas cuando volví de Francia. Ahora ya no.

–¿Y las alucinaciones?

Esto le resultó más difícil.

–Lo que me pasaba era que, al despertar, las pesadillas no siempre acababan. Así que veía... –Un profundo suspiro–. Cadáveres. Hombres con media cara arrancada de un disparo arrastrándose por el suelo.

–¿Y estaba usted despierto cuando eso ocurría?

–No lo sé. Debía de estarlo, porque veía a la hermana.

–¿Y siempre sucedía por la noche?

–No. Una vez ocurrió de día. Yo había ido a comer a mi club, y cuando salí, me senté en un banco, y... supongo que me adormilé. –Se obligaba a continuar–. Cuando desperté, la acera estaba cubierta de cadáveres. Viejos, nuevos, negros, verdes. –Torció el gesto–. La gente les pisaba la cara.

Rivers respiró hondo.

–¿Dice que acababa de despertarse?

–Sí. Dormía mucho de día, porque de noche me daba miedo dormirme.

–¿Cuándo terminó todo eso?

–En cuanto salí del hospital. El ambiente allí era un horror. Había un hombre que se jactaba de matar a prisioneros alemanes. Imagínese lo que era vivir con él.

–¿Y las pesadillas no se han repetido?

–No. Ahora sueño, claro, pero no con la guerra. A veces, cuando despierto, tengo la sensación de que el sueño continúa, como si hubiera una especie de estadio intermedio. –Vaciló–. No sé si eso es anormal.

–Espero que no. A mí me pasa a menudo. –Rivers se reclinó en la silla–. Cuando ahora rememora el tiempo que pasó en el hospital, ¿piensa que entonces estaba «traumatizado por el combate»?

–No lo sé. Una persona que fue a verme dijo luego a mi tío que ésa era la impresión que daba. Para rebatirlo, debo decir que durante mi estancia allí escribí uno o dos buenos poemas. Bueno... –Sonrió–. A mí me gustaron.

–¿No cree que es posible escribir un buen poema en un estado traumático?

–No, no lo creo.

Rivers asintió.

–Puede que tenga razón. ¿Me permitiría verlos?

–Sí, claro. Le daré una copia.

–Ahora me gustaría pasar a... las ideas en que se basa la declaración – propuso Rivers–. ¿Dice que sus motivos no son religiosos?

–No lo son ni mucho menos.

–¿Se describiría usted como pacifista?

–Diría que no. Me es imposible afirmar: «Ninguna guerra está justificada», porque no me he detenido a reflexionar en ello lo suficiente. Quizá algunas sí lo están. Quizá ésta lo estaba al principio. Lo que pasa es que no creo que los objetivos de nuestra guerra... sean cuales sean... y no los conocemos... justifiquen este nivel de mortandad.

–¿Y dice que sí se ha planteado cuál era el estado de sus facultades al afirmar eso?

–Sí. Soy muy consciente de la impresión que da. Un alférez, nada menos, diciendo «La guerra debe acabar». Por otro lado, he estado allí. Así que estoy al menos tan facultado como esos viejos que uno ve parlotear en los clubes sobre la «guerra de desgaste» y el «desperdicio de mano de obra» y... – Empezó a parodiar con saña la voz de un viejo–: «Numerosas bajas en esa última escaramuza». Uno no habla así si los ha visto morir.

–Ninguna persona inteligente o sensible hablaría así.

Una pausa un tanto incómoda.

–No digo que no haya excepciones.

Rivers se echó a reír.

–El caso es que usted odia a los civiles, ¿no? Los «insensibles», los «autocomplacientes», los «poco imaginativos». ¿O acaso «odio» es una palabra excesiva?

–No.

–¿Lo que siente ahora por la gran mayoría de sus compatriotas es, pues, lo mismo que sintió por los alemanes, durante un breve periodo, en la primavera del año pasado?

–Sí.

–Le diré que, a mi juicio, hizo bien en no hablar demasiado ante la Comisión.

–Eso no fue idea mía, sino de Graves. Temió que les pareciera demasiado cuerdo.

–Cuando ha dicho que la Comisión fue «manipulada», ¿a qué se refería?

–Me refería a que la decisión de mandarme aquí, o a otro lugar parecido, ya se había tomado antes de que yo entrara en la sala.

–¿Y eso lo preparó el capitán Graves?

–Sí. –Sassoon se inclinó–. La cuestión es que no iban a formarme un consejo de guerra. Simplemente iban a encerrarme en algún sitio... –Miró alrededor–. Peor que éste.

Rivers sonrió.

–Sí hay sitios peores, créame.

–No lo dudo –admitió Sassoon cortésmente.

–De hecho, pretendían declararlo demente, ¿no?

–Supongo que sí.

–¿Alguien de la Comisión le comentó algo al respecto?

–No, porque ya lo habían...

–Preparado todo de antemano. Ya, comprendo.

–¿Puedo hacerle una pregunta? –dijo Sassoon.

–Adelante.

–¿Opina usted que estoy loco?

–No, claro que no. ¿Llegó usted a creer que estaba volviéndose loco?

–Se me pasó por la cabeza. Hágase cargo, cuando uno debe afrontar el hecho de que sí ha visto cadáveres en la acera...

–Por sorprendente que parezca, las alucinaciones en estado de semivigilia son muy corrientes, debe saber. No son lo mismo que las alucinaciones psicóticas. Los niños las tienen con frecuencia.

Sassoon había empezado a tirarse de una hebra suelta en la pechera de la guerrera. Rivers lo observó durante un momento.

–Debía de estar sufriendo mucho cuando hizo eso.

Sassoon bajó la mano.

–No. «Sufrir mucho» es estar tendido con las piernas cercenadas en el hoyo abierto por un obús. Yo estaba disgustado. –Por un instante pareció adoptar una actitud casi hostil; luego se relajó–. Fue un gesto inútil. No me enorgullezco especialmente.

–La tiró al Mersey, ¿no?

–Sí. No pesaba tanto como para hundirse, así que sencillamente... –Un amago de sonrisa–. Se quedó meciéndose en el agua. Pasó un barco, bastante más lejos, en el estuario, y miré ese trocito de cinta que flotaba y luego miré el barco, y pensé que intentar detener la guerra era un poco como intentar detener ese barco. Ya me entiende, desde el puente sólo habrían visto una pequeña figura que daba saltos, que agitaba los brazos, y no habrían sabido por qué demonios estaba tan alterado.

–¿Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que era inútil?

Sassoon levantó la cabeza.

–Aun así, tenía que hacerlo. Ciertas cosas no pueden consentirse.

Rivers vaciló.

–Oiga, creo que ya... ya hemos ido bastante lejos por hoy. Debe de estar usted muy cansado. –Se levantó–. Nos veremos mañana a las diez. Ah, ¿y podría pedirle al capitán Graves que venga a verme en cuanto llegue?

Sassoon se puso en pie.

–Hace un momento ha dicho que, en su opinión, no estoy loco.

–Estoy totalmente seguro de que no. De hecho, ni siquiera creo que tenga neurosis de guerra.

Sassoon asimiló el dictamen.

–¿Qué tengo, pues?

–Según parece, una neurosis de *antiguerra* muy profunda.

Los dos se miraron y se echaron a reír.

–Es usted consciente de que mi obligación es... es intentar cambiar eso, ¿verdad? No puedo pretender ser neutral.

Sassoon posó la mirada en los uniformes de ambos.

–No, claro que no.

Rivers tenía especial interés en sentarse al lado de Bryce en la cena.

–¿Y bien? –preguntó Bryce–. ¿A qué conclusión has llegado respecto a ese hombre?

–No encuentro nada fuera de lugar. No presenta el menor signo de depresión, no está alterado...

–¿Y físicamente?

–Nada.

–Quizá sea sólo que no quiere que lo maten.

–Bueno, creo que se sentiría en extremo insultado si le insinuaras una cosa así. Para ser justos, debo decir que le esperaba un puesto en Cambridge, en la instrucción de cadetes, así que en su caso no se trata de evitar la reincorporación. Podría haber aceptado ese destino si lo que quería era salvar el pellejo.

–¿Algún indicio de... esto... fervor religioso?

–No, me temo que no. Esa misma esperanza tenía yo.

Sonriendo, cruzaron una mirada.

–Verás, lo curioso es que ni siquiera creo que sea pacifista. Según parece, el problema se reduce única y exclusivamente al horror por la envergadura de la matanza, sumada a la indignación por el hecho de que el Gobierno no da a conocer los objetivos de la guerra ni impone ciertas *limitaciones* a todo esto. Y a eso se une un odio absolutamente corrosivo a la población civil, así como a los no combatientes de uniforme.

–Debes de haber pasado un mal rato.

–No te creas. Más bien pienso que me ve como una excepción.

Bryce pareció encontrarlo gracioso.

–¿Te ha caído bien?

–Sí, mucho. Y me ha... impresionado más de lo que esperaba.

Sassoon, sentado a su mesa bajo la ventana, permanecía en silencio. Los hombres que tenía a su lado padecían un tartamudeo tan acusado que toda

conversación habría sido imposible, aun cuando él la hubiese deseado, pero se contentaba con abstraerse en sus propios pensamientos.

Recordó el día anterior a Arrás, yendo y viniendo a trompicones desde la trinchera avanzada hasta la trinchera principal, cargado de cajas de granadas para mortero, desfilando ante los mismos cadáveres una y otra vez, hasta que sus formas retorcidas y ennegrecidas empezaron a parecerle viejos amigos. En un momento dado pasó junto a dos manos que, como raíces de un árbol caído, sobresalían de un montículo de tierra caliza salpicado de hoyos y orificios. No había forma de saber si eran manos británicas o alemanas. No había forma de convencerse de que ese detalle tuviera alguna importancia.

–¿Juega usted al golf?

–¿Cómo dice?

–Le he preguntado si juega al golf.

Unos ojos azules y pequeños, un bigote rojo mordisqueado, una insignia del Real Cuerpo Médico del Ejército. Tendió la mano.

–Ralph Anderson.

Sassoon se la estrechó y se presentó.

–Sí juego.

–¿Cuál es su hándicap?

Sassoon le contestó. A fin de cuentas, ¿por qué no? Era un tema muy adecuado para un manicomio.

–Ah, pues entonces tal vez podamos jugar alguna vez.

–No he traído los palos, lamento decir.

–Pida que se los manden. Por aquí hay algunos de los mejores campos de golf del país.

Sassoon se disponía a responder cuando se armó un revuelo cerca de la puerta. Por lo que le pareció ver, alguien había vomitado. O al menos había allí de pie un hombre delgado, de tez amarillenta, sacudiéndose entre ahogos y arcadas. Dos mujeres, miembros del destacamento de voluntarias, corrieron hacia él. Cacareando y haciendo aspavientos, intentaron limpiarle la guerrera por medio de inútiles toquecitos con una servilleta, hasta que por fin tuvieron el sentido común de sacarlo del comedor. La puerta de vaivén se cerró a sus espaldas. Siguió un momento de silencio y luego, como si nada hubiera

pasado, el zumbido de la conversación se alzó de nuevo.

Rivers apartó su plato y se puso en pie.

–Creo que será mejor que vaya a ver.

–¿Por qué no acabas antes? –sugirió Bryce–. Bastante poco comes ya.

Rivers se dio unas palmadas en el vientre.

–Bah, todavía no voy a evaporarme.

Siempre que Rivers deseaba llegar a la planta superior sin que lo detuvieran media docena de veces en el camino, iba por la escalera de atrás. Las tuberías discurrían por las paredes, ciñéndose a los recodos de la escalera, borboteando de vez en cuando como porciones de intestino humano. Estaba a oscuras, y en aquel ambiente cargado empezaron a escocerle las raíces del pelo a causa del sudor. Fue un alivio empujar la puerta de vaivén y salir al rellano del último piso, donde al menos el aire era fresco, aunque siempre lo deprimía aquel pasillo largo y estrecho, con sus dos hileras de puertas marrones, sin luz natural. «Una trinchera sin cielo», tal como lo había descrito un paciente, y Rivers mucho se temía que no le faltaba razón.

Burns estaba sentado en su cama, y dos voluntarias lo ayudaban a quitarse la guerrera y la camisa. Las clavículas y las costillas se le marcaban visiblemente bajo la piel amarillenta. Un amplio espacio separaba la cinturilla del pantalón y su vientre.

Una de las voluntarias tiró de la cinturilla.

–Aquí hay sitio para dos –comentó afectuosamente con una sonrisa–. ¿Me meto yo también dentro con usted? –El rostro inexpresivo de la otra voluntaria la advirtió de la presencia de Rivers–. Voy a limpiarle esto con una esponja, capitán.

Pasaron junto a Rivers apresuradamente y, al llegar al final del pasillo, estallaron en nerviosas risitas.

Burns tenía carne de gallina en los brazos, pese a que no hacía frío en la habitación. El aliento le olía aún a vómito. Rivers se sentó a su lado. No sabía qué decir, y pensó que era mejor guardar silencio. Al cabo de un rato notó que la cama empezaba a temblar y rodeó los hombros de Burns con el brazo.

–Las cosas no mejoran, ¿verdad? –preguntó.

Burns movió la cabeza en un gesto de negación. Poco después Rivers se

levantó, fue a por el abrigo de Burns, colgado de una percha detrás de la puerta, y se lo puso en los hombros.

–¿Le resultaría más fácil comer en su propia habitación?

–Un poco. Así no tendría que preocuparme de si molesto a los demás.

En efecto, era muy propio de Burns preocuparse de si molestaba a los demás. Quizá el aspecto más angustioso de su caso era vislumbrar al joven alegre y simpático que debía de haber sido en otro tiempo.

Rivers examinó los antebrazos de Burns y advirtió que el surco entre cúbito y radio era aún más profundo que una semana antes.

–¿Le serviría de algo tener un cuenco con fruta en la habitación? – preguntó–. ¿Para picar algo cuando le apeteciera?

–Sí, quizá me vendría bien.

Rivers se levantó y se acercó a la ventana. Accede para que me sienta útil, pensó.

–De acuerdo, pediré que le suban algo. –Las sombras de las hayas empezaban a invadir ya las pistas de tenis, ahora vacías. Rivers se volvió de espaldas a la ventana–. ¿Qué tal ha pasado la noche?

–No muy bien.

–¿Ha observado algún progreso en cuanto a aquello de lo que hablamos?

–La verdad es que no. –Burns alzó la vista para mirar a Rivers–. No consigo obligarme a pensar en eso.

–Ya, bueno, aún es pronto.

–Verá, lo peor es... –dijo Burns escrutando el semblante de Rivers– que parece un... chiste.

–Ya.

Tras dejar a Burns, Rivers subió otro breve tramo de escalera, sacó una llave y abrió la puerta de la torre. Aparte de su habitación, aquél era el único lugar de Craiglockhart donde podía aspirar a estar solo durante un rato más o menos largo, no sólo unos minutos. Los pacientes tenían prohibido el acceso, por si los treinta metros de altura desde allí hasta el suelo resultaban una escapatoria a la guerra demasiado tentadora. Apoyó los brazos en la balaustrada de hierro y contempló los montes.

Burns. Rivers se había convertido en un experto en descubrir aspectos

soportables en experiencias insoportables, pero Burns había podido con él. Lo que le había pasado era tan vil, tan repugnante, que Rivers no encontraba ningún elemento redentor. Lanzado por el aire a causa de una explosión, había ido a caer de cabeza sobre un cadáver alemán, cuyo vientre hinchado de gas había reventado por el impacto. Burns, antes de perder el conocimiento, llegó a darse cuenta de que lo que se le había metido en la nariz y la boca era carne humana en descomposición. Ahora, cada vez que intentaba comer, se reproducían en su mente el sabor y el olor. De noche revivía la experiencia, y vomitaba al despertar de cada pesadilla. Burns de rodillas –como Rivers lo había visto a menudo–, arrojando hasta la última pizca de bilis, apenas parecía un ser humano. Daba la impresión de que su cuerpo hubiera quedado reducido a un simple envoltorio de piel y huesos para un conducto alimentario atormentado. Su sufrimiento carecía de propósito o dignidad, y sí, Rivers sabía a qué se refería Burns exactamente cuando decía que aquello parecía un chiste.

Rivers advirtió que tenía las manos apretadas en torno al borde del parapeto y las relajó conscientemente. Siempre que pasaba un rato con Burns lo asaltaban infinidad de dudas en las que en Cambridge, en tiempos de paz, quizá hubiera deseado ahondar, pero en la guerra, en un hospital desbordado, no tenían la menor utilidad para él. Eran peor que inútiles, ya que le consumían una energía que pertenecía a los pacientes por derecho propio. En cierto modo, eso no tenía nada que ver con Burns. La magnitud misma de su sufrimiento lo diferenciaba de los demás, pero esas mismas dudas se las planteaban casi todos los casos.

Bajó la vista y vio un taxi entrar en el camino de acceso. ¿Sería el errante capitán Graves, que por fin llegaba? Sí, allí estaba Sassoon: en su impaciencia, fue incapaz de esperar dentro y corrió escalinata abajo para recibirlo.

Graves, un tanto boquiabierto, contemplaba la enorme fachada de Craiglockhart, de un color gris amarillento.

–Dios mío.

Sassoon siguió la dirección de su mirada.

–Eso mismo he pensado yo.

Graves cogió su bolsa de viaje, y los dos juntos subieron por la escalinata y atravesaron el vestíbulo de suelo ajedrezado hacia el pasillo principal. Sassoon empezó a sonreír.

–Valiente escolta para un prisionero has resultado ser.

–Lo sé, y lo siento. Dios, qué día. ¿Sabes que el tren ha parado en todas y cada una de las estaciones?

–Bueno, ahora ya estás aquí. Gracias a Dios.

Graves lo miró de soslayo.

–¿Tan mal está la cosa?

–Mmm. Así así.

–Supongo que no has visto a nadie todavía.

–He visto a Rivers. Y antes de que se me olvide, quiere verte, pero imagino que no hay inconveniente en que antes dejes tu bolsa de viaje.

Graves siguió a Sassoon por la escalera de mármol hasta la primera planta.

–Ya hemos llegado. –Sassoon abrió una puerta y se apartó para dejar pasar a Graves—. La habitación de invitados. Incluso tienes pestillo en la puerta.

–¿Y tú no?

–No. Tampoco en el cuarto de baño.

–Pobre Sass, va a ser toda una lucha para ti mantener a raya a las voluntarias. –Graves lanzó la bolsa a la silla más cercana–. No, ahora en serio, ¿qué tal es esto?

–Ahora en serio: es *espantoso*. Venga, cuanto antes veas a Rivers, antes podremos hablar.

–Sassoon me ha pedido que le diera esto.

Rivers cogió el sobre sin hacer ningún comentario y lo dejó en el escritorio sin abrirlo.

–¿Qué tal lo ha encontrado?

El aire que entraba por la ventana abierta se filtró a través del visillo y un aroma a tilo invadió el despacho. Un olor dulce. Graves, a quien desagradaban todos los olores dulces, se enjugó el sudor acumulado sobre el labio superior.

–Más tranquilo. Creo que ha sido un alivio para él haber aclarado las cosas.

–No sé hasta qué punto se han aclarado. ¿Es usted consciente de que puede marcharse de aquí en cualquier momento?

–No lo hará –aseguró Graves categóricamente–. Estará bien. Siempre y cuando los pacifistas lo dejen en paz.

–Esta tarde he mantenido una larga conversación con él, pero no acabo de tener del todo claro qué sucedió. Imagino que han pasado muchas cosas entre bastidores.

Graves sonrió.

–Podría decirse así.

–¿Qué exactamente?

–Sassoon me envió una copia de su declaración. Entonces yo estaba en un sanatorio en la isla de Wight...

–¿Él no le había comentado nada acerca de esa declaración?

–No, no lo veía desde enero. Me horroricé. Enseguida me di cuenta de que no serviría de nada, de que nadie seguiría su ejemplo. No haría más que

destruirse a sí mismo, sin razón alguna. –Se interrumpió. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz clara y precisa–. Sassoon es el mejor jefe de sección que he conocido. Los hombres lo veneran: si quería cabezas alemanas en una bandeja, se las traían. Y el aprecio es mutuo. Separarlo de ellos sería la muerte para él. Y ése habría sido precisamente el resultado de un consejo de guerra.

–Aquí está separado de ellos.

–Sí, pero hay un camino de regreso. La gente puede aceptar una crisis nerviosa. Para un objetor, en cambio, no hay camino de regreso.

–Y por tanto usted decidió que había que...

–¿Que había que detenerlo? Sí. Escribí al oficial al mando para pedirle que asignara a Siegfried otra Comisión. Ya se había zafado de una. Luego me puse en contacto con varios conocidos míos y los convencí para que lo consideraran una crisis nerviosa. Después ya sólo me quedaba persuadir a Siegfried. Sabía que era inútil escribirle. Tenía que verlo en persona, así que conseguí el alta para reincorporarme y volví a Litherland. Lo encontré en un estado alarmante. Acababa de tirar su Cruz Militar al Mersey. ¿Eso se lo ha contado?

Rivers vaciló.

–Me parece que se menciona en el informe de la Comisión.

–El caso es que me llevó mi tiempo, pero al final entró en razón.

–¿Qué lo indujo a ceder, en su opinión?

–Simplemente no podía seguir negando que estaba enfermo.

Rivers no contestó. El silencio se tornó más profundo, como la nieve que se acumula en una ventisca segundo a segundo, copo a copo, cada copo intrascendente en sí mismo, hasta que todo se transforma.

–No, no fue eso. –Graves contrajo su rostro de boxeador, huesudo, con la nariz rota–. En realidad le mentí.

Las gafas de Rivers destellaron cuando levantó la cabeza.

–Sí, imaginaba que quizá había hecho algo así.

–Juré sobre la Biblia que no le formarían un consejo de guerra, pero no estaba seguro de eso. Pensaba que si él persistía en su actitud, tal vez sí se lo formaran.

–Sí, es muy posible. Pero debe usted saber que las ventajas de considerarlo una crisis nerviosa habrían sido evidentes para las autoridades sin necesidad de que usted se lo señalara.

–Sea como sea, el hecho es que mentí, y él cedió porque se creyó la mentira. Si hubiera venido de cualquier otra persona, no se la habría creído. –Guardó silencio por un momento–. ¿Piensa usted que hice mal?

–Pienso que hizo lo mejor para su amigo –contestó Rivers con delicadeza–. No lo mejor para su causa, pero ésa era una causa perdida de todos modos. ¿Le costó convencer a la Comisión?

–Bastante. Uno de los integrantes, un hombre más bien joven, se mostró comprensivo. Los otros dos... En fin, me pareció que no acababan de creerse lo de los traumas de guerra. Por lo que a ellos se refería, se trataba de simple cobardía. Desde el primer momento tomé la firme determinación de no consentir que pensarán eso. Les conté que el año pasado Siegfried tomó sin ayuda de nadie una trinchera alemana y lo recomendaron para la Cruz Victoria. Ya me gustaría a mí verlos a ellos hacer una cosa así. Y luego lo de este abril pasado. Aquella expedición artillera suya fue una hazaña extraordinaria. He hablado con unas cuantas personas que estuvieron presentes, y todas coinciden en que deberían haberle dado la Cruz Victoria por eso. –Se interrumpió–. Sólo quería que supieran ante qué clase de hombre estaban. –Sonrió–. Yo no paraba de echarme a llorar. Creo que eso en cierto modo sirvió de algo. Los veía pensar: Dios mío, si éste es apto para el servicio, ¿cómo estará el otro?

–¿Y les contó lo de las alucinaciones?

–Sí. –Graves pareció de pronto un tanto incómodo–. Tenía que convencerlos. Fueron muchas las cosas que no les conté. No les conté que había amenazado con matar a Lloyd George.

–¿Y lo convenció a él para que no dijera nada?

–Sí. Lo que menos nos convenía era que Siegfried hablara sensatamente de la guerra.

–¿Sensatamente? ¿Quiere decir que está de acuerdo con él?

–Bueno, sí. En teoría. En teoría la guerra debería acabarse mañana, pero eso no sucederá. Seguirá hasta que no quede bicho viviente que reclutar.

–¿Coincide, pues, con sus opiniones pero no con sus actos? ¿Ésa no es una distinción un tanto artificial?

–No lo creo. Tal como yo lo veo, cuando uno se pone el uniforme, firma un contrato a todos los efectos. Y un contrato no se rescinde sólo porque uno cambie de idea. Puede seguir defendiendo sus principios, aduciendo razones ante aquéllos que lo obligan a combatir, pero al final cumple con su cometido. Creo que ésa es la manera de ganarse el respeto. Así Siegfried no va a hacer cambiar de idea a nadie. Puede que tenga la capacidad de hacer cambiar de idea a la gente sobre la guerra, pero ésa no es la forma de hacerlo.

Rivers apartó de la boca las manos entrelazadas.

–No podría estar más de acuerdo con usted.

–Lo indignante es que en esencia él lo sabe mejor que nadie. Él es quien puede comunicarse con el soldado de a pie. Lo que pasa es que se dejó persuadir por Bertrand Russell y Ottoline Morrell. Verá, yo antes los admiraba. Pensaba: en fin, no estoy de acuerdo contigo, pero, así y todo, veo que se necesita valor... –Cabeceó—. Ya no. Sé que Russell ya no tiene edad para servir en el ejército, y Ottoline es una mujer. Acepto que ninguno de los dos puede entender por lo que él ha pasado, pero sí tenían que ver el estado en que se hallaba, y aun así, siguieron adelante. No tuvieron el menor reparo en aniquilarlo con tal de propagar sus puntos de vista. Eso no se lo perdono. –Hizo un esfuerzo visible para serenarse—. En cualquier caso, eso ya es agua pasada. Pero debo decirle que fue para mí un gran placer escribir a Russell y anunciarle que Sassoon venía de camino hacia aquí, y que hiciera el favor de dejarlo en paz en el futuro.

–¿Y qué pasará con usted? –preguntó Rivers, tras una pausa—. ¿Cree que lo mandarán otra vez al frente?

–No, no lo creo. De hecho, el médico del batallón me dijo que si alguna vez volvía a encontrar mis pulmones en Francia, me pegaría un tiro él mismo. Tengo la esperanza de que me manden a Palestina. –Una pausa—. Me alegro de que Siegfried haya venido aquí. Al menos puedo volver a Litherland sabiendo que está a salvo.

–Eso espero. –Rivers se puso en pie—. Y ahora creo que mejor será se reúna con él. Necesitará compañía en su primera noche aquí.

Cuando Graves se marchó, Rivers se quedó un rato descansando la vista allí sentado; luego abrió el sobre que le había entregado Graves. Tres hojas. En la primera, con fecha del 22 de abril, Sassoon había anotado a lápiz: «Los escribí en el hospital diez días después de resultar herido».

A tientas por el túnel, paso a paso,
vaciló su curiosa linterna con parches resplandecientes
de lado a lado y olisqueó el aire rancio.

Latas, cajas, botellas, formas vagas para reconocerlas,
un espejo hecho añicos, el colchón de una cama;
y él, explorando a cincuenta pies bajo tierra
la rosada oscuridad de arriba en la batalla.

Tropezando, se agarró al muro; alguien yacía
hecho un fardo a sus pies, medio oculto por una estera,
y se detuvo para tirar del brazo de un durmiente.
«Estoy buscando el cuartel general.» No hay respuesta.
«Que Dios te rompa el cuello» (hacía días que no dormía.)
«Levántate y guíame a través de este hediondo lugar.»
Cruel, pateó el montículo blando que no respondía,
y alumbró con su linterna su pálido rostro,
terriblemente iluminando aquellos ojos aún mostraban
la dura agonía de la muerte desde hacía días;
y los puños cerrados apretando una negra herida.

Solo, tambaleándose hasta encontrar
el fantasma del alba que se filtraba por una escalera
hacia las aturdidas criaturas murmurantes bajo tierra
que escuchaban estallar las bombas como un ruido amortiguado.
Al fin, cubierto su cabello del sudor del miedo,
Ascendió a través de la oscuridad hasta el aire vespéral,
descargándose, paso a paso, del infierno que dejaba atrás.¹

El general

«¡Buenos días, buenos días!», dijo el general

cuando le vimos la semana pasada camino al frente.
Ahora los soldados a los que sonreía están casi todos muertos,
y maldecimos al estado mayor por el cerdo incompetente.
«Es gracioso el viejo», gruñó Harry a Jack
mientras caminaban lentos hacia Arrás con la mochila y el rifle.

Pero aquél se ocupó de ambos con su plan de ataque.

Para los belicistas

Una vez más he regresado del infierno
rebotante de abominables pensamientos;
cargado de secretos de los muertos;
y de horrores procedentes del abismo.
Rostros jóvenes ensangrentados,
caras hundidas en el barro,
cosas como éstas oiréis,
hasta que las víctimas atormentadas
vayan a rastras de aquí para allá
y una vez más, con los miembros retorcidos,
manifiesten su brutal dolor con gemidos,
mientras los combatientes pasan junto a ellos.

Para vosotros nuestras batallas
resplandecen de triunfo semidivino;
y la gloria de los caídos
arde en tantas orgullosas miradas.
Pero sobre mi cabeza pesa una maldición,
que no me abstendré de expresar,
y en carne viva están las heridas de mi corazón,
porque yo los he visto morir.

Rivers entendía tan poco de poesía que se avergonzaba casi con la idea misma de tener que comentar estos poemas. Pero enseguida se recordó a sí mismo que le habían sido entregados porque era piscoterapeuta, no crítico literario, y desde ese punto de vista eran sin duda interesantes, en especial el

último.

En el poema todo indicaba que la actitud de Sassoon ante su experiencia bélica era lo contrario de lo que uno encontraba normalmente. El paciente medio, a su llegada a Craiglockhart, por lo general había dedicado considerable energía al esfuerzo de *olvidar* los sucesos traumáticos, fueran cuales fuesen, que habían precipitado su neurosis. Aun si el paciente se daba cuenta de que era inútil intentarlo, por lo regular lo habían alentado a perseverar en ello amigos, parientes e incluso sus médicos anteriores. Los horrores que había experimentado, reprimidos sólo parcialmente incluso de día, retornaban con redoblada fuerza por la noche para atormentarlo, dando lugar al síntoma más característico de la neurosis de guerra: la pesadilla de combate.

El tratamiento de Rivers a veces consistía sólo en animar al paciente a abandonar ese inútil empeño en olvidar y recomendarle que dedicara, en cambio, parte del día a recordar. Sin abstraerse en la experiencia ni tratar de actuar como si no hubiera ocurrido. Por norma, al cabo de una o dos semanas de iniciado el tratamiento, las pesadillas empezaban a ser menos frecuentes y menos aterradoras.

Esa firme determinación de recordar bien podía explicar la temprana y rápida recuperación de Sassoon, aunque en su caso no había actuado así tanto por salvar su propia cordura como por el afán de convencer a la población civil de que la guerra era una locura. Escribir los poemas obviamente había sido terapéutico, pero Rivers sospechaba que quizá también había sido terapéutico escribir la declaración. Pensaba que los poemas de Sassoon y su protesta brotaban de una misma fuente, y ambos podían guardar relación con su restablecimiento de ese terrible periodo de pesadillas y alucinaciones. Si eso era así, persuadir a Sassoon para que cediera y volviera al servicio sería mucho más complicado y arriesgado de lo que Rivers antes pensaba, y bien podía precipitar una recaída.

Dejó escapar un suspiro y guardó los poemas en el sobre. Consultando su reloj, comprobó que era hora de iniciar la ronda. Nada más llegar al pie de la escalera principal, vio salir del comedor a oscuras al capitán Campbell, doblado por la cintura y caminando hacia atrás.

–¿Campbell?

Campbell giró sobre los talones.

–Ah, capitán Rivers. Justo la persona que necesitaba. –Se acercó a Rivers y, hablando en un discreto susurro audible a todo lo largo y ancho del pasillo, como solía ocurrir con los discretos susurros de Campbell, dijo–: Ese tipo al que han puesto en mi habitación...

–Sassoon. ¿Sí?

–No será un espía alemán, ¿verdad?

Rivers se detuvo a pensar en ello detenidamente.

–No, no lo creo. Los espías nunca se hacen llamar «Siegfried».

Campbell se quedó atónito.

–Ahora ya no, claro. –Movié la cabeza en un gesto de asentimiento, dio una enérgica palmada a Rivers en el hombro y se alejó. Ya a unos pasos, añadió en voz alta–: Sólo he pensado que era mejor mencionarlo.

–Gracias, Campbell. Muy agradecido.

Rivers se quedó por un momento al pie de la escalera, cabeceando sin darse cuenta.

1. Para la traducción de todos los poemas de Siegfried Sassoon incluidos aquí (excepto «Para los belicistas») se ha utilizado la versión española del poemario *Contraataque*, El Desvelo Ediciones, Santander, 2011. Traducción de Eva Gallud Jurado. (*Nota de los T.*)

–Yo subía por el camino de entrada de mi casa. Mi mujer tomaba el té en el jardín con otras mujeres, todas vestidas de blanco. Al acercarme, mi mujer se ponía en pie, sonreía y me saludaba con la mano, y de pronto su expresión cambiaba y todas las mujeres empezaban a cruzar miradas entre sí. Yo no entendía por qué, hasta que, al mirarme, veía que estaba desnudo.

–¿Cómo iba usted vestido antes?

–De uniforme. Al verlas tan asustadas, también yo me asustaba. Me echaba a correr y huía entre los arbustos. Me perseguían mi suegro y dos ordenanzas. Al final me acorralaban, y mi suegro se acercaba a mí blandiendo un bastón enorme con una serpiente enroscada alrededor. Lo utilizaba como si fuera un flagelo, y la serpiente silbaba. Yo retrocedía, pero ellos me cogían y me ataban.

Rivers detectó un leve titubeo.

–¿Con qué?

Un silencio. Con resuelta despreocupación, Anderson contestó:

–Unos corsés de mujer. Los ceñían en torno a mis brazos y ataban las cintas.

–¿Como una camisa de fuerza?

–Sí.

–¿Y luego?

–Luego me arrastraban hasta una especie de carruaje. Me arrojaban dentro y cerraban de un portazo. Aquello estaba muy oscuro. Como una tumba. Al principio, cuando miré, no había nadie, pero al cabo de un momento allí estaba usted. Llevaba un delantal y guantes de forense.

Por el tono, quedó claro que había concluido su relato. Rivers sonrió y dijo:

–Hace mucho tiempo que no me pongo esas cosas.

–Tampoco yo me he puesto últimamente corsé.

–¿De quién eran los corsés?

–Eran simplemente corsés. Quiere que diga que eran de mi mujer, ¿no?

Rivers quedó desconcertado.

–Quiero que diga...

–Bueno, no creo que fueran de ella. Sí es posible, supongo, que alguien considere que estar encerrado en un loquero es una experiencia castradora, ¿no?

–Eso es lo que considera la mayoría, creo. –Aunque pocos lo admitían–. Quiero que diga lo que piensa.

No hubo respuesta.

–¿Dice que ha despertado vomitando?

–Sí.

–Me pregunto por qué. Es decir, entiendo que verme con un delantal de forense no sea del agrado de todo el mundo...

–No lo sé.

–¿Qué ha sido lo más aterrador del sueño?

–La serpiente.

Un largo silencio.

–¿Sueña mucho con serpientes?

–Sí.

Otro largo silencio.

–Vamos, siga –estalló por fin Anderson–. Ésas son las cosas a las que ustedes los freudianos les dan tantas vueltas, ¿no? La desnudez, las serpientes, los corsés. Al menos podría hacer ver que me lo agradece, Rivers. Es un regalo.

–Creo que si hiciera alguna asociación con la serpiente... y la verdad, ¿qué importancia pueden tener mis asociaciones?... sería probablemente con la que repta por su solapa.

Anderson se observó el caduceo del Real Cuerpo Médico del Ejército

prendido de la guerrera y luego miró esa misma insignia en la guerrera de Rivers.

–Lo que la... esto... serpiente quizá indique es que la medicina es un conflicto entre usted y su suegro.

–No es así.

–¿En absoluto?

–No.

Otro largo silencio.

–Depende de lo que quiera decir con conflicto –comentó por fin Anderson.

–Un asunto sobre el que se producen discrepancias con frecuencia.

–No. Como es natural, mi etapa en Francia me ha causado cierto grado de rechazo a la práctica de la medicina, pero eso pasará con el tiempo. No hay conflicto. Tengo una mujer y un hijo a quienes mantener.

–¿Usted qué edad tiene?

–Treinta y seis.

–¿Y su hijo?

La expresión de Anderson se suavizó.

–Cinco.

–¿Pronto tendrá que pagar el colegio?

–Sí. Me pondré bien en cuanto haya descansado. Básicamente estoy pagando las consecuencias del verano pasado. ¿Sabe que llegamos al punto de practicar diariamente una media de diez amputaciones? Cada vez que tenía previsto un periodo de permiso, se anulaba. –Miró a Rivers a la cara–. Está claro cuál es el problema: el cansancio.

–Sigo sin explicarme los vómitos. Sobre todo teniendo en cuenta que, según usted, sólo siente una ligera reticencia a la práctica de la medicina.

–Yo no he dicho «ligera»; he dicho pasajera.

–Ah. ¿Qué es en concreto lo que más le cuesta?

–No creo que haya nada en concreto.

Un largo silencio.

–Voy a empezar a cronometrar esos silencios, Rivers –dijo Anderson.

–Eso ya se ha hecho antes. Varios de los más jóvenes organizaron

apuestas al respecto. Se supone que yo no me he enterado.

–La sangre.

–¿Y eso lo atribuye a las diez amputaciones diarias?

–No, por entonces me encontraba bien. El... esto... el problema apareció después. Yo no estaba en Étapes cuando aquello sucedió. Me habían trasladado más cerca del frente, al hospital de campaña decimotercero. Trajeron a un muchacho. Era francés, había huido de las líneas alemanas. Todo él cubierto de barro. No quedaba a la vista un solo centímetro de piel. Y le aseguro que aquello no era un barro normal, era una capa de diez o quince centímetros. Sangrando. Desesperado de dolor. No hablaba inglés. –Una breve interrupción–. No la vi. Le traté las heridas menores y no vi la más grave. –Dejó escapar una risotada breve y sibilante–. Tampoco es que las menores fueran muy menores. Tuvo una hemorragia, y... no pude hacer nada. Me quedé allí viéndolo desangrarse hasta morir. –Contrajo el rostro–. La sangre escapó de él a borbotones.

Los dos tardaron un rato en moverse. Por fin Anderson dijo:

–Si se pregunta por qué ese caso en particular, no lo sé. He visto muchas muertes peores.

–¿Se lo ha contado a su familia?

–No. Saben que no me gusta la idea de volver a la medicina, pero no por qué.

–¿Ha hablado con su mujer?

–Alguna vez. Uno tiene que pensar en las cuestiones prácticas, Rivers. He dedicado toda mi vida adulta a la medicina. No dispongo de rentas privadas para ir tirando. Y tengo mujer y un hijo.

–La sanidad pública sería una opción.

–Eso no... luce mucho, ¿no?

–¿Y eso a usted le preocupa?

Anderson vaciló.

–A mí no.

–Bueno, ya hablaremos de las cuestiones prácticas más adelante. Aún no me ha contado cuándo dijo «basta».

Anderson sonrió.

–Lo presenta usted como si hubiese sido una decisión. No sé si quedarse tirado en el suelo en medio de un charco de orina puede considerarse una decisión. –Se interrumpió–. A la mañana siguiente. En la sala del hospital. Recuerdo que todos se quedaron mirándome. Una situación bochornosa, francamente. ¿Qué hace uno cuando el médico se viene abajo?

Rivers pensó en el sueño a ratos, mientras hacía la ronda como oficial de guardia de ese día. Era inquietante por muchas razones. Al principio tendió a interpretar el delantal de forense como una falta de confianza en él o, para ser más exactos, en sus métodos, ya que obviamente cualquier médico que pase mucho tiempo con esa indumentaria no gozará de una aceptación generalizada en las salas de hospital. Le constaba que esa falta de confianza existía. Anderson, en su primera sesión, prácticamente había rechazado el tratamiento, afirmando que sólo necesitaba descanso, un interminable ir y venir en pos de pelotas de golf. Tenía vagas nociones acerca de la obra de Freud, aunque por mediación de fuentes secundarias o prejuiciosas, y le desagradaba, o tal vez temía, aquello que creía saber. No había ninguna razón para que Anderson, quien al fin y al cabo era cirujano, conociese bien la terapia freudiana, pero sus errores de concepción le habían generado una acusada renuencia a revelar sus sueños. Y sin embargo esos sueños no podían pasarse por alto, aunque sólo fuera porque tenían en vela a toda una planta del hospital. Su compañero de habitación, Featherstone, se había deteriorado perceptiblemente como consecuencia de los estallidos nocturnos de Anderson. No obstante, ése era otro problema. En cuanto Anderson reveló su horror extremo a la sangre, Rivers, a modo de tanteo, empezó a atribuir otro significado al delantal de forense. Si Anderson no encontraba la manera de volver al ejercicio de una profesión que, inevitablemente, incluso en la vida civil, le recordaría los horrores presenciados en Francia, ¿podía la desesperación llevarlo a contemplar el suicidio? Quizá eso explicara tanto el delantal de forense como el terror extremo que había sentido al despertar. De momento no conocía a Anderson lo suficiente para saber si el suicidio era o no una posibilidad, pero sin duda debía tenerla en cuenta.

El olor a cloro se intensificó cuando llegaron al pie de la escalera. Sassoon notó vacilar a Graves.

–¿Te encuentras bien?

–Podría prescindir del olor.

–Bueno, dejémoslo...

–No, adelante.

Sassoon abrió la puerta. No había nadie en la piscina: un rectángulo verde entre paredes blancas. Empezaron a desvestirse, dejando la ropa en uno de los bancos adosados a la pared del fondo.

–¿Qué tal tu compañero de habitación? –preguntó Graves,

–No está mal.

–¿Muy chiflado?

–En apariencia, no. Sospecho que conviene evitar el tema de los espías alemanes. Ah, y ya sé por qué no hay pestillos en las puertas. Hace tres semanas se mató uno.

Graves vio la cicatriz en el hombro de Sassoon y se detuvo a mirarla. Ejercía un extraño efecto tranquilizador someterse a esa clase de examen, que era prolongado, detallado y personal, como cuando un niño contempla las costras en la rodilla de otro.

–Vaya, te ha quedado perfecta.

–Sí, ¿verdad? Los médicos me decían una y otra vez lo hermosa que era.

–Tuviste suerte, eh. Un par de centímetros más abajo...

–No tanta como tú. –Sassoon lanzó una ojeada a la herida de metralla en el muslo de Graves–. Un par de centímetros más arriba...

–Si esto va a acabar en un chiste de coristas, déjalo. Los he oído todos.

Sassoon se zambulló. Un mundo verde y silencioso, sin más sonido que el burbujeo de su exhalación, sin más sensación, una vez superada la impresión causada por el frío, que la presión en el pecho, que al final lo obligó a subir a la superficie, al aire, al ruido, a la luz, al agua agitada en torno a él. Nadó hacia el borde y se agarró a él. La cabeza morena de Graves avanzaba con determinación, asomando acompasadamente, por la calle del lado opuesto de la piscina. Sassoon pensó: lo decimos en broma, pero esas cosas pasan. Mientras él se recuperaba en el hospital de ese agujero pequeño y perfecto en

el hombro, había allí un chico. No contaba más de diecinueve años, y también él tenía un agujero pequeño y perfecto. Sólo que el suyo estaba entre las piernas. Era horrible presenciar las curas, y no quedaba más remedio que presenciarlas. En la hacinada sala ningún tratamiento era privado. Dos veces al día llegaban las enfermeras con el chirriante carrito, y el chico las seguía con la mirada por la sala.

Sassoon sepultó ese recuerdo y nadó hacia las piernas de Graves. Éste se retorció y forcejeó, su cabeza una roca negra rompiendo la espuma blanca.

–Suelta –dijo por fin con voz ahogada, y apartó a Sassoon de un empujón–. Algunos no disponemos del equipamiento pulmonar completo.

Empezó a llegar más gente a la piscina. Al cabo de unos minutos, salieron del agua y empezaron a vestirse. Con la cabeza oculta en los pliegues de la camisa, Graves dijo:

–A propósito, hay una cosa que debo decirte. Sintiéndolo mucho, le conté a Rivers tu plan de asesinar a Lloyd George.

La ronda de Rivers como oficial de guardia acabó en la cocina. La señora Cooper, con salpicones en los anchos brazos por la grasa que saltaba de las gigantescas sartenes, lo recibió visiblemente agobiada pero sonriente.

–¿Y qué le pareció el estofado de ternera de anoche?

–Diría que nunca he probado nada semejante.

La sonrisa de la señora Cooper se ensanchó.

–Hacemos lo que podemos con los ingredientes disponibles. –Adoptó una sombría expresión de complicidad–. Esa ternera andaba.

Rivers llegó a su despacho pasadas ya las diez, y allí encontró a Sassoon esperándolo, con el pelo mojado y olor a cloro.

–Disculpe el retraso –dijo Rivers, y abrió la puerta con llave–. Estaba haciendo ver que entiendo algo del servicio de comedor. Pase. –Señaló a Sassoon la silla ante la mesa, dejó a un lado la gorra y el bastón, y se disponía a desabrocharse el cinturón cuando recordó que el director de Servicios Médicos tenía previsto visitar el hospital en algún momento de ese día. Se sentó al otro lado de la mesa y acercó el expediente de Sassoon–. ¿Ha

dormido bien?

–Muy bien, gracias.

–Se lo ve descansado. Fue un placer conocer al capitán Graves.

–Sí, por lo que sé fue una sesión informativa muy provechosa.

–Ah. –Rivers se interrumpió a medio abrir el expediente–. ¿Se refiere a que me contó algo que usted preferiría que yo no supiese?

–No, no necesariamente. Más bien algo que habría preferido contarle yo mismo. –Un breve silencio, y de pronto Sassoon prorrumpió–: Lo que no entiendo es que un hombre con la inteligencia de Graves tenga un dominio tan, tan precario de la retórica.

Rivers sonrió.

–Conque iba usted a matar a Lloyd George retóricamente, eh.

–No iba a matarlo en absoluto. Dije que tenía ganas de matarlo, pero no serviría de nada, porque no harían más que encerrarme en un manicomio, «como a Richard Dadd, de fausta memoria». Ahí tiene, palabras textuales. –Miró alrededor–. Aunque tal como han acabado las cosas...

–Esto no es un manicomio. Usted no está encerrado.

–Disculpe.

–En realidad lo que quiere decir es que Graves se tomó sus palabras demasiado en serio.

–No es sólo eso. Le conviene atribuir todo lo que he hecho a a a a... un estado de crisis mental, porque así no tiene que hacerse preguntas incómodas. Como por qué coincide conmigo en cuanto a la guerra y no hace nada al respecto.

Rivers esperó un momento.

–Sé que Richard Dadd era pintor. ¿Qué más hizo?

Un corto silencio.

–Asesinó a su padre.

Rivers advirtió, desconcertado, cierta incomodidad en la situación. Estaba acostumbrado a que lo tomaran como figura paterna –al fin y al cabo, tenía treinta años más que sus pacientes más jóvenes–, pero era raro que eso ocurriese tan pronto en un hombre de la edad de Sassoon.

–¿«De fausta memoria»?

–Dadd... esto... hizo una lista de hombres de avanzada edad que estaban en el poder y merecían morir. Por suerte... o por desgracia... su padre encabezaba la lista. Cargó con él por Hyde Park a lo largo de todo un kilómetro y al final lo ahogó en el Serpentine delante de todo el mundo. La única razón por la que Graves y yo conocemos su historia es que estábamos en las trincheras con dos sobrinos nietos suyos, Edmund y Julian. –La leve sonrisa desapareció–. Ahora Edmund está muerto, y Julian tiene una bala en la garganta que le impide hablar. El otro hermano también murió. En Galípoli.

–Como su propio hermano.

–Sí.

–Su padre también ha muerto, ¿no? ¿Qué edad tenía usted cuando él murió?

–Ocho años. Pero ya antes de eso apenas lo veía desde hacía un tiempo. Se marchó de casa cuando yo tenía cinco años.

–¿Se acuerda de él?

–Un poco. Me acuerdo de que me gustaba que me diera besos porque me hacía cosquillas con el bigote. Mis hermanos fueron al funeral. Yo no. Por lo visto estaba muy alterado. Mejor así, probablemente, porque volvieron aterrorizados. Verá, fue un funeral judío, y no entendieron nada. Mi hermano mayor dijo que había dos viejos con sombreros raros yendo de un lado a otro y farfullando palabras incomprensibles.

–Debió de sentir que lo perdió dos veces.

–Sí. De hecho lo perdimos dos veces.

Rivers miró por la ventana.

–¿Qué habría sido distinto, en su opinión, si su padre hubiese vivido?

Un largo silencio.

–Una educación mejor.

–Pero usted fue a Marlborough, ¿no?

–Sí, llevaba años de retraso respecto a todos los demás. Mi madre tenía la teoría de que éramos delicados y no había que forzar mucho nuestros cerebros. En realidad, creo, nunca me puse al día. Dejé Cambridge sin titularme.

—¿Y después?

Sassoon cabeceó.

—No gran cosa. La caza, el críquet. Escribir poemas. Poemas no muy buenos.

—¿No se sentía... un tanto insatisfecho?

—Sí, pero por lo visto no veía escapatoria. Era como ser tres personas distintas, y todas querían ir en direcciones diferentes. —Una parca sonrisa—. Al final resultó que no fui a ningún sitio.

Rivers esperó.

—Es decir, estaba por un lado la persona que se dedicaba a montar, cazar y jugar al críquet, y estaba... por otro lado... aquél al que le interesaban la poesía y la música, y cosas así. Y al parecer yo no podía... —Entrelazó los dedos—. Conciliarlos.

—¿Y la tercera persona?

—¿Cómo dice?

—Ha dicho tres.

—¿Ah, sí? He querido decir dos.

—Ah. Y luego vino la guerra. ¿Se alistó el primer día?

—Sí, como soldado raso. Estaba impaciente por participar.

—Sus superiores escribieron informes muy elogiosos para la Comisión.
¿Lo sabía?

Se ruborizó de placer.

—Seguramente el ejército es el único sitio donde me he sentido de verdad integrado.

—Y se ha separado de él por propia voluntad.

—Sí, porque...

—De momento no me interesan las razones. Me interesa más el resultado.
El efecto en usted.

—El aislamiento, supongo. No puedo hablar con nadie.

—Habla conmigo. O al menos, eso creo.

—Usted no dice estupideces.

Rivers volvió la cabeza.

—Me complace oírlo.

–Vamos, ríase. No me importa.

–Le han ofrecido un puesto en Cambridge, ¿no? Instruir a los cadetes.

Sassoon frunció el entrecejo.

–Sí.

–Pero ¿no lo aceptó?

–No. Para mí, era la cárcel o Francia. –Se echó a reír–. No preví esta otra opción.

Rivers observó a Sassoon mientras éste miraba alrededor.

–No soporta estar a salvo, ¿verdad? –Aguardó una respuesta–. Pues le esperan doce semanas en esta situación. Como mínimo. Si sigue negándose a servir en el ejército, estará a salvo durante el resto de la guerra.

Dos manchas rojas aparecieron en los pómulos de Sassoon.

–No por decisión mía.

–Yo no he dicho eso. –Rivers se interrumpió–. Acaba de reaccionar como si yo lo hubiese atacado, y sin embargo me he limitado a señalar los hechos. –Se inclinó–. Si se mantiene firme en su protesta, cuente con pasar el resto de la guerra en un estado de seguridad personal absoluta.

Sassoon cambió de posición en su asiento.

–Yo no soy responsable de las decisiones de otras personas.

–¿No cree que quizá le resulte un tanto difícil estar a salvo mientras otros mueren?

Un asomo de indignación.

–Según parece, en este apestoso país a nadie más le resulta difícil. Supongo que tendré que aprender a convivir con ello. Como todos los demás.

Burns se hallaba ante la ventana de su habitación. La lluvia desdibujaba el paisaje, disolviendo el cielo y los montes en un baño de gris. Detestaba ese tiempo lluvioso, porque todo el mundo se quedaba bajo techo, sentado en la sala común de los pacientes, hablando con tono tenso y burlón sobre la guerra la guerra la guerra.

Una ráfaga de viento más violenta lanzó lluvia contra el cristal. En cualquier caso, iba a tener que salir. No estaba prohibido, incluso se

fomentaba, aunque él personalmente no salía mucho. Cogió el abrigo y bajó. En el pasillo se encontró con una enfermera de su planta, que se sorprendió al verlo con el abrigo, pero no le preguntó adónde iba.

En la verja se detuvo. Llevaba tanto tiempo dentro que las posibilidades se le antojaron ilimitadas, aunque enseguida se redujeron a dos: hacia el centro de Edimburgo o en dirección contraria. Y ésa tampoco era una alternativa real. Sabía que no estaba en condiciones de afrontar el tráfico.

En las primeras paradas, el autobús iba hasta los topes. Ocupó el asiento más próximo a la puerta. La gente olía a lana mojada y, con las sacudidas, se balanceaba, rozándolo y golpeándole las rodillas; él se tensó, molesto por el contacto y el olor. Pero a cada parada se apeaba más y más gente, hasta que sólo quedaron un viejo y el cobrador. Ahora la carretera era más estrecha; los árboles se cernían sobre el autobús a ambos lados. Una rama azotó las ventanas con un sonido semejante al tableteo de una ametralladora, y Burns tuvo que morderse los labios para no gritar.

Se bajó en la parada siguiente y se quedó inmóvil, mirando a uno y otro lado de la carretera rural. Al principio no supo qué hacer: era mucho el tiempo que llevaba sin estar solo en ningún sitio. Caían gotas de los árboles, gotas grandes, ruidosas, persistentes, que encontraban el hueco cálido entre su cuello y la camisa. Volvió a mirar otra vez a uno y otro lado de la carretera. En algún lugar a cierta distancia se oyó el arrullo monótono de una paloma torcaz. Cruzó y empezó a ascender por la cuesta entre los árboles.

Subió y subió hasta que le cortó el paso una cerca. Los alambres se agitaban por efecto del viento y un mechón de lana gris había quedado prendido en una de las púas. Burns se sacudió el agua de lluvia de los ojos con un parpadeo. Separó dos de los alambres y pasó al otro lado. Se le enganchó la manga y, en el forcejeo por desprenderse, empezó a sudar.

Temblando, avanzó trabajosamente por el linde del sembrado, entre resbalones y traspies, y las botas, lastradas por el barro, pesadas como el plomo, sobrecargaban los músculos de sus muslos. Sentía el cuerpo frío bajo el uniforme caqui almidonado, salvo por el escozor en torno a las rodillas allí donde la rígida tela le rozaba la piel.

Subía por la pendiente de un monte, encogido para protegerse del viento

que parecía querer arrancarlo de la ladera. Cuando llegó a lo alto, una ráfaga de mayor intensidad le cortó la respiración. Después, mantuvo la cabeza gacha, deteniéndose de vez en cuando para respirar hondo a través del chapitel formado por sus manos ahuecadas. La lluvia le azotaba la cabeza y el agua goteaba desde la visera de su gorra; los huesos de la nariz y la mandíbula habían empezado a arderle. Paró y miró en dirección al extremo opuesto del campo. La distancia había desaparecido tras una cortina de lluvia. No sabía adónde iba, ni por qué, pero pensó que debía buscar cobijo y se echó a correr torpemente por lo alto de un monte hacia una lejana arboleda. Tanto tiraba el barro de él que tuvo que aflojar la marcha. Cada paso era un esfuerzo en sí mismo por la necesidad de desprender las botas embarradas de la tierra, que las succionaba. Su mente era incapaz de establecer comparaciones, pero sus muslos doloridos sí se acordaban, y aguzó el oído, atento al silbido de los obuses.

Cuando llegó por fin a los árboles, se sentó de espaldas al más cercano, y por un rato no hizo nada en absoluto, ni siquiera enjugarse las gotas de lluvia que confluían en la punta de su nariz y caían en su boca abierta. Finalmente, parpadeando, se pasó la manga húmeda por la cara.

Al cabo de un rato se puso en pie y empezó a avanzar entre los árboles con paso tambaleante, casi a ciegas, tropezando con los helechos. Algo le rozó la mejilla, y alzó la mano para apartarlo. Percibió un contacto viscoso en los dedos, y los retiró en el acto. Al volverse, vio un topo muerto, aparentemente suspendido en el aire, su pelaje negro salpicado de sangre, las patas delanteras, pequeñas y rosadas, cruzadas ante el pecho.

Al levantar la mirada, vio que se hallaba bajo un árbol colmado de animales muertos. Colgaban como fruta. Toda una rama de topos en distintos estadios de descomposición, un hurón, una comadreja, tres urracas, un zorro, el zorro muy cerca de él, con los labios contraídos y los dientes ensangrentados a la vista.

Se echó a correr, pero tenía los árboles en contra. Las ramas lo abofeteaban y lo arañaban, las raíces lo zancadilleaban. En un momento dado cayó de bruces, pero se levantó de inmediato y siguió corriendo, con el abrigo embadurnado de barro y hojas muertas.

Ya en campo abierto, chapoteando por los surcos anegados, oyó la voz de Rivers, tan nítidamente como la oía a veces en sueños: «Si huyes ahora, no te detendrás nunca».

Se volvió y desanduvo el camino, pese a saber que la voz estaba sólo en su cabeza, y que el verdadero Rivers habría podido decir igualmente: «Márchate de aquí». Se detuvo de nuevo ante el árbol. Ya más sereno, recordó que había visto antes árboles como ése. Los animales no estaban clavados a él, como a veces ocurría, sino atados, por las alas o las patas o las colas. Empezó a soltar una urraca, y le rechinaron los dientes cuando un ala se desprendió y se le quedó en la mano. Pasó luego a las otras urracas, el zorro, la comadreja, el hurón y los topes.

Cuando todos los cuerpos muertos estaban en el suelo, los dispuso en círculo alrededor del árbol y se sentó dentro, con la espalda apoyada en el tronco. Sintió la corteza áspera en su espinazo huesudo. Se apretó las manos entre las rodillas y recorrió con la mirada el círculo formado por sus acompañantes. Ahora podían disolverse en la tierra como era su destino. Sintió el profundo impulso de yacer junto a ellos, pero sus ropas lo separaban. Se levantó y empezó a desnudarse. Al terminar, se miró. Su cuerpo desnudo era tan blanco como una raíz. Se cubrió los genitales con las manos, no por vergüenza, sino porque parecían fuera de lugar, como si no formaran parte de él. A continuación plegó la ropa con cuidado y la dejó fuera del círculo. Volvió a sentarse de espaldas al árbol y, alzando la vista, contempló los nubarrones en rápido movimiento a través de la celosía de ramas.

El cielo se oscureció, el aire se enfrió, pero le dio igual. Ni siquiera se le pasó por la cabeza moverse. Ése era el sitio adecuado. Allí era donde quería estar.

A media tarde la ausencia de Burns empezó a ser motivo de preocupación. La enfermera que lo había visto salir con su abrigo se sintió culpable por no habérselo impedido, pero a nadie se le ocurrió responsabilizarla. Los pacientes, salvo un par a quienes se consideraba suicidas potenciales de alto

riesgo, podían entrar y salir a su antojo. Bryce y Rivers se consultaron entre sí a intervalos durante el día, a fin de decidir en qué momento debían darse por vencidos y avisar a la policía.

Burns volvió a las seis y subió por la escalera sin que nadie lo viera, dejando un rastro de barro, ramitas y hojas muertas. El cansancio no le permitía razonar. Le dolían las piernas; sentía vahídos a causa del hambre y sin embargo no se atrevía a pensar en la comida.

La hermana Duffy lo sorprendió justo cuando abría la puerta de su habitación y la emprendió con él, reprendiéndolo y gorjeando como un pájaro pequeño, marrón grisáceo, que era lo que parecía. Lo obligó a desvestirse allí, dispuesta a secarlo con una toalla ella misma, pero él no se lo permitió. Lo dejó solo pero regresó al cabo de unos minutos, cargada con bolsas de agua caliente y mantas, aún decidida a reprenderlo, pero cuando vio lo cansado que estaba, recostado en las almohadas, se contuvo y se limitó a decir, amenazadoramente, que el doctor Rivers había sido informado y subiría en cuanto tuviera un momento.

Supongo que me va a caer una buena, pensó Burns, pero no logró concederle mayor importancia. Cruzó los brazos ante la cara y casi de inmediato lo venció el sueño. Volvía a hallarse en el bosque, ahora fuera del círculo, pero se veía en el interior. Su piel, blanca como el sebo, contrastaba con la corteza escamosa. Un haz de luz solar se filtró entre las hojas e iluminó una de las urracas; sus plumas resplandecieron con destellos de colores zafiro, esmeralda y amatista. No tenía ninguna razón para volver, pensó. Podía quedarse allí eternamente.

Cuando abrió los ojos, Rivers estaba sentado junto a la cama. Era evidente que llevaba allí un rato: tenía las gafas en el regazo y se cubría los ojos con una mano. La habitación se hallaba casi a oscuras.

Rivers pareció percibir que Burns lo observaba, porque al cabo de un momento alzó la vista y sonrió.

—¿Cuánto rato he dormido?

—Una hora más o menos.

—He tenido a todo el mundo preocupado, ¿no?

—Da igual. Ha vuelto, y eso es lo único que importa.

En el camino de regreso al hospital, Burns no había dejado de preguntarse por qué volvía. Ahora, al despertar y encontrar a Rivers sentado junto a su cama, cansado y paciente, sin darse cuenta de que lo observaba, comprendió que ésa era la razón por la que había regresado.

Rivers empezó la ronda de la noche temprano. La hermana Rogers estaba en su salita, bebiendo el primero de los muchos cafés que la ayudarían a sobrellevar la noche.

–El alférez Prior –dijo ella en cuanto lo vio.

–Sí, lo sé, y no puedo hacer nada al respecto. –Prior era un paciente nuevo y tenía tales pesadillas que a su compañero de habitación le era imposible dormir–. ¿Aún no ha hablado con nadie?

–No, y cuando alguien habla con él, él lo mira como si no lo viera.

No era propio de la hermana Rogers sentir antipatía por un paciente, pero en ese momento su voz traslucía clara animadversión.

–De acuerdo –dijo Rivers–. Vamos a verlo.

Prior leía acostado en su cama. Era un joven delgado y rubio de veintidós años, con pómulos muy pronunciados, nariz corta y chata y expresión altanera. Cuando Rivers entró, Prior alzó la mirada, pero no cerró el libro.

–¿Me ha dicho la hermana que está pasando una mala noche?

Prior se encogió de hombros afectadamente. De reojo, Rivers vio tensarse los labios de la hermana Rogers.

–¿Qué ha soñado?

Prior cogió el cuaderno y el lápiz que tenía al lado de la cama y escribió en mayúsculas: NO LO RECUERDO.

–¿Nada en absoluto?

Prior vaciló y luego respondió: NO.

–¿Habla en sueños, hermana?

Rivers miraba a Prior cuando hizo la pregunta, y le pareció detectar un

asomo de inquietud.

–Dice cosas ininteligibles.

Prior contrajo los labios, pero no pudo disimular su alivio.

–¿Podría traerme una cucharilla, hermana? –preguntó Rivers.

Mientras ella estaba fuera de la habitación, Prior mantuvo la mirada fija en Rivers. Éste, decidido a evitar que ese encuentro acabara en enfrentamiento, echó una ojeada alrededor. La hermana Rogers regresó.

–Gracias. Ahora quiero examinarle la garganta.

Volvió a aparecer el cuaderno. NO TENGO NINGÚN POBLEMA FÍSICO.

–Se dice «problema», con erre, señor Prior. Abra bien la boca.

Rivers introdujo el mango de la cucharilla, no bruscamente pero sí con firmeza, hasta el fondo de la garganta de Prior. Éste se atragantó, se le empañaron los ojos e intentó apartar la mano de Rivers.

–No hay zona de analgesia –comentó Rivers a la hermana Rogers.

Prior agarró el cuaderno. SI ESO QUIERE DECIR QUE HA DOLIDO, SÍ HA DOLIDO.

–No creo que pueda definirse exactamente como dolor, ¿verdad que no? –contestó Rivers–. Puede que haya sentido molestias.

¿Y ESO USTED CÓMO LO SABE?

La hermana Rogers chasqueó la lengua.

–¿Sería tan amable de dejarnos diez minutos a solas, hermana?

–Sí, claro, doctor. –Lanzó una mirada de inquina a Prior–. Si necesita algo, estaré en la salita.

Cuando se fue, Rivers preguntó:

–¿Por qué escribe siempre en mayúsculas? ¿Porque es menos revelador?

Prior negó con la cabeza. Escribió: MÁS CLARO.

–Eso depende de la caligrafía, ¿no? Sé que si yo me quedara sin voz, tendría que escribir en mayúsculas. Nadie entiende mi letra.

Prior le ofreció el cuaderno. Con la misma sensación que si fuera un colegial jugando al cruz y raya, Rivers escribió: «Su expediente aún no ha llegado».

ENTIENDO LO QUE QUIERE DECIR.

–Su expediente aún no ha llegado –aclaró Rivers.

Otra vez se encogió de hombros con afectación.

–Bueno, me temo que la cosa es más complicada de lo que parece. Si no llega pronto, vamos a tener que elaborar un historial con su ayuda, por este sistema. Y no va a ser fácil.

¿POR QUÉ?

–¿Por qué tenemos que hacerlo? Porque necesito saber qué le ha pasado.

NO ME ACUERDO.

–No, puede que de momento no, pero irá recuperando la memoria.

Un largo silencio. Al final Prior garabateó algo y luego se volvió de cara a la pared. Rivers se inclinó y cogió el cuaderno. Prior había escrito: NO MÁS PALABRAS.

–Debo decir que Craiglockhart casi resulta soportable –comentó Sassoon, mirando a uno y otro lado del andén–. Ayuda el hecho de saber que no te vomitan encima en todas y cada una de las comidas. Cenaría fuera cada noche si pudiera pagarlo.

–Tendrás que pasar cierto tiempo ahí, Sass.

No hubo respuesta.

–Al menos tienes a Rivers.

–Y al menos Rivers no actúa como si yo estuviera mal de los nervios.

Graves se dispuso a hablar pero se contuvo.

–Ojalá yo pudiera decir lo mismo de mi propio estado de nervios.

–¿Qué quieres que te diga, Robert? Te cedo mi cama. Vive tú con esa panda de chiflados. Yo volveré a Liverpool.

–No me gusta oírte hablar así. Como si todo el mundo que se viene abajo fuese inferior. Todos hemos estado... –Graves sostuvo en alto el pulgar y el índice– así de cerca.

–Sé lo cerca que yo he estado. –Calló por un momento y a continuación prorrumpió–: Robert, ¿no te das cuenta de que por eso detesto ese lugar? Me da miedo.

–¿Miedo? ¿Tú? Tú no tienes miedo. –Alargó el cuello para ver la expresión de Sassoon–. ¿Sí tienes?

–Obviamente no.

Permanecieron en silencio por unos segundos.

–Deberías volver –observó Graves.

–Sí, creo que tienes razón. No quiero llamar la atención. –Le tendió la mano–. En fin, dales recuerdos míos a todos. Si aún los quieren.

Graves le cogió la mano y tiró de él para darle un fuerte abrazo.

–No digas tonterías, Siegfried. Sabes que sí los quieren.

Solo y tembloroso en la acera, Sassoon se planteó coger un taxi, pero descartó la idea. El paseo le sentaría bien, y si se daba prisa, seguramente llegaría a tiempo. Se abrió paso entre la muchedumbre de Princes Street. Ahora que Robert se había ido, detestaba a todo el mundo, las chicas risueñas, los corpulentos hombres de mediana edad, las mujeres cuyas miradas se posaban como moscas en su insignia de herido de guerra. Sólo se libró de su aversión el joven soldado de permiso que salía a trompicones de una taberna, aturdido y ausente.

En cuanto dejó la ciudad atrás, empezó a relajarse y a caminar vigorosamente, como habría podido hacer en Francia. Recordó la marcha a Arrás detrás de una cureña cuyo farol oscilante proyectaba enormes sombras de piernas en movimiento sobre una pared enjalbegada. Luego... No más paredes. Edificios en ruinas. Carreteras bombardeadas. «De la luz del sol a la tierra sin sol.» Y por un segundo estuvo otra vez allí: Armagedón, el Gólgota, no había palabras, un lugar donde la desolación era tan absoluta que ninguna imaginación podría haberla concebido. Pensó en Rivers, y en lo que había dicho esa mañana, planteándole que quizá la seguridad le resultara insoportable. En fin, Rivers se equivocaba, la gente era más corrompible de lo que él creía. Incluso el propio Siegfried era más corrompible. Unos días de seguridad, y el diáfano espíritu de las trincheras se habría esfumado. Después de tantas semanas aún lo asaltaba una pura sensación de júbilo al acostarse entre sábanas blancas y saber que despertaría. La carretera olía a alquitrán caliente, las mariposas nocturnas revoloteaban entre los árboles, y cuando por fin dobló por el camino de acceso a Craiglockhart, se detuvo y echó atrás la cabeza. Las estrellas estallaron ante su cara vuelta hacia el cielo como un salpicón de luz.

Para Rivers el baño nocturno se había convertido en algo esencial, un ritual que se alzaba como una barrera entre su escaso tiempo libre y las exigencias del hospital. Cruzó el dormitorio, quitándose ya la guerrera. Desnudo, se sentó en el borde de la bañera, esperando a que se llenase. El grifo del agua caliente resplandecía; el de agua fría estaba empañado, y el vapor se condensaba en gotas sobre él. Distraídamente, jugueteó con las gotas, obligándolas a confluír para formar acumulaciones de agua mayores. Pensaba en Prior, y en el efecto que tenía en su compañero de habitación, Robinson, y se preguntaba si era peor que el efecto que Anderson tenía en Featherstone. En todo caso no disponían de ninguna habitación individual. Una solución para el problema de Prior era trasladar a Robinson a una habitación compartida ya por dos pacientes, pero debía seleccionarse con sumo cuidado a los otros pacientes para que el hacinamiento no resultase intolerable. Continuó especulando con posibles combinaciones mientras se bañaba.

Junto a su cama estaba el último número de la revista *Man*, todavía en su sobre. Aún no había podido siquiera echarle un vistazo. Y de pronto se enfureció con el hospital, y con Prior, y con el hacinamiento, y con las interminables permutas de pacientes en habitaciones comunes a causa de las pesadillas, el sonambulismo, la necesidad en algunos casos de luces nocturnas y en otros de oscuridad absoluta.

Su irritación, buscando un blanco a bulto, se cebó en Sassoon. Sassoon no ocultaba su convicción de que cualquiera que diese apoyo a la prolongación de la guerra debía de actuar por motivos egoístas, y en cambio si Rivers hubiese podido imponer esa clase de motivos, habría deseado que la guerra terminase esa misma noche. Ya se ocuparía la siguiente generación del problema no resuelto del militarismo alemán, y así él podría volver a Cambridge y a la investigación. Hojeó la revista, pero estaba demasiado cansado para concentrarse, y al cabo de unos minutos apagó la luz.

Despertó poco antes del alba. Todavía aturdido por el sueño, se llevó la mano al brazo izquierdo esperando encontrar sangre. Al notarse la manga del pijama seca, supo que había sido un sueño. Encendió la lámpara y se quedó allí tendido por un rato, recordando los detalles del sueño; luego cogió un lápiz y un cuaderno de su mesilla de noche y empezó a escribir.

Estaba en mi despacho del St. John's, sentado a la mesa delante de la estantería. Head estaba a mi lado, con la manga izquierda subida, y los ojos cerrados. Iba arremangado muy por encima del codo, de modo que quedaba a la vista la incisión en toda su longitud. Era una cicatriz morada. Sobre el mantel había material diverso: jarras de agua, torundas de algodón, cepillos de púas, compases, cubitos de hielo, alfileres.

Mi cometido consistía en delimitar la zona de hipersensibilidad al dolor en el antebrazo de Head. Él estaba sentado con los ojos cerrados y la cara ligeramente vuelta. Cada vez que yo le pinchaba, soltaba un alarido e intentaba apartar el brazo. A mí esto me angustiaba y no quería seguir adelante, pero sabía que tenía que hacerlo. Head gritaba y gritaba.

De pronto el sueño cambiaba, y yo dibujaba un mapa de la zona protopática directamente sobre su piel. La pluma le causaba tanto dolor como la aguja. Head abría los ojos y pronunciaba unas palabras que yo no alcanzaba a entender. Era algo así: «¿Por qué no lo pruebas tú?». Me tendía un objeto. Al bajar la vista, yo veía qué era, y veía también que yo mismo tenía el brazo izquierdo desnudo, pese a que no recordaba haberme arremangado.

El objeto en la mano de Head era un bisturí. Le pedía que repitiera lo que había dicho, pero sin darme tiempo a acabar la frase, él se inclinaba y me aplicaba el bisturí en el brazo, en la zona del codo. La incisión, aunque de unos quince centímetros de largo, era tan fina que al principio no sangraba. Al cabo de un segundo, comenzaban a aparecer diminutas gotas de sangre, y en ese momento desperté.

Rivers empezó a analizar el sueño. No tardó en interpretar el contenido manifiesto. Salvo por el corte en el brazo, el sueño era una reproducción anormalmente precisa de sucesos que habían ocurrido en la realidad.

Henry Head llevaba un tiempo investigando la regeneración de los nervios tras lesiones accidentales, empleando como sujetos a pacientes de las salas públicas de los hospitales londinenses, cuando llegó a la conclusión de que para conseguir nuevos avances, debían realizarse pruebas controladas con mayor rigor. Rivers señaló que el sujeto de dichas pruebas tenía que ser él mismo, un observador con la debida formación, dado que se necesitaría un grado muy alto de percepción crítica para excluir toda idea preconcebida. Head se ofreció voluntariamente como sujeto para el experimento propuesto, y Rivers colaboró en la operación por medio de la cual se seccionó y suturó el

nervio radial de Head. Luego, los dos juntos, a lo largo de un periodo de cinco años, registraron gráficamente la evolución de la regeneración.

Durante las fases iniciales de la recuperación, cuando se restableció la sensibilidad protopática original pero no se discriminaba aún con precisión la sensibilidad epicrítica, muchos de los experimentos fueron en extremo dolorosos. Daba la impresión de que la sensibilidad protopática se regía por el principio «todo o nada». El umbral sensorial era alto, pero, una vez traspasado, las sensaciones eran, por un lado, anormalmente difusas y, por otro, según declaración textual de Head, «extremas». A veces un pinchazo causaba un dolor severo y prolongado. A menudo Rivers se angustiaba por el grado de dolor que causaba, pero no se le habría pasado por la cabeza ni remotamente interrumpir el experimento por esa razón, como tampoco se le habría ocurrido a Head. En el sueño, en cambio, el deseo de interrumpir el experimento era un elemento destacado.

El contenido latente planteaba mayores dificultades. Superficialmente, el sueño parecía refrendar la idea freudiana de que todos los sueños eran la realización de un deseo. Rivers deseaba regresar a Cambridge, dedicarse a sus investigaciones, y el sueño había realizado el deseo. Pero eso era pasar por alto el hecho de que el sueño no había sido agradable. El énfasis del sueño residía en la angustia que le producía infligir dolor y, al despertar, el efecto había sido el miedo. No creía que un sueño así pudiera explicarse de manera convincente como la realización de un deseo, a menos que, claro está, él deseara torturar a uno de sus amigos más íntimos. Sin duda los seguidores más doctrinarios de Freud habrían aceptado esa idea sin mayor problema, sobre todo porque la tortura se administraba en forma de pinchazos, pero Rivers no podía darla por buena. Tendía más bien a buscar el significado del sueño en el conflicto que el yo de su sueño había experimentado entre el deber de proseguir con el experimento y la reticencia a infligir más dolor.

Rivers era consciente del conflicto –como un trasfondo permanente en su trabajo– entre su convicción de que la guerra debía librarse hasta su conclusión última, por el bien de las generaciones venideras, y su horror ante la perspectiva de que siguiéndose produciéndose situaciones como las que habían causado la crisis nerviosa de Burns. Dicho conflicto, pese a ser un

elemento continuo en su vida, sin duda se había acentuado a raíz de sus conversaciones con Sassoon. Había pensado en Sassoon nada más acostarse. Pero Rivers, al reflexionar sobre ello, no tuvo la impresión de que el sueño pudiera ser una dramatización de ese conflicto. La guerra no podía considerarse un experimento, y ciertamente no le correspondía a él decidir si proseguía o no.

Últimamente casi todos sus sueños se centraban en conflictos surgidos de los tratamientos aplicados a pacientes concretos. Aconsejándoles recordar los acontecimientos traumáticos que habían motivado su envío allí, de hecho estaba infligiendo dolor, y lo hacía por un tratamiento que, como él sabía, aún era en gran medida experimental. Sólo en el caso de Burns le había resultado imposible insistir en ese consejo, por lo extremo que era el sufrimiento implícito en sus intentos de recordar. «Extremo.» La palabra que Head había usado para describir el dolor experimentado por él durante el estadio protopático de la regeneración. En el caso de Burns se daba sin duda un claro conflicto entre, por un lado, el deseo de Rivers de seguir usando un método de tratamiento en el que creía, pero que, como sabía, era experimental y, por otro lado, su percepción de que en esa situación concreta el dolor causado por la insistencia en el método sería excesivo.

El sueño no sólo había planteado un problema; también había propuesto una solución. «¿Por qué no lo pruebas tú?», había preguntado Henry. Rivers tenía la sensación de haberse anticipado al sueño, de que su actividad onírica iba a la zaga de su trabajo en estado de vigilia: ya estaba experimentando consigo mismo. Al ayudar a sus pacientes a entender que una crisis nerviosa no era motivo de vergüenza, que el horror y el miedo eran reacciones inevitables al trauma de la guerra y era preferible reconocer su existencia a reprimirlos, que los sentimientos de ternura hacia otros hombres eran naturales y no tenían nada de malo, que las lágrimas eran una parte aceptable y provechosa de la aflicción, se ponía a contrapelo de la tendencia general de su educación. Les habían enseñado a ver la represión emocional como la esencia de la virilidad. Los hombres que tenían crisis, o que lloraban, o que reconocían su miedo, eran maricas, débiles, fracasados. No eran hombres. Y sin embargo él mismo era producto de ese sistema, incluso podía decirse que

un producto extremo. Sin duda la rigurosa represión de las emociones y los deseos había sido el tema constante de su vida adulta. Al aconsejar a sus jóvenes pacientes que no se reprimieran, que se permitieran sentir la lástima y el terror suscitados inevitablemente por la guerra, socavaba el suelo mismo que pisaba.

El cambio que les exigía a ellos –e indirectamente a sí mismo– no era baladí. El miedo, la ternura... todas esas emociones se despreciaban hasta tal punto que sólo era posible admitirlas de manera consciente redefiniendo el significado de ser hombre. No era que el tratamiento de Rivers fomentara la debilidad o el afeminamiento. Podía alentar a los pacientes a reconocer sus temores, su horror ante la guerra, y aun así se esperaba de ellos que cumplieran con su deber y regresaran a Francia. Rivers estaba convencido de que quienes habían aprendido a conocerse, y a aceptar sus emociones, tenían menos probabilidades de sufrir otra crisis.

De un momento a otro un ordenanza llamaría a la puerta y le entraría su té. Dejó el cuaderno y el lápiz en la mesilla de noche. A Henry ese sueño le haría gracia, pensó. Si la realización de un deseo había intervenido de algún modo, era sin duda un deseo de Henry el que se había realizado. En la época de los experimentos con la regeneración nerviosa, habían llevado a cabo una serie de pruebas de control en el glande, y Henry había expresado con frecuencia el deseo de la aplicación recíproca de cubitos de hielo, cerdas de cepillo, agua casi hirviendo y agujas.

Prior estaba sentado con los brazos cruzados ante el pecho y la cabeza un poco vuelta en otra dirección. Tenía los párpados irritados por la falta de sueño.

–¿Cuándo ha recuperado la voz? –preguntó Rivers.

–En plena noche. Me he despertado gritando y de pronto me he dado cuenta de que podía hablar. Ya me ha pasado otras veces.

Un acento del norte, no incorrecto pero con las vocales claramente átonas y una ligerísima sonoridad sibilante. Al oír la voz de Prior por primera vez, uno tenía la curiosa sensación de que se trataba de otra persona. Más delgado, más a la defensiva. Y al mismo tiempo mucho más duro. Un pequeño gato callejero, huesudo y arisco.

–¿Viene y va?

–Sí.

–¿Por qué se va?

De nuevo se encogió de hombros en un gesto de indiferencia, uno más en su amplio repertorio.

–Ocurre cuando me altero.

–¿Y venir aquí lo ha alterado?

–Habría preferido otro sitio más al sur.

Yo también.

–¿Qué hacía antes de la guerra?

–Trabajaba en una oficina de transporte marítimo.

–¿Le gustaba?

–No. Era aburrido. –Se miró las manos y volvió a levantar la vista de

inmediato—. ¿Y usted a qué se dedicaba?

Rivers vaciló.

—A la investigación. A la docencia.

—¿Y le gustaba?

—Sí, mucho. Probablemente la investigación más que la docencia, pero...

—Se encogió de hombros—. Enseñar me divierte.

—Ya me di cuenta: «Se dice “problema”, señor Prior».

—Vaya una impertinencia por mi parte.

—Eso mismo pensé yo.

—Disculpe.

Prior no supo qué contestar. Se miró las manos y murmuró:

—Ya, bueno.

—Por cierto, su expediente ha llegado esta mañana.

Prior sonrió.

—¿Ya lo sabe todo sobre mí, pues?

—Yo no diría tanto. Lo que sí me ha quedado claro es que pasó un tiempo en el hospital de campaña decimotercero en... —Volvió a consultar el expediente—. En enero. Con un diagnóstico de neurastenia.

—Sí-í —contestó Prior con un titubeo.

—Reflejos miotáticos anormales.

—Sí.

—Pero en esa ocasión no tuvo problemas con la voz, ¿no? Catorce días después estaba otra vez en el frente. ¿Totalmente recuperado?

—Ya no bailaba el cancán, si se refiere a eso.

—¿Le quedaba algún síntoma residual?

—Jaquecas. —Observó que Rivers tomaba nota—. No es una razón de peso para no ir a las trincheras, ¿no le parece? «Esta noche no, Wilhelm. Me duele la cabeza.»

—Podría serlo. Depende de la gravedad. —Rivers esperó una respuesta, pero Prior permaneció sumido en un obstinado silencio—. Volvió a ingresar en el hospital de campaña decimotercero en abril. Esta vez tras perder el habla.

—Ya se lo he dicho, no me acuerdo.

–La pérdida de la memoria, pues, se corresponde con la última etapa de servicio en Francia; en cambio, la etapa inicial, más o menos los primeros seis meses, la recuerda relativamente bien, ¿no?

–Sí-í.

Rivers se recostó en su silla.

–¿Querría contarme algo sobre esa etapa inicial?

–No.

–Pero ¿la recuerda?

–Eso no significa que desee hablar de ello. –Eché una ojeada alrededor–. En todo caso, no entiendo por qué ha de ser así.

–Así ¿cómo?

–Que sea siempre usted quien que pregunte, y siempre yo quien conteste. ¿Por qué no en las dos direcciones?

–Oiga, señor Prior, si fuera usted al médico por una bronquitis y él se pasara media consulta hablándole de su lumbago, no le haría mucha gracia, ¿verdad que no?

–No, pero si yo fuera a mi médico en un estado de desesperación, quizá me ayudara saber que él al menos entendía el significado de esa palabra.

–¿Está usted desesperado?

Prior dejó escapar un ostensible suspiro de impaciencia.

–Verá –continuó Rivers–, hablo con mucha gente que está realmente desesperada, o muy cerca de estarlo, y sé por experiencia que a esa gente le trae sin cuidado la opinión del médico. A eso se reduce la desesperación, ¿no? Uno se repliega en sí mismo.

–Bueno, me limitaré a decir que prefiero dirigirme a una persona real a hablar con una tira de papel pintado, por empática que sea.

Rivers sonrió.

–Eso me ha gustado.

Prior lo miró con rabia.

–Si considera que no puede hablar de Francia, ¿le ayudaría tal vez hablar sobre sus pesadillas?

–No. No creo que hablar sea de gran ayuda. Sólo sirve para remover las cosas y darles una apariencia más real.

–Pero son reales.

Un breve silencio. Rivers cerró el expediente de Prior.

–De acuerdo. Buenos días.

Prior consultó el reloj.

–Sólo son las diez y veinte.

Rivers abrió las manos.

–No puede negarse a hablar conmigo.

–Prior, en este hospital hay ciento sesenta y ocho pacientes, todos deseosos de recuperarse, y ninguno de ellos recibe la atención que merece. Buenos días.

Prior hizo ademán de levantarse, pero enseguida se sentó de nuevo.

–No tiene derecho a decirme que no quiero recuperarme.

–Yo no he dicho eso.

–Lo ha insinuado.

–De acuerdo. ¿Quiere recuperarse?

–Claro que sí.

–Pero no está dispuesto a cooperar en el tratamiento.

–No estoy de acuerdo con el tratamiento.

Un profundo suspiro.

–¿Qué métodos de tratamiento prefiere?

–El doctor Sanderson iba a probar la hipnosis.

–En su informe no lo menciona.

–Iba a probarlo. Me lo dijo.

–¿Y usted qué pensó?

–Me pareció buena idea. Veamos, usted viene a decir: las cosas son reales, tiene que afrontarlas, pero ¿cómo voy a afrontarlas si no sé qué son?

–Ésa es una reacción bastante insólita, ¿sabe? Por lo común, cuando un médico propone la hipnosis, el paciente se pone muy nervioso, porque tiene la impresión de... someterse al control de otra persona. En realidad, eso no es del todo cierto, pero es un temor generalizado.

–Si no es cierto, ¿por qué usted no la utiliza?

–Yo la utilizo a veces. Selectivamente. Como último recurso. En su caso, querría conocer lo mejor posible la parte de su servicio militar que sí

recuerda.

–De acuerdo. ¿Qué quiere saber?

Rivers parpadeó, sorprendido ante tan repentina capitulación.

–Pues cualquier cosa que quiera usted contarme.

Silencio.

–Quizá pueda empezar por el día anterior a su primer ingreso en el hospital de campaña. ¿Recuerda qué hacía ese día?

Prior sonrió.

–Estaba con el agua hasta la cintura en un refugio subterráneo en tierra de nadie bajo incesante fuego de artillería.

–¿Por qué?

–Buena pregunta. Debería usted coger e incorporarse al Estado Mayor.

–Si no había ninguna razón lógica, al menos tenía que haber algún motivo.

–Claro que lo había. –Prior, con voz ahogada, adoptó un acento de colegio privado—. El orgullo del ejército británico exige que mantengamos en todo momento el dominio absoluto en tierra de nadie. –Abandonó ese acento—. Lo que en la práctica significa: refugio subterráneo en tierra de nadie. ¿Entiende? Cada cuarenta y ocho horas salen a rastras dos secciones... de noche, claro... para relevar a los pobres desgraciados que están allí metidos, y proporcionar a los alemanes otras cuarenta y ocho horas de prácticas de tiro. Escapa a mi comprensión el porqué se considera que necesitan tantas prácticas de tiro. Ya bastante puntería tienen. –Su expresión cambió—. El refugio estaba inundado. Había que permanecer de pie todo el tiempo. Casi siempre totalmente a oscuras porque las explosiones apagaban las velas. Estábamos tan hacinados que no podíamos movernos. Y ellos empeñados en venir a por nosotros. Un obús tras otro. Perdí dos centinelas. Alcanzados de pleno directamente en la entrada. No encontramos ni los trozos.

–¿Y pasaron así cuarenta y ocho horas?

–Cincuenta. El oficial del relevo no tenía prisa.

–Y cuando salió de allí, ¿fue directamente al hospital de campaña?

–No fui; me llevaron.

Llamaron a la puerta.

–Estoy con un paciente –respondió Rivers con tono airado.

Una breve pausa mientras escuchaban unos pasos alejarse por el pasillo.

–Vi al oficial del relevo –dijo Prior.

–¿En el hospital de campaña?

–No, aquí. Nos cruzamos en el pasillo del último piso. El pobre desdichado abandonó allí las ametralladoras Lewis. Tuvo suerte de que no le formaran consejo de guerra.

–¿Llegaron a hablar?

–Nos saludamos con un gesto. Oiga, a lo mejor usted quiera creer que aquello es como una gran familia feliz, pero no lo es. Todos se desprecian mutuamente.

–Quiere decir que usted se desprecia a sí mismo.

Prior lanzó una mirada elocuente por encima del hombro de Rivers.

–Son las once.

–De acuerdo. Hasta mañana.

–Mañana tenía previsto ir a Edimburgo.

Rivers alzó la vista.

–A las nueve.

–Ya me imagino lo que dijo Graves. Que era un hombre excelente, de lo más íntegro, hasta que caí en manos de pacifistas. ¿No es así? Russell me utilizó. Russell escribió la declaración.

–No, no dijo eso.

–Tanto mejor. Porque no es verdad.

–¿No cree que actuó bajo influencia de Russell?

–No, no especialmente. Creo que actué bajo la influencia de mi propia experiencia en el frente. Soy capaz de decidir por mí mismo.

–¿Ése fue su primer contacto con el pacifismo?

–No. Conocí a Edward Carpenter antes de la guerra.

–¿Lo leyó?

–Lo leí. Le escribí. –Esbozó una sonrisa–. Incluso hice la gran

peregrinación a Chesterfield.

–Debió de impresionarlo mucho para llegar a ese extremo.

Sassoon vaciló.

–Sí, yo...

Observándolo, Rivers percibió que sin querer había llevado a Sassoon a un territorio un tanto íntimo. Buscaba una manera de reencauzar la conversación cuando Sassoon dijo:

–Leí un libro suyo. *El sexo intermedio*. ¿Lo conoce usted?

–Sí. He tenido pacientes que aseguran que ese libro les cambió la vida por completo.

–Ése fue mi caso. O no sé si me la cambió, pero sí me la salvó.

–¿Tanto como eso?

–En cierto momento, sí. Tal era el estado en que me encontraba.

Rivers aguardó.

–Por lo visto, no conseguía sentir... bueno... ninguna de esas cosas que en teoría uno tenía que sentir. Estaba tan hundido que a veces me pasaba toda la noche paseando. Esperaba a que todos se fueran a la cama, y entonces... salía a pasear, así sin más. Ese libro me salvó la vida. Porque de repente vi que... yo no era un bicho raro, que había un lado positivo. ¿Lo ha leído?

Rivers cruzó las manos detrás de la cabeza.

–Sí. Hace ya mucho tiempo.

–¿Qué le pareció?

–Lo encontré muy difícil. Obviamente hay que admirar el valor de ese hombre, y la manera en que... inició el debate. Pero no sé hasta qué punto el concepto de sexo intermedio es tan útil como la gente cree cuando lo descubre. En último extremo nadie quiere ser neutro. En todo caso, la cuestión es que, según parece, el pacifismo de Carpenter no le causó una impresión muy profunda.

–Ni siquiera sé si tomé conciencia de eso. Por entonces no concedía mucha importancia a la política. Mi siguiente contacto con el pacifismo fue Robert Ross. Lo conocí... esto, hará dos años. Está totalmente en contra de la guerra.

–¿Y tampoco eso influyó en usted?

–No. Obviamente me facilitó las cosas en un plano personal. O sea, francamente, cualquier hombre de mediana edad que creyera en la guerra... – Paró en seco—. Mejorando lo presente.

Rivers agachó la cabeza.

–Ni siquiera me molesté en enseñarle la declaración. Me constaba que no se prestaría a darme su apoyo en eso.

–¿Por qué no? ¿Porque temía por usted?

–Sí-í. Sí, eso desde luego, pero... Ross era amigo íntimo de Wilde. Supongo que había aprendido a esconder la cabeza.

–Y usted no.

–No me gustan los agujeros en el suelo.

Rivers empezó a limpiarse las gafas con el pañuelo.

–Verá, comprendo que la cautela de Ross parezca excesiva. O que se lo parezca a usted. Pero confío en que no se apresure a desestimarla. No hay nada más despreciable que utilizar la vida privada de un hombre para desacreditar sus opiniones. Pero se hace con mucha frecuencia, incluso lo hacen personas de mi profesión. Personas que uno nunca habría dicho que recurrirían a semejantes tácticas. No me gustaría ver que eso le ocurre a usted.

–Pensaba que su intención era desacreditar mis opiniones.

Rivers desplegó una sonrisa irónica.

–Digamos simplemente que soy puntilloso con los métodos.

Rivers se había reservado dos horas libres de sesiones al final de la tarde para ponerse al día con los informes atrasados. Cuando llevaba media hora trabajando, llamó a su puerta la señorita Crowe.

–Pregunta el señor Prior si puede hablar un momento con usted.

Rivers hizo una mueca.

–Hoy ya lo he visto. ¿Ha dicho qué le pasa?

–No, es el padre.

–Ni siquiera sabía que iba a venir.

Ella hizo ademán de cerrar la puerta.

–Le diré que está ocupado, ¿le parece bien?

–No, no, lo recibiré.

El señor Prior pasó. Era un hombre grande, fornido y rubicundo, con un pelo oscuro y lustroso, peinado hacia atrás, y un exuberante bigote de color castaño rojizo y guías colgantes.

–Disculpe por presentarme así –dijo–. Creía que nuestro Billy le había anunciado nuestra visita.

–Es probable que lo mencionara. Si ha sido así, me temo que se me ha pasado.

El señor Prior lo miró de arriba abajo con expresión sagaz.

–Qué va. No se le ha pasado.

–Bueno, siéntese. ¿Cómo lo ha encontrado?

–Cuesta saberlo cuando alguien no habla, ¿no cree? –respondió el señor Prior.

–¿No habla? Esta mañana sí hablaba.

–Pues ahora no.

–Le va y le viene, es verdad.

–Ah, eso no lo dudo. Pierde o recupera el habla a conveniencia. ¿Qué se supone que le pasa?

–No tiene ningún problema físico –Problema con erre, pensó Rivers–. Quizá hay algo de lo que le da miedo hablar, creo, así que lo resuelve enmudeciendo. Esa actitud es algo... que pasa por debajo de la superficie. Él no es consciente de lo que está haciendo.

–Si no lo es, será la primera vez.

Rivers probó una táctica distinta.

–Me parece que se ofreció voluntario, ¿no? La primera semana de la guerra.

–Sí. Contra mis consejos, aunque nunca los ha tenido muy en cuenta.

–¿Usted no quería que fuera a la guerra?

–No, no quería. Ya tendrás tiempo de sobra para hacer algo por el Imperio, le dije, cuando el Imperio haya hecho algo por ti.

–Es normal que los jóvenes sean idealistas.

–Los ideales no tuvieron nada que ver con esto. Quería dejar su empleo a

toda costa.

–Si no recuerdo mal, comentó que no le gustaba. Trabajaba en una oficina de transporte marítimo.

–Exacto, y allí no iba a llegar a ninguna parte. Uno se pasa veinte años desgastando los fondillos del pantalón y al final, si se porta bien y lame a quien hay que lamer, llega a supervisor y entonces se sienta en un taburete más alto y ve a otros desgastarse los fondillos. Eso no era para nuestro Billy. Verá, él es ambicioso; quizá no se lo parezca a simple vista, pero lo es. Se lo inculcó su madre. Lo adoctrinó para eso. Estaba decidida a que el chico llegara a algo.

Inesperadamente, Rivers descubrió que deseaba salir en defensa de Billy Prior.

–Pues parece que su madre ha conseguido su objetivo.

El señor Prior dejó escapar un resoplido.

–Lo ha convertido en un apoltronado, si se refiere a eso.

–Habla como si usted no hubiera pintado nada.

–Así es. Durante toda su niñez sólo intervine una vez, y fue cuando otro chico del colegio se metía con él. Siempre volvía llorando, y un día pensé: Bueno, ya basta. La siguiente vez que se presentó en casa lloriqueando, le di un revés y lo eché de un empujón a la calle. Y allí se quedó, llorando a moco tendido, chillando como un poseso. Me dijo: «Me está esperando, papá». Y yo le contesté: «Pues ve». En nuestro barrio hay que enseñarlos a curtirse, ¿sabe? En cuanto agachas la cabeza, te pisotean.

–¿Y qué pasó?

–Recibió una buena tunda. Y otra al día siguiente. Y al día siguiente una más. Pero... y así es nuestro Billy... cuando por fin vio la luz y decidió devolvérsela a ese pequeño canalla, no se conformó con pegarle; casi lo asesinó. Vino su padre a verme y todo. Yo le paré los pies, claro está.

No parecía sentir por su hijo más que desprecio.

–¿Estará orgulloso de que sea oficial?

–¿Tengo que estarlo? No estoy orgulloso. Debería haberse quedado con los suyos. Pero es incapaz de eso, ¿no? Eso es lo que consiguió su madre. Ese chico no es ni chicha ni limonada, y ella, la muy tonta, no se da cuenta. Pero

hay uno que sí se da cuenta. –Señaló al techo–. Sí, todo son zalamerías, pero en el fondo no se lo agradece a su madre. –Se puso en pie–. En fin, más vale que vuelva con ellos. Al señorito le dará un ataque cuando se entere de que he venido a verle. Tiene mucho resuello, ¿no? –Reparó en la expresión de Rivers–. Ah, ya veo, ¿tampoco resollaba? No puede decirse que mi visita haya sido muy afortunada.

–Estoy seguro de que a él le ha hecho mucho bien. A menudo observamos que no se serenán hasta que ven a sus familias.

El señor Prior asintió, aceptando aquellas tranquilizadoras palabras sin creérselas.

–¿Tiene idea de cuánto tiempo pasará aquí?

–Doce semanas. En principio.

–Mmm. Recibiría mucha más compasión de mí si le hubieran metido una bala en el culo. En todo caso... –Tendió la mano–. Ha sido un placer conocerlo. No sé cuándo volveremos a vernos.

Rivers había acabado los dos informes cuando la señorita Crowe volvió a asomar la cabeza por la puerta.

–La señora Prior.

Cruzaron una mirada. Rivers tiró la pluma a la mesa y dijo:

–Que pase.

La señora Prior era una mujer menuda y erguida, pulcramente vestida con un traje oscuro y una blusa malva.

–Será sólo un momento –aseguró, y se sentó nerviosamente en el borde de la silla. Jugeteaba con su alianza de boda, deslizándola arriba y abajo por el hinchado nudillo–. Me gustaría disculparme en nombre de mi marido. Creía que sólo iba a salir a fumar; si no, se lo habría impedido.

Una dicción cuidadosamente refinada. Una belleza ya en decadencia. Billy Prior había heredado la constitución y las facciones de su madre, más que de su padre.

–No, ha sido un placer verlo. ¿Cómo ha encontrado a Billy?

–Tiene resuello. No le veía el pecho tan cargado desde que era niño.

–Ni siquiera sabía que tuviera asma.

–Ya, bueno, no le causa muchas molestias. Normalmente. De niño era un horror. Tenía que poner agua a hervir en su habitación. Ya sabe, por el vapor.

–Debe de estar muy orgullosa de él.

Su expresión se suavizó.

–Lo estoy. Porque yo sí sé lo difícil que debe de haber sido. Puedo decir sin faltar a la verdad que nunca se ha presentado a un examen sin que se le agravase el asma.

–¿Le gustaba su trabajo en la oficina de transporte marítimo?

Formó primero un «sí» con la boca y luego dijo:

–No. Era en el mismo muelle que su padre, y creo que eso fue un error. Hágase cargo, su padre ganaba más como capataz que Billy en las oficinas, y personalmente creo que había un poco de... Verá, el lema de mi marido es «el que a los suyos parece honra merece», y allí está el problema. ¿Entiende lo que quiero decir? Nunca ha aceptado que Billy sea distinto. Y creo que también hay cierta envidia, porque mi marido tiene, ha tenido, una vida dura. Eso no lo niego. Mucho más dura de lo que debería haber sido, porque su madre lo mandó a trabajar a los diez años. Y no había necesidad de eso: ya tenía dos hijos trabajando. Pero así son las cosas. ¿Qué voy yo a decir ante una cosa así? Él la adora. –Se quedó en silencio por un momento, pensativa–. Sabe, a veces pienso que cuanto menos hace una por ellos, tanta más consideración le tienen.

–¿Usted diría que Billy y su padre estaban unidos?

–¡No! Y sin embargo lo curioso es que nuestro Billy... –Buscó una manera de borrar ese revelador «nuestro» de la frase y, al no encontrarla, dejó escapar una breve risa de disculpa–. Es un defensor de la «gente corriente», como él la llama. «¿Te refieres a tu padre?», le pregunté. –Volvió a reírse–. No, no, no se refería a su padre. «Pero ¿qué sabrás tú de la gente corriente? Nunca has tratado con ella.» ¿Y sabe con qué me salió? Dijo: «¿Y quién es la culpable de eso?».

La señorita Crowe llamó a la puerta.

–Dice su marido que ya se va, señora Prior.

–Ya, bueno, tengo que irme. Cuidará de él, ¿verdad?

Estaba al borde del llanto.

–Haremos lo que podamos –contestó Rivers.

–Le agradecería que no le mencione que he venido a verlo. Ya bastante molesto está porque haya venido su padre.

Cuando la mujer se fue, Rivers se volvió hacia la señorita Crowe.

–Increíble. Habrían sido capaces de contar cualquier cosa, ¿se da cuenta?

–Hay matrimonios así. Uno dice una palabra comprensiva, y ahí los tiene hasta las tantas de la noche. El capitán Broadbent espera para verlo.

Rivers echó un vistazo a la pila de papeles en su mesa y suspiró.

–De acuerdo, hágalo pasar. –Sucumbió a la frustración–. Y procure no llamarlo «capitán», por favor. No es más capitán que yo.

–Usted sí es capitán, capitán Rivers.

La señorita Crowe permaneció en la puerta para saborear ese pequeño momento de triunfo. Rivers sonrió.

–De acuerdo. Pero al menos procure no dirigirse a él como «capitán». No es de gran ayuda para Broadbent que le confirmen sus fantasías.

–Haré lo posible. Mientras se le permita pasearse por el hospital con tres estrellas en la manga, no veo qué diferencia puede haber en que yo lo llame «señor» o no. –Desplegó una dulce sonrisa y se retiró. Al cabo de unos segundos reapareció–. El señor Broadbent.

–Pase, señor Broadbent. Siéntese.

No eran sólo las estrellas. Estaba también el pequeño detalle de las medallas, incluido el equivalente serbio a la Cruz Victoria concedida a un extranjero por primera y única vez en la larga y gloriosa historia de dicha condecoración. Y estaban por otro lado los títulos honoríficos, aunque al menos no le había dado aún por lucirlos en la guerrera. No obstante, hacía un muy buen trabajo con la orquesta de cámara del hospital.

–Y bien, Broadbent, ¿en qué puedo ayudarlo?

–Tengo una mala noticia, doctor Rivers –anunció Broadbent con su tono de siempre, como en confianza y de manera insinuante–. Mi madre está enferma.

Rivers no se creyó que la madre de Broadbent estuviera enferma. Ni siquiera se creía que Broadbent tuviera madre. Consideraba del todo posible

que Broadbent hubiera nacido de un huevo.

–Vaya, cuánto lo siento.

–Esperaba que me concedieran un permiso.

–Eso tendrá que pedírselo al oficial al mando.

–Esperaba que intercediera usted por mí. Verá, me parece que no le caigo muy bien al comandante Bryce.

La gente que, sin conocer a Broadbent en persona, había oído hablar de sus hazañas, tendía a imaginar a un hombre rubicundo, audaz, exuberante. Pero en realidad Broadbent era un joven cojo y lánguido, de tez pálida y apretón de manos perceptiblemente húmedo, cuyas continuas y estafalarias infracciones del reglamento del hospital ocupaban un tiempo excesivo. No le faltaba razón al pensar que caía mal a Bryce.

–No es cuestión de si cae bien o mal –dijo Rivers–. ¿Está muy enferma, su madre?

–Me temo que sí, doctor Rivers.

–Entonces seguramente el comandante Bryce será comprensivo. Pero la decisión es suya, no mía.

–Sólo había pensado... –De pronto Broadbent endureció el tono–. Esto me va muy mal para los nervios. Y ya sabe lo que pasa.

–Espero que esta vez no pase. Porque la última, recordará, hubo que encerrarlo. ¿Por qué no va a ver al comandante Bryce ahora?

–Sí, de acuerdo. –Broadbent se levantó, a regañadientes, y espetó–: Muchísimas gracias, señor.

Al menos no le tendió la mano para estrechársela.

Después de la cena pusieron una película de Charlie Chaplin en el cine del primer piso. Toda la planta baja estaba desierta. Rivers, mientras llevaba los informes ya completos a la secretaría para que los mecanografiaran, vio que había quedado una lámpara encendida en la sala común de los pacientes y entró a apagarla.

Prior estaba sentado bajo el ventanal en el extremo opuesto de la sala, con la vista fija en las pistas de tenis, su rostro y sus manos de un color azulado

en la tenue luz. Rivers se sintió tentado de alejarse de inmediato, pero de pronto algo en el aislamiento de aquella pequeña figura bajo los grandes ventanales lo obligó a detenerse.

–¿No quiere ver la película?

–No soportaba el humo.

Tenía un acusado resuello. Rivers se acercó al ventanal y se sentó junto a él. Las golondrinas revoloteaban por encima de las pistas de tenis alimentándose de los millares de pequeños insectos que se veían sólo como una bruma dorada. Las vio entrecruzarse, trazar círculos, descender en picado –con qué habilidad evitaban las colisiones–, y por un momento, bajo el hechizo de la danza de aquellas aves, se esfumaron el trabajo y las responsabilidades del día. Pero no podía pasar por alto la respiración de Prior, ni la blancura de los nudillos de su mano izquierda, aferrada al sillón. Se volvió y lo miró, advirtiendo la tensión y el desasosiego en su semblante.

–La cosa va mal, ¿no?

–Siento un poco de ahogo.

Prior estaba inclinado para favorecer la expansión de los pulmones. Mirándolo, Rivers vio lo rectos que tenía los hombros, la sorprendente amplitud del pecho en un hombre de complexión tan delicada. En cuanto uno lo sabía, era evidente. Pero ¿por qué no constaba nada de eso en el expediente?

–Tengo entendido que ha conocido a mi padre –dijo Prior con voz ahogada–. Todo un personaje.

–Me ha parecido que era un hombre de firmes convicciones.

Prior contrajo los labios.

–Es un socialista de taberna, si se refiere a eso. Combina la cerveza y la revolución, y luego mea tanto lo uno como lo otro. –Intentó reírse–. Mi madre se ha quedado muy preocupada. «Estará soltando tacos y juramentos», ha dicho. «Poniéndonos en evidencia».

–A mí me ha caído bien.

–Ah, sí, siempre cae bien. Fuera de casa. Yo lo he visto utilizar a mi madre a modo de balón de fútbol. –Su siguiente inhalación sonó como un chirrido–. Cuando yo era muy pequeño y no podía hacer nada al respecto.

–Oiga, me parece que tengo que examinarle ese pecho.

Prior logró una fantasmal imitación de su actitud de costumbre.

–¿En su habitación o en la mía?

–En la enfermería.

Recorrieron el pasillo hasta el ascensor con lastimosa lentitud.

–Yo no quería que usted lo conociera –dijo Prior mientras Rivers pulsaba el botón de la segunda planta.

–Sí, ya lo sé. Pero yo no podía negarme.

–No lo culpo a usted.

–¿Es una cuestión de culpa?

Mientras las enfermeras preparaban la cama, Rivers examinó a Prior. Había temido que Prior no accediera, pero, llegado el momento, se comportó de una manera estrictamente impersonal, mirando por encima del hombro de Rivers mientras el estetoscopio se desplazaba por su pecho.

–Muy bien, póngase la chaqueta del pijama. –Rivers plegó el estetoscopio–. Me sorprende que lo hayan mandado a Francia en ese estado.

–No podían andarse con muchos miramientos. –Prior inició el largo ascenso a la cama–. No me trasladarán a otro hospital, ¿no?

–No, no lo creo. Cuatro médicos, treinta enfermeras. Creo que nos las arreglaremos.

–Es que no quiero que me trasladen.

Rivers lo ayudó a taparse con la sábana.

–Pensaba que esto no le gustaba.

–Ya, bueno, uno se acostumbra a cualquier cosa, ¿no? ¿Cree que podría tener una toalla atada a la cama?

–Sí, claro. Lo que usted quiera.

–Verá, es que me ayuda tener algo de lo que tirar.

–¿Cómo se encontraba en Francia? Del asma.

–Mejor que en casa.

Abajo se oyeron carcajadas. Charlie Chaplin en plena acción. Rivers, siguiendo la mirada de Prior, vio la única lámpara y las profundas sombras, y percibió, con una premonitoria tensión en el diafragma, su padecimiento en la noche inminente, inhalación tras inhalación.

–Voy a pedir la toalla –dijo.

Se aseguró de que Prior dispusiera de cuanto necesitaba para la noche.

–Vendré por la mañana –dijo. Luego fue a la sala de enfermeras, en la habitación contigua, y dejó orden de que lo despertaran de inmediato si el estado de Prior se agravaba.

Unos gritos y unas rápidas pisadas despertaron a Sassoon. Los gritos se interrumpieron y volvieron a oírse al cabo de un momento. Echó un vistazo a su reloj y entrevió que eran las cuatro y diez.

Debido al protector de goma del colchón, se le había acumulado el sudor en la zona lumbar. El olor a goma se había impregnado en su piel, un olor aséptico que convertía su cuerpo en algo ajeno. En la cama contigua Campbell roncaba, una estentórea sucesión de gruñidos, resoplidos y silbidos. A él ningún grito lo despertaba, aunque tampoco gritaba, y Sassoon llevaba ya tiempo suficiente en Craiglockhart para saber que eso hacía de él un valioso compañero de habitación.

Ya totalmente despierto, se arrastró hasta los pies de la cama, apartó la fina cortina y miró por la ventana. El monte Wester, chato y meditabundo, asomaba por encima de la bruma. El día anterior, pensó con un leve estremecimiento, habían leído su declaración en la Cámara de los Comunes. Se preguntó qué ocurriría ahora, si es que ocurría algo. En cualquier caso, había cierto consuelo en saber que ya no estaba en sus manos.

Sabía que temblaba más de miedo que de frío, aunque no le era fácil identificar la causa del miedo. Aquel lugar, acaso. Los rostros atormentados, los tartamudeos, los andares tambaleantes, ese aire indefinible propio del que está «mal de la cabeza». Craiglockhart lo asustaba como nunca lo había asustado el frente.

En el piso de arriba volvió a gritar la misma persona que había gritado antes. Oyó voces de mujeres y luego, unos minutos después, la voz de un hombre. Rivers, pensó, pero no lo supo con certeza. Tembloroso e incómodo,

se recostó en el cabezal de hierro de la cama y esperó el amanecer.

Prior se incorporó un poco más en la cama cuando entró Rivers. Cerró el libro que estaba leyendo y lo dejó en la mesilla de noche.

–Ya sabía que era usted –dijo–. Distingo sus pasos.

Rivers cogió una silla y se sentó junto a la cama.

–¿Ha podido dormirse otra vez?

–Sí. ¿Y usted?

Silencio.

–No lo decía por incomodarlo –aclaró Prior–. Lo pregunto por sincera preocupación.

–Ya no he vuelto a dormirme, pero da igual. De todos modos no duermo mucho pasadas las cuatro. –Percibió un asomo de interés. Con qué rapidez Prior se abalanzaba sobre cualquier detalle de información personal.

–Gracias por haber venido.

–A usted no le ha gustado.

Eso desconcertó un poco a Prior, pero enseguida sonrió.

–Imagino que a nadie le gusta que lo vean en ese estado. La verdad es que no entiendo por qué lo han llamado.

–Temían que el miedo provocara otro ataque. Aunque en realidad parece que respira con más facilidad.

Prior respiró hondo a modo de prueba.

–Sí, creo que sí. Verá, detecto algo en mí... Yo... –Calló–. No, creo que no quiero decirle lo que detecto.

–Venga, dígalo. Por curiosidad profesional. Quiero ver si yo también lo he detectado.

Prior esbozó una sonrisa.

–No, esto no lo ha detectado. He descubierto en mí un deseo de impresionarlo. Patético, ¿no?

–A mí no me parece patético. A todos nos preocupa lo que piensan quienes nos rodean, lo admitamos o no. –Hizo un alto–. Aunque me sorprende un poco que mi opinión le importe. En fin, para serle sincero, tenía

la sensación de que yo no le caía muy bien.

–Existen ciertos límites en el aprecio que uno puede sentir por el papel pintado.

–Vaya, ya estamos otra vez con eso, ¿eh?

Prior volvió la cabeza y encorvó los hombros.

–No-o.

Rivers lo observó por un momento y preguntó:

–¿Y sabe por qué tiene que ser así?

–Para que yo... mejor dicho, para que el paciente pueda fantasear libremente. Para que el paciente pueda convertirlo a usted en quien él quiera. Bueno, hasta ahí bien. Pero quizá pueda plantearse la posibilidad de que un paciente, éste en concreto, quiera que usted sea usted.

–De acuerdo.

–De acuerdo, ¿qué? –preguntó Prior.

–De acuerdo, me lo plantearé.

–Supongo que la mayoría lo convierte en su papá, ¿no? En fin, yo ya soy un poco mayor para sentarme en las rodillas de papá.

–Darle una patada en la espinilla a su papá cada vez que lo ve no suele considerarse un comportamiento más maduro.

–Entiendo. Una transferencia negativa. ¿Es eso lo que cree que ocurre entre nosotros?

–Espero que no. –Rivers no pudo disimular del todo su sorpresa–. ¿Dónde ha aprendido ese término?

–Sé leer.

–Ya, sí, lo sé, pero no es...

–¿Ciencia divulgativa? No, pero esto tampoco lo es.

Alargó el brazo hacia el libro que tenía junto a la cama y se lo ofreció a Rivers. Éste se encontró con un ejemplar de *Los toda* entre las manos. Miró por un momento su propio nombre en el lomo. Se dijo que no existía ninguna razón por la que Prior no debiera leer uno de sus libros, o todos ellos, ya puestos. No había ninguna razón racional para que eso lo inquietara. Devolvió el libro.

–¿No preferiría algo más ligero? Al fin y al cabo, está enfermo.

Prior se recostó de nuevo en las almohadas con una radiante sonrisa en los ojos.

–¿Sabe? Estaba seguro de que diría eso. ¿Y por qué lo sabía?

–Desconocía su interés por la antropología.

–¿Por qué no iba a interesarme?

–Por nada.

Prior estaba ciertamente trastornado, pensó Rivers, hasta el punto de que una conversación normal resultaba casi imposible. Ahora hojeaba el libro, buscando a todas luces algo en concreto. Al cabo de un momento volvió a tendérselo a Rivers, abierto en la sección sobre moralidad sexual.

–¿De verdad actúan así?

Rivers, con la mayor sobriedad posible, contestó:

–Su vida sexual se desarrolla conforme a pautas muy distintas de las nuestras.

–Y que lo diga. Deben de estar hechos polvo. Yo sería incapaz de mantener ese ritmo, ¿y usted?

–Creo que mi edad y su asma posiblemente nos impedirían a ambos establecer un récord.

–Ya, pero yo sólo soy asmático parte del tiempo.

–Usted siempre tiene que salir ganando, ¿eh?

Prior lo miró fijamente.

–¿Sabe que imita usted a la perfección a un típico estirado? Y sin embargo no lo es en absoluto, ¿me equivoco?

Rivers se quitó las gafas y se frotó los ojos.

–Señor Prior.

–Ya sé, ya sé: «Hábleme de Francia». De acuerdo, ¿qué quiere saber? Y por favor, no diga: «Cualquier cosa que quiera usted contarme».

–De acuerdo. ¿Se integró bien con los demás?

Prior se tensó.

–¿Qué quiere decir? ¿Si me encontré con mucho esnobismo?

–Sí.

–No más que aquí.

Se miraron a los ojos.

–Pero ¿encontró esnobismo?

–Sí. Cuando uno llega, queda muy claro que ciertas personas son mejor acogidas que otras. Ayuda haber ido al colegio indicado. Ayuda si uno practica la caza, ayuda si uno lleva la camisa del color adecuado, que es un caqui intenso, por cierto.

Sin querer, Rivers se miró la camisa.

–Justo en el límite –comentó Prior.

–¿Y la suya?

–Ni siquiera en el límite, ni remotamente cerca. Ah, y luego está la monta. La Monta. Verá, una vez me mandaron a un hipódromo. Hay que dar vueltas y vueltas a una condenada pista con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Sin silla. Sin estribos. Fue asombroso. ¿Sabe? Por primera vez me di cuenta de que en algún rincón de sus... pequeñísimas mentes creen realmente que todo esto terminará con una gloriosa carga de caballería. «Bajo una lluvia de fuego enemigo, / cabalgaron como valientes / hacia las fauces de la muerte, / hacia la boca del infierno...» Y todas esas paparruchas.

Rivers advirtió que a Prior se le iluminaba la cara al recitar el poema.

–¿Son paparruchas?

–Sí. Bueno, antes todo eso me apasionaba. ¿Quiere que le cuente algo sobre esa carga? Justo cuando estaba a punto de iniciarse, un oficial vio fumar a tres hombres. Como eso le pareció un poco frívolo, les confiscó los sables y los mandó a la carga desarmados. Dos de ellos murieron. El que sobrevivió fue azotado al día siguiente. La mentalidad militar no cambia mucho, ¿no? Esa misma mentalidad ahora ordena que se castigue a los hombres atándolos a una cureña. –Prior estiró los brazos–. Así. Castigo número uno en el campo de batalla: «la crucifixión». Incluso si lo planteamos a niveles propagandísticos, ¿imagina usted a alguien tan estúpido como para ordenar eso?

Fuera por la posición, o por la indignación, Prior empezó a tener dificultades para respirar. Bajó los brazos bruscamente y encorvó los hombros. Rivers aguardó a que pasara el espasmo.

–¿Qué tal fue su monta?

–Un tanto pegajosa. No, eso habría sido bueno. Así no me habría caído.

Un breve silencio.

–No debe darle mucha importancia a eso. Al esnobismo, quiero decir – comentó Prior–. Yo no se la di. Lo único que me indigna es cuando la gente en Inglaterra dice que en el frente no hay distinciones de clase. Y un cuerno. La ropa que uno lleva, lo que uno come. El sitio donde duerme. Lo que acarrea. Los soldados son simples bestias de carga. –Vaciló–. ¿Sabe qué es lo peor? ¿Lo que a mí me pareció lo peor? Yo frecuentaba un café de Amiens, y justo en la acera de enfrente había un burdel. Los hombres hacían cola en la calle. –Miró a Rivers–. Disponían de dos minutos.

–¿Y los oficiales?

–No lo sé. Imagino que estarían un rato más. –Alzó la vista–. Yo no pago por eso.

Prior hablaba con tal libertad que Rivers decidió arriesgarse a presionarlo.

–¿Qué soñó anoche?

–No me acuerdo.

–Mire –dijo Rivers con delicadeza–, una de las características de las pesadillas es que uno siempre se acuerda de ellas.

–Entonces no pudo ser una pesadilla, ¿no?

–Cuando llegué, usted estaba ahí en el suelo, intentando atravesar la pared.

–No dudo que sea verdad, si usted lo dice, pero no lo recuerdo. Lo primero que recuerdo de anoche es a usted auscultándome.

Rivers se levantó, volvió a colocar la silla contra la pared y regresó junto a la cama.

–No puedo obligarlo a aceptar un tratamiento si usted no quiere. Sí recuerda las pesadillas. Las recuerda tan bien como para pasearse por la habitación hasta las dos o las tres de la madrugada todas las noches por no irse a dormir.

–Ojalá el personal nocturno no se sintiera tan obligado a ejercer de espía.

–Eso es un comentario pueril, ¿no le parece? Usted sabe de sobra que en eso consiste su trabajo.

Prior se negó a mirarlo.

–Bien, pues –dijo Rivers–, hasta mañana.

–No es justo decir que no quiero el tratamiento. He pedido tratamiento y usted se ha negado a dármelo.

Rivers lo miró con cara de incompreensión.

–Ah, ya. La hipnosis. Pensé que no hablaba en serio.

–¿Por qué no iba a hablar en serio? Se utiliza para recuperar la memoria, ¿no?

–Sí-í.

–¿Por qué no la utiliza, pues?

Rivers pareció a punto de decir algo, pero se contuvo.

–Estoy perfectamente capacitado para entender cualquier cosa, ¿sabe? No soy tonto.

–No, ya sé que no es tonto. Es sólo que para explicarlo se requiere cierta... cierta jerga técnica, y yo pretendía evitarla. En esencia le diré que las personas que han hecho frente a una experiencia horrible apartándola del resto de su conciencia a veces presentan una tendencia general a hacer frente a toda situación desagradable de la misma manera, y si eso ocurre, con la hipnosis la tendencia tiende a reforzarse. Dicho de otro modo, podría usted eliminar un síntoma concreto, la pérdida de la memoria, pongamos por caso, y agravar el trastorno subyacente.

–Pero ¿usted la utiliza?

–Si todo lo demás falla, sí.

Prior se recostó.

–Sólo quería saber eso.

–En su caso todavía no ha fallado todo lo demás, ni se ha intentado siquiera. Por ejemplo, querría escribir a su oficial al mando. Necesitamos una imagen clara de sus últimos días allí. –Rivers observó atentamente el semblante de Prior, aunque no reveló nada–. El problema es que tendría que plantear a ese oficial una pregunta precisa. Lo entiende, ¿no?

–Sí.

–No tiene sentido molestarlo con indagaciones vagas sobre un periodo de tiempo sin especificar.

–No, claro.

–Por lo tanto, seguimos necesitando que recuerde lo máximo posible por

los medios convencionales. Pero podemos dejarlo hasta que se encuentre mejor.

–No, quiero seguir adelante.

–Ya veremos cómo está mañana.

Después de dejar a Prior, Rivers subió a la torre por la escalera de atrás y allí se quedó un momento, con las manos en la balaustrada, contemplando los montes. Prior lo preocupaba. Toda esa exigencia suya con la hipnosis lo preocupaba. A veces incluso tenía malos presentimientos respecto al caso, aunque tendía a restarles importancia. Por su experiencia, las premoniciones de desastre resultaban falsas casi invariablemente, y en general el camino hacia el calvario se iniciaba con el ánimo más despreocupado.

SEÑOR MACPHERSON. En cuanto conoció el caso del alférez Sassoon, consultó con sus asesores militares y, en respuesta a las indagaciones de éstos, recibió el siguiente telegrama: se ha cometido una infracción contra la disciplina, pero no se ha tomado ninguna medida disciplinaria, ya que la Comisión Médica declaró al alférez Sassoon no responsable de sus actos, dado que padecía una crisis nerviosa. Cuando las autoridades militares vieron la carta aludida, pensaron que debía ocurrirle algo a un suboficial en extremo valeroso que había llevado a cabo una excelente labor en el frente. Confiaba en que los hon. miembros se lo pensarán mucho antes de utilizar un documento escrito por un joven en tal estado mental, y por otro lado estaba seguro de que los amigos del suboficial no verían con buenos ojos la actuación de ellos. (*Vítores.*)

Rivers plegó *The Times* y sonrió.

–Francamente, Siegfried, ¿qué esperaba?

–No lo sé. Y al mismo tiempo...–Sassoon se inclinó y señaló la primera plana.

–«Platts –leyó Rivers–. Muerto en combate el 28 de abril, querido hijo menor, etcétera, de diecisiete años y diez meses.» –Alzó la vista y vio que Sassoon lo observaba.

–No tenía edad para alistarse. Y a todo el mundo le trae sin cuidado.

–Eso no es así.

–Vamos, ni siquiera les quita el apetito. ¿Alguna vez, estando en el salón de un club, ha visto a alguien leer la lista de bajas?

–Lo mismo podría decirse del comedor de aquí a la hora del desayuno. Uno no tiene por qué exteriorizar su sensibilidad p-por lo que ocurre en Francia e-echándose a llorar a-ante la lista de bajas. –Vio que Sassoon advertía el tartamudeo y se esforzó en hablar con más calma–. Lo que usted tiene que hacer ahora es afrontar el hecho de que está aquí, y aquí seguirá durante al menos otras once semanas. ¿Se ha planteado qué va a hacer?

–La verdad es que no. Todavía no me he recuperado de mi llegada aquí. Daré paseos. Leeré.

–¿Cree que será capaz de escribir?

–Ah, sí. Escribiré aunque tenga que sentarme en el tejado para hacerlo.

–No hay perspectivas de poder asignarle una habitación a usted solo.

–Sí, ya lo sé.

Rivers eligió las palabras con cautela.

–El capitán Campbell es un hombre de una gran amabilidad.

–Sí, ya lo he visto. Es más, sus planes de combate son más cuerdos que los de Haig.

Rivers pasó por alto el comentario.

–Lo que sí podría hacer es proponerlo para mi club, el Club Conservador. No sé si eso le gustaría. Al menos le proporcionaría una base alternativa.

–Sí me gustaría, y mucho. Gracias.

–Aunque espero que no excluya la posibilidad de hacer amistades aquí.

Sassoon se miró el dorso de las manos.

–He pensado en pedir que me envíen los palos de golf. Por lo visto hay por aquí un par de golfistas aficionados.

–Buena idea. Nos veremos tres veces por semana. Preferiría que fuera a última hora del día, mejor que por la mañana, creo, y más si va usted a jugar al golf. ¿Qué tal martes, viernes y domingo?

–De acuerdo. –En sus labios se dibujó una leve sonrisa–. No tengo ningún otro compromiso.

–A las ocho y media, pongamos. Inmediatamente después de la cena.

Sassoon asintió.

–Es muy amable de su parte.

–Ah, en cuanto a eso no estoy muy seguro. –Cerró su agenda y le tendió

una hoja de papel—. Ahora necesito hacerle unas preguntas sobre su estado de salud. Enfermedades de la infancia, cosas así.

–Muy bien. ¿Por qué?

–Para el informe de ingreso.

–Ah, ya entiendo.

–Por lo general no incluyo ningún... detalle íntimo.

–Tanto mejor, diría yo. Mis detalles íntimos me incapacitan para el servicio militar.

Rivers alzó la vista y sonrió.

–Ya lo sé.

Cuando Sassoon se fue, Rivers cogió una hoja de informes de la pila colocada en su mesa auxiliar, se detuvo por un momento para poner en orden las ideas y empezó a escribir:

El paciente se incorporó a filas en el Regimiento Voluntario de Caballería de Sussex el 3 de agosto de 1914. Al cabo de tres meses recibió una grave caída mientras adiestraba un caballo y tuvo que guardar cama durante varios meses. En mayo de 1915 fue destinado al Real Regimiento de Fusileros de Gales. Estuvo en Francia desde noviembre de 1915 hasta agosto de 1916, cuando lo enviaron a Inglaterra aquejado de una fiebre de las trincheras. Le había sido concedida la Cruz Militar en junio de 1916. Estuvo tres meses de baja por enfermedad y regresó a Francia en febrero de 1917. El 16 de abril de ese año fue herido en el hombro derecho y permaneció en el pabellón quirúrgico del Cuarto Hospital General de Londres durante cuatro semanas y después en el sanatorio de convalecencia Lady Brassey durante tres semanas. Fue informado entonces de que sería destinado a Cambridge para la instrucción de cadetes.

Desde los primeros momentos de su servicio en Francia, lo horrorizó la magnitud de la mortandad, y había llegado al punto de dudar de si podía justificarse la prolongación de la guerra. Durante la baja por enfermedad de 1916 estuvo en comunicación con Bertrand Russell y otros pacifistas. Nunca antes había aprobado el pacifismo, y no cree que dicha comunicación haya tenido influencia en él. En su segunda etapa en Francia, sus dudas sobre la justificación de la guerra se acentuaron; quizá tuvo incluso más dudas sobre cómo se dirigía la guerra desde el punto de vista militar. Cuando estuvo en condiciones de reincorporarse al servicio, en julio de este año, se sintió incapaz de hacerlo, y consideró que era su deber expresar de algún modo una protesta. Redactó una declaración que él mismo consideró un acto de desafío

consciente a la autoridad militar (véase *The Times*, 31 de julio de 1917). Como consecuencia de dicha declaración, recibió orden de comparecer ante una Comisión Médica en Chester el 16 de julio, pero no se presentó. Se acordó que se reuniría una segunda comisión en Liverpool el 20 de julio, y esta vez sí asistió, y se recomendó su ingreso en el hospital militar de Craiglockhart para someterse a un tratamiento especial durante tres meses.

El paciente es un hombre de aspecto saludable con un buen estado físico. No presenta ningún indicio físico de trastornos del sistema nervioso. Habla de sus recientes actos y sus motivaciones de un modo plenamente inteligente y racional, y no se advierten señales de excitación o depresión. Reconoce que en su idea de la guerra inciden sus sentimientos por la muerte de amigos y de hombres que estuvieron bajo su mando en Francia. En estos momentos hace especial hincapié en la inutilidad de cualquier decisión tomada en la guerra tal y como está dirigiéndose, pero omitió toda alusión a este aspecto de sus opiniones en la declaración que envió a su oficial al mando, y que fue leída en la Cámara de los Comunes. Su opinión difiere de la del pacifista corriente en el sentido de que ya no se opondría a la prolongación de la guerra si observara alguna perspectiva razonable de conclusión rápida.

Tuvo una pulmonía doble a los once años, y otra a los catorce. Estudió en el Marlborough College, donde sometió su corazón a un esfuerzo excesivo jugando al fútbol. Pasó cuatro trimestres en el Clare College, Cambridge, donde estudió primero derecho y después historia, pero ninguna de esas carreras le interesó. Abandonó Cambridge y pasó los años siguientes en el campo, dedicándose sobre todo a la caza y el críquet. No se interesó en la política. Desde la adolescencia ha escrito poesía en distintas etapas, y durante su convalecencia del accidente de equitación de 1914 escribió un poema titulado «El viejo cazador», que se ha publicado recientemente junto con otros poemas bajo ese título.

—He dado permiso a Broadbent —dijo Bryce—. Con cierta inquietud.

—Sí, me ha dicho que iba a pedirte lo.

—¿Sabes qué ha hecho? Se ha marchado con el pantalón nuevo de su compañero de habitación. Marsden está hecho una furia.

—¿Quieres decir que ese hombre va de aquí para allá por el hospital con el culo al aire asustando a las voluntarias? —preguntó Ruggles.

—No, se ha puesto su otro pantalón. Y tu idea de lo que puede asustar a

una voluntaria es...

–Caballerosa –dijo Ruggles.

–Ingenua –corrigió Bryce–. En extremo.

–¿Por qué son siempre tus pacientes, Rivers? –preguntó Brock.

Los oficiales médicos tomaban un café sentados en torno a una mesa en el despacho de Bryce, como hacían dos veces por semana después de la cena. Esas reuniones se celebraban intencionadamente dentro de la informalidad, pero cumplían algunas de las finalidades de una sesión clínica. Como ya todos habían leído el informe de *The Times*, Bryce había pedido a Rivers que explicara por encima el caso de Sassoon.

Rivers lo presentó de la manera más concisa y menos controvertida posible. Mientras hablaba, advirtió que Brock sostenía un lápiz en equilibrio entre las yemas de los dedos, sumamente largos y afilados. Eso nunca era buena señal. Brock le caía bien, pero no siempre coincidían.

Cuando Rivers acabó de hablar, se produjo un momento de silencio. Luego Ruggles preguntó a Bryce si la prensa había mostrado interés. Mientras Bryce resumía una conversación mantenida con el *Daily Mail*, Rivers observó a Brock, quien, con los brazos cruzados ante el pecho, miraba la mesa por encima de su nariz larga y contraída. Brock siempre parecía un témpano de hielo. Incluso su voz, aguda, fina y atiplada, parecía reverberar a través de las inhóspitas inmensidades árticas. Cuando Bryce acabó, Brock se volvió hacia Rivers y preguntó:

–¿Qué piensas hacer con él?

–Pues he estado viéndolo todos los días. Ahora voy a reducir las sesiones a tres por semana.

–¿Eso no es mucho? Para alguien a quien, según tú, no le pasa nada.

–No podré convencerlo de que vuelva si le dedico menos tiempo.

–¿No se trata de uno de esos casos en que es mejor dejarlo a su aire?

–No.

–Dicho de otro modo, por el mero hecho de estar aquí, ya queda desacreditado. Desacreditado, deshonrado, aparentemente engañado por su mejor amigo. Habría jurado que es uno de esos casos en que conviene dejarlo en paz.

–No, no es uno de esos casos –repuso Rivers–. Es un hombre sano, tanto mental como físicamente. Su deber es volver, y mi deber es velar por que lo haga.

–¿Y no tienes ninguna duda a ese respecto?

–No veo el menor problema. No voy a administrarle electrochoques, ni inyecciones subcutáneas de éter. Simplemente voy a pedirle que defienda su postura. A la que, según admite, llegó por motivos en gran medida emocionales.

–El dolor por la muerte de sus amigos –dijo Brock–. El horror por la mortandad de los amigos de todo el mundo. Para mí no está claro por qué deben pasarse por alto esas emociones.

–No estoy diciendo que deban pasarse por alto. Sólo que no debe permitirse que prevalezcan.

–¿Lo protopático debe saber cuál es su lugar?

Rivers pareció desconcertado.

–Yo no lo expresaría exactamente así.

–¿Por qué no? La palabra es tuya. Y Sassoon parece un joven notablemente protopático, ¿no? O sea, por lo que dices, se rige siempre por el principio de «todo o nada». De pronto es el guerrero feliz, y de pronto el enconado pacifista.

–Exacto. Es del todo inconstante. Razón de más para inducirlo a argumentar en pro de su postura...

–Epicriticamente.

–Racionalmente.

Brock levantó las manos y se reclinó en la silla.

–Espero que no te importe que haga de abogado del diablo.

–Por Dios, no. El objetivo de estas reuniones es proteger al paciente.

Brock sonrió, una de sus pocas e infrecuentes sonrisas inesperadamente encantadoras.

–¿Es eso lo que yo estaba haciendo? Pensaba que te protegía a ti.

Segunda parte

Prior había perdido peso durante su estancia en la enfermería. Viendo su rostro iluminado por la luz, Rivers observó lo mucho que se le marcaban los pómulos.

–¿Le importa si fumo?

–No, adelante. –Rivers empujó un cenicero hacia el otro lado de la mesa. La cerilla se encendió detrás de las manos ahuecadas de Prior.

–El primero en tres semanas –dijo–. Dios, qué mareo.

–La verdad es que no es buena idea, siendo asmático, ¿sabe? –comentó Rivers, sin poder contenerse.

–¿Cree que podría acertarme la vida? ¿Sabe usted cuánto vive por término medio un oficial en Francia?

–Sí. Tres meses. Usted no está en Francia.

Prior dio una calada al cigarrillo y cerró los ojos por un momento. Se parecía un poco a esos chicos que uno veía en las esquinas de las calles del East End. Tenía ese mismo aspecto de saber el precio de todo. Rivers se acercó el expediente.

–Lo dejamos en el punto en que estaban ustedes acuartelados en Beauvois.

–Sí. Estuvimos allí, esto, creo que unos cuatro días; luego nos mandaron otra vez al frente a toda prisa. Atacamos a la mañana siguiente de nuestra llegada.

–¿Fecha?

–El 23 de abril.

Rivers alzó la vista. No era habitual que Prior hablara con tal precisión.

–El día de San Jorge. El oficial al mando brindó por él en la cantina. Me acuerdo por lo estúpido que fue.

–Llegó usted al hospital de campaña el... –Eché un vistazo al expediente–. El día 29. Quedan, pues, seis días de los que no hay constancia.

–Sí, y me temo que en eso no puedo ayudarlo.

–¿Recuerda el ataque?

–Sí. Fue exactamente igual que cualquier otro ataque.

Rivers esperó. Prior adoptó una actitud aparentemente tan hostil que por un momento Rivers temió que se negara a continuar. Sin embargo de pronto se llevó el cigarrillo a los labios y dijo:

–Bueno, de acuerdo. Un mensajero te trae de vuelta el reloj, previamente sincronizado en el cuartel general. –Un largo silencio–. Esperas, intentas calmar a todos los que a todas luces están cagándose de miedo o a punto de vomitar. Esperas que a ti no te pase ninguna de esas dos cosas. Luego inicias la cuenta atrás: diez, nueve, ocho... y así hasta el final. Tocas el silbato. Subes por la escalera de mano. Te encoges para pasar por un hueco en la alambrada, te quedas tendido, esperas a que salgan todos los demás... los que quedan, ya ha habido numerosas bajas... y entonces te pones de pie. E inicias el avance. No a paso ligero; a un paso normal de paseo. –Prior empezó a sonreír–. En línea recta. A campo abierto. A plena luz del día. Hacia una línea de ametralladoras. –Movié la cabeza en un gesto de negación–. Ah, y por supuesto hay fuego de artillería sin cesar.

–¿Qué sintió?

Prior golpeó el cigarrillo para hacer caer la ceniza.

–Usted siempre quiere saber qué sentí.

–Pues sí. Me describe ese ataque como si fuera un... un suceso un poco absurdo de...

–Un poco, no. Yo no he dicho «un poco».

–De acuerdo, un suceso en extremo absurdo... de la vida de otra persona.

–Quizá fue eso lo que sentí.

–¿Lo fue? –Dio tiempo a Prior para contestar–. Creo que es capaz de distanciarse mucho de los hechos, pero ningún ser humano podría distanciarse hasta ese punto.

–De acuerdo. Sentí que era... –Prior empezó a sonreír otra vez–. Excitante.

Rivers se llevó una mano a la boca.

–¿Lo ve? –dijo Prior, señalando la mano–. Me pregunta qué sentí, y cuando se lo digo, no me cree.

Rivers bajó la mano.

–Yo no he dicho que no le crea. Estaba esperando a que continuara.

–¿Sabe esos hombres que acechan entre los arbustos para abalanzarse sobre mujeres desprevenidas y... en fin... exhiben sus atributos? Pues eso fue más o menos lo que sentí. O más o menos lo que imagino que uno siente en tal situación. No querría que fuera usted a pensar que he tenido alguna experiencia personal de ese tipo.

–¿Y sólo sintió eso?

–Aparte de terror, sí. –Parecía hacerle gracia–. ¿Volvemos a lo del «distanciamiento impropio de un ser humano»?

–Como usted quiera.

Prior se echó a reír.

–Creo que a los dos nos conviene más, ¿no?

Rivers lo dejó proseguir. Ésa había sido la actitud de Prior durante las tres semanas que llevaban intentando rescatar sus recuerdos de Francia. Parecía decir: «De acuerdo. Puede obligarme a sacar a la luz los horrores, puede obligarme a recordar las muertes, pero nunca me obligará a sentir». Rivers trataba de vencer ese distanciamiento, llegar a las emociones, pero sabía que él, en esa misma situación, habría actuado igual que Prior.

–Uno mantiene en todo momento una especie de canturreo: «No tan deprisa. ¡Siempre hacia la izquierda!». Concebido para evitar los amontonamientos. Si da resultado o no, depende del terreno. Por donde avanzábamos nosotros, el suelo estaba plagado de hoyos abiertos por los obuses y las filas se rompieron de inmediato. Volví la vista atrás... –Se interrumpió y cogió otro cigarrillo–. Volví la vista atrás, y había incontables heridos tirados por el suelo. Tendidos unos encima de otros, retorciéndose. Como peces en un estanque casi seco. No sentí el menor miedo, sino sólo una... una asombrosa y repentina exultación. Entonces oí venir un obús. Y al

cabo de un momento flotaba en el aire, caía con un aleteo... –Trazó un arco descendente con los dedos–. Sé que no pudo ser así, pero es como lo recuerdo. Cuando recobré el conocimiento, estaba dentro de un cráter con cinco o seis hombres. No podía moverme. Al principio pensé que estaba paralizado, pero al final conseguí mover los pies. Les dije que sacaran el coñac de mi bolsillo y nos lo pasamos de mano en mano. Al cabo de un rato apareció un hombre al otro lado del cráter, en el borde, y en lugar de bajar a rastras, se puso en jarras, así, y se dejó caer resbalando con el trasero. De pronto todos nos echamos a reír.

–¿Ha dicho «recobré el conocimiento»? ¿Sabe cuánto tiempo pasó inconsciente?

–Ni idea.

–Pero ¿sí podía hablar?

–Sí, les dije que sacaran el coñac.

–¿Y luego?

–Luego esperamos a que oscureciera y volvimos como flechas a nuestras líneas. Nos vieron justo cuando llegamos a la alambrada. Dos heridos.

–¿No se habló de mandarlo al hospital de campaña cuando regresó?

–No, yo estaba organizando a otros allí –dijo. Con amargura añadió–: No se habló de mandar a nadie a ningún sitio. Normalmente, cuando hay numerosas bajas, uno vuelve, pero no fue nuestro caso. A nosotros nos dejaron allí.

–¿Y no recuerda nada más?

–No. Y lo he intentado.

–Sí, no lo dudo.

Un largo silencio.

–¿Supongo que no ha sabido nada del oficial al mando?

–No, si hubiera tenido noticia, se lo habría dicho.

Prior se quedó pensativo por un momento.

–Bueno, supongo que tendremos que seguir esperando. –Se inclinó para apagar el cigarrillo–. Oiga, una vez me dijo que yo siempre tenía que salir ganando. –Cabeceó–. Es usted quien siempre tiene que salir ganando.

–Puede que esto lo coja por sorpresa, señor Prior, pero yo más bien

presuponía que estábamos en el mismo bando.

Prior sonrió.

–Puede que esto lo coja por sorpresa, doctor Rivers, pero yo más bien presuponía que no lo estábamos.

Silencio. Rivers tomó aire y lo retuvo.

–Eso complica mucho la relación entre el médico y el paciente.

Prior se encogió de hombros. Obviamente, no consideraba que eso fuera problema suyo.

–Usted cree saber lo que pasó, ¿no? –dijo Rivers.

–¡Le he dicho que no lo recuerdo!

El antagonismo era asombroso. Daba la impresión de que habían vuelto al punto de partida, cuando casi era imposible sonsacarle una palabra civilizada.

–Lo siento, no he hablado claro. No insinuaba que lo supiera, sólo que tal vez tenga una teoría.

Prior negó con la cabeza.

–No. No hay teoría.

Un hombre de corta estatura y pelo oscuro entró sigilosamente sin acabar de abrir la puerta, parpadeando ante el súbito resplandor del sol. Sassoon, sentado en la cama, apartó la vista del palo de golf que estaba limpiando.

–¿Sí?

–He t-traído esto.

Un tartamudeo. No tan acusado como el de otros, pero sí bastante perceptible. Sassoon se esforzó por tratarlo educadamente.

–¿Qué es? No lo veo.

Libros. Su libro. Cinco ejemplares nada menos. Dios mío, un lector.

–Me preguntaba si s-sería tan a-amable de f-firmármelos.

–Sí, claro. –Sassoon dejó el palo de golf y cogió la pluma. Podría haber liquidado el asunto en un momento, pero intuyó que su visitante quería hablar, y al fin y al cabo había comprado nada menos que cinco ejemplares. Sassoon sintió curiosidad.

–¿Por qué cinco? ¿Acaso lo ha incluido el Ministerio de la Guerra en una

lista de lectura obligatoria?

–Son p-para m-mi f-familia.

Dios santo. Sassoon pasó de la cama a la mesa y abrió el primer libro.

–¿Qué nombre pongo?

–Susan Owen. M-mi m-madre.

Sassoon empezó a escribir. Hizo una pausa.

–¿Está usted... del todo seguro de que su madre quiere que le cuenten que «Bert ha pillado la sífilis»? Yo tuve problemas para conseguir que se publicara.

–No s-se e-escandalizará.

–¿Ah, no? –Sólo cabía especular sobre el carácter de la relación entre la señora Owen y Bert.

–Se lo c-cuento todo. En m-mis cartas.

–Cielo santo –dijo Sassoon con despreocupación, y volvió depositar la atención en el libro.

Owen miró la nuca de Sassoon, donde debajo de la seda morada de su bata asomaba una fina franja caqui.

–¿Usted no se lo cuenta todo a la suya?

Sassoon abrió la boca y volvió a cerrarla.

–Mi hermano murió en Galípoli –dijo por fin–. Creo que mi madre ya tiene más que suficiente con eso, y no le hace ninguna falta que encima le venga yo con revelaciones dolorosas.

–I-imagino que d-debe de estar p-preocupada por su estancia aquí.

–Bah, no lo creo. Al contrario. Seguramente mi locura es para ella uno de sus pocos consuelos. –Alzó la vista por un instante–. Mejor loco que pacifista. –Viendo que Owen seguía mirándolo con cara de incomprensión, añadió–: ¿Sabe por qué estoy aquí?

–Sí.

–¿Y usted qué opina de eso?

–Coincido con t-todo, p-palabra por p-palabra.

Sassoon sonrió.

–También coincidía mi amigo Graves. –Abrió el siguiente libro–. ¿Y éste para quién es?

Owen, mientras facilitaba los nombres, habría dado cualquier cosa por pronunciar una sola frase sin tartamudear. Pero le era imposible: estaba demasiado nervioso. Todo en Sassoon lo intimidaba. Su posición como poeta publicado, su estatura, su buena presencia, la dicción precisa y aristocrática, unas veces acelerada, otras entrecortada, pero siempre fría, la expresión de aburrimiento, la tendencia a no mirar a su interlocutor cuando le hablaba, quizá por timidez, aunque parecía arrogancia. Sobre todo, su fama de valiente. Owen tenía sus propios motivos para ser sensible a eso.

Sassoon cogió el último libro. Owen sintió que el encuentro empezaba a írsele de las manos.

–El que m-más me g-gustó fue «El l-lecho de m-muerte» –dijo, ya al borde de la desesperación, y de pronto se relajó. No le importaba qué pensara de él ese Sassoon de carne y hueso, ya que el verdadero Sassoon estaba en los poemas. De memoria, citó–: «Era joven; detestaba la guerra, ¿cómo iba a morir / cuando viejos y crueles combatientes sobrevivían? / Pero la muerte contestó: “Yo lo he elegido”. Así que se fue.» Es hermoso.

Sassoon se interrumpió en plena firma.

–Sí, me... me quedé muy satisfecho de ése.

–Ah, y el «El redentor». «Se plantó ante mí/Se quedó ante mí, tambaleándose de cansancio, cargando al hombro unos tablones, tan pesados /difíciles de llevar. / Digo que era Cristo, que se esforzó para bendecir...» – Calló por un momento–. Llevo tres años deseando escribir eso.

–Quizá debería alegrarse de no haberlo escito.

La luz se apagó en el rostro de Owen.

–¿Cómo dice?

–Bueno, ¿no le parece que eso es muy fácil decirlo? ¿«Digo que era Cristo»?

–¿Q-quieres decir que n-no era e-eso lo que q-quería decir?

–Sí, sí lo quería decir. El libro no presenta un punto de vista, sino que traza la... la evolución de un punto de vista. Ése es probablemente el primer poema en que intento ver la guerra desde una perspectiva realista. Y no me acerco ni remotamente. –Guardó silencio–. El hecho es que no existe constancia de que Jesucristo lanzara muchas granadas de mano.

–Ya, e-entiendo lo que q-quiére d-decir. Yo m-mismo he p-pensado b-bastante en eso ú-últimamente.

Sassoon apenas lo oyó.

–Al final me harté de todo eso. Esos Calvarios en encrucijadas allí esperando a que se los convirtiera en símbolos. Una vez conocí a un hombre, Potter se llamaba. Habrá oído esas historias de crucifijos milagrosos, ¿no? ¿«Caían obuses por todas partes pero la figura de nuestro Señor quedó intacta»? Pues a Potter lo indignaban de tal modo que decidió poner en marcha una campaña por su cuenta. Siembre que veía un crucifijo indemne, lo empleaba para hacer prácticas de tiro. Se lo oía a kilómetros de distancia. «¡UNO, DOS, TRES, CUATRO, Cabrón en la Cruz, FUEGO!» En la sección del frente donde estaba Potter no había muchos crucifijos milagrosos. –Titubeó–. Pero ¿quizá no debería estar diciéndole esto? O sea, ¿cómo sé yo que no es usted...?

–No sé qué soy. Pero sí sé que no querría una f-fe incapaz de afrontar los hechos.

Sassoon se dio cuenta de que tenía a Owen de pie junto a su codo, casi como un oficial subalterno.

–¿Por qué no se sienta? –dijo, señalando la cama–. Y dígame su nombre. ¿Supongo que éste es para usted?

–Sí. Wilfred. Wilfred Owen.

Sassoon sopló sobre la dedicatoria y cerró el libro.

–¿Dice que ha estado pensando en ello?

Owen parecía poco seguro de sí mismo.

–Sí.

–¿Con algún resultado? Es decir, ¿ha llegado a alguna conclusión?

–Sólo que si fuera a considerarme cristiano, también debería considerarme pacifista. No creo que sea posible c-considerarse cristiano y... d-dejar de lado las cuestiones incómodas sin más.

–Nunca llegará a obispo.

–No, bueno, puedo convivir con eso.

–¿Y se considera pacifista?

Un largo silencio.

–No. ¿Y usted?

–No.

–Es curioso, eso en Francia nunca me lo planteé.

–Ya, bueno, allí uno no se plantea esas cosas. Está demasiado ocupado, demasiado cansado. –Sassoon sonrió–. Demasiado sano.

–Pero no es sólo eso, ¿no? A veces cuando estás solo, en las trincheras, quiero decir, por la noche tienes la sensación de estar ante algo antiguo. Como si las trincheras siempre hubieran estado allí. En una trinchera que ocupamos había cráneos contra una de las paredes. Mirabas hacia atrás y allí los veías... como hongos. Y en realidad era más fácil creer que eran hombres del ejército de Marlborough que pensar que estaban vivos dos años antes. Es como si de algún modo todas las demás guerras se hubieran... destilado en ésta, y eso la convierte en algo que... es casi imposible poner en duda. Es como si una voz muy profunda dijera: «Corre, hombrecillo. Da gracias si sobrevives».

Por un momento a Sassoon se le erizó el vello de la nuca como la primera vez que oyó a Campbell hablar de espías alemanes. Pero esto no era locura.

–Yo tuve una experiencia parecida. Bueno, no sé si fue parecida. Subía una noche con las raciones y vi las siluetas de las cureñas dibujarse contra el cielo, y el ascenso de las bengalas. Lo que se ve todas las noches. Sólo que me pareció estar viéndolo desde el futuro. Dentro de cien años aún estarán desenterrando cráneos. Y me pareció estar en esa época y volver la vista atrás. Me pareció ver a nuestros fantasmas.

Silencio. Habían llegado más lejos de lo que pretendía cualquiera de los dos y por un momento no supieron cómo retroceder. Poco a poco, empezaron a moverse, a mirar alrededor: el sol que bañaba las camas y las sillas, los destellos de la navaja de afeitar de Sassoon en el lavamanos, el mango manchado de jabón. Sassoon consultó el reloj.

–Voy a llegar tarde al golf.

Owen se levantó de inmediato.

–Bueno, gracias por esto –dijo a la vez que cogía los libros. Se rió–. Gracias por escribirlo.

Sassoon lo acompañó hasta la puerta.

–¿Ha dicho usted que escribe?

–No lo he dicho, pero así es.

–¿Poesía?

–Sí. Pero no he publicado nada. Ah, por cierto. Soy el director de *Hydra*, la revista del hospital, ¿sabe? He pensado que tal vez usted podría ofrecernos algo. No tiene por qué ser....

–Sí. Buscaré algo. –Sassoon abrió la puerta–. Deme unos días. Y podría traerme sus poemas.

Lo dijo con tan resuelta cortesía y tan transparente falta de entusiasmo que Owen soltó una carcajada.

–No, yo...

–No, en serio.

–De acuerdo. –Owen seguía riéndose–. Son muy cortos.

–Ya, las circunstancias no se prestan a la épica, ¿verdad?

–Bueno, no tratan de la guerra. –Vaciló–. No escribo sobre eso.

–¿Y por qué no?

–S-supongo que para mí la p-poesía siempre ha sido lo contrario a todo eso. A la fealdad. –Owen se esforzaba en expresar un punto de vista que estaba ya abandonando en ese mismo momento, mientras hablaba–. Es a-algo en lo que r-refugiarse.

Sassoon asintió.

–Es una opción aceptable. –Con malicia añadió–: Pero ¿eso no es un poco como tener una fe que no se atreve a afrontar los hechos? –Vio el cambio en la expresión de Owen–. Oiga, da igual de qué traten. Usted tráigalos.

–Sí, los traeré. Gracias.

Anderson entró tras Sassoon en el bar del club de golf, muy consciente de que le debía una disculpa. En el hoyo decimoséptimo, viendo que perdía, había fallado un golpe vital y, en el calor del momento, no sólo había proferido un improperio contra Sassoon, sino que incluso había levantado el palo para amenazarlo con él. Sassoon se había sobresaltado, incluso alarmado, pero al final se había echado a reír, quitándole hierro al asunto. En

el hoyo decimoctavo, había tenido la cautela de pedir consejo a Anderson sobre el palo que le convenía usar. Ahora se volvió hacia Anderson y preguntó:

–¿Lo de siempre?

Anderson asintió. Lo malo, pensó, era que parecía falta de deportividad cuando en realidad el motivo por el que retrasaba la disculpa no era la reticencia a admitir su equivocación, sino la magnitud del horror que sentía por su propio comportamiento. Había actuado como un niño malcriado. Pues haz algo al respecto, se dijo.

–Perdón por lo de antes –se disculpó, señalando en dirección al campo de golf con el mentón.

–No pasa nada. –Sassoon se volvió hacia él ante la barra y sonrió–. ¿Quién no tiene un mal día?

–Tome, su media corona.

Sassoon esbozó una sonrisa y se metió la moneda en el bolsillo. Mientras se volvía otra vez de cara a la barra pensó que si Anderson hubiera llegado a golpearlo con el palo en la cabeza, habría sufrido una herida mucho más grave que la de Arrás. Evocó a Rivers y preguntó: «¿Qué decía usted sobre la “seguridad”? No hay nada más peligroso que jugar al golf con chiflados». Esta última era una palabra que Sassoon jamás se habría atrevido a pronunciar delante de Rivers, por lo que dirigírsela a voces a su imagen le produjo un placer adicional.

Cogieron sus copas, encontraron un rincón tranquilo e iniciaron su habitual análisis del partido. Al amparo de la conversación ya familiar, Anderson observó a Sassoon –un rostro agraciado, un tanto inexpresivo, manos grandes en torno a la copa– y pensó en lo poco que sabía de él. O lo poco que quería saber. Tenían el tácito acuerdo de hablar sólo de golf. Anderson había leído la declaración, pero jamás se le habría ocurrido hacer comentario alguno acerca de la actitud de Sassoon respecto a la guerra, sobre todo porque eso habría exigido a cambio cierta intimidad recíproca. Habría tenido que revelar la razón de su propia estancia en Craiglockhart: su terror ante la sangre. Se representó momentáneamente cómo habría quedado la cabeza de Sassoon si hubiera descargado el palo contra él, y tensó la mano en

torno a la copa.

–Sigue precipitándose –dijo–. Golpea antes de tiempo.

Había otras razones por las que no quería hablar de la guerra. Inevitablemente esa clase de conversación habría reforzado sus propias dudas, ya de por sí bastante profundas. Incluso soñaba con esa condenada guerra, y no eran sólo las pesadillas, a eso ya estaba acostumbrado; había soñado que hablaba en un debate público sobre la conveniencia de prolongarla o no. En su sueño había defendido la persistencia hasta el total desmoronamiento alemán, pero el análisis de Rivers no le había dejado duda alguna acerca del alcance de su horror ante todo aquello. Con Rivers se sentía a salvo, porque le constaba que el médico compartía ese horror, y compartía asimismo la convicción de que, a pesar de todo, debía continuar.

–No sé si gastar esa media corona o enmarcarla –decía Sassoon–. Difícilmente ganaré otra.

Con ese comentario pretendía apaciguar el malestar de Anderson por haber perdido el control en el campo. Sassoon era una grata compañía, de eso no cabía duda. Era cordial, modesto. Pero su declaración no había sido modesta. Lo que más había chocado a Anderson al leer sus palabras era la arrogancia, la indignante presuposición de que todo aquél que discrepara de él era insensible. ¿Acaso cree que yo soy insensible?, deseaba preguntar. ¿Acaso cree que Rivers es insensible? Pero no tenía sentido exaltarse. Ya lo metería Rivers en cintura.

–Mañana no jugaremos, ¿verdad? –preguntaba Sassoon–. Viene su esposa a verlo.

–No, por desgracia ha tenido que suspender la visita. Mañana, como de costumbre, pues. –Cogió la copa vacía de Sassoon y se puso en pie–. ¿Y si subimos la apuesta a cinco chelines?

Prior observó el parpadeo de las luces amarillas reflejadas en su cerveza. Estaba sentado en un rincón oscuro de una taberna en un barrio sórdido de Edimburgo. No sabía dónde se hallaba exactamente. Esa noche había caminado varios kilómetros, sin reconocer siquiera lo que buscaba, y poco a

poco, siguiendo las calles tortuosas y traicioneras, se había adentrado en un barrio con ropa de color blanco grisáceo tendida en los balcones abarrotados de trastos, y el olor a carne frita le recordó a su casa.

Al revivir ese olor, le rugió el estómago. No había comido nada en toda la tarde, salvo una bolsa de cacahuetes. Tenía aún granos de sal adheridos a los labios, y le escocían las grietas allí donde la piel se le había resecado durante el ataque de asma. Aun así, merecía la pena, sólo por estar allí sentado tranquilamente, escuchar voces sin tartamudeos, liberar la vista del color caqui.

«No hay teoría.» A ese respecto había mentido a Rivers. Para él, era una cuestión de honor mentir a Rivers al menos una vez en cada sesión. Apuró su copa y salió a la noche.

Un poco más allá, en la misma calle, encontró un café. Había pasado por delante de camino a la taberna, y sintió la tentación de entrar, pero en ese momento se abrió la puerta y salió una bocanada de aire húmedo y sucio, con olor a jabón lavavajillas, que lo disuadió. Sin embargo ahora, ya famélico, eso no le importó. Al entrar, advirtió el goteo en el interior de las ventanas a causa de la condensación, el aire húmedo en los espacios entre su uniforme y su piel. Se produjo un breve silencio. Allí alguien con uniforme de oficial no pasaba inadvertido ni era bien acogido. Comería algo a toda prisa, pescado y patatas fritas, y se marcharía.

Ocupaba la mesa contigua un grupo de mujeres. Tres eran jóvenes, una mayor, de unos treinta y cinco o cuarenta años, con los dientes mellados y ennegrecidos. Por lo que Prior captó de la conversación, se llamaba Lizzie, y las otras eran Madge, la rubia y guapa, Betty, que era morena y delgada, y Sarah, que le daba la espalda. Puesto que todas tenían una tonalidad un tanto amarilla en la piel, supuso que trabajaban en alguna fábrica de municiones. «Municioneras», como se complacía en llamarlas la prensa. Lizzie entretenía a las chicas de menor edad con sucesivas anécdotas.

—Había una muchacha un poco simplona, que vivía al lado de una pro... bueno, ya sabéis qué es una pro. —Lizzie lanzó una mirada a Prior y bajó la voz—. Un día estaba ante su puerta, y aparece la pro por la calle, ya os imagináis, vestida para matar. Y la muchacha va y dice: «Eh, tú siempre vas

muy bien vestida», le dice. «Tienes una ropa preciosa.» Y le dice: «Me encantan esos sombreros». Y la pro contesta: «Pues ¿por qué no te vienes al centro como hago yo? Si un hombre te guiña el ojo, tú se lo guiñas a él. Luego lo acompañas, le dejas que te haga lo que quiera y le cobras siete con seis. Y después te vas a R&K Modes y te compras un sombrero». Al día siguiente la pro aparece otra vez por la calle. «Hola.» «Hola», dice. «¿Te has comprado el sombrero?» «Qué va.» «¿Y eso? ¿No has hecho lo que te dije?» La muchacha contesta: «Claro que sí. He ido al centro y un hombre me ha guiñado el ojo y yo se lo he guiñado a él. Y me dice “Vente conmigo al descampado”». Y luego cuenta: «Yo me voy al descampado con él, y le dejo hacer lo que quiere. Al final dice: “¿Cuánto es?” Yo digo: “Siete con seis”. Él contesta: “Anda ya, vete a cagar”. Y cuando vuelvo, ya se ha ido».

Las chicas se desternillaron de risa. Prior volvió a mirarlas. La tal Madge era muy guapa, pero no vio ninguna posibilidad de apartarla del grupo y pensó que era mejor dejarlo estar. En cuanto llegó su comida, se llenó la boca de patatas flácidas y pescado con una gruesa capa de rebozado, y se limpió la grasa con el dorso de la mano.

–Así le entrará hipo.

Prior alzó la vista. Era Sarah, la que estaba sentada de espaldas a él.

–Y entonces tendrá que darme un susto, ¿no?

–Puedo echarle la llave de mi casa por la espalda, si quiere.

–Eso es para las hemorragias de nariz, Sarah –dijo Bettie.

–Ella ya sabe para qué es –intervino Lizzie.

–Para el hipo hay que beber del fondo del vaso –dijo Madge.

Prior y ella se miraron por encima de la mesa.

–Pero eso son cuentos, ¿no? –dijo él–. Es imposible hacerlo.

–Claro que es posible.

–Hágalo, pues.

Ella hundió la nariz pequeña y recta en su taza, bebió a lengüetazos, salpicó y, riéndose, levantó la cabeza y se limpió la barbilla. Betty, a todas luces celosa, le dio un codazo en las costillas.

–Eh, al final nos echarán por tu culpa.

El dueño del café las observaba desde detrás de la caja, sacando brillo con

parsimonia a una copa mediante un paño de cocina visiblemente mugriento. Las chicas siguieron con su té, prorrumpiendo de vez en cuando en pequeños estallidos de risa, sacudiendo los hombros, y Prior se volvió y acabó de comer. Era consciente de la presencia de Sarah cerca de él. Tenía el cabello espeso, con mucho cuerpo, muy oscuro, pero en la superficie, formando una especie de halo, crecían otros pelos, de color caoba, cobrizo, castaño claro. Prior nunca había visto un cabello así. La miró, y ella se volvió y fijó en él sus ojos risueños y verdosos de expresión serena.

–¿Le apetece tomar algo? –preguntó él.

Ella miró su taza.

–No, me refería a tomar una copa como es debido.

–Las tabernas de por aquí no dejan entrar a las mujeres.

–¿No hay un hotel?

–Bueno, está el Cumberland, pero...

Las otras mujeres cruzaron miradas.

–Vámonos, chicas, me parece que nuestra Sarah ha hecho una conquista.

Las tres se pusieron en pie, se despidieron afablemente y salieron del café, conteniendo la risa hasta llegar a la acera.

–¿Nos vamos, pues? –propuso Prior.

Sarah lo miró.

–Sí, de acuerdo.

En la calle, ella se volvió hacia él.

–Todavía no sé su nombre.

–Prior –contestó él mecánicamente.

Ella se echó a reír.

–¿Es que entre su gente no se usa el nombre de pila?

–Billy. –Quiso añadir: Yo no soy de esa «gente».

–Me llamo Sarah. Sarah Lumb. –Le tendió la mano de un modo directo, casi varonil. Prior se sorprendió, porque eso era lo único que ella tenía de varonil.

–Bien, pues, Sarah Lumb, indica tú el camino.

La bebida preferida de ella era el oporto con limón. Prior se asombró al ver a qué ritmo se los pulía. Un rubor se extendió por sus mejillas más allá

del colorete, con lo que daba la impresión de que tenía la cara desenfocada. Trabajaba en una fábrica, explicó, manufacturando detonadores. Turnos de doce horas, seis días por semana, pero le gustaba el trabajo, dijo, y estaba bien pagado.

–Cincuenta chelines a la semana.

–No está mal, supongo.

–Nada mal. Antes de la guerra ganaba diez chelines.

Prior pensó en lo que podían hacer los detonadores en la carne y el hueso, y su mente atajó un recuerdo que amenazaba con aflorar a la superficie.

–No eres escocesa, ¿verdad?

–No, soy de Tyneside. O sea, una *geordie*, como dice la gente.

–¿Tu padre vino aquí en busca de trabajo?

–No, ellos siguen allí. Yo estoy en una pensión.

Ah, pensó él.

–«Ah», piensa él. –Lo miró, sonriente y franca—. Me parece que eres un chico malo.

–No, no lo soy. Ninguna persona mala sería tan transparente.

–Eso es verdad.

–¿Tienes novio?

–¿Tú qué crees?

–Creo que no estarías aquí sentada si lo tuvieras.

–Ah, podría ser una de esas chicas infieles, nunca se sabe. –Bajó la vista y la fijó en su copa—. No, no tengo novio.

–¿Por qué? No puede ser que en Escocia todos estén ciegos.

–Tal vez yo no esté en el mercado.

Prior no sabía qué pensar de ella, pero eso era lógico dado lo distanciado que estaba de las mujeres. Tenía la impresión de que habían cambiado mucho durante la guerra, de que se habían expandido de maneras muy distintas, en tanto que los hombres en esa misma época se habían encogido y ocupaban un espacio cada vez menor.

–Tuve uno –dijo ella—. Loos.

Era curioso que bastara con una sola palabra, pensó él mientras se levantaba y se acercaba a la barra a por otra ronda. Pero ¿por qué no? Al final

el lenguaje se quedaba corto, y los nombres tenían que decirlo todo. Mons, Loos, Ypres, el Somme. Arrás. Pagó y llevó las copas a la mesa. Pensó que no le apetecía hablar del novio, y que probablemente oiría hablar de él de todos modos. Estaba allí presente.

–Yo entonces trabajaba de criada. No... –La voz adquirió un tono enérgico–. No lo asimilé. Un día vino a verme un compañero suyo. No debía tener galanteadores, insistía la señora. «Galanteadores», decía, así de anticuada era. Y menos si eran soldados. «¡Dios nos libre!» El caso es que se presentó ante la puerta y... –Trazó un lánguido gesto con la mano–. Lo eché. Luego me escapé corriendo al sótano y lo dejé entrar por detrás. –Bebió un trago de oporto–. Fue nuestro gas –dijo con los ojos ribeteados–. ¿Tú eso lo sabías?

–Sí.

–Nuestro propio gas, maldita sea. Cuando ese soldado se marchó, no me lo podía creer. Di vueltas y vueltas a la mesa y fue como... ¿sabes cuando se te mete una melodía en la cabeza? No paraba de pensarlo: nuestro gas. El caso es que al cabo de un rato, la señora bajó y dijo: «¿Dónde está el té?» Y yo contesté: «Pues ya lo ve, no está listo». En fin. Primero se dijo una cosa, después otra, y al final me despaché a gusto. Ella dijo: «Cometerías un gran error si dejaras este trabajo, ¿te das cuenta, Sarah?». Yo dije: «Ya». Y ella dijo: «No se dice “ya”, Sarah, se dice “sí”». Yo dije: «De acuerdo, “sí”. Pero tanto si es “ya” como si es “sí”, me paga diez chelines semanales, y ya puede metérselos por donde le quepan». Esa misma noche hice las maletas. Sin referencias. ¿Y sabes qué habría significado eso antes de la guerra? –Lo miró de arriba abajo–. No, imagino que no. La cuestión es que me presenté en casa y mi madre me dijo: «No me das ninguna pena, Sarah. Tenías que haberlo pillado bien cuando aún podías, y así asegurarte la pensión. Nuestra Cynthia espabiló. ¿Por qué tú no?». Y por supuesto nuestra Cynthia estaba allí sentada. Vestida de luto, ¿no es increíble? Al diablo con todo esto, pensé. El caso es que al cabo de un par de días hablé con Betty... la chica morena que antes estaba conmigo... y decidimos probar esto.

–Me alegro de que lo hicieras.

Se quedó pensativa ante la copa vacía.

–Mi madre dice que el amor entre hombres y mujeres no existe. El amor por tus criaturas, sí. ¿El amor por un hombre? No. –Se volvió hacia él con una actitud casi hostil– ¿Tú qué opinas?

–No lo sé.

–Pues ya somos dos, porque yo no tengo la menor idea.

–Pero tú querías...

–¿A Johnny? No lo recuerdo. A veces su cara asoma de pronto en mi cabeza mientras pienso en otra cosa, pero cuando quiero verlo, no puedo. –Sonrió–. Ése es el problema del oporto con limón. La verdad sale sin más.

Él captó la indirecta y fue a por otra copa.

Para cuando salieron del establecimiento, ella había bebido lo suficiente para tener que buscar apoyo en el brazo de Prior.

–¿Hacia dónde está tu pensión?

Ella ahogó una risita.

–No te servirá de nada –dijo–. Mi casera es de armas tomar. Cincuenta veces peor que mi madre.

–¿Damos un paseo, pues? Todavía no me apetece despedirme, ¿y a ti?

–De acuerdo.

Abandonaron las aceras iluminadas y se dirigieron hacia la oscuridad de una calle menor. Él le rodeó la cintura con el brazo y deslizó la mano hacia arriba poco a poco hasta rozar con los dedos la curva de su seno. Era alta para ser mujer, y se correspondían bien en estatura, hombro con hombro y cadera con cadera. Él apenas tenía que acortar su zancada. Mientras caminaban, ella se miraba con frecuencia los zapatos y las medias, admirándose. Él supuso que solía calzar botas.

Llegaron a una iglesia con un pequeño camposanto alrededor. Las lápidas, inclinadas unas hacia otras entre las sombras proyectadas por los árboles, parecían personas cuchicheando.

–¿Entramos un momento?

Él le abrió la verja y se adentraron en la oscuridad entre los árboles, pisando algo blando y crujiente. Pinaza, quizá. Al llegar a la puerta de la iglesia, doblaron y siguieron el camino circundante hasta toparse con un muro alto medio desmoronado y cubierto de hiedra. Allí, entre las sombras,

Prior la atrajo hacia sí. Le desabrochó la chaqueta y la blusa y le palpó el pecho. El pezón se endureció en la palma de su mano, y se rió en silencio. Ella empezó a decir algo, pero él le tapó la boca con la suya. No quería que hablara, no quería que le contara nada. Incluso habría preferido no saber su nombre. Sólo carne contra carne en la oscuridad y luego nada.

–Sé lo que quieres –dijo ella, intentando zafarse de él.

Él la soltó de inmediato.

–Yo también sé lo que quiero. ¿Y qué tiene de malo? Nunca he forzado a nadie. –Se apartó de ella y se sentó en la losa de una tumba–. Y tampoco insisto.

–En ese caso eres uno entre un millón.

–Lo sé.

–Te lo tienes muy creído.

–¿Ni siquiera merezco unos arrumacos? –Dio unas palmadas en la losa–. No hay nada malo en eso.

Ella se acercó y se sentó junto a él, y al cabo de un rato él volvió a rodearla con los brazos. Pero ya no sentía lo mismo. Ahora, incluso mientras bajaba la cabeza hacia su pecho, se preguntaba si deseaba jugar a eso en particular. Si valía la pena. Le tironeó con delicadeza del pezón y notó que ella distendía los muslos. Al instante se disiparon sus dudas. La tendió sobre la losa y se colocó sobre ella. Rodeándole la cabeza con el brazo izquierdo, inició la complicada maniobra de levantarle la falda, bajarle las bragas, desabrocharse el pantalón, todo ello manteniendo la posición sobre una losa en pendiente demasiado corta. En el último momento ella exclamó «No-o-o» y, empujándolo con fuerza, lo tiró a la hierba. Él se quedó allí sentado, de espaldas a la piedra, desprendiéndose trozos de líquen de la guerrera. Al cabo de un momento bostezó y dijo:

–Vaya unos enanos, estos escoceses.

Ella miró la losa de la tumba, que en efecto parecía un tanto pequeña.

–Bueno, no sé... por aquel entonces todo el mundo era más bajo. –Sólo se distinguía la palabra «Amado». Todo lo demás lo cubría el líquen o se había desintegrado. Recorrió la palabra con las yemas de los dedos–. Me pregunto qué pensarán.

–¿Ahí abajo? Se alegrarán de ver un poco de vida, imagino. Tampoco es que hayan visto mucha.

Ella no contestó. Prior se volvió para mirarla. Se le había soltado el pelo, que le caía muy por debajo de los hombros, y a él le complació que no lo llevara corto. Seguía viéndose ese asombroso contraste entre la mata aterciopelada de color castaño oscuro y el halo de alambre de cobre. Estaba comportándose estúpidamente. Ella acabaría consintiendo, y cuanto más rezongara él al respecto, más tendría que esperar.

–Ven, dame un beso, y te acompañaré a casa.

–Mmm.

–No, lo digo en serio.

Prior le dio un beso provocadoramente casto, asegurándose de ser el primero en apartarse. Luego la ayudó a sacudirse el polvo de la falda y la acompañó de regreso a su pensión. En el camino ella insistió en parar en el portal de una tienda, y se recogió el pelo bajo el sombrero con el auxilio de las pocas horquillas que había conseguido recuperar.

–Alguien puede levantar las cejas si entro así.

–¿Podemos volver a vernos?

–Ya sabes dónde vivo. O lo sabrás.

–Desconozco tus horarios.

–El domingo.

–Vendré el domingo, pues. ¿De acuerdo? Si vengo a media mañana, podríamos comer algo en Edimburgo y luego ir a algún sitio en tranvía.

Ella pareció dudar, pero sucumbió a la perspectiva de que un oficial pasara a recogerla por la pensión.

–De acuerdo.

Siguieron adelante. Ella se detuvo ante la puerta y levantó la cara. Ah, no, pensó él. Nada de besuqueos en la escalinata. Bajó la cabeza hasta apoyar la frente en la de ella.

–Buenas noches, Sarah Lumb.

–Buenas noches, Billy Prior.

Tras alejarse unos pasos, Prior miró atrás. Ella seguía en el portal, observándolo. Él alzó la mano y ella se despidió con un gesto parco. Luego él

se volvió al frente y se echó a andar con paso vigoroso, consultando su reloj y pensando: Dios mío. Aun cuando encontrara un taxi inmediatamente, no llegaría a Craiglockhart antes de cerrarse las puertas. En fin, pensó, tendré que afrontarlo.

–¿Ahora empezará usted con eso?

–Supongo que el comandante Bryce ya ha zanjado el asunto.

–Podría decirse así. Me ha prohibido salir del hospital durante quince días.

Rivers se abstuvo de hacer comentarios.

–¿No le parece eso muy severo? –preguntó Prior.

–El problema no es sólo que volviera tarde, ¿no es así? Dice la enfermera jefa que lo vio en la ciudad, y que no llevaba el distintivo del hospital.

–No llevaba el distintivo porque buscaba a una chica. Tarea que, como quizá usted sepa o quizá no, resulta un tanto complicada yendo por ahí con un distintivo en el pecho que proclama: SOY UN CHIFLADO.

–Tengo entendido que también dejó caer comentarios irrespetuosos sobre la enfermera jefa. Haciendo referencia a todo, desde el tamaño de sus pechos hasta el estado de su himen. Si dirigiera comentarios como éstos a su oficial al mando, ¿qué cree que pasaría?

Prior no contestó, pero un músculo empezó a palpar en su mandíbula. Observando el rostro pálido, orgulloso y glacial, Rivers pensó: Uy, Dios mío, hoy vamos a tener otra de esas sesiones.

–¿No va a preguntarme si lo conseguí?

–Si consiguió ¿qué?

–Una chica, una mujer. –Como Rivers no respondió de inmediato, Prior añadió–: ¿Mu-jer?

–No, ni tenía intención de preguntárselo.

–Me asombra. Habría pensado que eso era lo habitual.

Rivers aguardó.

–Preguntas. Una y otra y otra más.

–¿Preferiría que lo dejáramos por hoy?

–No.

–¿Está seguro?

–Totalmente.

–De acuerdo. Llegamos al momento inmediatamente posterior al ataque del 23 de abril. ¿Ha hecho algún avance más allá de ese momento?

–No.

–¿Nada en absoluto?

–No. –Prior se aferraba a los brazos de la butaca–. No quiero hablar de eso.

Rivers decidió seguirle la corriente.

–¿De qué quiere hablar?

–De una cosa que dijo usted hace unos días. Me ronda por la cabeza desde entonces. Afirmó que los oficiales no padecen mutismo.

–Es poco común.

–¿Cuántos casos hay?

–¿En Craiglockhart? Usted, y otro más. En Maghull, donde trataba a soldados rasos, era de lejos el síntoma más frecuente.

–¿Por qué?

–Imagino... El mutismo parece proceder de un conflicto entre querer decir algo y saber que si se dice, las consecuencias serán desastrosas. Así que uno lo resuelve por medio de la imposibilidad física de hablar. Y para el soldado raso las consecuencias de expresar lo que piensa son siempre peores que para un oficial. Lo que sí tiende a observarse en los oficiales es el tartamudeo. Y eso no sólo pasa con el mutismo. Todos los síntomas físicos, la parálisis, la ceguera, la sordera, son comunes en los soldados rasos y rara vez se manifiestan en los oficiales. Es casi como si para las... clases trabajadoras la enfermedad tuviera que ser física. No pueden tomarse su trastorno en serio a menos que haya un síntoma físico. Y se observan más diferencias. Los sueños de los oficiales tienden a ser más elaborados. Los sueños de los soldados tienen más que ver con la simple realización de un

deseo. Ya sabe, sueñan que los mandan de vuelta a Francia, pero el día de su llegada se declara la paz. Cosas así.

–Creo que preferiría sus sueños a los míos.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Rivers–. Usted no recuerda los suyos.

–Todavía no me ha explicado por qué.

–Se reduce, supongo, a que los oficiales tienen una vida mental más compleja.

Prior reaccionó como si hubiera recibido un aguijónazo.

–¿Habla en serio? ¿De verdad cree que esa panda de zoquetes sin dos dedos de frente tiene una vida mental compleja? Vamos, Rivers.

–No afirmo que sea una verdad universal, sino sólo que es una verdad general. Sencillamente es el resultado de que los oficiales han recibido una educación distinta y, en su mayor parte, más prolongada.

–Los colegios privados.

–Sí. Los colegios privados.

Prior levantó la cabeza.

–¿Y yo dónde encajo en eso?

–Bu-ueno, resulta interesante que haya padecido usted mutismo y sea uno de los pocos en el hospital que no tartamudea.

–Más interesante aún resulta que usted sí tartamudee.

Rivers quedó desconcertado.

–Eso es d-distinto.

–Distinto ¿cómo? ¿Aparte del hecho de que usted está a ese lado de la mesa? –Vio vacilar a Rivers–. No lo digo por incomodarlo. Siento sincero interés.

–Normalmente se considera que el tartamudeo neurasténico surge de la misma clase de conflicto que el mutismo, un conflicto entre el deseo de hablar y la conciencia de q-que lo que uno tiene que decir no es aceptable. ¿Y en cuanto al tartamudeo que dura toda la vida? Bueno, en realidad nadie lo sabe. Incluso puede que sea genético.

Prior sonrió.

–Eso sí es una suerte, ¿no? Una suerte para usted, quiero decir. Porque si su tartamudeo fuera igual que el de ellos... quizá tendría que sentarse y

analizar qué es lo que ha procurado no decir durante cincuenta años.

–¿Se acaba aquí mi sesión del día, señor Prior?

Prior sonrió.

–Un día tendrá que aceptar el hecho de que ha ingresado usted en este hospital porque está enfermo. No yo. Ni el oficial al mando. Ni el ayudante de cocina. Usted.

Cuando Prior se marchó, Rivers se quedó allí un rato inmóvil, medio riéndose, medio irritado. Ahora que alguien lo había inducido a depositar la atención en su propio tartamudeo, eso lo atormentaría a ratos a lo largo del día. Al diablo Prior, pensó. Para ser más exactos, al d-d-diablo Prior.

Prior se había marchado un poco antes de tiempo, así que Rivers disponía de unos minutos hasta su siguiente visita. Decidió dar un paseo por los jardines. El césped presentaba un color plateado por efecto del rocío –sus pasos dejaban una huella oscura allí donde pisaba–, pero en algunos puntos la tierra empezaba a vahear. Se sentó en un banco bajo los árboles y vio a dos pacientes provistos de guadañas doblar la esquina del edificio y correr por el terraplén cubierto de hierba que separaba el camino de grava de las pistas de tenis. Parecían, pensó Rivers, casi cómicamente simbólicos: el Tiempo y la Muerte invadiendo la escena arcadiana. Pero las guadañas no tenían nada de simbólico. Sobre sus hombros las hojas despedían malévolos destellos de color gris azulado. Era difícil no asombrarse de una administración que confiscaba las navajas de afeitar y luego entregaba a los pacientes herramientas como aquéllas. Poniéndose manos a la obra, empezaron a segar la hierba alta junto a los setos. Al principio hubo muchas risas y torpeza, y más de un intento fallido, hasta que sus cuerpos se acomodaron al ritmo de la tarea. Las mariposas nocturnas, perturbadas en su sueño diurno, revoloteaban en torno a ellos.

Uno se quitó primero el cinturón y la bandolera; luego la guerrera, la corbata y la camisa, que tiró a un lado descuidadamente. Después reanudó la siega, describiendo sus tirantes caídos amplios arcos en torno a él a cada golpe de guadaña. Tenía el cuerpo muy pálido, con una raya alrededor del cuello, que separaba lo blanco de lo moreno rojizo. La guerrera había caído en el seto, con una manga en alto como en un gesto de llamada. El otro

hombre dejó caer la guadaña y lo imitó. Ahora trabajaban más deprisa. Pronto tenían una zona satisfactoriamente amplia de hierba segada que contemplar. Se quedaron apoyados en las guadañas, admirando su obra; de pronto uno de ellos, visiblemente excitado por la hierba tal como ocurre a veces a los perros, se arrojó al suelo y se deslizó entre los tallos cortados. Finalmente se quedó tendido de espaldas, jadeando. El otro se acercó, dijo «capullo» y empezó a echarle la hierba segada encima a patadas.

Rivers giró la cabeza y vio a Patterson, el jefe de administración, que descendía por el terraplén a paso firme para soltar la inevitable reprimenda. El reglamento militar. Ningún oficial debe mostrarse en público sin alguna de sus prendas. Patterson habló con ellos y se dio media vuelta. Lentamente, los hombres cogieron sus uniformes, se pusieron las camisas de color caqui y las guerreras sobre los cuerpos sudorosos y se ciñeron los cinturones. Había que hacerlo, pero Rivers tuvo la impresión de que la siega avanzó más despacio a partir de ese momento, y hubo menos risas, lo que le pareció una lástima.

Esa noche Rivers se quedó trabajando hasta tarde, elaborando la lista de hombres que recibirían el alta a finales de agosto. Era todos los meses la tarea más difícil, ya que implicaba decidir qué pacientes eran aptos para regresar al servicio. En teoría, la Comisión era la encargada de decidir si un hombre se reincorporaba a su destino, pero como las recomendaciones de Rivers rara vez, o nunca, se cuestionaban, en la práctica su informe determinaba el resultado. Empezaba el primero de esos informes cuando llamaron a la puerta.

–Pase –dijo en voz alta.

Prior entró en el despacho.

–Buenas noches –saludó Rivers.

–Buenas noches. He venido para disculparme por lo de esta mañana.

El día había sido tan espantoso en tantos sentidos –culminado con una reunión de tres horas del comité de gestión del hospital– que Rivers tuvo que rebuscar en su memoria.

–No tiene importancia –dijo.

–Ha sido una estupidez, ponerse así.

–Bueno, no sé qué decirle. Simplemente los dos hemos tenido un mal momento.

Prior permaneció a unos pasos de la mesa.

–¿Por qué no se sienta? –sugirió Rivers.

–Debe de estar cansado.

–Cansado del papeleo.

Prior dirigió la mirada hacia la lista de nombres.

–Las altas.

–Las altas. –Miró a Prior–. Esta vez aún no le toca a usted.

–No he avanzado lo suficiente.

Rivers no contestó de inmediato. Observando a Prior, reparó en su palidez, sus ojeras, ahora círculos más amplios.

–Sí ha avanzado. Ha recuperado la memoria casi por completo y ya no pierde el habla.

–Eso último debe usted de lamentarlo.

Rivers sonrió.

–No exagere, señor Prior. Los dos sabemos que si de verdad quisiera ofender, lo haría cien veces mejor de cómo lo ha hecho esta mañana. –Aguardó una respuesta–. ¿O no?

Prior contestó con una extraña oscilación de hombros –un gesto mezcla de indiferencia y desdén– y se dio media vuelta. Al cabo de un momento miró a Rivers de soslayo.

–Es verdad que en cierta ocasión pensé en preguntarle si se folló a alguno de sus cazadores de cabezas.

–¿Y qué se lo impidió?

–Me pareció que era asunto suyo.

Rivers fingió pensárselo.

–Eso es cierto.

–Si ésa es la única respuesta que uno recibe, no tiene sentido intentar ofender, ¿no le parece?

–En realidad usted no quiere ofender. Siempre anda amenazando con pasarse de la raya, pero en realidad nunca lo ha hecho. –Rivers sonrió–.

Excepto ahora, claro está, y ha sido de una manera en extremo indirecta.

Un breve silencio.

–Ojalá pudiera salir –comentó Prior–. No, no se preocupe, no lo estoy pidiendo. Sólo digo que ojalá pudiera. Las pesadillas empeoran cuando estoy encerrado. –Aguardó–. Ahora es cuando usted pregunta por las pesadillas y yo contesto que no me acuerdo.

–Lo sé.

Prior sonrió.

–Nunca me ha creído, ¿verdad?

–¿Acaso debería haberle creído?

–No.

–¿Quiere hablar ahora de las pesadillas?

–No puedo. Oiga, sólo son... –Se echó a reír–. «Pesadillas de combate reglamentarias: para uso de oficiales tocados del ala.» Nada que no haya oído ya cientos de veces.

–¿Excepto?

–Excepto nada.

Un largo silencio.

–Excepto que a veces se mezclan con sexo. Así que me despierto y... –Se aventuró a lanzar una mirada a Rivers. Cuando volvió a hablar, adoptó un tono despreocupado–. Es ciertamente imposible sentir aprecio por uno mismo. De hecho más de una vez, al despertar, me he preguntado si tenía sentido seguir adelante.

No me extraña, pensó Rivers.

–Por eso me enfadé tanto cuando lo despertaron en plena noche.

Era fácil pronunciar los habituales comentarios tranquilizadores sobre los efectos del celibato en los jóvenes, pero no especialmente provechoso. Prior iba camino de la depresión sin lugar a dudas. No le hacía ningún bien la espera de la carta de su oficial al mando, que quizá al final ni siquiera contuviese nada de gran trascendencia.

–Podríamos probar ya la hipnosis, si quiere.

–¿Ahora?

–Sí, ¿por qué no? Es cuando menos probabilidades hay de que nos

interrumpan.

Prior lanzó rápidas miradas aquí y allá. Se lamió los labios.

–Es curioso, ¿no? Cuando dijo que a la mayoría de las personas les da miedo, no lo creí.

–Lo que les da miedo –explicó Rivers con cautela– es la idea de ponerse totalmente en manos del psicoterapeuta, que puede obligarlos a hacer cualquier cosa, incluso cosas que normalmente considerarían ridículas o hasta inmorales. Pero eso no es así: el individuo sigue siendo él mismo en todo momento. Además no tengo la menor intención de obligarlo a hacer nada ridículo o inmoral. –Sonrió–. Por más que sea el terror de los Mares del Sur.

Prior se rió, pero la tensión asomó de nuevo a su rostro de inmediato.

–Podemos dejarlo correr, si lo prefiere –sugirió Rivers con delicadeza.

Prior respiró hondo.

–No, no puedo andar persiguiéndolo con eso y luego negarme.

–Si le causa... –Rivers buscó una palabra lo bastante inocua– angustia, le daré algo para dormir. O sea, no tendrá que enfrentarse a todas las implicaciones esta noche.

–De acuerdo. ¿Qué hay que hacer?

–Usted relájese. Reclínese en la silla. Así. Esos hombros. Venga, así. Ahora las manos. Afloje las muñecas. ¿Está cómodo? Quiero que mire esta pluma. No, no levante la cabeza. Levante los ojos. Muy bien. Mantenga la mirada fija en la pluma. Voy a iniciar una cuenta atrás desde diez. Cuando llegue a cero, entrará en un estado de duermevela. ¿De acuerdo?

Prior asintió. Se lo veía escéptico. Como la mayoría de las personas empecinadas, se consideraba poco apto para la hipnosis. Rivers, por el contrario, pensaba que sería fácil.

–Diez... Nueve... Ocho... Siete... Ahora le pesan los párpados. No se resista, ciérrelos. Seis... Cinco... Cuatro... Tres... Dos...

Lo despertó el olor a sacos de arena húmedos y pedos rancios de un refugio subterráneo. Encogió los dedos de los pies dentro de las botas mojadas y sintió chirriar y combarse la tela metálica del somier cuando se volvió hacia

la mesa. El habitual desorden: papeles, botellas, tazones, el teléfono de campaña en su caja negra, un par de revólveres, todo ello iluminado por una única vela adherida a la madera en medio de un charco de su propio sebo. Una disminución apenas perceptible de la oscuridad en torno a la cortina antigás le indicó que estaba a punto de amanecer. Y en efecto al cabo de unos minutos Sanderson levantó la cortina y ordenó: «¡En pie!». Las voluminosas siluetas en las otras literas se revolvieron, gimieron, buscaron a tientas sus revólveres. Pronto todos intentaban salir del refugio, lo que era difícil porque la lluvia y las recientes explosiones cercanas habían convertido los peldaños en una rampa lodosa. A lo largo de toda la trinchera los hombres salían de sus guaridas. Recorrió la pasarela hacia su posición, percibiendo el olor a vegetación, a rata, a descomposición, obligando a los músculos de la cara a formar una sonrisa cada vez que los hombres lo miraban. Luego una hora de pie, aterido y tembloroso, viendo clarear.

Le tocaba el primer turno de guardia en las trincheras. Apuró a tragos un tazón de té con sabor a cloro y se encaminó hacia la posición más externa a su izquierda. Olor a beicon frito. En el tercer puesto de tiro encontró a Sawdon y Towers en cuclillas ante una pequeña fogata alimentada con jirones de sacos de arena y cabos de vela, avivando las llamas. Se detuvo para charlar unos minutos, y Towers, parpadeando bajo el casco verde en forma de champiñón, alzó la vista y le ofreció un té. Un día tranquilo, pensó, y siguió adelante. No como los últimos días, con un incesante bombardeo durante setenta horas y declarándose el estado de alerta cinco veces en espera de un contraataque alemán. Los daños causados por el bombardeo se apreciaban por todas partes: parapetos desmoronados, zapas inundadas, refugios subterráneos con los accesos obstruidos.

Había recorrido quizá otros tres puestos de tiro cuando oyó el zumbido de un obús. Al girar sobre los talones, vio disiparse ya la estela de humo, de un marrón polvoriento. Pensó que el obús había pasado de largo, pero de pronto oyó un grito y, con el estómago revuelto, volvió sobre sus pasos a todo correr. Logan ya estaba allí. Debía de haber sido Logan quien había gritado, ya que en medio de aquella devastación nada podía tener voz. En el flanco de la trinchera se había abierto un hoyo negro cónico, aún humeante. Del

hervidor, la sartén y la fogata cuidadosamente atendida no quedaba la menor señal, ni quedaba gran cosa de Sawdon y Towers, o al menos no gran cosa reconocible.

Cerca había una pila de sacos de arena y palas, amontonados contra el parapeto por una cuadrilla de zapadores a su regreso. Cogió una pala. Logan enderezó un saco de arena y lo mantuvo abierto mientras él empezaba a echar dentro a paladas tierra, carne y esquirlas de hueso ennegrecido. Mientras paleaba, tenía arcadas. Notó una presión contra los dientes y vio que Logan le ofrecía una botella de ron. Se obligó a tragar la bilis y el ron a la vez. Logan volvió la cara en la otra dirección mientras él seguía paleando. Maldecía en susurros sin parar, con juramentos blasfemos, obscenos, ingeniosos. Alguien se acercó corriendo. «No te quedes ahí pasmado, hombre –dijo Logan–. Ve a buscar un poco de cal.»

Casi habían terminado cuando Prior cambió de postura en la pasarela, echó un vistazo al suelo y descubrió que tenía la mirada fija en un ojo. Con delicadeza, como si seleccionara un bocado especialmente exquisito en un plato, introdujo el pulgar y el índice entre los tablones de la pasarela. Tocó aquella superficie lisa, que resbaló entre sus dedos hasta que por fin consiguió coger el ojo. Lo extrajo, se lo colocó en la palma de la mano y se lo tendió a Logan. Vio que le temblaba la mano, pero parecía que el temblor era totalmente ajeno a él. «¿Qué se supone que tengo que hacer con este caramelo?» Vio que Logan parpadeaba y supo que tenía miedo. Al final Logan tendió la mano, le cogió la muñeca temblorosa e, inclinándosela, dejó caer el ojo en el saco. «Williams y yo nos encargaremos del resto, señor. Usted vuelva ya a lo suyo.»

Él movió la cabeza en un gesto de negación. Esparcieron la cal juntos, acumulándola en una espesa capa sobre el peldaño del puesto de tiro, lanzando paladas a una porción de pared especialmente afectada. Cuando por fin dieron un paso atrás y se sacudieron el polvo blanco de los faldones de las guerreras, Prior deseó hacer algún comentario desenfadado, algo que demostrara que se sentía bien, pero advirtió que tenía dormida la mitad inferior de la cara.

De vuelta en el refugio, vio a la gente mover los labios y lo invadió una

gran admiración por ellos. Observarlos le produjo una sensación de júbilo, casi euforia. Qué complejos eran aquellos movimientos, qué asombrosos los atisbos de dientes y lengua, la acción de los músculos y la mandíbula. Se pasó la lengua por el filo de los dientes, la retrajo, acarició las prominencias del paladar, flexionó los labios, sintió la tirantez de la piel y la tensión en los músculos de la garganta. Todo presente y correcto, pero ignoraba cómo se combinaban las partes para producir sonidos.

Fue Logan quien lo llevó al hospital de campaña. En circunstancias normales lo habría acompañado su auxiliar, pero Logan pidió permiso para ir con él. Avanzando con andar firme por el barro, se pusieron en camino, muy animados los dos, o al menos Prior. Se sentía ya intocable. Cuando se oyó el zumbido de un obús, no se inmutó, pese a saber que los alemanes tenían bien localizadas las trincheras de comunicación. Pasaron del lodazal pestilente a la pasarela más bien seca, y el paisaje desnudo que percibía más allá de la maraña de alambre herrumbroso dio paso gradualmente a unos campos. Sobre la última trinchera pendían matas de vivo color amarillo; eran coles, y su olor se asemejaba tanto al del gas que los hombres temblaban al percibirlo.

En el hospital de campaña se sentó, con Logan a su lado. En el suelo yacía un joven herido en la espalda que apenas parecía consciente de que ellos estaban allí. De vez en cuando gemía, «Tengo frío, tengo frío», pero cuando el médico llegó, cabeceó y dijo que no podía hacer nada. «No hace falta que se quede –dijo a Logan–. Se pondrá bien.» Así que se despidieron con un apretón de manos. Él volvió a sentarse en el banco e intentó recordar los hechos que lo habían llevado hasta allí, pero se dio cuenta de que apenas recordaba nada. Dos de sus hombres habían muerto, eso sí lo recordaba. Nada más. Al igual que la pérdida del habla, parecía natural. Sentado en el banco, con las manos entrelazadas colgando entre las piernas, dejó la mente en blanco.

Rivers observó el despliegue de emociones en el semblante de Prior a medida que encajaba ese recuerdo recuperado en lo que ya conocía de su pasado. No estaba preparado para lo que ocurrió a continuación.

–¿Eso es todo? –preguntó Prior.

Parecía fuera de sí.

–No sé si es todo –contestó Rivers–. Pero yo diría que eso, se mire por donde se mire, es una experiencia traumática.

Prior casi le escupió.

–Eso no fue nada.

Hundió la cabeza entre las manos, al principio en actitud de perplejidad, o eso pareció, pero al cabo de un momento se echó a llorar. Rivers esperó un rato; luego rodeó la mesa y le ofreció su pañuelo. Prior, en lugar de aceptarlo, cogió a Rivers por los brazos y empezó a darle cabezazos contra el pecho, con fuerza más que suficiente para hacerle daño. No era una agresión, comprendió Rivers, aunque lo parecía. Era lo máximo que Prior podía hacer para pedir contacto físico. Rivers se acordó de una cabra lechera de la granja de su hermano, a la que la cría, al mamar, casi levantaba del suelo. Rivers sujetó a Prior por los hombros, y al cabo de un momento los cabezazos cesaron. Prior alzó el rostro ciego y babeante.

–Lo siento.

–Tranquilo. –Aguardó a que Prior se limpiase la cara y luego preguntó–: ¿Qué creía usted que ocurrió?

–No lo sabía.

–Sí, lo sabía. Creía saberlo.

–Sabía que dos de mis hombres habían muerto. Pensaba que... –Se interrumpió–. Pensaba que la culpa había sido mía. Estábamos en la misma trinchera que ocupábamos a mi llegada. Allí la línea es espantosa. Serpentea en torno a pilas de ladrillos. Muchas de las trincheras están mal orientadas. Uno puede perderse incluso a plena luz del día con una brújula y un mapa. De noche... Yo llevaba allí más o menos una semana, calculo, cuando un hombre salió con una patrulla para comprobar si un refugio subterráneo en concreto estaba ocupado de noche. Allí las brújulas no funcionan: hay demasiado metal alrededor. Después de moverse en círculo a rastras sabía Dios cuánto tiempo, el hombre se topó con lo que le pareció una cuadrilla de zapadores alemanes tendiendo alambradas. Ordenó a sus soldados que abrieran fuego. En fin, se armó una buena. Al cabo de un rato alguien cayó en

la cuenta de que se oían voces británicas a los dos lados. Cinco muertos. Once heridos. Ya en el refugio, allí sentado, lo miré a la cara y estaba... uno habría podido chasquear los dedos ante él y no habría parpadeado. Antes siempre pensaba que lo peor que podía pasar era que te hiriesen y te dejaran allí, pero cuando le vi la cara a ese hombre, pensé, no, esto es lo peor. Y luego, cuando yo no recordaba nada salvo que dos de mis hombres habían muerto, pensé que tenía que ser por algo así. –Alzó la vista–. Si no era eso, no concebía qué otra cosa podía ser.

–Entonces debe de sentir alivio.

–¿Alivio?

–Cumplió con su deber. No tiene que reprocharse nada. Incluso acabó de limpiar la trinchera.

–He limpiado docenas de trincheras. No sé por qué tenía que venirme abajo por eso.

–Piensa que una crisis nerviosa es una reacción a un único suceso traumático, pero se equivoca. Se trata más bien de una... erosión. Semanas y meses de tensiones en una situación de la que no hay escapatoria. –Sonrió–. Disculpe si le parezco demasiado impersonal. Me consta lo mucho que le molesta ser el «paciente».

–No me importa en absoluto. Sólo quiero entender por qué pasó. Verá, lo que me cuesta es... No me considero una de esas personas que se vienen abajo. Y sin embargo, una y otra vez, me tropiezo con el hecho real de que, en efecto, me vine abajo.

–No sé si existen «esas personas que se vienen abajo». Imagino que, sometidos a cierto nivel de presión, podría pasarnos a casi todos. Sé que a mí me pasaría.

Prior miró alrededor con fingido asombro.

–¿Ha hablado el papel pintado?

Rivers sonrió.

–Dejaré dicho que le den un somnífero.

En la puerta Prior se volvió.

–Tenía los ojos muy azules, ¿sabe? Towers. Lo llamábamos el Huno.

Después de asegurarse de que Prior recibía el somnífero, Rivers subió a su habitación y empezó a desvestirse. Se tiró de la corbata, y al hacerlo, se vio en el espejo. Se bajó el párpado derecho y se descubrió el blanco del ojo inyectado en sangre y turbio. «¿Qué se supone que tengo que hacer con este caramelo?» Se soltó el párpado. No hay necesidad de pensar en eso, se dijo. Si seguía sintiéndose así, tendría que hablar con Bryce y organizar las cosas para tomarse un permiso. Había llegado al punto en que se despertaba por la mañana casi tan agotado como al acostarse. Se sentó en el borde de la bañera y empezó a quitarse las botas. «Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo», uno de los textos bíblicos preferidos de su padre. Allí sentado en el banco de la familia en la iglesia, aburrido e inquieto, Rivers nunca había visto con extrañeza la elección de ese versículo en particular, aunque ahora se preguntaba por qué afloraba tan frecuentemente a su conciencia. Los padres siempre son opacos para sus hijos, pensó, en gran medida porque a los hijos les cuesta creer que haya algo en los padres digno de verse. Hasta que el padre ha muerto, y ya es demasiado tarde. Por suerte, los médicos también son opacos para sus pacientes. A menos que el paciente sea Prior.

Rivers acabó de desvestirse y se metió en la bañera. Se recostó, cerró los ojos y sintió que el agua caliente empezaba a distenderle el cuello y los hombros. Tampoco era que Prior fuese el único paciente que lo había considerado... en fin, no precisamente opaco. Se acordó de John Layard, y como siempre el recuerdo fue doloroso, porque el tratamiento de Layard había acabado en fracaso. Se dijo que no existía ningún parecido real entre Layard y Prior. El motivo por el que Prior resultaba más difícil era su continuo sondeo. Layard nunca había sondeado. Pero Layard, claro, no consideraba necesario sondear. Layard estaba convencido de saberlo ya todo.

Allí recostado, con los ojos cerrados, Rivers se imaginó otra vez en el St. John's, oyendo los pasos de Layard en el patio. ¿Cómo lo había expresado? «Oiga, yo no lo veo como un padre.» Apartando la vista de la alfombra ante el fuego. Riéndose. «Más bien es una especie de... madre masculina.» Sí se parecía a Prior. Tenía los mismos ojos, de una sagacidad infinita, unos ojos radiográficos. La misma franqueza indignante.

¿Por qué recordaba eso? Era por esa imagen absurda de la cabra lechera

que había asomado a su cabeza mientras Prior le daba cabezazos en el abdomen. Le desagradaba el término «madre masculina». Creía recordar que le había desagradado incluso entonces. Recelaba de la idea implícita de que la tarea de alimentar y cuidar, incluso cuando recae en un hombre, sigue siendo femenina, como si en cierto modo esa aptitud se hubiera pedido prestada, o incluso robado, a las mujeres, una especie de equivalente moral de la «covada». Si eso fuera así, realmente habría muy pocas esperanzas.

Entendía por qué Layard había empleado ese término. La relación de Layard con su padre había sido difícil, y él era joven, sin experiencia personal con la paternidad. Aunque la paternidad, como la maternidad, asume muchas formas aparte de la biológica. Rivers a menudo se había conmovido al oír a hombres jóvenes, algunos menores de veinte años, afirmar que se sentían como padres de sus hombres. Pero luego uno veía cómo se comportaban: preocupándose por los calcetines, las botas, las ampollas, la comida, las bebidas calientes. Y esa perpetua expresión atribulada que tenían... Rivers sólo había visto esa expresión en otro sitio: en los pabellones públicos de los hospitales, en las caras de las mujeres que criaban a amplias familias con ingresos muy escasos, en mujeres que, con poco más de treinta años, aparentaban cincuenta como mínimo. Era la expresión de personas del todo responsables de vidas cuya salvación no estaba en sus manos.

Una de las paradojas de la guerra –una de tantas– era que ese conflicto en extremo brutal generaba entre oficiales y soldados relaciones... domésticas. Dominadas por los cuidados a los demás. Maternales, como sin duda Layard habría dicho. Y ésa no era la única ilusión óptica que había propiciado la guerra. La movilización. La Gran Aventura. Los habían movilizado para meterlos en hoyos excavados en el suelo, tan hacinados que apenas podían moverse. Y la Gran Aventura –el equivalente en la vida real de todos los relatos de aventuras que habían devorado en la infancia– consistía en permanecer agazapados en un refugio subterráneo esperando a que los matasen. La guerra que tanto prometía en cuanto actividad «viril» en realidad les había ofrecido pasividad «femenina», y a una escala desconocida para sus madres y hermanas. No era raro que se viniesen abajo.

En la cama, apagó la luz y descorrió las cortinas. La lluvia, plateada a la

luz de la luna, veteaba el cristal, desdibujando las pistas de tenis y los árboles, acumulándose en el borde inferior de la ventana, para formar allí un charco alargado que aumentaba de volumen y se desbordaba. Alguien, en el piso de abajo, gritó. Rivers corrió las cortinas y se dispuso a dormir, deseando, no por primera vez, ser más joven y poder ir a Francia.

Sarah observó el té derramarse en hilillos grisáceos por los lados de la taza. La camarera miró el té con expresión interrogativa.

–¿Así te parece bastante fuerte, cariño?

–Está bien. Mientras sea líquido y esté caliente.

–Dios mío –dijo Betty Hargreave–. Meados de virgen. Yo eso no me lo bebo.

Madge dio un brusco codazo a Sarah en las costillas.

–Ya, ya, en tu caso no sería muy apropiado, ¿verdad?

–¡Eh, cuidado! Va a derramarse por tu culpa.

Fueron al extremo opuesto de la mesa de caballetes y se apretujaron en el banco.

–Venga, moved el trasero –dijo Madge–. Dejad sitio a dos delgaditas.

Lizzie, cogiendo su paquete de Woodbine y sus cerillas, se desplazó.

–¿Qué ha sido de tu joven caballero, Sarah?

–No se presentó, el condenado. El domingo me pasé una hora sentada, toda emperifollada, y sin tener adónde ir.

–Oooh, pobre –dijo Lizzie.

–Mejor así, probablemente –comentó Madge–. Al menos ahora ya sabes qué buscaba.

–Ya sabía qué buscaba. Lo que quiero saber ahora es por qué ya no lo busca.

–O sea, ¿no lo consiguió? –preguntó Betty, acercando su taza a la mesa.

–No, claro que no lo consiguió.

–Pero era guapo, ¿no? –dijo Madge.

–No estaba mal, supongo.

Betty se echó a reír.

–En la viña del Señor hay mucho donde elegir, y mejor, ¿eh, Sarah?

–Sí, y por mí puede quedarse ahí. No me interesa.

Exclamaciones de incredulidad. Sarah hundió la nariz en la taza y luego, en cuanto vio que ya no era el centro de atención, miró por la ventana. No se veía el exterior porque era un cristal esmerilado, pero aquí y allí las gotas se adherían al vidrio, cada una con su media luna de plata. Deseó estar fuera y sentir la lluvia en la cara. Habría sido agradable haber ido a la playa el día anterior, pensó. Al cuerno con él, ¿por qué no se presentó?

Las otras hablaban del marido de Lizzie, que la había dejado conmocionada al anunciar, en su última carta, que esperaba volver pronto a casa de permiso.

–No he pegado ojo desde entonces –dijo Lizzie.

–Estás poniéndote en ese estado por nada –comentó Betty–. En primer lugar, es posible que no se lo den; en segundo lugar, a veces sólo les dan unos días. Diez contra uno a que no pasará de Londres.

–Ya, y se emborrachará como una cuba.

–Bueno, mejor que se emborrache allí que aquí.

–¿No quieres verlo? –preguntó Sarah.

–No. Lo he visto más que suficiente para lo que me queda de vida. Sí, ya sé lo que estás pensando. Piensas que soy muy dura, ¿eh? Pues sí, soy dura, y tú también lo serías. –Unas intensas manchas de color aparecieron en las mejillas de Lizzie, en un rostro por lo demás amarillento–. ¿Sabes qué pasó el 4 de agosto de 1914?

Sarah abrió la boca.

–Te lo contaré. Estalló la paz. La única paz que he conocido. No, no quiero que vuelva. No quiero que vuelva de permiso. No quiero que vuelva cuando la guerra acabe. Por lo que a mí se refiere, el Káiser puede quedárselo. –Pensativa, bajó la barbilla–. Os diré qué voy a hacer. Pienso conseguir una dentadura postiza, y luego me lo pasaré en grande.

–Ya, bueno, las ganas –repuso Betty.

–Lleva hablando de esa dentadura desde que la conozco –intervino

Madge—. No le des más vueltas y hazlo ya de una vez. Puedes permitírtelo. Todo esto no durará, ya lo sabes. —Señaló con el pulgar el comedor lleno de mujeres en mono—. Es demasiado bueno para que dure.

—No es el dinero lo que me preocupa.

—Te anestesiarán —dijo Madge—. Nunca estarás guapa mientras tengas la boca así. Ni te sentirás bien por la sencilla razón de que te tragas toda la podredumbre.

—Sí, ya lo sé. Iré.

—Ya es la hora, señoras —anunció la supervisora—. Ya es la hora.

—Qué va, nunca lo es —dijo Lizzie—. ¿Sabéis qué os digo? Estoy segura de que han manipulado ese reloj.

—Ya hemos hecho tres horas —dijo Sarah—. Aún faltan nueve.

Por todo el comedor, mujeres de tez amarillenta se ponían en pie con visible esfuerzo. Mientras subían por la escalera, Sarah se puso a la par de Bettie. Lizzie se había escabullido a los lavabos para acabarse el cigarrillo.

—Crees que es muy dura, ¿verdad? —preguntó Betty.

—Bueno, sí, un poco. Cuando piensas en lo que está pasando él.

—Sí, bueno. Cuando yo era pequeña, éramos vecinas, pared con pared, y nos pasábamos media noche oyendo pumba, pumba, pumba... parecía que ella fuera a atravesar la pared. Y a la mañana siguiente la veías en el jardín, con la cara hinchada. «Me caí encima del cubo del carbón», decía. En fin, mi madre se salía de sus casillas. «Ese hombre te pega», decía. «Y tú vas por ahí pidiendo perdón. ¿Dónde está la justicia en eso?» Y te diré que tenía razón.

Willard estaba boca abajo en la cama, desnudo. Tenía los muslos y el trasero surcados de cicatrices moradas, algunas ya de un tono blanquecino. Había sufrido esas heridas cuando su compañía se retiraba a través de un cementerio bajo intenso fuego de artillería, y varios fragmentos de una lápida se le incrustaron en la carne.

—Ya me gustaría a mí verlo a usted así —dijo—. Tumbado boca abajo durante dos meses en una cama de hospital con *Requiescat in Pace* metido en el culo.

Como a todas luces el comentario iba dirigido al ordenanza, Rivers pudo pasarlo por alto.

–Ha cicatrizado bien –dictaminó, desplazándose hacia los pies de la cama. Willard miró por encima del hombro.

–Las heridas en la carne, sí. Aún queda la lesión en la columna.

–Vamos a ponerlo de espaldas.

El ordenanza se acercó para ayudar, pero Willard lo echó con un gesto. Poseía un torso de una fuerza descomunal, pero inevitablemente empezaba a quedar reducido a grasa. Empujándose y revolviéndose, consiguió a duras penas arrastrar las piernas atrofiadas, que siguieron pasivamente a la mole de su cuerpo, como un rastro de baba tras un caracol. El ordenanza se inclinó y le enderezó los pies.

Rivers esperó a que el ordenanza tapara a Willard y le indicó que se fuera. Al cerrarse la puerta, dijo:

–No hay lesión en la columna.

Willard se recostó contra las almohadas, apretando obstinadamente los dientes.

–Si cree que tiene una lesión en la columna, ¿cómo explica el hecho de que lo hayan examinado tantos médicos y todos hayan declarado que no la hay? –Observó con atención el rostro de Willard–. ¿Cree que son todos unos incompetentes? ¿Todos? ¿O cree que se han confabulado para convencerlo de que puede usted andar cuando en realidad no puede?

Willard se incorporó apoyándose en un codo. La impresión que causaba era asombrosa, aquella mezcla de inmovilidad y fuerza. Como una foca macho arrastrándose por las rocas.

–Usted cree que finjo.

–Sé que no es así.

–Pero acaba de decirlo.

–No.

–Si no hay lesión en la columna, ¿por qué no puedo caminar?

–Creo que sabe por qué.

Willard dejó escapar una risa breve y sibilante.

–Ya sé qué quiere que diga. No puedo caminar porque no quiero volver al

frente. –Lanzó una mirada colérica a Rivers–. Pues no lo diré. Equivaldría a una admisión de cobardía.

Rivers recogió su gorra y su bastón.

–No desde mi óptica. –Era consciente de que Willard lo observaba–. Es una verdadera parálisis que se produce porque un hombre quiere salvar la vida. No quiere seguir adelante y participar en un ataque desesperado. Pero tampoco está preparado para huir. –Sonrió–. La parálisis no sirve de nada a un cobarde, señor Willard. Un cobarde necesita las piernas.

Aunque Willard no contestó, Rivers creyó detectar una ligera distensión. La estructura ósea del rostro de Willard era fuerte casi hasta el punto de la brutalidad, y tenía los ojos de un peculiar azul claro. Cubría su cabello y su piel una pátina semejante al lustre del pelaje de un animal. Si bien había practicado algún deporte antes de la guerra, Rivers sospechaba que nunca había destacado por la agudeza de su inteligencia.

–Esta tarde vendrá a verlo su mujer, ¿verdad?

Willard posó la mirada en la fotografía del lavabo.

–Sí.

–¿Por qué no se viste? No hay razón para que se quede en la cama. Y si se viste, podrán ustedes salir a los jardines. Para su mujer sería mucho más agradable.

Willard se detuvo a pensar en ello, reacio a admitir nada que pudiera dar a entender que su enfermedad no era meramente física.

–Sí, de acuerdo.

–Bien, mandaré a un ordenanza para que lo ayude con las botas.

Sassoon llegó al Club Conservador unos diez minutos antes de la hora prevista.

–El capitán Rivers aún no ha llegado, caballero –informó el conserje–. Pero puede esperarlo en el salón matinal; estoy seguro de que no tardará. Subiendo por la escalera, la primera a la derecha.

Era una escalera de caracol, toda de mármol, casi demasiado imponente para el tamaño del vestíbulo, como una nariz romana en un rostro poco

agraciado. Mientras Sassoon ascendía, pasó ante los retratos de las otrora personalidades ilustres de Edimburgo, hombres de barba blanca y cuello de palomita, cuyas leontinas de oro y relojes de bolsillo reposaban en abultados vientres. Lo primero que pensó al entrar en el salón matinal fue que algún bromista había recortado las ilustres personalidades de Edimburgo de sus cuadros y las había colocado en las butacas por toda la estancia. Aquí y allá, cabezas y cuellos de saurio se volvieron desde los sillones de orejas para mirar al joven plantado en el umbral con la aprobación espontánea que suscitaba su uniforme, y luego –¿o era en exceso susceptible?– con cierta ambivalencia al fijarse en el distintivo azul prendido en su guerrera y, dudando, empezar a elucubrar sobre su posible significado. Tal vez sí fuera sólo susceptibilidad, ya que uno observaba esa misma mezcla de admiración y aprensión en las caras de la gente allá a donde iba. A menudo los ancianos tenían una reacción ambivalente ante los jóvenes uniformados, y con razón si uno se paraba a pensar en la ambivalencia que experimentaban los jóvenes ante ellos.

Los sillones, que parecían incómodos, eran en realidad muy cómodos. Sassoon, complacido de hallarse lejos de los olores a col hervida y natillas del comedor de Craiglockhart, se hundió en uno de ellos y cerró los ojos. A cierta distancia, en una mesa situada junto a la ventana, dos ancianos charlaban de la guerra. Los dos tenían hijos en el frente, por lo visto, ¿o era sólo uno? No, el otro estaba atrapado en Inglaterra, al parecer, en un centro de instrucción. Escuchó el rumor de sus voces y sintió que comenzaba a fluir dentro de él un odio ya más que asentado. Este sentimiento no requería más que un mínimo comentario de desdén acerca del valor del ejército alemán para suscitar en él auténtica ira, y no tardó en llegar. Él mismo percibía algo sexual en su cólera. Observó la tirantez de la tela en sus amplias espaldas, los pliegues de carne rubicunda desbordándose por encima de los cuellos de sus chaquetas, y pensó, con una crudeza impropia de él: ¿cuándo se os empinó por última vez?

La noticia de la muerte de Gordon lo había arrancado de su sueño, eso sin duda. Ese instante, al bajar a desayunar, echar una ojeada a la lista de bajas y ver el nombre de Gordon, había sido un punto de inflexión, si bien no sabía

aún hacia dónde lo llevaría. De pronto tuvo la sensación de que había pasado su primer mes en Craiglockhart sumido en una especie de letargo. Demasiado pudin, demasiadas horas dedicadas a meter pelotitas en un hoyo. Lanzando un vistazo alrededor, supo por qué se sentía asqueado consigo mismo, por qué sus reniegos contra ancianos con hijos en el frente ya no lo satisfacían. Era porque había cedido, flojeado, se había engañado pensando que aún protestaba activamente cuando en realidad se había dejado apaciguar, absorber por aquella rutina reconfortante, la vida sin incidencias de Craiglockhart. Tal como Rivers pretendía.

Se puso en pie y empezó a contemplar los cuadros de las paredes. Allí los retratos no eran de profesionales y dignatarios municipales del pasado reciente, sino de hacendados de generaciones anteriores, mostrados casi todos al salir o al regresar de sus cacerías. Obviamente aquel día el destino no quería librarlo de los recuerdos de Gordon y las cacerías. Pasando de un cuadro a otro, se acordó del cuaderno que se había llevado a las trincheras en su primera etapa de servicio. Sólo contenía detalles desnudos de cacerías pasadas: dónde habían localizado piezas, las distancias recorridas, si habían cobrado alguna presa o no. Y así sucesivamente. Cualquiera otra persona no habría visto en aquello más que garabatos de una intrascendencia atroz, pero para él estaban allí presentes los caminos de Sussex, las brumas, la llovizna, los ladridos de los perros, los terrones que salían despedidos de debajo de los cascos de los caballos, la llegada a casa, tambaleantes, con los huesos doloridos, la cacería revivida durante la cena, y luego, después de cenar, las sombras en la pared de la antigua habitación de juegos de los niños y el rostro de Gordon a la luz del fuego, el olor a leña, el amor de la lumbre, su propia cara adormecida e hinchada por el calor. Rememoró a continuación sus últimas horas en Francia cuando, ya herido en el hombro, se echó a correr a lo largo de una trinchera alemana, lanzando granadas de mano a diestra y siniestra y gritando «¡Pieza a la vista!» Ése fue el momento, pensó. Fue entonces cuando el antiguo Sassoon rompió el cascarón y algo nuevo salió de dentro. «Bendito seas, querido», escribió Eddie Marsh cuando él se lo contó. «Nunca te lo tomes más en serio que eso.» Pero Eddie no lo entendió. Para él la caza siempre había sido un asunto muy serio. Absolutamente igual de serio

que la guerra.

–Perdone el retraso –se disculpó Rivers, acercándose por detrás–. Mi intención era estar ya aquí cuando usted llegase.

–No importa. Estos vejetes me han tenido muy entretenido. –Eché una rápida mirada alrededor–. Me refiero a los que hay en las paredes.

–Es una concurrencia de lo más geriátrica, ¿verdad? –Rivers se sentó–. ¿Le apetece una copa? –Levantó el brazo, y se aproximó, tambaleante, un anciano camarero de chaqueta blanca–. Para mí un gin-tonic, creo. ¿Usted qué tomará, Siegfried?

–Lo mismo, por favor.

Al inspeccionar la carta, Rivers se limitó a identificar la variedad concreta de pescado hervido que se ofrecía ese día. Sassoon se lo pensó más. Rivers lo observó mientras se abstraía en el menú y se dijo que su vida habría sido mucho más llevadera si hubiesen enviado a Siegfried a otra parte. No era sólo por la incomodidad de tener que expresar puntos de vista que ya no estaba seguro de mantener, aunque, como científico, eso le resultaba en extremo molesto. No, era por algo más que eso. Cada caso conllevaba cuestionamientos implícitos sobre los costes individuales de la guerra, especialmente en los periodos previos a las sesiones de la Comisión Médica, cuando los oficiales médicos debían decidir qué hombres eran aptos para regresar al servicio activo. Eso habría sido más fácil si él pudiera haber creído, como creía Lewis Yealland, por ejemplo, que los hombres que se venían abajo eran degenerados cuya debilidad los habría llevado a venirse abajo, tarde o temprano, incluso en la vida civil, pero Rivers no veía la menor prueba de eso. Casi ninguno de sus pacientes tenía antecedentes de trastornos mentales. Y en cuanto uno asumía que la crisis nerviosa de un hombre era consecuencia de su experiencia bélica más que de su propia debilidad innata, inevitablemente la guerra se convertía en el problema central. Y la terapia sometía a examen no sólo la autenticidad de los síntomas del individuo, sino también la validez de las exigencias impuestas por la guerra. Rivers había sobrevivido en parte reprimiendo toda conciencia de eso. Pero de pronto apareció Sassoon, y con él la idea de si la guerra era justificable o no se convirtió en tema de debate abierto y continuo, y dicha represión ya no le fue

posible. A veces Rivers tenía la impresión de que todos sus otros pacientes eran el yunque y Sassoon era el martillo. Inevitablemente había momentos en que eso lo molestaba. En su vida civil, Rivers se dedicaba a formular preguntas y concebir métodos por medio de los cuales obtener respuestas sinceras, pero existían límites al número de preguntas «fundamentales» que convenía plantear en un día laborable que empezaba antes de las ocho y no terminaba hasta las doce de la noche. Sassoon lo tenía mucho mejor. Él se pasaba el día jugando al golf.

Nada de esto le impidió observar con afecto y humor la concentración de Sassoon ante la carta.

Sassoon alzó la vista.

–¿Estoy tardando demasiado?

–No, puede tardar todo lo que quiera.

–El nivel es casi igual al anterior a la guerra, ¿no?

–Espero que no vaya a protestar.

–No. Puede confiar en mi incoherencia.

Rivers no temía que Sassoon advirtiera algún cambio en él. La introversión de Siegfried era considerable, incluso para lo que se veía entre jóvenes infelices normales. Su afecto por sus hombres había conseguido traspasar ese ensimismamiento, pero Rivers se preguntaba a veces si lo traspasaba algo más. Y sin embargo poseía muchas cualidades encomiables. No era habitual encontrar a un hombre en quien el valor fuese un rasgo dominante, tal como la malevolencia o la pereza o la codicia podían ser el rasgo imperante en hombres de menor valía.

El comedor estaba casi vacío. Los acompañaron a una mesa para dos junto a una ventana con vistas al pequeño jardín tapiado del club. Un aroma a rosas, empapadas por la lluvia de la mañana, penetraba a través de la ventana abierta.

El camarero era muy joven, de unos dieciséis años. Pelo rojo, tez pálida salpicada de grandes pecas, mano huesuda de nudillos rosados empuñando el cuchillo de trinchar. Con la otra mano levantó la tapa abovedada de la fuente para dejar a la vista un asado de ternera muy roja. Sassoon sonrió.

–Tiene buen aspecto.

El muchacho cortó tres trozos. Cuando se agachó para coger el plato caliente del estante inferior, se le vio la nuca, indefensa bajo el cuello almidonado.

—¿Está bien así, caballero?

—Un trozo más, quizá.

El muchacho miraba a Sassoon con manifiesta adoración al héroe. No era de extrañar, pensó Rivers. Está contando las semanas que le quedan en este soporífero empleo hasta que le llegue el turno de marcharse. Al menos ya no se permitía que los chicos de esa edad se alistaran dando una fecha de nacimiento falsa. Rivers vio que Sassoon sonreía para sí.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Pensaba en Campbell. No en nuestro Campbell. En otro, un hombre mucho menos entrañable, y... esto... supuestamente cuerdo. Daba charlas... todavía las da, creo... sobre «El espíritu de la bayoneta». Ya sabe: «Hundidla en los riñones, penetrará como un cuchillo caliente en la mantequilla»; «¿Qué sentido tiene que asomen quince centímetros de acero por la nuca de un hombre? Con tres centímetros basta. Cuando la diñe, hay que ir a por otro». Cosas así. Y claro, los hombres se ríen y vitorean y hacen gestos obscenos. «Y eso que la detestan». —Sonríe—. Me he acordado porque ese chico manejaba muy bien el cuchillo de trinchar.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Es la clase hombre que uno elegiría como auxiliar.

—Y además es agraciado —comentó Rivers pícaramente.

—Me temo que eso debe ponerse en segundo lugar. Uno busca habilidad con la bayoneta en primer lugar porque en el ataque, el auxiliar siempre se sitúa a la izquierda.

Comieron en silencio durante un rato.

—¿Ha sabido algo de ese amigo suyo al que pensaba escribir para preguntarle por Gordon?

—Sí, por lo visto es verdad. Murió en el acto. Ya me lo había dicho su padre, pero a los padres no siempre cuentan la verdad. Yo mismo he escrito demasiadas cartas como ésa.

—Debe de ser un consuelo saber que no sufrió.

La expresión de Sassoon se endureció.

–Me alegró confirmarlo. –Un silencio incómodo–. Esta mañana he recibido más malas noticias. Le he hablado alguna vez de Julian Dadd, ¿se acuerda? ¿Un tiro en la garganta, dos hermanos muertos? Pues bien, parece que su estado mental ha empeorado. Está en un... un hospital psiquiátrico, debo decir, supongo. En consideración a los presentes. Lo peor de todo es que se le ha metido en la cabeza la delirante idea de que no dio la talla. Nadie más lo piensa, pero por lo visto no hay manera de hacerlo entrar en razón. Él era uno de mis héroes, ¿sabe? Recuerdo que una tarde me quedé mirándolo. Acabábamos de inspeccionar los alojamientos de los hombres, que estaban hechos un asco, como siempre... y a él le importó. Le importó de verdad. Y yo lo miré y pensé: «Quiero ser como tú». –Se echó a reír, mofándose de su propia idolatría, pero sin renegar de ella–. En todo caso, supongo que lo he conseguido, ¿no? Viendo que los dos hemos acabado en el loquero.

La provocación fue intencionada. Como Rivers no mordió el anzuelo, Sassoon dijo:

–Cuesta mucho seguir adelante, ¿sabe? Cuando una y otra vez suceden cosas así a personas que uno conoce y... aprecia. Seguir adelante con la protesta, quiero decir.

Silencio.

Sassoon se inclinó.

–Despierte, Rivers. Pensaba que reaccionaría con una embestida.

–¿Eso pensaba?

Una pausa.

–No, supongo que no.

Rivers se pasó la mano por los ojos.

–No estoy muy de humor para embestidas.

Rivers se marchó del club al cabo de una hora. Había dejado a Siegfried con Ralph Sampson, el astrónomo real de Escocia, con quien se habían encontrado después del almuerzo. Al principio Sassoon, un tanto intimidado, había sido casi incapaz de pronunciar palabra, pero Sampson enseguida puso

remedio a eso. Rivers los había dejado charlando alegremente. El almuerzo en sí había sido un tanto deprimente. En cierto momento Siegfried había dicho: «Empiezo a sentirme consumido». Era comprensible. Había sufrido repetidas pérdidas en los últimos dos años, conforme caía un contemporáneo tras otro. En cierto modo la experiencia de esos jóvenes era comparable a la experiencia de los muy viejos. Evocaban recuerdos intensos y se sentían solos porque no quedaba nadie vivo con quien compartirlos. Esa tendencia de Siegfried, la propensión de volver la vista atrás, la incapacidad para imaginar un futuro, parecía ir de mal en peor.

No era un caso fácil, pensó Rivers. Ni siquiera era un caso en el sentido habitual del término. Ignoraba cuál sería el desenlace, pese a considerarse capaz de conseguir que Siegfried se rindiera. Su amor por sus hombres. La necesidad de demostrar su valor. Desde un parámetro racional, ya lo había demostrado, repetidamente, pero esa necesidad no era del todo racional. Dada la intensidad de su necesidad, era increíble que soportara el encierro en compañía de «fracasados» y «degenerados», siquiera el poco tiempo que llevaba. Aunar esas fuerzas y lograr que volviera a Francia era una tarea de una dificultad comparable poco más o menos a la de poner un ciervo volante boca arriba. El problema era que Rivers respetaba demasiado a Sassoon para manipularlo. Tendría que convencerlo de que lo correcto era volver al frente.

Al principio del camino de entrada de Craiglockhart, Rivers vio a Willard y su esposa. Por alguna extraordinaria razón, Willard había pedido a su mujer que lo llevara en la silla de ruedas hasta la verja, pese a la pendiente descendente que, como sin duda habría previsto, le dificultaría el camino de vuelta. Ahora estaban inmovilizados.

Rivers saludó a Willard, esperó a que le presentara a su mujer y, como no lo hizo, se presentó él. La señora Willard era muy joven, atractiva a la manera de las chicas modernas, con los pechos pequeños y poca cadera. Mientras charlaban sobre el carácter engañoso de las cuestas y la poca maniobrabilidad de las sillas de ruedas, Rivers vio que Willard se sujetaba con fuerza a los brazos de la silla. Percibió su ira por verse inmovilizado así, impotente. Bien. Cuanto más iracundo, mejor.

–Déjeme, le echaré una mano –propuso Rivers a la señora Willard.

Empujando los dos, avanzaron sin interrupciones, aunque hubo un momento complicado casi en lo alto de la cuesta, cuando llegaron a un trecho embarrado. Pero al cabo de un momento las ruedas recuperaron la tracción, y por fin llegaron a terreno llano a buen paso.

–Ahí tienes –dijo la señora Willard, inclinándose sobre su marido, sin aliento y entre risas–. Lo hemos conseguido.

El semblante de Willard habría podido agriar la leche.

–¿Por qué no entran a tomar un té? –sugirió Rivers.

La señora Willard miró a su marido a fin de consultarle. Como él permaneció en silencio, ella contestó:

–Sí, sería un placer.

–Mi puerta está entrando a la izquierda. Me adelantaré y empezaré a prepararlo. Ahora ya se las arreglarán solos, ¿verdad?

–Perfectamente, gracias –respondió Willard.

Rivers entró en el vestíbulo sonriente; pero la sonrisa se borró de sus labios nada más entrar y ver junto a la puerta a la jefa de enfermeras. Ésta había observado todo el incidente y su desaprobación era obvia.

–Podía haber mandado a un ordenanza a empujar la silla, capitán Rivers.

Rivers abrió la boca y volvió a cerrarla. Se recordó, no por primera vez, que era absolutamente necesario que la enfermera jefa ganara alguna de sus batallas.

Sassoon intentaba descifrar una carta de H. G. Wells cuando Owen llamó a su puerta.

–Por lo que interpreto, dice que vendrá a ver a Rivers.

Owen quedó debidamente impresionado.

–Debe de estar muy preocupado por usted.

–Bah, no es de mí de lo que quiere hablar, sino de su nuevo libro. – Sassoon sonrió–. No conoce a muchos escritores, ¿verdad que no?

–No muchos.

Y yo, pensó Sassoon, estoy alardeando. Lo que al menos era mejor que lamentarse por la muerte de Gordon ante alguien que tenía ya problemas más que suficientes.

–Dudo que venga. Todos lo dicen, pero al final resulta que esto está muy lejos. A veces me pregunto si ésa es la razón por la que me mandaron aquí. Si la idea era ponerme en manos de Rivers, o sencillamente enviarme lo más lejos posible.

–Seguro que ha sido por Rivers. A él le caen todos los casos complicados.

–Owen se interrumpió, un tanto confuso–. No quiero decir que usted sea...

–Bueno, creo que sí se me puede considerar un caso complicado. Desde cualquier punto de vista. –Le entregó un papel–. Para *Hydra*.

–¿Puedo leerlo?

–Ésa era la idea.

Owen leyó, plegó la hoja y asintió.

En prevención de posibles efusividades, Sassoon se apresuró a decir:

–No estoy muy contento con los últimos tres versos, pero tendrán que

servir.

–Ayer vine, pero usted no estaba.

–Debía de estar con Rivers. –Sonrió–. ¿A usted a veces no le entran ganas de estrangular a Brock?

–No, me llevo bastante bien con él.

–Yo me llevo bien con Rivers. Es sólo que... Se quedó con algo que le dije en la comida sobre mi incapacidad para imaginar el futuro. Normalmente no presiona, pero hay qué ver cuando lo hace...

–¿Por qué quería que usted hablara de eso?

–Como parte de la gran campaña para mandarme de regreso a Francia. Quiere que vea la protesta con una perspectiva más a largo plazo. Ya me entiende: «¿Qué hizo en la Gran Guerra, Siegfried?». Pues pasé tres años muy cómodamente en un loquero, comiendo pudin y jugando al golf. Mientras otras personas, algunas de ellas amigos íntimos, volaban en pedazos. Quiere que admita que no seré capaz de soportarlo. Es más, probablemente tenga razón.

–Piense en los poemas que podría escribir.

–No serían poemas sobre la guerra.

La expresión de Owen se ensombreció.

–Hay otros temas.

–Sí, claro.

Un silencio un tanto incómodo.

–El problema es que él sabe más que yo. O sea, es muy bueno... Procura actuar como si fuéramos iguales. Pero en definitiva él ha recibido la medalla de oro de la Sociedad Real, y yo abandoné Cambridge sin titularme. Y eso asoma una y otra vez.

–Eso no significa que él tenga razón.

–No, pero debido a eso es muy difícil para mí mantenerme firme en una discusión.

–¿Han hablado de lo que pasará después de la guerra?

–No. No puedo, no tengo planes. ¿Usted sabe qué hará?

–Criaré cerdos.

–¿Cerdos?

–Sí. La gente cree que los cerdos son sucios, pero no es así. Son animales muy limpios, si se les da una mínima oportunidad. Y combinaría muy bien con la poesía. De hecho es mucho mejor que la enseñanza, porque si uno enseña como es debido, utiliza la misma parte del cerebro. En cambio, en la cría de cerdos...

–Quizá deberíamos asociarnos. Eso le cerraría la boca a Rivers.

Owen, dándose cuenta tardíamente de que se reía de él, se sonrojó y no respondió.

–Ya, bueno, supongo que no sería de gran ayuda con los cerdos, pero quizá pueda echarle una mano con los poemas. –Señaló la guerrera de Owen con el mentón.

Owen extrajo un fajo de hojas.

–Le dije que eran todos cortos, pero en realidad hay uno largo. Anteo y Hércules. –Le entregó las hojas–. ¿Conoce la leyenda? Anteo es demasiado fuerte para Hércules siempre y cuando mantenga los pies sobre la madre Tierra. Pero en cuanto Hércules lo levanta...

–Queda indefenso. Sí, me suena. –Sassoon empezó a leer. Tras unos segundos, alzó la vista–. ¿Por qué no coge un libro? No hay nada peor que ser observado por el Único Creador.

–Lo siento. –Owen se levantó y fingió examinar los libros en el estante de Sassoon.

Por fin Sassoon levantó la mirada.

–Es muy bueno. ¿Por qué Anteo?

–Ah, es un tema en el que Brock está muy interesado. Según él, nosotros, los pacientes, somos como Anteo en el sentido de que, por efecto de la guerra, ya no tenemos los pies en la tierra. Y el camino de regreso a la salud es restablecer el vínculo entre uno y la tierra, pero entendiendo como «tierra» no sólo la naturaleza, sino también la sociedad. Por eso nos someten a estudios y cosas así.

–Creía que eso de tenernos tan ocupados era para que no pensáramos en la guerra.

–No, forma parte del tratamiento. Ergoterapia.

–En fin, es una idea interesante. Aunque no sé hasta qué punto sentí que

perdía contacto con la tierra cuando estaba atrapado en un refugio subterráneo.

Owen sonrió.

–Ya, eso creo yo. Sin embargo da resultado.

Sassoon cogió la siguiente hoja. Estirando el cuello, Owen vio el título del poema.

–Ése es de su estilo –dijo.

–Sí. Ya... lo veo.

–¿No es bueno?

–Empieza y acaba bien. ¿Qué pasó en la parte central?

–Es muy antiguo, ese fragmento. Lo escribí hace dos años.

–Dicen que si dejas algo en el cajón el tiempo suficiente se pudre o madura.

–Lo del final... Sobre la «inmundicia». Ésas son las verdaderas palabras del poema.

–Sí, y no les vendría mal algún cambio. Yo acabo de eliminar «tú, cabrón» de un poema. Ésas eran *mis* verdaderas palabras.

–¿No es bueno, pues?

Sassoon vaciló.

–No es muy bueno de momento. La cuestión, supongo, es si le interesa tanto como para seguir.

–Sí-í. Tengo que empezar por algún sitio. Y creo que tiene razón. Es absurdo no escribir sobre la guerra cuando es...

–Toda una experiencia.

Se miraron y prorrumpieron en carcajadas.

–Mi única duda es... –añadió Sassoon–. El hecho de que uno admire mucho a alguien no convierte a éste automáticamente en un buen modelo. Es decir, yo admiro a Wilde, pero si intentara ser ingenioso, elegante e incisivo, lo más probable es que me diera un batacazo.

–Sí, eso lo entiendo. Bueno, no eso. Quiero decir que entiendo el razonamiento. Pero sí pienso que puedo tomar algo de usted.

–Eso lo acepto. –Sassoon reanudó la lectura–. Creo que probablemente tenga razón –comentó al cabo de un rato–. Aunque sólo sea eso, quizá pueda

ayudarlo a quitar parte de la sensiblería.

–Algunos sonetos son de mi primera etapa.

–¿De la pubertad? –Una larga pausa. Los sonetos de la primera etapa caían como la nieve–. Ah, éste sí es bueno: «El cantar de los cantares».

–Ése es de la semana pasada.

–¿Ah, sí? ¿Ve a qué me refiero al decir que no soy necesariamente el modelo idóneo? Yo sería incapaz de escribir esto. Y sin embargo, en su género, es de una perfección absoluta.

Owen se sentó. Dio la impresión de que le flojeaban las rodillas.

–Creo que esto debería salir en *Hydra* –dictaminó Sassoon.

–No.

–¿Por qué no?

–En primer lugar, porque no es lo bastante bueno. En segundo lugar, porque el director de una revista no debe publicar su propia obra.

–En primer lugar, yo estoy más capacitado para juzgar que usted. De momento. En segundo lugar, no diga tonterías. Y en tercer lugar –Sassoon se inclinó y arrancó a Owen su propio poema de la mano–, si no publica el suyo, no le doy éste.

Owen pareció contemplar la posibilidad de un contraataque.

–Y en cuarto lugar, soy más grande que usted.

–De acuerdo, lo publicaré. –Recuperó el poema de Sassoon–. Como texto anónimo.

–Eso es trampa. –Sassoon reunía las hojas de Owen–. Mire, ¿por qué no intenta mejorar...? –Miró el título–. ¿«Reventado»? Trabaje en él hasta que considere que ha hecho algún avance, y entonces tráigamelo e intentaremos mejorarlo juntos. No es muy traumático, ¿no? Ese recuerdo.

–Por Dios, no.

–¿Cuánto tiempo le dedica? No a éste; en general, quiero decir.

–Quince minutos. –Vio demudarse el semblante de Sassoon–. Pero cada día.

–Por Dios, hombre, eso no sirve de nada. Tiene que dejarse el pellejo. Mire, es como la instrucción militar. Uno no espera a que le apetezca hacerlo.

–Bueno, desde luego eso es un enfoque distinto de la Musa. «¡Numérense

desde la izquierda!» «¡Formen en filas de a cuatro!» «¡Derecha, ar!»

–Da resultado. Veámonos, pongamos, ¿el jueves? Después de la cena. –
Abrió la puerta y se hizo a un lado para franquear el paso a Owen–. Y espero
ver los dos poemas en *Hydra*.

Cuando Prior llevaba esperando unos cinco minutos, se abrió la puerta de la pensión, y allí estaba Sarah.

–¡Hay que tener cara! –dijo ella, e hizo ademán de cerrar la puerta.

Prior metió un dedo en la ranura.

–Ahora estoy aquí.

–Cosa que no puede decirse de la semana pasada. Venga, largo.

–La semana pasada me fue imposible. Llegué tan tarde que me prohibieron salir.

–Un poco estrictos, ¿no?, esos padres tuyos.

Ya demasiado tarde recordó las mentiras que le había contado. Se señaló el distintivo azul en la guerrera.

–Mis padres no, el oficial al mando.

La puerta no se cerró del todo.

–Sé que parece una estupidez, pero es la verdad.

–Ya, bueno, te creo. –Sarah posó la mirada en el distintivo—. Y por eso no te avergüences, da igual; yo ya lo sabía.

–¿Cómo lo sabías?

¿Qué había estado haciendo delante de ella?, se preguntó Prior. ¿Babear?

–No vayas a creer que eres el único que se lo quita, eh. Todos lo hacen. Dice Betty que salió con un joven, y nunca le vio el distintivo puesto. Aunque, claro, conociendo a Betty, dudo que él llevara algo puesto cuando estaba con ella.

De día, la tonalidad amarillenta de su piel lo asombraba. Decía mucho a favor de ella que conservara su atractivo, que lograra lucir ese color como si

fuera un complemento elegante.

–Hay otra cosa –dijo ella, ya en el porche–. Si salgo contigo, quiero dejar una cosa muy clara desde el principio. Seguramente la otra noche te llevaste una impresión equivocada de mí, con todo ese oportismo que me metí en el cuerpo. –Alzó la vista para mirarlo a la cara–. Por norma apenas bebo.

–Lo sé. Te emborrachaste demasiado deprisa, y eso indica que no estás acostumbrada a la bebida.

–Bien, pues. Mientras lo sepas... Voy a por la chaqueta.

Prior esperó, mirando a uno y otro lado de la tórrida calle. Empezó a sentir la humedad del sudor en las axilas. Desde lo más hondo de la casa llegó la voz airada de una mujer.

–La casera –explicó Sarah al volver–. Belga, casada con un escocés. Pobre desdichado, dudo que supiera dónde se metía. Pero sólo cobra un chelín por lavar la ropa, y teniendo en cuenta que mis sábanas quedan de un amarillo chillón, no puedo quejarme.

Prior se sintió a gusto con ella, con su tendencia a precisar el coste de todo, que no era un rasgo materialista ni avaricioso, sino el simple reconocimiento de los confines y las limitaciones de la vida.

–He pensado que podíamos salir de Edimburgo –propuso–. Hace mucho calor.

Casi todo el mundo en Edimburgo aprovechaba ese último fin de semana de agosto para escapar de la ciudad, sin dejarse disuadir por el tono apagado del cielo, que parecía anunciar que el día, por caluroso o sofocante que estuviera, podía acabar en tormenta. El tren iba hasta los topes, pero Prior consiguió encontrarle un asiento a Sarah, y se quedó de pie a su lado. Ella le sonreía, pero en aquel vagón ruidoso y asfixiante era imposible toda conversación. Prior observó a los demás pasajeros. Tres chicas de jarana, una joven madre con un bebé en brazos que le tiraba de la blusa y forcejeaba, una pareja de mediana edad cuyos cuerpos declinaban juntos. Algo en esa intimidad rancia aguzó su percepción de lo ajenos que eran su cuerpo y el de Sarah y lo separados que estaban. Tenía tal conciencia física de ella que cuando la rodilla de su pantalón le rozó la falda, tuvo la sensación de que el contacto había sido piel con piel.

Un nudo de vías, el triquitraque del tren en el cambio de agujas, y de pronto disminuyó la marcha, y la gente comenzó a revolverse, coger sus bultos y abarrotar los pasillos.

–Esperemos –sugirió Prior.

Sarah se apretó contra él por un momento para dejar pasar a la mujer y su hijo; luego él se sentó junto a ella mientras el tren se vaciaba. Al cabo de un rato, Sarah alargó el brazo y le tocó la mano.

Dieron un lento paseo hasta el mar. Al principio él se llevó una decepción al ver el gentío. Hombres con las perneras de los pantalones remangadas enseñando las piernas huesudas y pañuelos atados al cuero cabelludo sudoroso; mujeres con la falda recogida revelando voluminosos bombachos; niños pequeños gritando mientras les limpiaban la arena húmeda de las piernas con una toalla. Aquí y allá la gente lamía helados de cucurucho, hincaba el diente en algodón de azúcar, succionaba caramelos duros en barra, se chupaba los dedos, resuelta a exprimir hasta el último gramo de placer del día. Con su uniforme caqui, Prior se movía entre ellos como un espectro. Sólo Sarah lo conectaba con la muchedumbre tumultuosa, y la rodeó con el brazo, estrechándola, aunque en ese momento no sentía el menor asomo de deseo.

–Nadie diría que hay una guerra, ¿verdad? –comentó.

Se acercaron a la orilla del mar. En ese momento sus sentimientos por Sarah casi se habían desvanecido, pese a que la atraía hacia sí y acompañaba su paso con el de ella. Sarah formaba parte de aquella multitud en busca de placer. Sintió envidia y a la vez desprecio por ella, y lo asaltó la fría determinación de poseerla. Le debían algo, todos ellos, y Sarah tenía que pagarlo. Le lanzó una mirada.

–¿Seguimos paseando?

Sus sombras enlazadas se proyectaron sobre la arena, húmedas y deformes. Transcurrido un rato, llegaron a un afloramiento de roca y, al trepar a él, descubrieron que habían dejado atrás la parte atestada de la playa. Sarah se quitó la chaqueta y luego, con muchos aspavientos y súplicas para que él no mirara, también los zapatos y las medias. Chapoteó en la orilla, donde las olas espumearon entre los dedos de sus pies.

–Supongo que no te está permitido quitarte ropa, ¿no? –dijo ella con una insinuante mirada.

–Ni una sola prenda.

–¿Ni siquiera las botas?

–No, pero puedo meterme en el agua. Estoy acostumbrado a chapotear con las botas puestas.

Prior dudó que ella lo entendiese o, si lo entendía, que lo creyese, pero enseguida se volvió hacia él.

–A las botas suele entrarles el agua.

–A las mías no.

–Ya, tú tenías que ser la excepción, claro.

Hasta ese momento el aire había estado tan quieto que apenas se percibía su movimiento en la piel. Pero ahora breves ráfagas empezaron a levantar la arena, que les azotaba en las zonas de piel desnuda. Prior se volvió y miró el camino por el que habían llegado. El sol había rebasado ya su cenit. Incluso los cordones de arena, esas pequeñas prominencias dejadas por los gusanos, tenían su propia sombra, pero lo que más le llamó la atención fue el matiz amarillo que había adquirido la luz. Ahora era claramente azufrado, denso por efecto del calor. Parecían atrapados, inmovilizados, en un elemento más espeso que el aire. Siluetas negras, como insectos, se arremolinaban en la playa, ya dispuestas a marcharse en busca del refugio de la ciudad.

También Sarah se había vuelto para mirar atrás.

–No –se apresuró a decir él–, no volvamos. No será nada.

–¿De verdad crees que eso no será nada?

–¿Tú quieres volver? –preguntó él de mala gana.

–Nos empaparíamos antes de llegar. Además, me gustan las tormentas.

Se quedaron allí mirando el mar mientras aquella luz amarilla cobraba intensidad. Ahora ya no se advertía la menor diferencia entre el color de la piel de ambos. De pronto Sarah se llevó las manos a la cabeza.

–¿Qué está pasando?

Prior apenas podía dar crédito a lo que veía. Los pelos cobrizos que asomaban en la superficie del cabello de Sarah se habían erizado de un modo insólito en una cabellera humana. Él mismo sintió un hormigueo en el cuero

cabelludo y, haciendo una mueca, se quitó la gorra.

–¿Qué es esto? –preguntó Sarah.

–Electricidad.

Ella se echó a reír.

–No, lo digo en serio.

Destelló un relámpago, iluminando la piel amarilla de Sarah.

–Vamos –dijo Prior.

Le cogió la mano y empezó a correr con ella hacia unos arbustos para cobijarse. Mientras trepaban por el último tramo de la pendiente, tropezó, y se habría caído si no se hubiera agarrado a una mata de carrizo. Sintió un dolor punzante y, al levantar la mano, se vio un hilo de sangre en la palma. Sarah lo empujó desde atrás. Rodaron por el otro lado del terraplén, justo cuando una tupida cortina de lluvia los cegaba y se oían los primeros truenos.

Un espeso matorral de arraclán ofrecía el único abrigo posible. Prior pisoteó los cardos y las ortigas que poblaban las brechas exteriores y luego apartó los espinos para que Sarah entrara a gatas en el refugio. Él la siguió. Se acurrucaron, y la lluvia apenas traspasaba la densa techumbre de espinos, a pesar de que el viento azotaba y sacudía el matorral. Prior miró alrededor. La tierra estaba seca, y muy despejada, porque el arraclán era tan tupido que no permitía crecer nada más.

Sarah se palpaba el pelo.

–¿Lo tengo bien?

–Está bajando.

–El tuyo también.

Prior sonrió.

–No me extraña. Con la tormenta, la idea se me había quitado de la cabeza.

Ella se echó a reír, pero se negó a contestar. Prior recordaba los juegos de la infancia, cuando construía guaridas. Un espacio interior como aquél, tan oscuro, tan íntimo, tan fácil de defender, habría sido un auténtico hallazgo. Unida a esa excitación claramente infantil, creció otra excitación. Ya no sentía hostilidad hacia ella, como le ocurría antes entre el gentío. Parecían haberse alejado de todo eso. No había hecho el amor desde hacía una

eternidad. Se sintió como se sentía a veces al abandonar la línea de combate y escuchar los comentarios de los otros acerca de lo que, llegado el momento, harían y cuántas veces iban a hacerlo, en ocasiones uniéndose incluso a la conversación, si bien por lo que él sabía la experiencia de los demás no era muy distinta de la suya. La primera vez era casi siempre decepcionante. O bien se les quedaba a media asta, o disparaban antes de llegar al objetivo. No quería pensar en Sarah en esos términos.

Sarah se apoyó en el codo y lo miró.

–Esto es agradable.

Él se tendió junto a ella, cara arriba. Unas gotas de lluvia llegaron a su rostro. Al cabo de un rato le tocó la mano y notó que ella cerraba los dedos en torno a los suyos. Con la voz empañada, dijo:

–No te presiono, pero si tú quisieras, me aseguraría de que no hubiera consecuencias.

Poco después percibió que los dedos de ella se deslizaban por su pecho, insinuándose entre los botones de la guerrera. La besó en los labios y luego pasó a los pechos, sin mirarla, sin abrir los ojos, explorándola con la lengua; le lamió los pezones vigorosamente, le sondeó la oscura espiral del ombligo y luego más abajo, más abajo, por el terso mármol de su vientre hasta alcanzar el vello áspero y mullido. Un olor a charcos entre las rocas en marea baja le llenó la nariz. Deslizó las manos por debajo de ella y la levantó, hasta que toda su pelvis se convirtió en una copa de la que beber.

Después yacieron en silencio, disfrutando de la paz, hasta que unas pisadas en el camino costero les advirtieron de que la tormenta había pasado. Cuando salieron a gatas a la hierba, el arraclán los roció de gotas de lluvia.

Se sacudieron mutuamente la arena y las ramitas de la ropa y a continuación emprendieron el regreso por el camino costero.

–Lo que necesitamos es algo para entrar en calor –dijo Prior.

–No podemos ir a ningún sitio con estas pintas.

Se detuvieron en las afueras del pueblo e intentaron de nuevo ponerse presentables, esta vez con un poco más de esmero. Luego fueron a una

taberna y se recostaron contra el asiento de madera, tocándose por debajo de la mesa, ebrios por efecto del sexo, la tormenta y la sensación de compartir un secreto.

–Siento tu voz a través de la madera –dijo Sarah.

De pronto la alegría desapareció, sumiéndose Prior en un repentino estado de desánimo. Apartó bruscamente el plato a medio comer.

–¿Qué te pasa?

–Nada, me he acordado de un hombre de mi sección. –La miró–. Sabes, envié la misma carta a su mujer cada semana durante dos años.

Sarah sintió un escalofrío. No sabía por qué le contaba eso.

–¿Por qué?

–¿Por qué no?

–¿Cómo lo sabes?

–Porque yo era el censor. La censuraba todas las semanas. Leíamos las cartas de todos.

Prior advirtió que eso a Sarah no le gustaba, pero ella procuró mantener un tono de despreocupación al preguntarle:

–¿Y quién lee las tuyas?

–Nadie. –Volvió a mirarla–. Confían en nuestro sentido del honor. Ah, y tenemos que dejarlas abiertas para que el oficial al mando las lea si quiere, pero se consideraría de una pésima educación si lo hiciera. –Prior había hecho su imitación del acento de colegio privado que Rivers conocía tan bien.

Sarah lo interpretó literalmente.

–Me dais asco –dijo, y también ella apartó el plato–. Me figuro que nadie más tiene sentido del honor, ¿no?

Él la prefería así. En la playa saltaba a la vista que ella empezaba a pensar que había ocurrido algo importante. Él no estaba dispuesto a admitirlo. Unos cuantos granos de arena en el vello púbico, una mezcla de olores. Nada que no desapareciese tras un buen rato en remojo en la bañera.

–Vamos –dijo él a la vez que dejaba la propina–. Mejor será que volvamos.

Burns se paseaba por la sala de espera. Rivers le había dicho que recomendaría el alta sin condiciones, y aunque en realidad no había llegado a afirmar que la Comisión aceptaría su recomendación, sí lo insinuó claramente. No tenía ningún motivo para preocuparse, pues, y sin embargo cuando llegó el ordenanza para indicarle que pasara, sintió un nudo en el estómago y empezaron a temblarle las manos. Con la tela del talle de la guerrera fruncida por el cinturón y la bandolera, parecía un espantapájaros atado con cordel. A saber cómo, consiguió entrar en la sala y dirigir un saludo militar a los miembros de la Comisión. Al principio no les veía las caras, porque estaban de espaldas al ventanal, pero cuando Bryce le pidió que se sentara, empezaron a acostumbrársele los ojos a la claridad.

Había mucha luz, le pareció, una inundación de luz gris plateada que se filtraba a través de unas cortinas blancas agitadas por la brisa, y se oía el insistente zumbido de un insecto, atrapado. Fijó la mirada en Rivers, que consiguió sonreírle sin mover un solo músculo de la cara.

El comandante Paget, el tercer miembro externo de la Comisión, se sorprendió visiblemente al ver el aspecto de Burns, pero le formuló unas cuantas preguntas por pura formalidad. Rivers apenas escuchó las preguntas y las respuestas. El zumbido continuaba. Examinó el ventanal intentando localizar el insecto. El ruido era injustificadamente molesto.

—¿Ahora cada cuánto vomita? —preguntó Paget.

Rivers se levantó y se acercó a la ventana. Detrás de la cortina encontró un abejorro que embestía el cristal, cogió una carpeta de la mesa y, utilizándola a modo de barrera, guió al insecto hacia el aire libre. Lo vio

alejarse volando. Justo debajo de él, Anderson y Sassoon iniciaban su recorrido de golf diario. Le llegaron sus voces. Al volverse hacia el interior de la sala, Rivers descubrió que todos, Burns inclusive, lo miraban un tanto sorprendidos. Esbozó una sonrisa y regresó a su asiento.

–Esto empieza a convertirse en un hábito, ¿no?

Prior, agarrado a los barrotes del cabezal de la cama con ambas manos, sonrió sin abrir los ojos.

–No es un hábito de mi agrado.

No había recuperado el peso perdido durante su última estancia en la enfermería. Las costillas se le marcaban claramente bajo la piel tirante.

–Ha tenido suerte de haber podido volver. ¿Cuándo ha empezado?

–En el tren. Estaba abarrotado. Todo el mundo fumaba.

–Por suerte la joven que lo acompañaba mantuvo la calma.

–Pobre Sarah. Seguramente nunca se había desmayado nadie delante de ella.

–Ya sabe que esta vez no tendrá toda la enfermería para usted solo. – Rivers señaló la otra cama–. El señor Willard.

–El prodigio sin piernas. Sí, ya nos conocemos.

–¿No se apiada de nadie más?

–¿Insinúa que me apiado de mí mismo? –Observó a Rivers mientras plegaba el estetoscopio–. ¿Recuerda lo que dijo sobre la mayor complejidad mental de los oficiales? En el caso de ese espécimen de complejidad en concreto, ¿cuánto cree que tardará en convencerlo de que en realidad no se ha roto la columna?

–¿Cómo está de la voz, señor Prior?

Prior necesitó un momento para captar la indirecta.

–Bien. Problema resuelto, creo. Lo echo de menos. Disfrutaba con mis momentos de trapense.

–Ya, eso sí me lo creo. A menudo he pensado que sería agradable refugiarse de vez en cuando en un silencio absoluto.

–¿Cómo que «sería agradable»? Si lo hace continuamente.

–He pedido que lo visite un especialista. Un tal doctor Eaglesham. Vendrá en algún momento de esta semana.

–¿Por qué?

–Necesito conocer su nivel de capacidad vital.

–Hago dos demostraciones por noche.

–Me refiero a la otra capacidad vital. Ahora procure descansar. Me ha dicho la hermana Duffy que ha pasado mala noche.

Cuando Rivers ya había llegado a la puerta, Prior preguntó:

–¿Para qué necesita conocerlo?

–Ésta es la segunda vez que le pasa en seis semanas. No creo que podamos permitirle presentarse ante una Comisión Médica sin mencionar su estado físico.

–Si está pensando en manipular la situación para proporcionarme un destino permanente en Inglaterra, no lo quiero.

–No estoy pensando en «manipular» nada. –Rivers miró a Prior y su expresión se suavizó–. Oiga, si esto le pasa cuando se expone al humo del tabaco en un tren, ¿qué le pasaría con el gas?

–Bueno, obviamente, me afecta en una concentración menor que a los demás. Pero ¿qué más da? Puedo ser el canario del batallón. –Un silencio–. No soy el único asmático.

–No, seguro que no. He oído que hay casos de tuberculosis activa en las trincheras. Eso no significa que sea buena idea.

–Quiero volver.

Un largo silencio.

–Aquí no se puede hablar con nadie –dijo Prior–. Todo el mundo ha perdido a alguien o conoce a alguien que ha perdido a un ser querido. No quieren saber la verdad. Es como con las cartas de pésame. «Querida señora Bloggs: A su hijo le voló la cabeza un obús. Tardó cinco horas en morir. Conseguimos, eso sí, proporcionarle cristiana sepultura. Por desgracia esa porción de tierra en particular se hallaba en una zona que al día siguiente fue sometida a intenso bombardeo, así que George ha venido a vernos cinco o seis veces desde entonces.» Eso no es lo que quieren saber. Quieren oír que George, o Johnny, o como quiera que se llamara, tuvo una muerte rápida y

recibió una despedida decente. –Pausadamente, añadió–: Ayer, en la playa, me sentí como si hubiera llegado de otro planeta.

–Aquí sí se puede hablar con la gente.

–Eso es lo último de lo que quieren hablar. La cuestión es que estoy mejor.

–Eso deberá decidirlo la Comisión.

–O sea, usted.

–No-o. La Comisión. ¿Cómo van las noches? Aparte del asma, quiero decir. Sé que ayer pasó mala noche.

–Me niego a jugar a esto. No tengo aliento suficiente para contestar a preguntas cuya respuesta ya conoce.

–¿Cuál es su valoración subjetiva de cómo pasa las noches?

–Mejor.

–Bien. Ésa es también la impresión de la hermana Duffy.

–Bien, pues... –Prior frunció el entrecejo–. Hay otra razón por la que quiero volver. Es una razón insignificante, ruin y egoísta, pero como usted me considera una persona insignificante, ruin y egoísta, no le caerá de sorpresa. Cuando todo esto termine, la gente que no fue a Francia, o que no dio la talla en Francia, la gente de mi generación, quiero decir... no contará para nada. Éste es el club que pondrá fin a todos los clubes.

–Y usted quiere pertenecer a él.

–Sí.

–Ya pertenece.

–Me vine abajo.

–¿Y por eso quiere volver? Es usted ambicioso, ¿verdad?

Prior no contestó.

–No hay razón para que no lo sea. ¿A qué quiere dedicarse?

–A la política. –Se retractó de inmediato–. Probablemente no tenga ninguna opción, claro está. En este país de mierda no se puede llegar a ninguna parte sin un título de Oxford o Cambridge.

–Tonterías.

–Eso es muy fácil decirlo.

–No es fácil decirlo en absoluto. Yo no estudié en ninguna de esas

universidades.

Prior pareció sorprenderse.

–Tuve fiebres tifoideas en el último curso del colegio. No podíamos permitirnos Cambridge sin la beca. No, con toda certeza es posible salir adelante sin eso. Y después de la guerra viviremos en un entorno más libre. Aunque sólo sea porque miles de jóvenes se han visto obligados a entrar en contacto con las clases trabajadoras de una manera insólita hasta la fecha. Eso tendrá por fuerza algún impacto.

–Cuidado, Rivers. Empieza a hablar como un bolchevique.

–Sólo pretendo infundirle cierta fe en sus propias aptitudes. Y por cierto no lo considero una persona insignificante, ruin y egoísta.

Prior afectó un exagerado ceño, acaso para disimular su satisfacción.

–Procuraré estar presente cuando venga el doctor Eaglesham. Entretanto, ¿cree que podría llevarse razonablemente bien con Willard?

Rivers empezaba a afeitarse cuando la voluntaria llamó a la puerta. Con voz entrecortada, dijo algo sobre el «capitán Anderson» y «sangre», y Rivers, temiendo lo peor, corrió escalera abajo hacia la habitación de Anderson. Lo encontró en posición fetal, en el rincón junto a la ventana. Le castañeteaban los dientes y una mancha oscura se propagaba por la parte delantera de su pijama. Su compañero de habitación, Featherstone, permanecía de pie junto al lavabo, navaja de afeitar en mano, observándolo con más irritación que lástima.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Rivers.

–No lo sé. De pronto ha empezado a gritar.

Rivers se arrodilló junto a Anderson y enseguida comprobó que no estaba herido.

–¿Dormía?

–No, esperaba para usar el lavabo.

Rivers miró a Featherstone. Un hilillo de sangre le descendía por el mentón mojado. Ah, pensó Rivers. Se irguió y le dio una palmada en el brazo.

–Featherstone, sea buen chico y váyase a sangrar a otra parte.

Featherstone –no de muy buena gana– salió de la habitación. Rivers se acercó al lavabo, enjuagó la manopla de Featherstone, limpió la pila, entregó la toalla ligeramente manchada de sangre a la voluntaria y mantuvo la puerta abierta para dejarla salir.

–Ya está –dijo, mirando a Anderson–. Ya se han ido todos.

Poco a poco, Anderson se relajó a la vez que tomaba conciencia de la mancha entre sus piernas. Rivers cogió su bata y se la lanzó.

–Mejor será que se envuelva con esto. Se enfriará cuando deje de sudar. – Regresó al lavabo–. ¿Le importa si cojo prestada su manopla?

Se limpió el resto de jabón de afeitar de la cara y se miró para asegurarse que no se había cortado cuando la voluntaria aporreó la puerta. Eso desde luego no habría sido de mucha ayuda. Con el rabillo del ojo, advirtió que Anderson extendía la colcha para ocultar la mancha húmeda en la cama. Cuando Rivers se volvió, lo encontró sentado en la cama, balanceando las piernas y haciendo lo posible por ofrecer una apariencia de naturalidad. Rivers se sentó, a cierta distancia para que Anderson no tuviera que preocuparse por el olor.

–¿Tan mal están aún las cosas?

–Están tan mal como parece, imagino.

Y ése era el hombre que se proponía volver a ejercer la medicina.

–Verá, vamos a tener que empezar a hablar en términos realistas sobre sus planes.

–Eso ya lo hemos tratado.

–Puedo conseguir una prórroga de un mes en octubre. Después...

–No hay problema. No puedo quedarme aquí para siempre.

Rivers vaciló.

–¿Se sabe si su mujer va a poder venir?

Habían hablado mucho de la visita de la señora Anderson, pero aún no se había producido.

–No, con un niño es difícil.

Otras se las arreglaban. Rivers dejó a Anderson para que se vistiera y regresó a su propia habitación a fin de acabar de afeitarse. Ahora que la

repentina agitación había pasado, se sintió cansado e indispuerto. En malas condiciones para trabajar, aunque de un modo u otro tendría que sobrellevar el día.

Willard era su primer paciente. Seguía un régimen que incluía ejercicios en la piscina a primera hora de la mañana, y lo llevaron al despacho en su silla de ruedas, con el pelo mojado y olor a cloro. Empezó a hablar en el acto.

–No puedo compartir la habitación con ese hombre.

Rivers siguió masajando a Willard los músculos de las pantorrillas.

–Prior.

–No comparte la habitación con él, entiéndalo. Simplemente da la casualidad de que ha coincidido con él en la enfermería.

–A efectos prácticos comparto la habitación.

–Esto lo noto un poco más firme. ¿Usted también lo nota más firme?

Willard se palpó la pantorrilla.

–Un poco. Se despierta gritando. Es insoportable.

–Ya, bueno, supongo que a él tampoco le gusta mucho.

Willard vaciló.

–Eso no es todo. –Se inclinó hacia Rivers–. Es uno de éstos.

Rivers se quedó atónito y se le notó.

–Dudo mucho que lo sea, de verdad. No debe tomarse en serio todo lo que dice Prior. Le gusta provocar.

–Lo es. Esas cosas saltan a la vista.

–Presione contra la palma de mi mano.

–Supongo que no contempla la posibilidad de trasladarlo, ¿verdad?

–No. Y se lo repito: está enfermo, señor Willard. Necesita estar en la enfermería. Si hay que trasladar a alguien, será a usted.

A la sesión con Willard siguió una visita no programada de Featherstone, que también exigía un cambio de habitación, aunque con mayor razón. No podía esperarse que nadie compartiera el espacio con Anderson, declaró. Las pesadillas y las vomiteras eran un horror, y la pérdida de sueño empezaba a afectarle los nervios. Todo eso era verdad. Rivers escuchó y, comprensivo, prometió a Featherstone un cambio de habitación en cuanto tuvieran cierto margen de maniobra tras la reunión de septiembre de la Comisión. Por el

momento el hospital estaba tan lleno que no había esperanzas de cambio de habitación para nadie.

El siguiente fue Landsowne, un capitán del Real Cuerpo Médico del Ejército, cuya arraigada claustrofobia se había puesto de manifiesto en su incapacidad para entrar en los refugios subterráneos. Había sido una sesión especialmente difícil. Landsowne siempre exigía mucho, pero eso a Rivers no le importaba, porque tenía la sensación de que progresaba. Lo siguió Fothersgill, el nuevo compañero de habitación de Sassoon, un teósofo fanático. Hablaba sin cesar imitando el inglés medieval –muchos «por verdad os digo» y «anda presto»–, como si tras su breve exposición a los horrores de Francia el miedo lo hubiera llevado a una especie de jocosidad terminal. Tenía cuarenta y tres años, pero con su cabello gris acero, su monóculo y sus modales acartonados, parecía mucho mayor. Con él no necesitó mucho tiempo. En esencia, lo aquejaba una edad excesiva para ir a la guerra, trastorno con el que Rivers era un poco más comprensivo cada día.

Luego una reunión del comité de gestión del hospital. Fletcher, uno de los representantes de los pacientes, era un hombre concienzudo y en extremo eficiente, cuya estancia en Francia había concluido cuando desarrolló el delirio paranoico de que el intendente privaba de comida a los hombres intencionada y sistemáticamente. Ahora había trasladado dicho delirio a la administración del hospital. La reunión fue relativamente bien hasta que se planteó el tema del servicio de comidas y salieron a relucir los desvaríos de Fletcher. Se caldearon los ánimos, y la reunión terminó con cierta acritud. Fue un incidente lamentable, ya que sin duda fomentaría la opinión de la autoridades de que los pacientes no debían intervenir en el funcionamiento del hospital. Bryce, con el apoyo de Rivers, creía firmemente que la participación de los pacientes era esencial, aun si eso implicaba que las reuniones de la Comisión de Craiglockhart desarrollaban a veces un estilo muy particular.

Después del almuerzo Rivers fue al despacho de Bryce para hablar de Broadbent. Éste había ido a ver a su madre enferma dos veces en los últimos meses. Hacia el final de la segunda visita llegó un telegrama de Broadbent anunciando que su madre había fallecido y solicitando permiso para quedarse

y asistir al funeral. Naturalmente, se le concedió. A su debido tiempo Broadbent regresó, con un brazalete negro y –mucho más inexplicablemente– las insignias rojas de un oficial del Estado Mayor. Las insignias rojas desaparecieron de la noche a la mañana, pero el brazalete negro permaneció. En los días posteriores Broadbent se pasaba largas horas sentado en la sala común de los pacientes, afligido y con los ojos enrojecidos, recibiendo el consuelo de las voluntarias. Ese feliz estado de cosas tocó a su fin cuando llegó la señora Broadbent, exigiendo saber por qué nunca tenía noticias de su hijo. Broadbent estaba ahora en el piso de arriba, encerrado en una habitación. No sería fácil evitar el consejo de guerra.

Destinó el resto de la tarde a sucesivas sesiones con jóvenes. Rivers, que a esas alturas se sentía francamente enfermo, siguió adelante sólo gracias a la percepción de que algunos de ellos presentaban al menos indicios de mejora. Un joven en particular, que se había venido abajo al encontrar el cuerpo mutilado de su amigo, se había restablecido espectacularmente en las últimas semanas.

Después de la cena Rivers optó por dejar de lado el papeleo del que debía ocuparse e irse temprano a la cama. Esa noche no habría baño, decidió; estaba demasiado cansado. Se metió entre las sábanas y estiró las piernas, pensando que nunca en su vida se había alegrado tanto de estar en una cama. Al cabo de un rato abrió más la ventana y, allí tendido, escuchó la lluvia, un sonido suave y susurrante que parecía llenar la habitación. Pronto, todavía escuchando, lo venció el sueño.

Lo despertó un dolor en el pecho a las dos de la madrugada. Al principio intentó convencerse de que era una indigestión, pero las sacudidas y el martilleo de su corazón pronto indicaron otras posibilidades más preocupantes. Se obligó a incorporarse y se concentró en respirar despacio y con calma.

Se había levantado el viento mientras dormía, y la lluvia azotaba el cristal. En todo el hospital, como él sabía, había hombres en vela, escuchando la lluvia y el viento, pensando en sus batallones aún más hundidos en el barro. El mal tiempo afectaba a los nervios. El día siguiente no sería fácil.

Al cabo de una hora habría dado cualquier cosa por que llegara la mañana

siguiente. Empezaba a tener todos los síntomas conocidos. Sudor, una necesidad continua de orinar, insuficiencia respiratoria, la sensación de que la sangre no fluía sino que avanzaba a empujones por las venas. Con el menor movimiento se le aceleraba el corazón. Experimentó alivio cuando amaneció y pudo llamar al ordenanza.

Bryce llegó poco después, enérgico y comprensivo. Sacó un estetoscopio y pidió a Rivers que se quitara la chaqueta del pijama. Deslizó el estetoscopio por su pecho. Rivers se incorporó, se inclinó y sintió la misma procesión de círculos fríos en la espalda.

–¿Qué crees tú que te pasa? –preguntó Bryce, apartando el estetoscopio.

–Neurosis de guerra –contestó Rivers de inmediato–. Ya tartamudeo y empiezo a tener tics.

Bryce aguardó a que Rivers volviera a acomodarse contra las almohadas.

–Supongo que todos tenemos algún episodio de éstos. Los latidos del corazón son irregulares.

–Psicosomático.

–Y como insistimos en decir a los pacientes, los síntomas psicossomáticos son *reales*. Creo que deberías pedir un permiso.

Rivers negó con la cabeza.

–No, yo...

–No era una sugerencia.

–Ah. Tengo que redactar los informes de septiembre. Aunque no haga nada más, eso por lo menos tengo que hacerlo.

Bryce había empezado a sonreír.

–Nunca habrá un momento oportuno, y tú lo sabes. Tres semanas a partir de este fin de semana.

Un silencio rebelde.

–Con eso tendrás tiempo de redactar los informes, siempre y cuando no recibas pacientes. ¿De acuerdo? –Bryce dio unas palmadas en la colcha y se levantó–. Pediré a la señorita Crowe que ponga un cartel.

Rivers se iba de permiso. No había bajado al comedor en los últimos días,

pero esa noche estaba allí, advirtió Sassoon, con mejor aspecto del que había tenido últimamente, aunque todavía muy cansado. La mesa del oficial al mando era la más ruidosa del salón. Incluso a esa distancia se distinguía la voz aguda y atiplada de Brock, el acusado acento de Glasgow de MacIntyre, el de Edimburgo de Bryce, el norteamericano de Ruggles, y la voz de Rivers que, cuando se acaloraba en una discusión, como a menudo le ocurría, parecía más bien un sifón vaciándose. Nadie que lo oyera en esos momentos lo habría considerado capaz de aquellos interminables silencios.

Fothersgill, arrugando remilgadamente su larga nariz, había empezado a quejarse de la sopa.

—Por verdad os digo —declamó—, aquí no sabedes qué yantares son aquestos.

Se rió al decirlo. Era la risa de un hombre que da mucha importancia a las pequeñas molestias. Sassoon, atrapado entre dos pacientes con tartamudeos especialmente pronunciados, no sintió necesidad de intervenir en la conversación. Optó por volverse en su asiento y buscar a Owen, recordando el último poema que le había enseñado. «Allí fuera, caminamos amigablemente hasta la Muerte; / nos sentamos y comimos con ella, tranquilos e indiferentes: / perdonamos que vertiera el contenido de su escudilla en nuestras manos...» Precisamente, pensó Sassoon. Y ahora nos quejamos de la sopa. O mejor dicho, se quejan ellos.

Después de la cena fue directamente a la habitación de Owen.

—¿Le importa? —preguntó—. Estoy huyendo de la teosofía.

Owen retiraba ya los papeles de la silla.

—No, pase.

—No soporto estar en la misma habitación que él.

—Debería pedir a Rivers que lo cambie.

—Demasiado tarde. Rivers se va mañana. Además, no querría molestarlo.

¿Tiene algo para mí?

—Esto.

Sassoon cogió la hoja y leyó el poema entero dos veces; luego volvió a los primeros dos versos.

*¿Qué mínimas campanadas para aquéllos que mueren tan deprisa?
Sólo la monstruosa/solemne ira de nuestras armas.*

–Había pensado poner «fugaces» campanadas –dijo Owen.

–Mmm. Pero quitando «mínimas», «deprisa» queda muy flojo. «Sólo la monstruosa ira...»

–¿Y «solemne»?

–«Sólo la solemne ira de nuestras armas.» Por Dios, Owen, eso es propaganda del Ministerio de la Guerra.

–No, no es así.

–Lea ese verso.

Owen lo leyó.

–Bueno, desde luego no era ésa la intención.

–Yo diría que debe decidir quiénes son «aquéllos», ¿no le parece? ¿Son los muertos británicos? Porque si son británicos, «nuestras» armas queda....

Owen movió la cabeza en un gesto de negación.

–Son todos los muertos.

–Empecemos por ahí. –Sassoon tachó «nuestras» y escribió en lápiz «las»-. ¿Seguro que eso es lo que quiere? No es un cambio menor.

–No, ya lo sé. Si es «las», tiene que ser «monstruosa».

–De acuerdo. –Sassoon tachó «solemne»-. Por tanto:

*¿Qué fugaces campanadas para aquéllos que mueren... tan deprisa?
Sólo la monstruosa ira de las armas.*

»Bueno, el segundo verso no presenta ningún problema.

–¿Y «a manadas?»

–Mejor.

Trabajaron en el poema durante media hora. El viento llevaba toda la noche levantándose a rachas, y la fina cortina ondeaba en la corriente de aire. En cierto momento Sassoon alzó la vista y preguntó:

–¿Qué es ese ruido?

–El viento. –Owen intentaba encontrar la palabra exacta para el sonido de los obuses, y el viento era una distracción que procuraba eludir.

–No, ese otro.

Owen aguzó el oído,

–No oigo nada.

–Ese golpeteo.

Owen aguzó el oído otra vez.

–No.

–Deben de ser imaginaciones mías. –Sassoon escuchó de nuevo; luego dijo–: No *gimen*; silban.

–No, éstos pasan por encima.

–Exacto. Silban. –Miró a Owen–. Yo oigo un silbido.

–Usted oye un golpeteo.

El viento siguió levantándose a ráfagas toda la noche. Para cuando Sassoon abandonó la habitación de Owen, gemía por todo el edificio, ululaba por las chimeneas, tronchaba ramas de árboles con chasquidos semejantes a disparos de fusil. Por todo el decrepito balneario, las ventanas mal ajustadas traqueteaban y batían, y Sassoon, al pasar junto a sus «compañeros de crisis nerviosa» en el pasillo, pensó que se los veía más «chiflados» que de costumbre.

Su habitación estaba vacía. Se acostó y se quedó leyendo mientras esperaba a que Fothersgill regresara de su sesión de bridge. En cuanto éste entró en la habitación, Sassoon se volvió de lado y fingió dormir. A continuación oyó un silbido sin melodía, con gruñidos intercalados, mientras Fothersgill, inclinado ante su espejo de afeitarse, se arrancaba los pelos de la nariz con unas pinzas.

Por fin se apagó la luz. Tendido de espaldas, Sassoon escuchó el rugido del viento y la lluvia. Volvió a oír un golpeteo, un sonido nítido y resuelto, muy distinto de los azotes aleatorios del viento. En una noche así era imposible no acordarse del batallón. Escuchó el fragor y los retumbos de la tormenta, e inundaron su mente recuerdos de las últimas semanas pasadas en Francia. Vio de nuevo a su sección, y repasó sus nombres, hazaña no muy difícil, dado que ocho, nada menos, se llamaban Jones. Recordó su horror ante el estado físico de aquellos hombres. Muchos eran casi incapaces de levantar su equipo, y no digamos ya de acarrearlo kilómetro tras kilómetro

por carreteras bombardeadas. Había acabado una marcha empujando a dos de ellos, mientras un tercero los seguía tambaleante, agarrado a su cinturón. Ninguno de los tres medía más de metro cincuenta. Colocados al lado de un oficial –casi cualquier oficial–, parecían pertenecer a otra especie. Y en cuanto a instrucción... Un hombre había llegado a Francia sin saber cargar un fusil. Los veía ahora, su pequeña banda, sentados en balas de paja dentro de un granero donde el sol penetraba a través de las rendijas, mientras él, agachado, inspeccionaba sus pies en carne viva y llenos de ampollas, y se preguntó cuántos de ellos seguían vivos.

Las ventanas tableteaban y traqueteaban, y de nuevo, durante una breve tregua, le pareció oír el golpeteo. No había árboles tan cerca como para alcanzar los cristales con sus ramas. Supuso que podían ser las ratas, pero ¿desde cuándo las ratas golpeteaban? Se agitó y dio vueltas, pensando en lo absurdo que era no poder dormir allí, a salvo y cómodo, cuando en Francia había sido capaz de dormir en cualquier sitio. Si podía dormir en el peldaño de un puesto de tiro bajo un aguacero, sin duda podía dormir ahora...

Al despertar vio a Orme de pie en el umbral de la puerta. No le sorprendió. Supuso que Orme había ido a despertarlo para iniciar el turno de guardia. Lo que sí le sorprendió, un poco, era que parecía estar *tendido*. Orme llevaba aquel abrigo tan claro suyo. Una vez, en el comedor de la compañía C, el oficial al mando había dicho: «Corríjame si me equivoco, pero siempre había dado por supuesto que el color del uniforme del ejército británico era el caqui, no el... beige». Dijo «beige» con un tono tan a lo lady Bracknell que a Sassoon le entraron ganas de reír. También ahora le entraron ganas de reír, pero parecía tener paralizados los músculos del pecho. Al cabo de un rato recordó que Orme había muerto.

Eso a todas luces no preocupaba a Orme, que siguió tranquilamente en el umbral de la puerta, pero Sassoon empezó a pensar que sí debía preocuparle a él. Quizá si volvía la cabeza, todo se aclararía. Contempló el pálido recuadro de luz de la ventana, y cuando miró de nuevo en dirección a la puerta, Orme había desaparecido.

Fothersgill estaba despierto.

–¿Ha visto entrar a alguien? –preguntó Sassoon.

–No, nadie ha estado aquí. –Se dio media vuelta y a los pocos minutos volvía a roncar.

Sassoon esperó a que el ritmo se acompasara; entonces abandonó la cama y se acercó a la ventana. La tormenta había amainado, aunque daban testimonio de su fuerza las ramitas, las hojas e incluso una o dos ramas grandes esparcidas por las pistas de tenis. Le sudaban las palmas de las manos y tenía la boca seca.

Necesitaba hablar con Rivers, aunque debía tener cuidado con lo que decía, ya que Rivers era un racionalista a ultranza que no aceptaría bien historias sobrenaturales, y quizá incluso decidiera que por fin estaban manifestándose los síntomas de una neurosis de guerra. Quizá así era. Quizá ésa era la clase de alucinación que había tenido en el Cuarto Hospital General de Londres, pero no, no lo creía. Allí sus visitantes nocturnos habían aparecido con un rastro de sangre, señalándose amputaciones y heridas en la cabeza, en cierto modo como las estatuas de los santos medievales que señalaban los instrumentos de su martirio. Esta otra había sido muy moderada. Digna. Y no había sido la prolongación de una pesadilla. Recapituló, deseando asegurarse, porque sabía que eso era lo primero que le preguntaría Rivers. No, ninguna pesadilla. Sólo el golpeteo en la ventana antes de dormirse.

Se vistió y se sentó en la cama. Por fin dieron las ocho, y empezó el bullicio en el hospital con el cambio de turno. Sassoon corrió escalera abajo. Estaba convencido de que Rivers pasaría por su despacho para ver el correo antes de marcharse. Acaso tuviera tiempo para cruzar unas palabras. Pero cuando llamó a la puerta, un ordenanza que pasaba le informó:

–El capitán Rivers se ha ido. Se ha marchado en el tren de las seis.

No había nada que hacer, pues. Sassoon subió lentamente por la escalera, incapaz de explicarse su sensación de pérdida. Al fin y al cabo, ya sabía que Rivers se iría. Y se marchaba sólo durante tres semanas. Fothergill aún dormía. Sassoon recogió su neceser y fue al cuarto de baño. Casi se sentía aturdido. Como de costumbre, se volvió para echar el cerrojo de la puerta, y como de costumbre recordó que no había pestillos. En momentos como aquél la falta de intimidad se le hacía casi insufrible. Llenó el lavamanos y se echó

agua a la cara y el cuello. Los pájaros, al parecer un poco atolondrados, como si también ellos necesitaran recuperarse de la noche, comenzaron a trinar cautamente. Se miró en el espejo. En esa penumbra, contra los azulejos blancos, su rostro no parecía mucho menos espectral que el de Orme. Un recuerdo pellizcó la periferia de su memoria. Otro espejo, en el descansillo del último piso de su casa, un marco ovalado y oscuro que encuadraba la cara de un niño pequeño y pálido: él. A los cinco años, quizá. ¿Por qué recordaba algo así en ese momento? También entonces trinaban los pájaros. Gorriones, gorjeando entre la hiedra. Un día de gritos y portazos y lágrimas en habitaciones a las que no se le permitía entrar. El día que su padre se marchó de casa. ¿O el día que murió? No, el día que se marchó. Sassoon sonrió, viéndole cierta gracia al vínculo que acababa de descubrir, pero enseguida dejó de sonreír. En broma había comentado una o dos veces a Rivers que él era su padre confesor. Y sin embargo sólo ahora, ante ese segundo abandono, comprendió hasta qué punto Rivers había llegado a ocupar el lugar de su padre. En fin, daba igual, ¿no? En suma, por lo que se refería a padres sustitutos, podía haber salido mucho peor parado. No, así ya estaba bien. Lentamente se enjabonó la cara y empezó a afeitarse.

Tercera parte

–Himno número 373.

Los himnarios de tapas granate se abrieron como flores blancas con un susurro de papel. Los feligreses se pusieron en pie con visible esfuerzo: los niños en la parte delantera bajo la atenta mirada de los profesores de catequesis; detrás todos los demás, sólo hombres de mediana edad, ancianos y mujeres. Un resuello preliminar del órgano, y luego:

*Insondables son los caminos del Señor
cuando realiza sus prodigios...*

Por lo visto, desde el Somme ese himno se había convertido en el preferido de la nación. Rivers había perdido la cuenta del número de veces que lo había oído cantar. Posó la mirada en el altar envuelto con la bandera y luego en el vitral orientado al este. Una crucifixión. La Virgen y San Juan, uno a cada lado, el Espíritu Santo descendiendo, Dios Padre con una beatífica sonrisa en lo alto. Debajo, una escena mucho menor: Abraham sacrificando a su hijo. Detrás de Abraham se hallaba el carnero, con los cuernos enredados en un zarzal, forcejeando para escapar, con diferencia lo mejor del vitral. Se veía el miedo. En cambio Abraham, si lamentaba mínimamente tener que sacrificar a su hijo, lo disimulaba muy bien, e Isaac, atado en el altar improvisado, esbozaba una sonrisa a todas luces bobalicona.

Ambas escenas elecciones obvias para el vitral de la fachada oriental: los dos pactos sangrientos en los que supuestamente se basa toda una civilización. El gran pacto, pensó Rivers, contemplando a Abraham e Isaac. Aquél en que se fundamentan todas las sociedades patriarcales. Si tú, que

eres joven y fuerte, me obedeces a mí, que soy viejo y débil, incluso hasta el punto de estar dispuesto a sacrificar tu vida, a su debido tiempo heredarás plácidamente y podrás exigir esa misma obediencia a tus hijos. Sólo que nosotros estamos incumpliendo el pacto, pensó Rivers. En todo el norte de Francia, en ese mismo instante, en trincheras y refugios subterráneos, en hoyos abiertos por los obuses e inundados, los herederos morían, y no uno por uno, en tanto que los viejos, y las mujeres de todas las edades, se congregaban y cantaban himnos.

*El ciego descreimiento sin duda yerra,
y en vano escruta la obra del Señor:
Él es quien se interpreta a sí mismo
y muy claro lo dejará. Amén.*

Los feligreses, después de renunciar a la razón, parecían aún más felices, y se sentaron a esperar el sermón. Charles se inclinó hacia Rivers y susurró:

–No suele alargarse.

Ese susurro le recordó las mañanas de los domingos de su infancia, cuando iban a la iglesia en un cabriolé tirado por un pony, y se pasaban el sermón buscando las escenas más subidas de tono del Antiguo Testamento, tarea facilitada por las huellas de los dedos sucios de quienes los habían precedido. Recordó el precio que pagó David por desposarse con Mical: cien prepucios de filisteos. Como antropólogo, ese episodio seguía fascinándolo. Recordó el olor de los cojines para arrodillarse, y fijó la vista en el altar cubierto con la bandera. Esos tiempos ya no volverían.

El párroco había llegado al último peldaño del púlpito. En sus gafas refulgió un ligero destello cuando hizo la señal de la cruz.

–En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

Charles andaba muy atareado con el realojo de las gallinas. Iba a trasladarlas de un profundo lecho de paja en el granero a los nuevos gallineros erigidos en Two-Acre Field. El mejor momento para hacerlo era el crepúsculo, cuando las gallinas estaban amodorradas y era menos probable que se rebelaran. Los

dos hermanos prolongaron el té en el salón y luego cruzaron la era, un negro barrizal, encharcado y lúgubre, hacia el amplio granero de baja altura. Rivers vestía un viejo pantalón de pana, ceñido con un cinturón de su hermano para que no se le cayese, prueba visible de que los reproches de Bertha por su pérdida de peso eran justificados. «Y no es que tuvieras muchos kilos que perder», decía en cada comida, llenándole el plato a rebosar. «Está perfectamente, Bertha; déjalo tranquilo», intervenía siempre Charles, pese a que no servía de nada. Igualmente al final Rivers se levantaba de la mesa tambaleante, con la sensación de haber sido cebado.

Charles acarrea a las gallinas sin dificultad, inmovilizándoles las alas contra sus costados con los brazos. Rivers, menos experto, cogió dos aves y lo siguió. Hundió los dedos en el esponjoso plumaje hasta los cañones sorprendentemente duros y tocó la carne húmeda. Mientras caminaba, las aves agitaban las crestas de color rojo sangre y alzaban la vista con un brillo vacuo en sus ojos ambarinos. Cuando intentó abrir la verja de la era empujándola con el codo, una de ellas consiguió liberar las alas y las batió desesperadamente hasta que consiguió someterla de nuevo. Dios mío, pensó, cómo detesto las gallinas.

La cría de gallinas había sido idea suya, propuesta a Charles cuando éste volvió de Oriente enfermo de malaria. «Trabaja al aire libre», había recomendado Rivers. Ahora lo estaba pagando. Cuando abandonó el abrigo del seto y se dispuso a atravesar Two-Acre Field, una poderosa ráfaga de «aire libre» casi lo levantó del suelo. Se sentía responsable del proyecto de la cría de gallinas, y no estaba dando beneficios. De momento sólo cubrían gastos, sobre todo por efecto de la guerra. El pienso escaseaba y salía caro, y era imposible encontrar mano de obra masculina. La última trabajadora del Ejército de Campesinas creado a principios de la guerra se había quedado sólo el tiempo necesario para averiguar a qué distancia estaba el pueblo más cercano, y en vista de la lejanía decidió que una crisis familiar exigía su inmediato regreso a casa. Pero incluso sin la guerra posiblemente no habría sido fácil. Las gallinas presentaban una curiosa tendencia a no prosperar. Según parecía, estaban expuestas a una asombrosa diversidad de enfermedades y obtenían un perverso placer en ir contrayéndolas una tras

otra.

Ya era casi de noche, y unas pocas estrellas, muy tenues, horadaban el cielo despejado. Una gallina, más débil que las otras, padecía los picotazos de las demás. Tenía la pechuga desplumada y en carne viva allí donde la habían picoteado.

–A ésa voy a tener que sacarla y retorcerle el cuello –dijo Charles.

–¿Y no podrías sencillamente aislarla y luego volver a meterla?

–No, en cuanto empiezan con eso, ya no paran.

Dieron media vuelta y regresaron. *McTavish*, el gato de la granja, un macho negro y maltrecho, se reunió con ellos en el extremo de la era y los precedió mientras la cruzaban. Era un gato especialmente taciturno, ese *McTavish*, defecto de temperamento que Rivers atribuía al hecho de estar permanentemente rodeado de carne prohibida. Sentía cariño por *McTavish*, y le daba a escondidas bocaditos de su plato siempre que creía que Bertha no miraba.

Trasladaron gallinas durante una hora, un trabajo lento y tedioso, y al final, cuando ya era noche cerrada, volvieron a la casa. Bertha había estado haciendo pan. Había un recipiente de barro lleno de masa junto a los fogones, y en el espacio iluminado por el fuego flotaba un olor a levadura caliente.

–Estarás bien, ¿verdad? –preguntó Bertha mientras se clavaba cuidadosamente un alfiler en el sombrero y alargaba el cuello hacia el espejo para asegurarse de que lo tenía bien puesto. Charles y ella iban a dejar a Rivers al cuidado de las gallinas mientras disfrutaban de una infrecuente salida nocturna.

–No exageres, Bertha –dijo Charles.

–Hay dos hogazas en el horno. Estarán cocidas a las ocho y diez. Dales la vuelta, da unos golpecitos en la base, y si suena a hueco, es que están hechas. ¿Crees que podrás ocuparte de eso?

–No es un absoluto idiota, Bertha –dijo Charles desde el pasillo, levantando la voz.

Al parecer, Bertha tenía sus dudas a ese respecto.

–Muy bien, pues. ¿Nos vamos?

Charles entró con el sombrero y el abrigo ya puestos.

–Veré si puedo acabar esa contabilidad, Charles –dijo Rivers.

–Ojalá puedas –musitó Bertha al pasar junto a él.

En cuanto se fueron, Rivers se sentó en la mecedora junto al fuego y se concentró en no adormilarse. No se había atrevido a no comer en la cena, y entre el desacostumbrado atracón y el amor de la lumbre se le cerraban los párpados. En su visita de la primavera anterior, habían puesto cajas de pollitos a calentarse ante el fuego, y en el salón se oía sin cesar el golpeteo de sus pequeños picos y los arañazos de sus patitas. Recordaba sus esfuerzos para salir de los cascarones, lo agotados, húmedos y desdichados que parecían, y a la vez curiosamente poderosos, como pequeños Atlas en su afán por sostener el mundo. Ahora esos mismos pollitos eran criaturas desastradas de plumaje raído que correteaban por los gallineros, y lo único que se oía en el salón era el rugido de las llamas.

Estiró las piernas y miró el libro de contabilidad, en el borde de la mesa de la cocina. Tenía cartas que escribir, la más urgente a David Burns, que lo había invitado a pasar los últimos días de su permiso en la casa de veraneo de su familia en la costa de Suffolk. Por lo que Rivers podía deducir, los padres de Burns querían hablar de su futuro, y aunque a Rivers no le apetecía especialmente –le resultaba difícil contemplar un futuro para Burns–, consideraba que tenía la obligación de aceptar. Y estaba asimismo la carta a medio escribir para Sassoon, pero debía dar prioridad a las cuentas. Las ocho y diez. Sacó las hogazas del horno, les dio la vuelta y golpeteó las bases. Como no lo había hecho nunca antes, no tenía manera de saber si aquel sonido en concreto era «a hueco» o no. Llegó a la conclusión de que parecían hechas y las dejó a enfriar en la artesa. Luego fue a buscar la caja de zapatos donde Charles guardaba las facturas y se puso manos a la obra con la contabilidad. De vez en cuando, mientras trabajaba, levantaba la vista. El vendaval que había soplado todo el día empezaba a amainar. En una ocasión oyó el ululato de un búho en la arboleda que se extendía al otro lado de Two-Acre Field, un sonido frío y trémulo que lo llevó a alegrarse del fuego y el olor a pan caliente.

Cuando acabó, cogió el quinqué y fue al salón delantero con la intención de terminar la carta a Siegfried. Dejó el quinqué en el escritorio. Adosados a

intervalos contra las paredes, muebles grandes y macizos permanecían agazapados en sus propias sombras. Recordaba casi todos los del hogar de su infancia: Knowles Bank. Eran demasiado voluminosos para la casa de sus hermanas, él no los necesitaba, por lo que Charles y Bertha los habían heredado todos. Su presencia allí, en sitios distintos, en ángulos distintos respecto a las paredes y entre sí, le producía la extraña sensación de haber vuelto a una versión desenfocada de su infancia.

Una habitación fría, poco usada. Todo el papeleo de la granja se llevaba a cabo en la cocina. Decidió llevarse la carta y acabarla allí, pero se quedó en el salón delantero un rato más, acariciando con el dedo la piel embutida en la superficie del escritorio y mirando el cuadro colgado encima de la chimenea vacía. En Knowles Bank, esa pintura ocupaba el mismo lugar en el gabinete de su padre, justo encima del hogar. Como cuadro no habría podido ser más adecuado para la doble función de su padre como sacerdote y logopeda, ya que mostraba a los Apóstoles en Pentecostés inmediatamente después de haber recibido el don de lenguas. Allí estaban sentados, cada uno bajo su propia llama personal, representados como hombres capaces de hablar de manera fluida, convincente y expresiva no sólo en su propia lengua, sino en todas las lenguas conocidas. Rivers recordó el sermón que el obispo pronunció una vez por Pentecostés, explicando que el don de lenguas tal como se concedió a los Apóstoles no tenía nada que ver con el «don de lenguas» tal como se concedía regularmente todos los domingos a la chusma ignorante en varias capillas con techo de hojalata en la diócesis. Gracias al don de Pentecostés, era posible comprender a los Apóstoles en todas las lenguas conocidas. Y allí aparecían sentados, inmóviles, con un aire de autosuficiencia muy poco cristiano, no podía evitar pensar Rivers.

Él había pasado bajo aquel cuadro largas horas en compañía de otros niños –los alumnos de su padre–, tropezando con las consonantes de su propio idioma, recordando que debía mantener abajo la parte de atrás de la lengua, expulsar el aire en un flujo uniforme, etcétera. A veces su padre deambulaba con él por el gabinete, en su convicción de que un andar acompañado contribuía a regular el flujo de aire. Rivers no había sido ni remotamente un alumno aventajado en aquellas clases. Si acaso, había

avanzado menos que los demás, a pesar –¿o como consecuencia?– de tener al profesor con él a todas horas. La casa estaba llena de chicos tartamudos, de edades comprendidas entre los diez y los diecinueve años, y eso significaba que, como mínimo, él no era el único. Y tenía también otra ventaja, recordó. Mientras los chicos estaban allí, el reverendo Charles Dodgson no se presentaba en la casa. Al señor Dodgson no le gustaban los niños. En cuanto éstos se marchaban en Navidad o en las vacaciones de verano, llegaba él, y recibía lecciones cada noche después de la cena. Rivers, expuesto durante tanto tiempo a los defectos del habla de otras personas, podía resumir los principales rasgos de un tartamudeo casi con la misma prontitud que su padre. Dodgson tenía dificultades con la «m», y con la «p» en combinaciones consonánticas, sobre todo en las sílabas centrales de las palabras, pero su archienemigo era la «c» fuerte.

De día hacían excursiones en barca por el río. Dodgson y los cuatro hermanos Rivers: él, Charles, Ethel y –la preferida de Dodgson– Katharine. Él, Rivers, nunca había disfrutado mucho con esas excursiones –como tampoco Charles, o eso pensaba él–, aunque probablemente se debía sólo al leve resentimiento de dos colegiales victorianos que por primera vez en su vida descubrían que no eran el sexo predilecto. Después, durante aquellas veladas de verano aparentemente interminables, había cróquet en el jardín, siendo el padre de Rivers y Dodgson quienes jugaban y los niños quienes miraban. En el escritorio se conservaba una fotografía de ellos haciendo precisamente eso, Charles y él recostados contra el rodillo para el césped, sin duda manchándose de hierba las camisas blancas, y las dos niñas, sus hermanas, a la sombra del haya. Con un gran esfuerzo, incluso recordaba el contacto del rodillo contra los omóplatos, el calor del sol en la nuca.

Guardaba otro recuerdo de Dodgson. Una noche él se acercó a hurtadillas a la ventana abierta del gabinete de su padre, se sentó con la espalda apoyada en la pared y escuchó la lección en curso. No recordaba la razón de ese comportamiento, pero sí que no tuvo la sensación de estar espiando, porque le constaba que probablemente allí no se diría nada íntimo. Quizá sólo pretendía oír a Dodgson someterse a la misma rutina que los otros chicos y él. Quizá quería verlo en posición de inferioridad. Dodgson acababa de

enfrascarse en la frase del «can cuidadoso que coge al gato»: una historia sencilla que sin embargo, en boca de Dodgson, amenazaba ya con convertirse en un poema épico. Rivers escuchó las recomendaciones de su padre, en esencia las mismas que él recibía, aunque transmitidas sin ese peculiar tono de tensa paciencia. De pronto pensó: «Esto es absurdo». No sirve de nada recordar que hay que mantener la lengua abajo, no sirve de nada pensar en el flujo de aire. Eso pensó, desechando de un plumazo en un solo instante el trabajo de toda una vida de su padre, como es propio de un niño de doce años. Asomó la cabeza con mucha cautela por encima del alféizar de la ventana y vio a su padre sentado detrás del escritorio –ese mismo escritorio–, de espaldas a la ventana, sobresaliendo su nuca rosada y limpia por encima del cuello blanco y limpio, la tela de la chaqueta tirante en los anchos hombros. Fijó la mirada en su nuca, la nuca del hombre que, en cierto modo, él acababa de matar, y no se sintió por ello en absoluto triste ni culpable. Se alegró.

Más adelante, ese verano, ofreció una charla sobre los monos al grupo de logopedia. La «m» era para Rivers lo que la «c» era para Dodgson, pero le interesaban los monos, y le interesaba aún más la teoría de la evolución de Darwin, que por entonces gozaba de aceptación en ciertos círculos. Knowles Bank no era uno de ellos. Su padre se enfadó mucho, no porque Rivers hubiera tropezado con todas las emes sin excepción –aunque, en efecto, así había sido–, sino porque se atrevió a sugerir que el Génesis no era más que el mito creacional de un pueblo primitivo de la Edad del Bronce. Esa noche hubo tensión durante la cena. El padre colérico, la madre disgustada. Charles veladamente comprensivo, las hermanas con los ojos como platos, sacándole el mayor partido a la situación, el propio Rivers aparentemente sometido pero triunfal para sus adentros. Por primera vez en la vida había obligado a su padre a escuchar lo que tenía que decir y no sólo cómo lo decía.

Y sin embargo, pensó Rivers acariciando la piel rayada de la superficie del escritorio, la relación entre padre e hijo nunca es sencilla, y nunca termina. La muerte no le pone fin, eso desde luego. A lo largo del último año había pensado más en su padre que en todo el tiempo transcurrido desde su infancia. Sólo recientemente se le había ocurrido que si un niño de doce años

se hubiese acercado sigilosamente a su ventana de Craiglockhart, como él había hecho en la ventana de su padre en Knowles Bank, habría visto a un hombre sentado ante un escritorio de espaldas a la ventana, escuchando a un paciente, con un tartamudeo mucho peor que el de Dodgson, que intentaba en vano llegar al final de una frase. Sólo que ese niño no habría sido hijo suyo.

La carta inacabada a Siegfried se hallaba en el escritorio. No había ido más allá de un comentario sobre el tiempo, y a partir de ahí había sido incapaz de seguir. Lo que le salía tan fácilmente en una conversación, siempre empujando a Siegfried con delicadeza en la misma dirección y a la vez evitando todo asomo de presión, era un logro que por lo visto no podía plasmar en el papel. Quizá era sólo que estaba muy cansado. Se dijo que la carta podía esperar hasta la mañana siguiente.

Cogió el quinqué, apartó las tupidas cortinas de color rojo oscuro y abrió la ventana. Entró una enorme mariposa nocturna, aturdida, de alas claras y grueso cuerpo velloso, y empezó a chocar contra el techo. Rivers se asomó por la ventana y olió unas rosas que no veía. El viento había cesado por completo, dejando tras de sí silencio y quietud. Tenuemente, por encima de los setos oscuros y los campos iluminados por las estrellas, se oía el retumbo apagado del fuego de la artillería. A su llegada a la granja, aquejado de la habitual mezcla de síntomas físicos y neurasténicos –jaqueca, sequedad de boca, corazón acelerado–, había confundido ese sonido con las palpitaciones de la sangre en su cabeza. Hasta que una noche, tendido insomne en su cama, oyó vibrar el aguamanil en el palanganero, y se dio cuenta de que era eso lo que oía. Siegfried debió de oírlo en junio cuando convalecía en Inglaterra de su herida.

Tal vez sí convenía escribir esa noche. Cerró la ventana y se sentó ante el escritorio. La enorme sombra de la mariposa nocturna, agitándose por las paredes y el techo, oscureció el papel cuando, acercando el cuaderno hacia él, arrancó la hoja y empezó otra vez. «Mi apreciado Siegfried...»

–¿Cuántos borradores lleva?

–He perdido la cuenta –contestó Owen–. Me dijo que me dejara el

pellejo.

–¿Eso dije? Hay que ver qué expresión tan poco elegante. «¿Qué fugaces campanadas para aquéllos que mueren como ganado?» Veo que al final hemos llegado al matadero. –Sassoon leyó todo el poema. Cuando acabó, no lo comentó de inmediato.

–Está mejor, ¿no?

–¿Mejor? Está transformado. –Volvió a leerlo–. Aunque si uno analiza el sentido... Se da cuenta de que se contradice totalmente, ¿no? Empieza diciendo que no hay consuelo, y luego dice que sí lo hay.

–Consuelo, no. Orgullo en el sacrificio.

–¿Y eso no es consuelo?

–Si lo es, está justificado. Hay un punto más allá del cual...

–Eso no lo veo.

–Hay un punto más allá del cual no se puede imponer la falta de sentido. Incluso si se abusa del valor, es...

Owen se levantó de un salto, se acercó al cajón de su palanganero y sacó el texto mecanografiado que le había entregado Sassoon. Empezó a hojearlo rápidamente pero con atención. Sassoon, observando, pensó que Owen estaba mejor. No tartamudeaba. Se movía deprisa, con determinación. Tenía ya la seguridad en sí mismo suficiente para llevar la contraria a su ídolo. Y el poema había sido una revelación.

–Mire, usted hace exactamente lo mismo –señaló Owen, al encontrar la hoja que buscaba.

Oh mis valientes compañeros pardos, cuando vuestras almas
vuelen en silencio y los muertos sin ojos
se avergüencen de la bestia de la lucha en la cresta
la muerte quedará llorando en ese campo de batalla
pues se acabó vuestro invicto esfuerzo.
Y atravesarán la luna de Valhalla
batallones y batallones, lacerados en el infierno,
la armada que fue juventud y que no vuelve;
las legiones que han sufrido y ahora son polvo.

–¿Qué es eso si no orgullo en el sacrificio?

–¿Dolor? De acuerdo, lo acepto. Lo que pasa es que no me gusta la idea de... presentarlo como algo menos horrible de lo que lo es en realidad. –Miró el papel–. Creo que debería publicar esto.

–¿En *Hydra* quiere decir?

–No, quiero decir en el *Nation*. Deme una copia en limpio y veré qué puedo hacer. Pero necesitaré otro título. «Himno por...» –Se lo pensó un momento, tachó una palabra, sustituyó otra–. Ahí tiene –dijo, devolviéndole sonriente el papel–. «Himno por los jóvenes *malditos*.»

El pasillo principal del hospital se extendía a lo largo de todo el edificio, con salas a ambos lados. De una de éstas llegaba un desagradable olor que, según dijo Madge, era gangrena, aunque Sarah dudó mucho que lo supiese. La Sala Catorce estaba atestada, las camas muy juntas, los hombres sentados en ellas mirando con interés a las dos chicas vacilantes asomadas a la puerta. La mayoría de ellos ofrecía un aspecto razonablemente saludable y animado. El problema era que, con el pelo al cepillo y los pijamas azules de hospital, parecían todos idénticos.

–No lo reconoceré –dijo Madge con un susurro de desesperación.

–Va –instó Sarah, empujándola.

Empezaron a recorrer la sala. Madge miraba las camas una por una con cara de aturdimiento. A ese paso sí era muy posible que no lo reconociera, pensó Sarah, pero de pronto una voz exclamó: «¡Madge!». Un hombre moreno de bigote rojizo, incorporado en la cama, saludaba con la mano, aparentemente encantado de verla. Madge se acercó con cautela, reparó en el brazo izquierdo vendado y se aseguró de que el bulto bajo la colcha, por su longitud y anchura, se correspondía con dos piernas. Se lo veía bien. Él plantó un sonoro beso a Madge en los labios, y Sarah desvió la mirada, abochornada, dándose cuenta entonces de que ella misma era objeto de risueña ponderación desde todos los rincones de la sala.

–Mira, te he traído esto –anunció Madge–. ¿Cómo te encuentras?

–Estoy bien. La bala me traspasó totalmente –dijo–. Por aquí. –Se señaló

el bíceps—. No hay gangrena ni nada.

—Has tenido suerte.

—Y que lo digas. Voy a estar aquí un par de semanas, calculan, y tendré unos días de permiso antes de volver.

—Te presento a Sarah —dijo Madge.

—Mucho gusto.

Se dieron un apretón de manos. Madge estaba ahora sentada junto a la cama, empezando, cautamente, a deleitarse en la admiración de su amante recuperado y a planear qué harían durante el permiso. Al cabo de un rato, Sarah empezó a sentir que su presencia estaba de más.

—Me voy a dar una vuelta por el jardín —dijo—. Aquí hace calor.

—De acuerdo —contestó Madge.

—Ya nos veremos en la entrada principal, pues. ¿Dentro de media hora?

Apenas se dieron cuenta de que se iba. Ninguno de aquellos hombres estaba gravemente herido, y varios silbaron y chasquearon la lengua cuando ella pasó por delante. En conjunto el ambiente en la sala era alegre. Se percibía sobre todo una sensación de alivio por estar lejos del frente, pero Sarah supuso que había otras salas donde las heridas no eran tan leves.

Fuera, en el pasillo, miró a uno y otro lado, cayendo en la cuenta de que no sabía en qué dirección se hallaba la salida. Estaba rodeada de carteles que indicaban la farmacia, el laboratorio de patología, el departamento de radiodiagnóstico, todo excepto la salida. Probó a ir a la izquierda, pero le cerró el paso un gran cartel que rezaba: QUIRÓFANOS. PROHIBIDO EL PASO A PERSONAS NO AUTORIZADAS. Fue hacia la derecha, y poco después llegó a un pasillo que le pareció reconocer y siguió por él, pero la sensación de familiaridad pronto desapareció. El edificio era enorme, y no parecía obedecer a ningún plan, ninguna estructura. Para mayor sensación de irrealidad, casi todos los letreros hacían referencia a su uso civil anterior a la guerra. «Maternidad», se leía, y las puertas de vaivén se abrían y mostraban camas ocupadas por personas que difícilmente darían jamás a luz.

Comprendió que debía detenerse y preguntar a alguien, pero todos parecían ir con prisas y tenían expresiones muy adustas. Por fin encontró una puerta que daba al jardín en la parte de atrás del hospital, donde la alta

chimenea de una incineradora expulsaba una columna de humo amarillo pardusco. Allí se había levantado un gran pabellón que se empleaba como una sala más. Echó un vistazo al interior, dorado a la luz del sol que se filtraba por el techo, pero se respiraba un ambiente cargado, sofocante, en aquella penumbra vibrante donde la molestia de las vendas y el picor de la piel en proceso de cicatrización debían de ser casi insoportables.

Un tráfico constante de enfermeras y auxiliares fluía entre el pabellón y el edificio principal. Sintiendo que estorbaba, Sarah miró alrededor en busca de un sitio donde refugiarse momentáneamente sin molestar a nadie. Había un invernadero adosado a un lado del hospital, orientado al este, de modo que en ese momento recibía todo el calor del sol. Vio unas siluetas oscuras sentadas en el interior, y como la puerta estaba abierta, pensó que quizá podía entrar a sentarse allí.

En cuanto cruzó el umbral, advirtió el silencio, un silencio causado, sospechaba, por su aparición. Seguía deslumbrada por el resplandor de la luz exterior y la relativa penumbra del interior, así que tuvo que parpadear varias veces antes de verlos, una hilera de siluetas en sillas de ruedas, pero siluetas que ya no eran del tamaño y la forma de hombres adultos. Perneras de pantalón acortadas; mangas vacías prendidas a las chaquetas. Un hombre había perdido todas sus extremidades, y tenía el rostro tan consumido, tan pálido, que parecía haberse dejado también la sangre en Francia. El azul del pijama del hospital quedaba estridente en contraste con su piel. Los habían llevado hasta allí para que tomaran el sol, pero no al aire libre, y no en la parte delantera del hospital, donde los viandantes podían ver sus mutilaciones. La miraron, pero no como los hombres que la habían mirado en la otra sala, sonrientes, intentando captar su atención. La de éstos era una mirada vacía. Si contenía algo, era miedo. Miedo a que ella se fijara en las perneras vacías. Miedo a que ella no los mirara. Se quedó allí inmóvil, incapaz de seguir adelante, e incapaz durante unos segundos cruciales de darse la vuelta, hasta que una enfermera se acercó con premura y le preguntó:

—¿A quién quiere ver?

—Estoy esperando a una amiga. No se preocupe, me quedaré fuera.

Retrocedió, alejándose hacia la luz del sol, sintiendo las miradas puestas

en ella, pensando que quizá si hubiese estado preparada, si hubiese conseguido sonreír, aparentar normalidad, habría sido mejor. Pero no, pensó, no habría sido mejor en ningún caso. Por el mero hecho de estar allí, de ser esa criatura intrascendente, infinitamente poderosa –*una chica bonita*– lo había empeorado todo. Su propia sensación de impotencia, por verse obligada a representar el papel de Medusa cuando no pretendía hacer daño a nadie, se mezclaba con la rabia que empezaba a sentir al saber que los escondían de esa manera. Si el país exigía ese precio, bien debía estar preparado para contemplar el resultado. Siguió caminando bajo el calor, sin importarle adónde iba, furiosa consigo misma, con la guerra... Con todo.

Prior se desvistió, se puso el camisón blanco del hospital y se sentó en la cama para esperar la llegada del médico. Era su segunda visita. En su primer encuentro con Eaglesham, el especialista, un hombre corpulento, amable, entrecano, éste había sido parco en palabras pero le había inspirado confianza en el acto. Había enarcado las cejas al soplar Prior en el Vitalógrafo o comoquiera que se llamara aquel aparato, pero no había dicho qué pensaba, y Prior había preferido no preguntarlo. Ese día, no obstante, no lo visitaría Eaglesham. Un hombre mucho más joven, de piel cetrina y lustroso cabello oscuro, entraba y salía de los otros cubículos. Prior se miró las piernas blancas y delgadas. No entendía por qué tenía que desnudarse del todo. ¿Pretendían atender una emergencia médica imprevista en la que los pulmones se le caían a la pelvis? No le gustaba cómo se le ceñía el camisón a la espalda. No le importaba mostrar sus partes si la otra persona le gustaba y era el momento oportuno, pero le complacía la ilusión de que al menos el acto era voluntario. Oía la voz del médico en el cubículo contiguo, hablando con un hombre que no podía acabar una frase sin toser. Al final se apartaron las cortinas y entró el médico, seguido de una enfermera, que sujetaba una carpeta beige ante el pecho. Prior se quitó el camisón y se levantó para que lo examinaran.

–Alférez Prior.

«Señor Prior», deseó corregir, pero dijo:

–Sí.

–Veo que hay ciertas dudas sobre su aptitud para volver al frente. Aparte de su estado de nervios, quiero decir.

Prior no dijo nada.

El médico esperó.

–Bueno, vamos a echarle un vistazo.

Deslizó el estetoscopio por el pecho de Prior, apretando con tal fuerza que a veces el estetoscopio dejaba anillos superpuestos en la piel que se enrojecían y gradualmente volvían a recuperar el color blanco. «Cree que pretendo escaquearme», se dijo Prior, y la sola idea le produjo una sensación de desaliento.

–¿Cómo está de los nervios? –preguntó el médico.

–Mejor.

–Fue la explosión de un obús, ¿no?

–No exactamente.

No estaba dispuesto a repetir a aquel hombre una sola palabra de lo que había contado a Rivers.

–¿Y usted personalmente se considera apto?

–No soy médico.

El médico sonrió. Con desdén, le pareció advertir a Prior.

–Impaciente por volver, ¿eh?

Prior cerró los ojos. Se imaginó a sí mismo dándole un rodillazo en la entrepierna a aquel hombre, y la imagen fue tan vívida que por un momento creyó que quizá lo había hecho, pero cuando abrió los ojos allí estaba aquella cara cetrina, todavía sonriente. Lo miró fijamente.

El médico asintió, casi como si Prior hubiese contestado, y entonces, lentamente, para que no pudiera decirse que se retractaba, se dio media vuelta e hizo una breve anotación en el expediente. Puro farol, pensó Prior. Lo que cuenta es lo que diga Eaglesham.

Atormentado, volvió a ponerse el uniforme, haciendo cábalas sobre sus posibilidades, despreciándose por hacer cábalas. No agradecía a Rivers nada de eso. No he mentado a ninguno de ellos, pensó. No he presentado las cosas peor de lo que están en realidad. Acabó de atarse las polainas y se irguió. La

enfermera volvió con una tarjeta.

–Pida hora en el mostrador de recepción: tres semanas.

–Sí, de acuerdo. Gracias.

Cogió la tarjeta, pero después, mientras recorría el largo pasillo, se sintió tentado de no pedir hora. Al final lo hizo. Luego guardó la tarjeta y salió al jardín tan deprisa como pudo. Pensó en comprarse algo en el puesto ambulante de la entrada, fruta o dulces, cualquier pequeño capricho que lo ayudara a sentirse mejor. Menos contaminado.

La vio antes de que ella lo viera a él, y la llamó:

–Sarah.

Ella se volvió y sonrió. Prior había pensado mucho en ella durante su estancia en la enfermería, recordando aquellos momentos en la playa. La enfermedad, una vez superada la peor parte, siempre le provocaba excitación. Lo que había olvidado, pensó en ese momento al ver el rostro amarillo bajo la aureola de pelo extraordinario, era lo mucho que le gustaba.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella, visiblemente complacida.

–He venido a que me examinen el pecho.

–¿Y estás bien?

–Estupendamente, gracias. ¿Y tú qué haces aquí?

–He venido con Madge. Su prometido está herido.

–¿Y se encuentra bien?

–Sí, eso creo. –Se le ensombreció el rostro—. Acabo de ver a unos cuantos hombres que no están nada bien. Hay una especie de invernadero en la parte de atrás. Los tienen a todos allí sentados. Donde los demás no los veamos.

–¿Estaban muy mal?

Ella asintió.

–Antes me preguntaba qué habría hecho yo si Johnny hubiera vuelto así. Siempre quieres creer que no cambiará nada. Decirlo es muy fácil, ¿no?

Prior percibió su ira y reaccionó a ella de inmediato. Tal vez Sarah no sabía gran cosa sobre la guerra, pero aquello que sí sabía lo afrontaba con honradez. La admiró por eso.

–Oye, ¿tienes que esperar a Madge? –preguntó—. O sea, ¿cuánto crees que tardará?

–Una eternidad, diría yo. Cuando me he ido, estaba prácticamente metida en la cama con él.

–¿Y no puedes decirle que te marchas? Ella puede volver sola, ¿no? Es pleno día.

Lo miró, pensativa.

–Sí, de acuerdo. –Empezó a alejarse–. Enseguida vuelvo.

Al quedarse solo, Prior compró dos ramilletes de crisantemos, de colores bronce y blanco, en el puesto ambulante próximo a la entrada. No eran las flores que él habría elegido, pero deseaba regalar algo a Sarah. Se quedó allí, estirando el cuello para verla aparecer. Cuando ella llegó, sonriente y sin aliento, Prior le entregó el ramo. Luego, dejándose llevar por un repentino impulso, se inclinó y la besó. Las flores, aplastadas entre ellos, desprendieron su amargo olor otoñal.

El segundo día de su visita estaban quemando hojas en Hampstead Heath cuando Rivers pasó por allí con Ruth Head. Un humo acre flotaba ante ellos, y abajo se extendía Londres en medio de una bruma azul. Se detuvieron junto a uno de los estanques y observaron a una focha mientras hendía el agua tersa.

–¿Ves allí, detrás de las casas? –preguntó Ruth–. Es el hospital del Real Cuerpo Aéreo. Y allí, en esa hondonada, eso es el Gran Cañón.

–Me alegro de que Henry y tú no os refugiéis en la cocina cada noche. Por lo visto eso hacen todos los demás.

–¿Te imaginas a Henry encogido debajo de la mesa de la cocina?

Se sonrieron y siguieron adelante.

–De hecho las incursiones aéreas son el secreto del que me avergüenzo – admitió Ruth.

–¿Quieres decir que preferirías estar debajo de la mesa?

–No, todo lo contrario. Me lo paso bien con ellas. Es una atrocidad decirlo, ¿no? Todos esos destrozos. Muertos. Y sin embargo, cada vez que suena la sirena, experimento una inmensa sensación de euforia. La verdad es que me gustaría salir a la calle y echarme a correr bajo las bombas. –Soltó

una risotada de autodesaprobación—. No lo hago, por supuesto. Pero me parece que... la corteza de todo empieza a resquebrajarse. ¿Tú no sientes lo mismo?

—Sí. Sólo que no estoy muy seguro de que vaya a gustarnos lo que hay debajo de la corteza.

Se encaminaron hacia Spaniard's Road.

—Sabes, anoche tuve la clara impresión de que Henry trama algo — comentó Rivers.

—¿Relacionado contigo? Si es así, será algo en tu favor.

—O sea, ¿lo sabes pero no vas a contármelo?

Ruth se rió.

—Exacto.

En Spaniard's Road, unos hombres en sillas de ruedas, con el pijama azul del hospital, esperaban a que alguien se los llevara. Cuando los dejaron atrás, Ruth permaneció en silencio durante un rato.

—Verás, hay una cosa que anoche no te dije. —Lo miró—. Creo que Sassoon tiene toda la razón.

—Vaya por Dios, esperaba poder presentaros —respondió Rivers—. Pero si vas a ejercer una mala influencia moral...

—En serio.

—De acuerdo, pues, en serio. Supongamos que tiene razón. ¿Significa eso que es buena idea permitirle seguir adelante y labrar su propia ruina?

—Sin duda la decisión ha de ser suya, ¿no?

—La decisión es suya.

Ruth sonrió y movió la cabeza en un gesto de negación.

—Oye —dijo Rivers—, visto el uniforme, acepto la paga, hago mi trabajo. No voy a pedir disculpas por eso.

—Ni yo te lo sugiero. En todo caso —añadió Ruth, volviéndose para mirarlo—, estás haciéndote trizas igual que él.

Caminaron en silencio durante un rato.

—¿Es eso lo que piensa Henry?

Ruth se echó a reír.

—Claro que no. Si quieres percepción, acude a un novelista, no a un

psiquiatra.

–En eso estoy seguro de que tienes razón.

–No, no lo estás. No te crees ni una sola palabra.

–El caso es que me siento demasiado intimidado para disentir.

Esa noche, cuando se quedó solo con Henry después de la cena, Rivers lo observó masajearse el triángulo de piel entre el pulgar y el índice de la mano izquierda.

–¿Eso aún te molesta?

–Un poco. Con el frío. Dudo que ahora tuviera el valor para hacer aquello.

–Ya. A veces vuelvo la vista atrás y... me asombro. ¿A qué te dedicas últimamente?

–Heridas graves en la médula espinal. Tenemos mucho material interesante. –Head torció el gesto–. Como llamamos a esos pobres desdichados.

Rivers cabeceó. Había visto a Head en las salas de hospital demasiado a menudo para considerarlo capaz de esa peculiar insensibilidad centrada en la investigación.

–Es un entorno interesante –explicó Head–. Tratar el traumatismo físico y la neurosis de guerra en el mismo hospital. Te gustaría.

–Sin duda. –Un asomo de amargura–. Londres me gustaría.

–Hay una plaza disponible si la quieres.

–¿Una vacante, quieres decir?

–No, quiero decir que hay un trabajo para ti si lo quieres. Me han pedido que te tanteara. Psicólogo del Real Cuerpo Aéreo. En el Hospital Central, Hampstead.

–Ah. Me preguntaba por qué a Ruth le apetecía tanto ir a Hampstead Heath.

–Imagino que te resultaría interesante, ¿no? Por lo visto, existen llamativas diferencias entre el índice de crisis nerviosas entre los pilotos y las otras secciones del ejército.

–Me parece una propuesta maravillosa. –Levantó las manos y las dejó caer–. Sólo que no veo cómo voy a poder aceptar.

–¿Y por qué no? Estarías más cerca de tu familia, tus amigos, tus contactos en el campo de la investigación; podrías volver a Cambridge los fines de semana y... Supongo que eso es secundario, pero podríamos volver a trabajar juntos.

Rivers escondió la cara entre las manos.

–No, no. «Vade retro, Satán.»

–No pienso retroceder. De hecho, voy a empujarte.

–No podría abandonar a Bryce.

Head lo miró con cara de incredulidad.

–¿Te refieres a tu oficial al mando?

–Está en una situación difícil. Se nos echa encima una inspección general... y todo viene de muy lejos. Esta vez Bryce está decidido a no seguirles el juego. No piensa organizar un desfile de pacientes ni abrillantar el fondo de las sartenes, ni hacer ver que aquello es algo distinto de un hospital desbordado de trabajo y de pacientes y, a mi modo de ver, condenadamente bueno.

–¿Y ellos qué quieren?

–Quieren un cuartel. La cosa tiene visos de acabar en un enfrentamiento francamente desagradable. Es posible que Bryce tenga que irse.

–En fin, no quiero parecer cruel, pero ¿no sería ésa la solución al problema? A tu problema, quiero decir.

–Si ocurriera. Entretanto, creo que puedo serle... de cierta utilidad.

–¿Cuándo será esa inspección?

–A finales de mes.

–Deberíamos tener una respuesta en cuanto a la plaza... A ver, ¿qué tal tres semanas?

–Me lo pensaré.

–Bien. Y no seas demasiado altruista, ¿quieres? Allí estás aislado, y eso no es bueno para ti.

–Aislado... no sé qué decirte. No dispongo de un solo minuto para mí.

–A eso voy. Venga, vamos a buscar a Ruth.

Aldeburgh era la última estación de la línea, pero el tren, como si se resistiera a aceptarlo, expulsó una asombrosa nube de vapor cuando Rivers bajó al andén. Permaneció allí inmóvil mientras el silbido del tren se apagaba entre gruñidos y el vapor se disipaba. Burns había prometido ir a recibirlo, pero no tenía buena memoria, y Rivers, al verse en el andén vacío, se alegró de tener la dirección. Pero de pronto, cuando se resignaba ya a buscar la casa por su cuenta, Burns apareció, una figura alta y demacrada, envuelta en un rígido abrigo talar de tweed con dibujo en espiguilla. Obviamente había llegado corriendo, y le faltaba el aliento.

–Hola –dijo.

Rivers intentó calibrar si Burns tenía mejor o peor aspecto. Era difícil saberlo. A la luz de las farolas de petróleo su rostro resultaba tan inexpresivo como el bronce batido.

–¿Cómo está? –preguntaron simultáneamente, y se echaron a reír.

Rivers decidió que debía ser él el primero en contestar.

–Mucho mejor, gracias.

–Me alegro –dijo Burns–. Podemos ir a pie –añadió por encima del hombro, ya en marcha–. No necesitamos taxi.

Salieron de la estación y se encaminaron cuesta abajo en dirección al pueblo. Atravesaron los aledaños fríos y silenciosos, dejaron atrás la iglesia y recorrieron las calles de casas muy juntas hasta llegar al paseo marítimo.

El mar estaba en calma, casi ni se oía, el murmullo de una boca desdentada llena de guijarros en la oscuridad. En lugar de seguir por el camino, Burns atajó por el pedregal y Rivers lo siguió, hacia la fina franja de

arena creada por el vaivén de las mareas. El crujido y el movimiento de las piedras bajo sus pies ahogaban todos los demás sonidos. Rivers giró la cabeza y vio los huesos del rostro de Burns resplandecer a la luz de la luna. Se preguntó qué pensaría del alambre de espino dispuesto en la playa, con sólo dos estrechos pasadizos por donde entrar y sacar las embarcaciones de pesca y el bote salvavidas. Pero Burns no parecía ver la alambrada.

Se detuvieron en la orilla, dos sombras negras sobre el pedregal claro, espumeando a sus pies las pequeñas olas. De pronto asomó la luna por detrás de una masa de nubes oscuras, y las chozas de los pescadores, las embarcaciones alineadas en dos cortas hileras tras la alambrada y los aparejos apilados proyectaron sombras a sus espaldas casi tan definidas como a la luz del día.

Volvieron al camino y continuaron caminando por delante de las casas adosadas, separadas de vez en cuando por un espacio vacío. Muchas tenían los postigos cerrados y sacos de arena amontonados ante la puerta.

–Se sabe que el mar hace visitas –explicó Burns, siguiendo la mirada de Rivers–. Yo estaba aquí una vez cuando el pueblo se inundó. –Evidentemente los sacos de arena no evocaban en él otros recuerdos. Al cabo de unos minutos, anunció–: Ya hemos llegado.

Se detuvo ante una casa alta pero muy estrecha. En ese extremo del pueblo, el mar quedaba mucho más cerca, revolviéndose en la oscuridad. Rivers miró hacia el agua y captó un destello blanco.

–¿Qué hay allí? –preguntó.

–La marisma. Más guijarros. Mañana se lo enseñaré.

Entraron a tientas en el recibidor y tuvieron la cautela de cerrar la puerta antes de que Burns accionara el interruptor. Bajo la luz de la bombilla desnuda, se perfilaron en su rostro negras sombras cuando miró, ansioso, a Rivers.

–Supongo que querrá subir –dijo–. Creo que le he dejado una toalla... – Parecía un niño intentando recordar qué decían los adultos a los invitados recién llegados. También se lo notaba, por primera vez, trastornado.

Rivers lo siguió por la estrecha escalera hasta una reducida habitación. Burns señaló el cuarto de baño y se marchó abajo. Rivers dejó la bolsa de

viaje, se sentó en la cama y, botando en ella para probar el colchón, miró alrededor. Cubría las paredes un papel pintado de un dibujo indeterminado y confuso, con un amarillo de fondo tan degradado que parecía el de un hematoma antiguo. Todo olía a mar, como si los muebles se hubieran embebido de él. Le recordó las vacaciones de su infancia en Brighton. Se humedeció la cara en la palangana y luego, tras apagar la luz, abrió los postigos. Su habitación tenía vistas al mar. El viento empezaba a levantarse y a cada racha los rollos de alambre se contraían como si estuvieran vivos.

No había rastro de los padres de Burns. Rivers había supuesto erróneamente que Burns lo había invitado para presentárselos, ya que buena parte de su carta trataba de la preocupación de ellos por su futuro. Pero por lo visto no era así. Ésa debía de ser la habitación de los padres. La casa era tan estrecha que no podía haber más de una pequeña habitación por planta, dos a lo sumo.

La velada transcurrió plácidamente. Sin la menor mención a la enfermedad de Burns, sin la menor mención a la guerra. Por lo visto, eran temas tabú, pero sí hablaron de otros muchos asuntos. Al margen de cuáles fueran los demás efectos de la guerra en Burns, sin duda había aumentado su amor por su condado natal. Las flores, las aves, las iglesias de Suffolk, todo ello lo conocía bien. Últimamente se había interesado en la conservación de la artesanía rural. El «Viejo Clegg», que al parecer era todo un personaje en la zona, había prometido enseñarle cómo se hacía la talla lítica, y daba la impresión de que le ilusionaba la perspectiva. Incluso antes de la guerra los suyos eran ya los intereses propios de un hombre de campo, en cierta medida como le ocurría a Siegfried, aunque sin la pasión de éste por la caza.

Cuando la conversación pasó a otras cuestiones, Burns era en gran medida el adolescente brillante, idealista, intolerante, ingenuo, con tendencia a plantear amplias generalizaciones dándolas por hecho, atractivo por la frescura de su visión del mundo, como sucede a menudo con esa clase de chicos. Rivers pensó en lo erróneo que era afirmar que la guerra había «madurado» a esos jóvenes. No era verdad en sus pacientes, y desde luego no

lo era en Burns, en quien parecían coexistir un hombre prematuramente envejecido y un colegial fosilizado. Eso le confería un peculiar carácter atemporal, pero «madurez» no era precisamente la palabra. Aun así, se lo veía mejor ahora que cuando estaba en Craiglockhart, de donde se desprendía que Rivers no se equivocaba al pensar que Burns se pondría bien si regresaba a Suffolk y se olvidaba de la guerra. Pero entonces ¿qué hago yo aquí?, pensó Rivers. Pese a la reticencia de Burns a mencionar su enfermedad, Rivers no creía que lo hubiera invitado a Suffolk para hablar sobre la arquitectura de las iglesias. Pero habría sido un error forzar el ritmo. Fuera cual fuese el motivo de su malestar, él mismo sacaría el tema a su debido tiempo.

A la mañana siguiente, cuando Rivers despertó, se encontró la playa envuelta en bruma. Se apoyó en el alféizar y vio regresar las embarcaciones de pesca. Los guijarros de la playa estaban mojados, aunque no a causa de la lluvia o la marea. La bruma se adhería a ellos como sudor, y el aire sabía a hierro. Reinaba el silencio. Cuando una gaviota se acercó volando desde el mar y pasó justo por encima de él, oyó su aleteo.

Burns ya estaba levantado, y en la cocina a juzgar por los ruidos, pero no, pensó Rivers, preparando el desayuno. La noche anterior no había aparecido nada en forma de cena, y Rivers no se había atrevido, en su primer día allí, a entrar en la cocina y buscar comida, aunque sospechaba que quizá fuera ésa la única manera de conseguirla.

Después de lavarse, vestirse y afeitarse, bajó. Para entonces la bruma se disipaba ya en la playa, pero hacía frío para esa época del año, y agradeció ver fuego en la sala de estar de la primera planta. Descendió otro tramo de escalera hasta la cocina y allí encontró a Burns, sentado a la mesa con una tetera.

–Hay cereales –dijo, señalándolos.

Volvía a vérselo retraído, pese a que el día anterior había empezado a hablar con cierta libertad hacia el final de la velada, justo cuando Rivers, atrapado entre el rugido del fuego y el rugido del mar, se adormilaba ya.

–Siento mucho haber tenido que acostarme tan temprano –se disculpó

Rivers mientras alargaba el brazo hacia el paquete de cereales.

–No tiene importancia. –Con visible esfuerzo, Burns recordó lo que supuestamente debía preguntar a continuación–. ¿Ha dormido bien?

–De maravilla. –Rivers se abstuvo de plantear la pregunta recíproca. Había oído a Burns durante parte de la noche. Obviamente, por más que intentaba dejar atrás los recuerdos de la guerra, las pesadillas no habían desaparecido.

Sonó el timbre de la puerta, y Burns se levantó para abrir.

–Hoy es el día que viene la señora Burril a poner la casa en orden – explicó.

La señora Burril era una persona notablemente callada, pero, sin palabras, consiguió dejar claro que la presencia de ellos estaba de más.

–He pensado que podríamos ir a dar un paseo –comentó Burns.

La bruma se había disipado un poco pero no del todo. Se desplazaba en corrientes lentas y frías por encima de las marismas, donde los canales de drenaje y los sumideros reflejaban hacia el cielo una luz acerada. Se oía el susurro de los juncos, un sonido semejante al de las palmas de las manos al frotárselas. Costaba respirar, costaba incluso moverse, y hablaban en voz baja las pocas veces que hablaban.

Recorrieron un estrecho camino elevado que separaba las marismas del río. Flotaban pequeños yates anclados, y la leve brisa provocaba el traqueteo de los aparejos, un sonido tenue, pero persistente y un tanto inquietante, como el latido irregular de un corazón. Allí nada más podía causar inquietud. El estuario, llano y plácido, se extendía bajo un sol encogido y plateado, y no se movía nada, salvo los juncos, hasta que una bandada de patos pasó rehilando por el aire.

Rivers empezaba a comprender lo singular que era la zona. Una franja de tierra, de no más de cien metros de anchura en algunos puntos, separaba el estuario del mar del Norte. Al pasear por dicha franja, alejándose del pueblo y adentrándose en los guijarrales blanqueados, se percibían dos sonidos diferenciados: por un lado, el rugido y la succión de las olas en los guijarros; por otro, el sonido arrullador del río entre los juncos. Si uno se desplazaba a la izquierda, las pisadas y los crujidos de las piedras bajo las botas ahogaban

los sonidos más suaves del río. Si uno iba a la derecha, dominaban el repiqueteo de los aparejos y el chapoteo de los yates en el agua, sin dejar de oírse la presencia del mar.

Se volvieron y contemplaron el pueblo enclavado en la orilla.

–Yo amo este lugar, ¿sabe? –declaró Burns–. No quería que pensara que me marché de Londres sólo por los bombardeos. En realidad, no fue por los bombardeos; fue por el horario regular de las comidas. Ya me entiende, todo el mundo sentado a la mesa. Esperando a que les sirvieran el plato. Y mi padre hablando y hablando de la guerra. Tiene una gran fe en la guerra, mi padre.

–¿Van a venir a Suffolk en algún momento?

–No, no lo creo. Los dos están muy ocupados en Londres. –Dieron media vuelta y siguieron caminando–. En estos momentos es mejor que no nos veamos mucho. Soy persona non grata.

Entre la bruma comenzaba a distinguirse un edificio circular y bajo. Parecía una torre Martello, pensó Rivers, pero ignoraba que se hubieran construido tan al norte.

–Éste es el punto más septentrional –dijo Burns, resbalando por la pendiente hacia la playa. Rivers lo siguió por el guijarral hasta el foso profundo y húmedo que rodeaba la torre. A su sombra, todos los sonidos del agua, tanto el silbido de las olas como el chapoteo, cesaron súbitamente. Crecían helechos en las altas paredes del foso; y la torre, allí donde la torreta de vigilancia se había derrumbado, estaba invadida de convólulos, pero en general daba la impresión de ser un lugar muerto.

Con la marea alta, el mar debía de inundar el foso, ya que toda clase de restos habían sido depositados allí por el agua. Trozos de madera, el ala arrancada de una gaviota, esquirlas de cristal azul y verde. Un niño habría disfrutado escarbando entre todo aquello.

–Antes veníamos a jugar aquí –explicó Burns–. Nos retábamos, ya sabe. ¿Quién era capaz de llegar hasta arriba?

Había una puerta, pero estaba tapiada con tablones. Rivers escrutó a través de una rendija y vio unos peldaños de piedra que descendían.

–Rigurosamente prohibido. Les daba miedo que quedáramos atrapados en

los sótanos.

–Supongo que se inundan, ¿no? ¿Con la marea alta?

–Sí. Se cuentan toda clase de historias al respecto. Personas que dejaban ahí encadenadas para que se ahogaran. Creo que eso nos gustaba. Nos sentábamos ahí abajo y fingíamos ver fantasmas.

–Da la sensación de que es un lugar donde se han producido muertes. O sea, muertes violentas.

–Usted lo percibe, ¿verdad? Sí. Imagino que por eso nos gustaba. Pequeños monstruos sedientos de sangre, los niños.

Rivers no lo lamentó cuando treparon por el terraplén de guijarros y se detuvieron en la playa bajo el sol, ya más intenso.

–¿Le apetece dar un paseo más bien largo? –preguntó Burns.

–Sí.

–De acuerdo. Podemos seguir por ese sendero.

Caminaron siete u ocho kilómetros tierra adentro y salieron a un bosque donde grandes lenguas doradas de hongos lamían los árboles y las pisadas producían un chacoloteo en el mantillo húmedo de hojas muertas. Para sorpresa de Rivers, se detuvieron en una taberna en el camino de vuelta, aunque no servían comidas. Por lo visto Burns podía beber, y eso hizo. Con ello enrojeció y se le soltó la lengua, y sin embargo su enfermedad no salió a colación en ningún momento.

Regresaron ya entrada la tarde con los huesos y los músculos doloridos. Era obvio que la señora Burril había avivado el fuego antes de marcharse, y aún era más o menos rescatable. Rivers se agachó ante la rejilla, introdujo tiras de cartón de la caja de cereales a través de los barrotes y sopló cuando apareció una llama.

–¿Tiene periódicos?

–No –respondió Burns.

No, pensó Rivers, una pregunta tonta. Cuando el fuego ya ardía bien, Rivers salió y compró unas tartas y galletas para la merienda, que sirvió ante el fuego, y atacó los dulces sin pararse a ver si Burns probaba algo o no. Comió sentado en la alfombra ante la chimenea, rodeándose las rodillas con los brazos enrojecidos por el viento mientras la luz de la lumbre le iluminaba

la cara.

Después de recoger los platos, Rivers preguntó si podía trabajar durante un par de horas. Estaba escribiendo un artículo sobre la represión de la experiencia bélica, que debía entregar a la Asociación Médica Británica en diciembre, y sabía que, en cuanto volviera a Craiglockhart, dispondría de muy poco tiempo. Trabajó en la mesa junto a la ventana, de espaldas a la sala. Empezó leyendo lo escrito hasta ese momento sobre los efectos malignos observados en pacientes que intentaban reprimir los recuerdos de la experiencia bélica, y justo cuando se disponía a comenzar a escribir, cayó en la cuenta de que se hallaba en la misma sala que un hombre que hacía precisamente eso.

¿Por qué le sigo la corriente?, pensó. Una respuesta, la respuesta sencilla, podía ser que ya no era el médico de Burns. Ahora correspondía a Burns decidir cómo gestionar su enfermedad. Pero Rivers también había consentido esa represión en Craiglockhart. Siempre que había intentado aplicar en Burns los mismos métodos de tratamiento que utilizaba con todos los demás, en la mayoría de los casos con éxito, le había faltado el valor. Se decía a sí mismo que era por las peculiares circunstancias de la experiencia de Burns, la total ausencia de algún elemento redentor al que la mente pudiera aferrarse mientras se restablecía hasta que llegara el momento de hacer frente al horror en toda su magnitud. Pero ¿era la experiencia de Burns realmente peor que otras? ¿Peor que la de Jenkins, que tuvo que arrastrarse entre los trozos del cuerpo desmembrado de su amigo para recoger los efectos personales que enviar a la familia? ¿Peor que la de Prior? «¿Qué hago con este caramelo?»

En las trincheras había cadáveres por todas partes. Utilizados para reforzar parapetos, para sostener umbrales de puertas combados, para rellenar brechas en las pasarelas. Muchos de sus pacientes, al pisar un cadáver, se sobresaltaban por la expulsión de gases. Sin duda lo que le había sucedido a Burns no era más que una versión anormalmente repulsiva de una experiencia común. Y le he permitido... no, eso era injusto, eso era totalmente injusto..., pensó Rivers, me he permitido convertirlo en... en una especie de mito. Y eso era imperdonable. No se hallaba ante Jonás en el vientre de la ballena, y menos aún ante Jesucristo en el vientre de la tierra, se hallaba ante David

Burns, que había hundido la cabeza en el vientre de un soldado alemán muerto, y era necesario ayudarlo a convivir de algún modo con el recuerdo.

Se volvió y miró a Burns, que seguía sentado en la alfombra frente a la chimenea, aunque ahora había cogido un libro y leía, sacando un poco la lengua entre los dientes. Como si percibiera la mirada de Rivers, alzó la vista y sonrió. Veintidós años. Tendría que estar preocupándose por los exámenes finales de carrera y haciendo acopio de valor para invitar a una chica al baile de fin de curso. Pero ni aun entonces se animó Rivers a mencionar el tema de la enfermedad. La reacción instintiva de Burns había sido volver a esa casa, olvidar. Y bajo ese régimen se había producido cierta mejoría, al menos durante el día, aunque obviamente no por la noche. Si quiere hablar, ya hablará, pensó Rivers, y se concentró de nuevo en su artículo.

Esa noche, para sorpresa de Rivers, fueron a la taberna. Se sorprendió porque había dado por supuesto que Burns vivía allí aislado, pero al parecer todos los lugareños lo conocían. Lo habían visto crecer un verano tras otro. La familia estaba allí cuando estalló la guerra. Burns se había alistado junto con la mayoría de los chicos del pueblo. Todos lo recordaban de uniforme, durante los primeros días y semanas de la guerra, y quizá eso tenía una gran importancia. En Londres, dijo Burns, la primera vez que salió vestido de paisano, le dieron dos plumas blancas.

Allí en el pueblo, en cuanto abrieron la puerta de la taberna, lo saludaron varias personas, y un hombre en particular: el «Viejo Clegg». Clegg tenía unos ojos azules legañosos, cuyas secreciones se habían secado en las sienas formando una costra casposa. Tres dientes marronzcos pero muy fuertes; manchas no identificables en el abdomen, y otras manchas, muy identificables, más abajo. Intercalaba en la conversación tal cantidad de dichos mordaces de Suffolk que Rivers sospechó que se autoparodiaba intencionadamente. Eso, o tomaba el pelo. En cuanto descubrió el interés de Rivers por el folclore, ya no hubo quien lo parara. Rivers pasó una velada muy grata de iniciación al folclore del Suffolk rural. Cuando la taberna cerró, estaba convencido de que Clegg era probablemente el informador menos fiable que había tenido. Tan fantasiosos eran los vuelos de su imaginación que ningún melanesio podía compararse siquiera a él.

–Ese hombre es un absoluto farsante –comentó Rivers cuando salieron de la taberna.

Pero Burns discrepó.

–No es un farsante, es un sinvergüenza. De todos modos, siempre y cuando me enseñe talla lítica, me da igual.

A la mañana siguiente el tiempo había cambiado. Al amanecer se veía en el horizonte una franja azul claro, degradándose a amarillo, pero el cielo se oscureció rápidamente, hasta que, a media mañana, las nubes, de un color hígado, se cerraron, y el mar se tiñó de una tonalidad ferruginosa. Durante la noche había arreciado el viento, llevándose los restos de bruma. Al principio llegó en pequeñas ráfagas, desplazando la fina alfombra del recibidor, creando remolinos de polvo en los rincones; luego en potentes rachas que levantaban olas en la superficie del estuario, balanceando los yates hasta que el ruido de los aparejos se convirtió en un frenesí, mientras en la playa el mar se hinchaba en grandes olas como los músculos de un animal enorme, alzándose en crestas que quedaban suspendidas y bullían en toda su longitud hasta desmoronarse en medio de un estruendo atronador y estallidos de espuma.

Rivers trabajó en su artículo toda la mañana, alzando la vista de vez en cuando para encontrar la ventana salpicada de lluvia. Burns se levantó tarde, después de otra noche mala y muy ruidosa. Apareció justo antes de las doce, con los ojos enrojecidos y numerosos tics, y anunció que se iba al White Horse a ver a Clegg y concretar la primera sesión de talla lítica. Clegg estaba resultando muy escurridizo.

–Arrincónelo contra unas matas de aulaga, hombre –dijo Rivers en una aceptable imitación de la manera de hablar de Clegg–. Así no tendrá por donde escaparse.

–Eso se hace con las chicas en la temporada del beso, Rivers.

–¿Ah, sí? Bueno, yo no me animaría a besar a Clegg. Dudo que la talla lítica lo merezca.

Se hallaba otra vez inmerso en su artículo cuando Burns salió de la casa.

Volvió al cabo de una hora, al parecer bastante satisfecho de sí mismo.

–El jueves.

–Muy bien.

–He pensado que podríamos ir a dar un paseo.

Rivers miró las gotas de lluvia en el cristal.

–Ya no llueve tanto –dijo Burns en un tono no del todo convincente.

–De acuerdo, me irá bien un descanso.

La marea subía rápidamente. Las chozas de los pescadores estaban vacías, y las embarcaciones situadas ahora en la franja más alta del guijarral, con las redes de pesca dispuestas en oscuras pilas detrás de ellas. O no habían salido ese día, o habían vuelto temprano, porque Rivers no había visto el regreso de ninguna de ellas. Incluso las aves marinas parecían haber tomado tierra y, acurrucadas al abrigo de las embarcaciones, observaban, sin parpadear, el pueblo con sus ojos ambarinos.

Ante ese mar, la tierra parecía frágil. Era frágil. Al norte, los acantilados sufrían el desgaste de la erosión; al sur, los carteles estaban enterrados casi totalmente entre los guijarros. Y el pequeño edificio municipal, situado antes en el centro del pueblo, estaba ahora a la orilla del mar.

Caminaron hasta Thorpeness; luego volvieron sobre sus pasos, sin hablar apenas, ya que el viento arrancaba el aliento de sus bocas. El mar había cubierto la estrecha franja de arena, y tuvieron que pasar por la escarpada pendiente de guijarros, andando ladeados, tanto que al final no sólo les dolían las piernas, sino también la espalda.

Tardaron dos horas, ida y vuelta, y Rivers anhelaba ya el fuego y –si existía alguna posibilidad– los bollos tostados con trozos de fruta desecada para el té. Podía prescindir del desayuno, el almuerzo y la cena, pero la merienda era importante para él. Pisó con la bota algo blando y húmedo. Al bajar la vista, vio que el suelo estaba plagado de cabezas de bacalao, treinta o más, con las agallas ensangrentadas y una mirada fija en los ojos. Sólo le produjo un ligero escalofrío. Obviamente, los pescadores vaciaban el pescado y tiraban allí los despojos. Pero Burns se había detenido en seco y tenía los ojos clavados en aquellas cabezas, a la vez que movía los labios sin decir nada. Mientras Rivers lo observaba, echó atrás la cabeza, movimiento muy

habitual en él cuando llegó a Craiglockhart.

–No pasa nada –dijo cuando Rivers retrocedió y se acercó a él. Pero era evidente que sí le pasaba algo.

Volvieron a la casa. Rivers preparó la merienda, pero Burns no pudo probar bocado.

Después de la merienda, salieron y apilaron los pesados sacos de arena contra las puertas, forcejeando con ellos bajo el aguacero; luego, también forcejeando, cerraron los postigos. El mar lo salpicaba todo de agua y espuma.

–Tendríamos que haberlo hecho antes –señaló Burns mientras se secaba la cara y parpadeaba ante el resplandor del fuego. Se notaba su esfuerzo en aparentar normalidad. Se sentó en la alfombra ante la chimenea, en su posición preferida, mientras el viento azotaba y embestía la casa, y lo puso al corriente de su encuentro con Clegg en la taberna y de algunas de las habladurías locales. Pero saltaba de tema en tema, dando por supuesto que las conexiones serían evidentes cuando en realidad a menudo no lo eran. Su estado de ánimo, una vez superado el shock de ver las cabezas de bacalao, parecía al borde de la euforia. Más de una vez afirmó que le encantaban las tormentas, y a veces parecía estar escuchando algo distinto del rugido del viento y del mar.

Rivers, cerrando los ojos, imaginó el pueblo sometido por completo a la tormenta, bamboleándose en la marea de oscuridad como un cascarón roto, sin sustancia ni fuerza para ofrecer protección. El monólogo de Burns era cada vez más inconexo, sus movimientos de cabeza más acusados. La acción de apilar sacos de arena, seguida de lo más parecido a un bombardeo que la naturaleza podía crear, no era lo que Rivers habría prescrito. Estaba dispuesto a quedarse en vela con Burns, si eso era lo que éste quería, pero Burns empezó a hablar de irse a dormir bastante antes de lo habitual. Debía de tomar bromuro. Rivers habría deseado aconsejarle que dejara de tomarlo, ya que sin duda no lo ayudaría con las pesadillas, pero tenía la firme intención de dejar que Burns fuera el primero en plantear el tema de su enfermedad.

Cuando la velada terminó, no se había dicho nada al respecto. Rivers se fue a la cama y se desnudó en la oscuridad, atento al ululato del viento, e

imaginó a Burns en la habitación de arriba, escuchándolo también. Leyó un rato, pensando que estaría demasiado tenso para dormirse, pero el aire fresco y el esfuerzo de avanzar contra el viento por la playa hasta Thorpeness lo habían cansado. Empezaron a cerrársele los ojos y apagó la luz. La casa entera crujía y gemía, capeando el temporal como un barco, pero eso a él le gustaba. Siempre le había sido posible dormir a pierna suelta a bordo de un barco, a pesar de que en tierra a menudo le costaba conciliar el sueño.

Lo despertó lo que en un primer momento tomó por la explosión de una bomba. Al cabo de menos de un minuto, cuando todavía buscaba a tientas el interruptor, oyó una segunda detonación y esta vez consiguió identificar el sonido: el estampido pirotécnico de una alarma. El bote salvavidas, sin duda. Mientras se levantaba para acercarse a la ventana, se acordó de que probablemente no debía abrir los postigos, ya que, a juzgar por los silbidos del viento y el azote de la lluvia, la tormenta no había amainado ni mucho menos. El corazón le latía con fuerza, sin razón alguna, porque no había nada que temer. Supuso que si había identificado el sonido como una bomba, se debía a su anterior estancia en Londres, donde no se hablaba más que de incursiones aéreas.

Se tendió de nuevo y al cabo de un momento oyó pasos ante la puerta de su habitación. Obviamente Burns también se había despertado. Quizá bajaba a prepararse una taza de té, o tal vez incluso a quedarse allí y pasar en vela el resto de la noche.

Cuanto más pensaba en Burns sentado solo en la cocina, más se convencía de que debía levantarse. A los sonidos de la tormenta se unieron los de pisadas presurosas. De todos modos no le sería fácil volver a conciliar el sueño.

La cocina estaba vacía, y todo parecía igual que la noche anterior. Se dijo que se había equivocado, y Burns continuaba en la cama. Ya bastante inquieto, quizá sin razón, subió por la escalera y echó un vistazo a la habitación de Burns. Las mantas estaban apartadas, y la cama vacía.

No sabía qué hacer. Bien podía ser que los paseos a medianoche –o para

ser exactos, a las tres madrugada— fueran un hábito de Burns cuando las noches se torcían más de la cuenta. Pero era improbable que saliera a pasear con semejante tiempo. Rivers oyó voces, seguidas de más pisadas presurosas. Era evidente que otras personas sí habían salido a pesar del tiempo. Volvió a toda prisa a su habitación, se puso los calcetines, las botas y el abrigo y salió a la tormenta.

Un corrillo de figuras se había congregado en torno al bote salvavidas, tres de ellas provistas de farolillos. Los círculos de luz superpuestos iluminaban impermeables amarillos, resplandecientes a causa del agua, mientras los hombres retiraban con visible esfuerzo los guijarros amontonados sobre los tablones que utilizaban para echar el bote al agua. La lluvia plateada caía oblicua en la zona iluminada, y más allá el pálido guijarral en pendiente desaparecía en la oscuridad.

Un grupo de espectadores se había reunido junto a la choza, al margen de las figuras que se afanaban en torno al bote. Convencido de que Burns debía de hallarse entre éstos, Rivers corrió hacia ellos, pero cuando miró uno por uno a la cara, no vio a Burns. Una mujer que le sonaba de algo pero inicialmente no reconoció señaló hacia las marismas situadas al sur del pueblo.

Cuando Rivers se dio la vuelta y se encaminó a toda prisa hacia las marismas, oyó vagamente el golpe del bote contra el mar y las olas que lo embestían. Dejó atrás el abrigo de las últimas casas, y el viento, rugiendo a través de las marismas, casi lo derribó. Abandonó el sendero y siguió adelante por la orilla del río, donde disponía de cierto cobijo, aunque el viento seguía aullando y se oía el sonoro repiqueteo de los aparejos de los yates, un sonido distinto de cualquier otro. La visibilidad era relativamente clara la mayor parte del tiempo. En un momento dado la luna asomó entre los jirones de un nubarrón, y su propia sombra y la sombra de la torre se proyectaron sobre el barro reluciente.

Mirando la torre, Rivers volvió a pensar en lo baja e insignificante que era, pese a lo cual resultaba amenazadora. Un parecido que esa mañana, al percibirlo, lo había inquietado un poco volvió a llamarle la atención, ahora con mayor intensidad. Ese barrizal, esos sumideros que reflejaban la tenue

luz hacia el cielo, incluso esa torre... todo ello se asemejaba a Francia, a los campos de batalla, y el parecido era más evidente de noche que de día, quizá, porque allí, de día, era posible ver cosas que crecían, y en Francia no crecía nada.

«Les daba miedo que quedáramos atrapados en los sótanos.»

«Supongo que se inundan, ¿no? ¿Con la marea alta?»

Rivers trepó hasta el camino para intentar ver en qué punto estaba la marea, y si subía o bajaba. Pero sólo oyó el embate de las olas y sintió en la cara la espuma arrastrada por el viento. Pese al barro en las botas y el dolor en los muslos, se echó a correr. Cuando se acercaba a la torre, una ráfaga de viento más intensa lo obligó a abandonar, tambaleante, el camino. Entre resbalones y trompicones avanzó por el barro, llamando a Burns, pero la ululante oscuridad se llevaba el sonido de su boca.

Bajó deslizándose hasta la playa. La resaca de una ola arrastró consigo guijarros hacia el mar, pero la entrada al foso estaba despejada. Vaciló, escrutando la oscuridad, por miedo a que una ola inusitadamente poderosa lo atrapara allí dentro. Levantando la voz, llamó a David, pero sabía que no lo oiría y que, si quería encontrarlo, tendría que bajar hacia aquella negrura.

Descendió a tientas al foso, apoyándose en la pared. Estaba todo tan mojado, tan frío, tan maloliente, que pensó que quizá la marea ya había alcanzado su punto más alto y estaba bajando. Al principio no vio nada, pero de pronto la luna asomó por detrás de unas nubes y vio a Burns acurrucado contra la pared del foso. Repitió su nombre y cayó en la cuenta de que había alzado la voz cuando no había necesidad. Al abrigo del foso, incluso el aullido de la tormenta parecía atenuado. Tocó a Burns en el brazo. Éste no se movió ni parpadeó. Mantenía la mirada fija en la torre, que despedía un resplandor blanco, como los huesos de un cráneo.

–Vamos, David.

Su cuerpo parecía de piedra. Rivers lo obligó a levantarse y lo abrazó, animándolo, acunándolo. Miró la torre que se cernía achatada y amenazadora sobre ellos y pensó: «Nada justifica esto, nada, nada, nada». Burns seguía rígido entre sus brazos. Rivers era consciente de que si aquello acababa en un forcejeo, quizá él no ganara. Burns estaba muy consumido, pero tenía treinta

años menos. Su rendición, cuando llegó, casi lo sobresaltó. De repente su cuerpo adquirió la flacidez de una muñeca de trapo, como un recién nacido. Se desplomó contra Rivers y empezó a temblar, y a partir de ese momento fue posible, medio guiándolo, medio empujándolo, sacarlo del foso y llevarlo hasta la relativa seguridad del camino.

Sentado a la mesa de la cocina, envuelto en una manta, Burns dijo:

–No podía salir del sueño. Desperté, yo sabía que estaba despierto, podía moverme, y sin embargo... seguía allí. Tenía pringue en la cara, notaba el sabor. –Intentó reír–. Y en ese momento ha sonado la maldita alarma.

No había suministro eléctrico. Los cables del tendido debían de haberse caído. Hablaban a la luz de un quinqué que humeaba y despedía olor, y las volutas de humo negro quedaban suspendidas en el aire como interrogantes.

–Creo que ya podemos prescindir de esto –dijo Rivers, acercándose a la ventana y descorriendo las cortinas. Abrió la ventana y los postigos. La tormenta casi había amainado. Una tenue luz se filtró en la habitación, iluminando los ojos enrojecidos y el rostro extenuado de Burns.

–¿Por qué no se va a la cama? Le llevaré una bolsa de agua caliente si es que tiene.

Rivers se aseguró de que Burns se metía en la cama. A continuación fue a la carnicería de la Calle Mayor, que, como ya había visto, estaba sorprendentemente bien surtida. Allí compró beicon, salchichas, riñones y huevos, se lo llevó todo a casa y lo frió. Mientras vertía cucharadas de grasa caliente sobre los huevos, recordó su propia reacción al mirar la torre. Nada justifica esto –había pensado–. Nada, nada, nada. Se alegró de no tener que hacer frente a la tarea de explicar esa declaración a Siegfried.

Se sentó a la mesa y empezó a comer. Perseguía aún el último hilillo de yema de huevo con un triángulo de pan tostado cuando llegó la señora Burrell. Miró los platos.

–Por fin se ha rendido, ¿eh? –Después de vaciar dos bolsas, añadió–: Ya me lo imaginaba.

–¿Ha vuelto el bote?

–Todavía no. Ahora sigo con lo mío.

Rivers subió a ver cómo seguía Burns y lo encontró todavía dormido. La habitación estaba llena de libros, apilados en las mesas y sillas, caídos por el suelo. Arquitectura de iglesias, artesanía rural, ornitología, botánica y –una pequeña sorpresa– teología. Se preguntó si eso era una manifestación de fe, o una búsqueda de la fe, o sencillamente una obsesión por la ausencia de Dios.

Una de las razones por las que los libros estaban amontonados en mesas y sillas era que ya no cabía nada más en la estantería, llena a rebosar de tebeos infantiles, las aventuras de Henty, libros de Boy Scouts. También había juegos: un parchís, un tablero de serpientes y escaleras, un bate para críquet de playa, colecciones de guijarros y conchas, un trozo de sargazo. Burns debía de haber llevado allí parte de esas cosas y recogido otras en el propio pueblo, un verano tras otro, y luego, al hacerse mayor, lo dejó todo atrás pero nunca lo tiró, de modo que la habitación se había convertido en una especie de palimpsesto de la joven vida que en su día albergó. Rivers miró el rostro dormido de Burns y luego bajó por la escalera de puntillas.

El bote salvavidas regresó ya entrada la mañana. Rivers miró por la ventana del salón y lo vio varado en la playa, en ese estrecho espacio entre los rollos de alambre enmarañado y herrumbroso. Salió a mirar.

Los hombres colocaban los tablones sobre los que arrastrarían el bote lentamente por medio de un cabrestante hasta su sitio. Unos cuantos aldeanos, principalmente parientes de la tripulación, se habían reunido y hablaban en voz baja. El mar seguía encrespado, pero no ofrecía ya el aspecto amenazador como durante la noche anterior. Había empezado a lloviznar, y el agua aplanaba la pelusilla de los jerséis y las gorras de lana de los hombres.

Cuando volvió, vio que Burns ya estaba despierto, aunque no se había levantado.

–¿Ya han vuelto? –preguntó.

–Sí, hace un momento se disponían ya a arrastrarlo hasta la playa.

Burns salió de la cama y se acercó a la ventana. La llovizna se había convertido en aguacero. El bote salvavidas, ya a media playa, quedaba

semioculto tras cortinas de lluvia gris.

–La señora Burril se habrá quitado un peso de encima. Dos de sus hijos forman parte de la tripulación.

–Sí. Eso ha dicho.

–¿Quiere decir que ha hablado?

–Hemos mantenido toda una charla. No sabía que el bote salvavidas fuera un asunto de familia.

–Ah, sí. Puede verlo en la placa conmemorativa de la iglesia. No es muy buena idea, la verdad. Al menos desde el punto de vista de la mujer. –Un largo silencio. Luego Burns añadió–: Lo mismo pasa en los batallones, donde coinciden hermanos.

Rivers se quedó inmóvil. Era la primera vez que Burns ofrecía por propia iniciativa información acerca de Francia. Incluso en Craiglockhart, donde hablar del tema era ineludible, había que sonsacarle los hechos básicos acerca de su servicio militar.

–Ya me entiende: uno está escribiendo cartas y de pronto se da cuenta de que ha escrito el mismo apellido dos veces.

–Ésa debe de ser una de las peores tareas –comentó Rivers con cautela.

–Uno se acostumbra. Yo una vez lo hice para el ochenta por ciento de la compañía.

Un largo silencio. Rivers empezaba a pensar que Burns ya no daría más de sí, pero de pronto dijo:

–Sucedió el día anterior de la batalla del Somme. Salieron y en el camino se toparon con una condenada acequia, enorme. No se veía desde la trinchera porque estaba rodeada de zarzales. Y no constaba en el mapa. Se amontonaron todos al intentar atravesarla. Las ametralladoras alemanas se lo pasaron en grande. Y a los pocos que consiguieron cruzarla los hicieron pedazos en la alambrada. El general se presentó al día siguiente y dijo: «Dios mío, ¿de verdad ordenamos a los hombres atacar a través de eso?». Por lo visto, nos utilizaron como maniobra de distracción, y la acción principal se llevó a cabo más al sur.

Poco a poco Burns empezó a hablar. Lo ascendieron a capitán a los veintiún años, y el ascenso coincidió con los preparativos para la batalla del

Somme. En su caso, debía hacer frente, junto a todas las demás tensiones, a la opinión generalizada en la compañía, aunque no expresada, de que era demasiado joven para el mando, pese a ser un veterano si se tenía en cuenta el periodo de servicio ya cumplido.

Era una historia que Rivers ya había oído muchas veces: un miedo saludable daba paso a la indiferencia, y eso a su vez daba paso a un miedo constante y abrumador, y a la creciente toma de conciencia de que la crisis nerviosa era inminente.

–Yo salía de patrulla todas las noches –contó Burns–. Uno se dice que es para dar ejemplo, o tonterías por el estilo, pero en realidad no es eso ni mucho menos. Uno se niega a reconocer que quiere ser herido, porque no está bien que un oficial piense así. Verá, hay dos situaciones en las que uno puede recibir una buena herida: durante una batalla o en una patrulla. En las trincheras, es metralla o lesiones en la cabeza. En una patrulla, con suerte, es un agujerito limpio en el brazo o la pierna. He visto a hombres llorar por una herida así. –Soltó una carcajada–. Llorar de alegría. En todo caso, yo no tuve esa suerte. Las balas me esquivaban, se lo juro. –Una pausa–. Tenía que ocurrirme por fuerza, ¿no?

–¿La crisis nerviosa? Sí, sin duda. No debe atribuir la crisis nerviosa a ese único incidente.

–Aguanté otros tres días.

–Sí, lo sé.

Hablaron durante más de una hora. Casi al final, después de permanecer en silencio por un rato, Burns dijo en voz baja:

–¿Sabe de qué murió Cristo?

Rivers, aunque sorprendido, respondió de inmediato.

–De asfixia. Al final, debido a la postura, resulta imposible seguir llenando los pulmones. Una muerte espantosa.

–Eso es lo que encuentro aterrador: alguien tuvo que imaginar una muerte así; es decir, para inventarla como método de ejecución. «La imaginación presente en el corazón del hombre es mala desde su niñez.» ¿Conoce esa frase de la Biblia? Yo siempre me preguntaba por qué señalaba precisamente eso, la imaginación. Pero es muy cierto.

Cuando Rivers bajó a preparar el té, pensó que durante la conversación había ocurrido algo curioso. Burns, por primera vez, había sido capaz de contemplar desde cierta perspectiva el cadáver en descomposición. Si bien éste no había salido en la conversación, al menos no le había impedido, como tantas veces en el pasado, hablar sobre otros aspectos más soportables de su experiencia bélica. Sin embargo, al mismo tiempo, el sentido del horror del propio Rivers ante el suceso en realidad parecía haber aumentado. Sí existían diferencias cualitativas respecto a otras experiencias similares, pensó, aunque sólo fuera por la completa desintegración de la personalidad que ésa había originado. Sentía un gran afecto por Burns, pero no alcanzaba a distinguir en él el menor rastro de las cualidades que debía de haber poseído para que le concedieran el rango a una edad excepcionalmente temprana. No era que no hubiese esperanza de restablecimiento. Rivers sabía de sobra que muy a menudo, en las etapas iniciales del cambio o la curación, se reproducía el deterioro. Si uno abría una crisálida, encontraba un gusano podrido. Lo que nunca encontraría era esa criatura mítica, medio gusano, medio mariposa, símbolo del alma humana para aquéllos cuya mentalidad los lleva a buscar esa clase de símbolos. No, el proceso de transformación consistía casi por entero en descomposición. Al fin y al cabo, Burns era joven. Si ese día realmente señaló el inicio de un cambio, la renacida voluntad de afrontar las experiencias de Francia, su estado podía mejorar. Incluso cabía la posibilidad de que pasados unos años se planteara reanudar su formación, quizá desarrollando su inesperado interés en la teología. Aunque era difícil imaginarlo como estudiante universitario. Había perdido la oportunidad de ser un hombre corriente.

Rivers llegó a Craiglockhart a última hora de la tarde de otro día tormentoso. Ese otoño parecía haber hecho acopio de un sinfín de días así e ir soltándolos implacablemente, uno tras otro, como una adivina con una baraja de cartas letal. Los árboles estaban ya deshojados. El viento arrastraba las hojas de aquí para allá en las pistas de tenis, y cuando Rivers abrió las puertas de vaivén, entraron con él en el vestíbulo.

Parecía estar desarrollándose allí un partido de fútbol. Un corrillo de espaldas y muslos en plena pugna se desenmarañó poco a poco al advertirse la presencia de Rivers. En el suelo ajedrezado había un sombrero de copa baja y ala ancha, de color marrón barro, que obviamente pertenecía a un visitante. Rivers miró al grupo y vio a Sassoon.

–Cuidado con ese sombrero, Sassoon –advirtió, y pasó entre ellos de camino a su despacho.

A sus espaldas, Sassoon, ya más apaciguado, cogió el sombrero, hundió la mano en la copa para devolverle su forma anterior en la medida de lo posible y lo dejó de nuevo en el perchero. Los otros futbolistas se dispersaron.

Al pasar por delante del despacho de Bryce, Rivers lo vio de pie ante la ventana, contemplando las pistas de tenis cubiertas de hojas. Rivers, deteniéndose en el umbral de la puerta, pensó que Bryce aparentaba más edad, pero cuando éste se volvió, se lo veía tan lleno de energía como siempre.

–¿Recibiste mi carta? –preguntó Rivers.

–Sí.

–He dicho que esperaría a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

–Acéptalo, por el amor de Dios. Es evidente cómo van a desarrollarse los acontecimientos. No espero estar aquí el mes que viene. –Sonrió–. Podrían nombrarte a ti, claro está.

Rivers movió la cabeza en un gesto de negación.

–No, eso no lo harán. Me identifican demasiado contigo.

–¿Lo aceptarás?

–No lo sé. Probablemente.

Más que probablemente, pensó Rivers, mientras se dirigía a su despacho. La idea de estar en Craiglockhart sin Bryce le resultaba inadmisibile. Se sentó ante su escritorio y contempló aquel espacio amplio y ya tan conocido. En ocasiones anteriores, a su regreso después de una ausencia, experimentaba casi la sensación física de que lo uncían a un yugo, de que éste empezaba a rozarle los hombros casi antes de entrar en el edificio. No era así esta vez. Miró su apretada agenda y de hecho consiguió sentir cierto afecto por ella. La oferta de un empleo en Londres, con la perspectiva de un contacto más frecuente con otros antropólogos, había tenido el efecto paradójico de llevarlo a darse cuenta de lo mucho que disfrutaba de su trabajo allí. Éste había adquirido la misma importancia para él, y empezaba a plantearse formas de combinar ambos intereses. La condensación y el desplazamiento que uno veía allí en los sueños de los pacientes... ¿no podían estar también presentes esos mecanismos en el mito y el ritual de los pueblos primitivos? Como mínimo era una idea digna de explorarse. Pero esas nuevas combinaciones se le ocurrían sólo porque ya no consideraba su trabajo allí una interrupción de su trabajo «real». Nada más lejos, pensó, extendiendo las manos sobre la mesa. El trabajo que llevaba a cabo en ese despacho era el trabajo que estaba destinado a hacer y, como siempre, tomar conciencia de eso le daba paz.

–... de hecho pasamos en coche ante su casa.

–Tendría que haber parado a visitarlos –dijo Sassoon–. Tratándose de

usted, mi madre habría prescindido de toda ceremonia. Lo considera el Salvador del Buen Nombre de la Familia. Lo ha rescatado de la Deshonra del Pacifismo.

–¿Un poco prematuramente, quizá?

No hubo respuesta.

–¿Ha tenido ocasión de pensar en...?

–No he podido pensar en absoluto. Oiga, Rivers, nunca le he pedido nada. Nunca he pedido ni esperado que se me tratara de manera distinta a los demás.

–Como debe ser –repuso Rivers–. No sé en qué habría podido basarse para eso.

Sassoon optó por no continuar.

–De acuerdo –dijo.

–No, ¿qué iba a decir?

–Pretendía comentar que mi compañero de habitación me está volviendo loco de remate, pero da igual.

–Eso podría ser motivo para un cambio de habitación. Si es verdad. Tanto para usted como para cualquier otro. ¿Qué hace? ¿Duerme mal?

–Ronca como un recién nacido, si es que los recién nacidos roncan.

–¿Qué hace, pues?

–Predica los consuelos de la teosofía con su propio e inimitable inglésseudomedieval.

–Entiendo que eso puede ser irritante. Póngame un ejemplo.

–Un amigo mío, Ralph Greaves. Es... ¡Es! Era un buen pianista. Acaban de amputarle un brazo, y el otro apenas puede utilizarlo. ¿Sabe qué dijo Fothersgill? «Eso será bueno para su desarrollo espiritual.»

–Quizá habría sido más sensato no comentárselo, ¿no cree?

Silencio.

–Al fin y al cabo, debía de formarse usted cierta idea de la respuesta que recibiría.

–No puedo callármelo todo siempre.

–Oiga, a él pronto le darán el alta. Sin duda puede aguantar las molestias durante otros... ¿cuántos? ¿Diez días?

–Esta mañana hemos discutido. He señalado que las bajas en el mes de septiembre han sido 102.000, según las cifras oficiales. Y él ha dicho: «Sí, Sassoon, el Cirujano Celestial anda ocupado con la humanidad».

Rivers suspiró. Pensó que probablemente la machacona insistencia de Sassoon en la cruda realidad tampoco le hacía mucho bien a Fothersgill.

–¿Y él qué piensa de usted? ¿Lo sabe?

–Tengo el aura alterada. Por lo visto.

–¿Ah, sí?

–Añil. Me alegra que alguien lo encuentre gracioso.

–Sólo he pensado que podría ser muy útil: un diagnóstico instantáneo.

–Lo he despertado una o dos veces.

–¿Pesadillas?

Sassoon eludía su mirada, pero eso era algo habitual en él al principio de las sesiones.

–¿Quiere hablarme de ello?

–Ah, no es nada. Es sólo que... vi algo que era imposible ver.

Cree que lo despreciaré por su irracionalidad, pensó Rivers, y dijo:

–Pues una vez vi... bueno, no vi... oí algo que no podría explicar. Fue en una de las islas Salomón. En esa isla en particular, los habitantes creen que las almas de los muertos van a una bahía que hay al otro lado de la isla. Los espíritus se acercan a la casa en canoas y se llevan el alma del muerto. Así que celebran una especie de velatorio, y esa noche en concreto estábamos todos juntos, reunidos alrededor del cadáver, esperando el sonido de los remos. La aldea entera estaba allí, todas aquellas caras morenas con expresión muy atenta. Y también nosotros aguzamos el oído. Preguntábamos en susurros. El ambiente era increíble. Y llegó el momento en que, en efecto, oyeron los remos, ellos. Apareció en sus caras una expresión mezcla de júbilo y dolor, y nosotros, claro está, no oímos nada. Hasta el momento en que los espíritus estaban realmente en la habitación llevándose el alma. Entonces de pronto la casa se llenó de sonidos sibilantes. Observé con atención las caras de los presentes. Nadie emitía esos sonidos, y sin embargo todos los oíamos. Verá, la explicación racional de eso es que nos habíamos dejado arrastrar a una experiencia de hipnosis colectiva, y no voy a negar ni por un instante que

eso sea posible. Pero lo que se nos había dicho que debía esperarse era el susurro de los remos. Nadie había hablado de silbidos. Eso no significa que no exista una explicación racional. Sólo que no creo que esa explicación racional en concreto abarque todos los hechos.

Cuando Rivers acabó, se produjo un silencio. De pronto Sassoon, con gran dificultad, dijo:

–Lo que me pasó a mí empezó con un ruido.

–¿Qué clase de ruido?

–Un golpeteo. Empezó en la habitación de Owen y luego, cuando regresé a mi habitación, volví a oírlo. Owen no lo oyó. No me molestó especialmente. Me dormí y... cuando desperté, había alguien en el umbral de la puerta. Yo sabía quién era. No le veía la cara, pero reconocí su abrigo. – Calló por un momento–. Orme. Un buen chico. Murió hace seis meses.

–Ha dicho «una o dos veces». ¿El mismo hombre?

–No. Personas distintas. –Un largo silencio–. Sé que debe de dar la impresión de que es la misma clase de cosas que veía en Londres, pero es distinto. No se parece en nada a aquello. En Londres las apariciones se llevaban las manos a orificios en la cabeza y agitaban los muñones. Éstas son... muy discretas. Muy contenidas. –Sonrió–. Obviamente por aquí uno tiene alucinaciones mejores.

–¿Qué siente cuando ve a esas personas?

Sassoon se encogió de hombros.

–No siento nada. En ese momento.

–¿No tiene miedo?

–No. Por eso he dicho que no son pesadillas.

–¿Y después?

–Culpabilidad.

–¿Parecen reprocharle algo?

Sassoon se detuvo a pensar en ello.

–Sólo muestran perplejidad. No entienden por qué estoy aquí.

Un largo silencio. Al cabo de un rato, Sassoon salió de su ensimismamiento.

–Escribí sobre ello. Perdona, sé que esto le desagrada.

Rivers cogió el papel.

–No me desagrada. Simplemente tengo la sensación de que no es lo mío.

*Quando duermo, soñando acunado y tibio,
llegan: los sin casa, los muertos sin ruido.
Mientras las primeras descargas de la tormenta
rugen y zumban y retumban sobre mi cabeza,
fuera de la oscuridad que reúnen en torno a mi cama.
Susurran en mi corazón, sus pensamientos son míos.
«¿Por qué estás aquí con todas tus guardias acabadas?
Desde Ypres a Frise te buscamos en el Frente.»
Despierto en una amarga seguridad, sin amigos;
y mientras despunta el alba con lluvia oblicua
pienso en el batallón enlodado.
«¿Cuándo vas a volver a ellos?
¿No siguen siendo tus hermanos de sangre?»*

Sassoon, que se había levantado y acercado a la ventana, se dio media vuelta cuando un ademán de Rivers pareció indicar que había terminado.

–No se preocupe –dijo– No se vea en la necesidad de hacer ningún comentario.

Pero Rivers era incapaz de pronunciar palabra. Se había quitado las gafas y se enjugaba la piel en torno a los ojos. Sassoon no supo qué hacer. Fingió mirar por la ventana de nuevo. Al final Rivers volvió a ponerse las gafas y dijo:

–¿Tiene respuesta esa pregunta?

–Sí, desde luego. Voy a volver.

Rivers respiró hondo.

–¿Se lo ha dicho a alguien más?

–No. Quería que usted fuese el primero.

–Sus amigos pacifistas no van a estar muy contentos.

–Sí, ya lo sé. Eso no me hace especial ilusión. –Miraba a Rivers con una extraordinaria mezcla de afecto y hostilidad–. Usted sí, ¿verdad? Usted sí está contento.

–Sí, desde luego. Muy contento.

Cuarta parte

Ada Lumb llegó en el tren de las nueve. Sarah fue a recibirla a la estación, y pasaron la mañana viendo tiendas. O más bien Sarah vio tiendas, mientras su madre, con una mezcla de intimidación, persuasión, engatusamiento, preguntas, especulaciones, conjeturas descabelladas y repentinos silencios llenos de resentimiento, sonsacó a Sarah toda la historia de su relación con Billy Prior. Hacia las doce Sarah se alegró de dar un descanso a sus pies, aunque no a sus oídos, en un café, donde se sentaron a una mesa para dos junto a la vidriera y pidieron jamón y patatas fritas. La alternativa era el filete y la empanada de riñones, pero Ada no quiso saber nada de eso.

–No te puedes fiar de nada empanado –dijo–. Meten ahí lo primero que encuentran, vete tú a saber qué. Basta con ir a una carnicería para darse cuenta de que no hay carne en ningún sitio.

Sarah no se dejó engañar. Supo que en cuanto la camarera no las oyera, su madre le administraría una buena dosis de consejos sobre cuestiones mucho más serias. Limpió la condensación de un trozo de la vidriera empañada. Fuera los transeúntes eran sombras en movimiento, y el agua de la lluvia corría y brincaba por las aceras de Princes Street.

–Justo a tiempo.

–Supongo que lo habrás dejado entrar, ¿no?

–¿Qué?

–No se dice «Qué», Sarah. Se dice «¿Cómo?»

–¿Qué?

–He dicho: supongo que lo habrás dejado entrar, ¿no?

–¿Eso no es asunto mío, mamá?

–Lo sería si fueras a hacer frente tú a las consecuencias.

–No habrá consecuencias.

–Te crees que lo sabes todo, ¿verdad? Pues déjame decirte una cosa, una cosa que no sabes. En todas esas fábricas hay un individuo con una aguja. A una de cada diez le meten la aguja por ahí. No a todas, saben que no somos tontas. A una de cada diez.

–No es mala solución, si tienes la oportunidad.

–Siempre es más fácil que criar al niño. –Ada ensartó una patata–. La cuestión es que tienes que valorarte a ti misma. Si no te valoras tú, ellos no te valorarán. No conseguirás nunca que se comprometan si no aprendes a mantener las piernas cerradas. Sí, ríete, pero los hombres no valoran lo que se les sirve de balde. Quizá no deberían ser así, quizá deberían ser todos distintos. Pero son así, y tú no vas a cambiarlos.

La camarera vino a retirar los platos.

–¿Algo más, señora?

Ada pasó a adoptar su voz afable.

–Sí, nos gustaría ver la carta, por favor. –Esperó a que la camarera se fuera y se inclinó para asestar el golpe definitivo–: A ningún hombre le gusta pensar que está metiéndose en lo que ha dejado otro.

Sarah se partió de risa.

–¡Mamá!

–Sí, ya, ríete. –Echó una mirada alrededor; luego, fijando la vista en la mesa, alisó el mantel blanco con las manos, salpicadas ya por las manchas de la edad–. Es bonito, ¿no?

Sarah paró de reír.

–Sí, mamá, es bonito.

–Ojalá trabajaras en un sitio como éste.

–Mamá, pagan una miseria. Si esa chica no viviese con sus padres, no le alcanzaría para comer.

–Pero no tiene ese lustre amarillo tuyo, ¿verdad?

–Ni amarillo ni de ningún color. Yo la veo anémica.

–Pero en un sitio como éste tratas con gente agradable, Sarah. Mira, conozco a algunas de las mujeres con las que tú trabajas, y no quiero decir

que no sean buenas personas... algunas... pero son la mar de toscas, Sarah, tienes que reconocerlo.

–Yo soy tosca.

–Habrías podido ser la doncella de una dama si hubieras perseverado. Eso es lo que me fastidia de ti: cuando te lo propones, puedes esmerarte tanto como la que más, pero es demasiada molestia.

La camarera volvió con la carta.

–Creo que ya no puedo comer nada más, mamá.

Ada pareció defraudada.

–Va, venga. Nunca tengo ocasión de mimarte.

–De acuerdo, pues. Tomaré tapioca, por favor.

Sarah comió en silencio durante un rato, consciente de que su madre la observaba. Al final dijo:

–El problema, mamá, es que he salido a ti, y eso no te gusta.

Ada cabeceó. Pero era verdad, pensó Sarah. Testaruda, resuelta, inexorable, Ada había luchado para criar a sus dos hijas sola, y sin embargo, a la hora de enseñar a las chicas, había intentado fomentar todas las cualidades opuestas. La belleza, la maleabilidad –al menos en apariencia–, todas las artes de complacer. Así salían adelante las mujeres en el mundo, y Ada se había asegurado de que sus hijas lo supieran. De niñas, Cynthia y Sarah iban a la capilla con el tejado de hojalata que había al final de la calle, pero en cuanto sus corpiños revelaron curvas en lugar de líneas rectas, Ada las reunió y les anunció su conversión al catolicismo. La iglesia de San Edmundo, rey y mártir, atendía a la feligresía de un muy buen barrio. Allí Cynthia, obedientemente, había mirado con interés a los jóvenes del coro, mientras que Sarah, sin entender nada de nada, se había enamorado de la Virgen María. La ambición de Ada era ver a sus hijas recorrer ese pasillo vestidas de blanco, del brazo de algún joven con ingresos estables. Si posteriormente una viudez prematura las privaba del hombre que les dejaba las rentas, ésa sí sería una auténtica bendición. Si Ada era viuda o no, Sarah lo ignoraba. Nunca había quedado claro si su padre había abandonado esta vida, el pueblo o sencillamente el matrimonio. Desde luego el bombasí negro ocupaba un lugar destacado en el armario de Ada, pero, claro está, era una

tela que confería cierto aire de venerable respetabilidad a un coste mínimo. Una manera desalentadora de criar a sus hijas, pensó Sarah: convertir el matrimonio en la única finalidad de la existencia femenina y a la vez negar que el amor entre hombres y mujeres fuera posible. Y Ada lo negaba. En su mundo, los hombres amaban a las mujeres como los zorros aman a las liebres. Y las mujeres amaban a los hombres como la tenia amaba los intestinos. Esta visión de la vida tampoco generaba solidaridad con otras mujeres. Ada despreciaba a las liebres, aquéllas que «caían en la trampa». Si una chica entraba en la tienda llorando, podía venderle el Elixir del Doctor Lawson, el Remedio Soberano para las Oclusiones y Obstrucciones Femeninas (a nueve peniques el frasco, y totalmente inútil), pero ahí se acababa su solidaridad. Su misión en la vida era ganarse el pan; su único entretenimiento, la lectura de novelas románticas, que devoraba de tres en tres, sentada en su mecedora junto al fuego, chupando caramelos de menta y riéndose hasta que le dolían las costillas.

—¿Cómo va el puesto de té, mamá? —preguntó Sarah a la vez que apartaba el plato.

—Bien. Ahora voy a diario.

Ada había empezado a vender té a los soldados, jóvenes reclutas que cumplían las seis semanas del periodo de instrucción en uno de los parques locales antes de ser destinados a Francia. Había convertido en un pequeño café aquella caseta, que en tiempos de paz había sido la taquilla para el alquiler de los botes del estanque.

—¿Cuánto cobras?

—Cinco peniques.

—Dios mío.

Ada se encogió de hombros.

—No hay competencia.

—Estás especulando con la guerra, mamá. A pequeña escala.

—No sería pequeña si pudiese echar mano a un poco de dinero. Podría hacer sopa y demás, sobre todo ahora que llega el invierno. Pero es lo de siempre. Para ganar dinero se necesita dinero.

Ada pagó la cuenta, contando las monedas con aquellas manos pequeñas

y arrugadas que Sarah nunca podía ver sin dolor.

–Verás, Billy... –dijo de pronto Sarah.

–Sarah, no conozco a ningún Billy. No he tenido el placer de que nos presentaran.

–Vamos, tú escucha. Si esta vez lo dejan salir del hospital, le darán un breve permiso, y hemos pensado que podíamos... Hemos pensado ir a verte.

–¿Ah, sí?

–¿Sólo vas a decir eso?

–¿Y qué tengo que decir? Vamos, Sarah, es un oficial. ¿Qué crees que quiere de ti?

–¿Cómo voy a saberlo? Un soplo de aire fresco, quizá.

–Un condenado vendaval.

–Si va, te portarás bien con él, ¿verdad?

–Si él se porta bien conmigo, yo me portaré bien con él. –Ada deslizó un penique bajo el platillo—. Pero eres tonta.

–¿Por qué?

–Ya sabes por qué. La próxima vez que empiece a menear el chisme, tú piensa en esa aguja.

Sassoon llegó tarde y encontró a Graves sentado a solas en el bar.

–Perdona el retraso.

–No importa. Owen ha estado entreteniéndome, pero ha tenido que marcharse. Alguien venía a ver al director de la revista.

–Ah, sí es verdad. Lo había olvidado.

–¿Qué tal el partido?

–No ha estado mal –dijo Sassoon. Había detectado cierta frialdad, o eso le había parecido—. Es lo único que me mantiene cuerdo.

–La última vez que escribiste, te quejabas de que jugabas al golf con chiflados.

–Chist, baja la voz. Uno de ellos está justo detrás de ti.

Graves se volvió.

–Yo lo veo muy normal.

–Sí, Anderson está bien. Sólo tiene rabieta cada vez que teme que va a perder media corona.

–Eso mismo puede decirse de ti.

–Fue sólo porque andabas tonteando con el palo para sacar la bola de la arena en lugar de jugar como es debido. –Levantó la mano para llamar al camarero–. ¿Te ha dado tiempo de mirar la carta?

–Me ha dado tiempo de aprendérmela de memoria, Siegfried.

Ya en la mesa, Graves dijo:

–¿De qué hablas con Owen? Dice que no juega al golf. Y dudo mucho que cace.

–Tienes unas percepciones sociales muy perspicaces, Robert. No, diría que no montó a caballo en su vida hasta que se incorporó el ejército. Hablamos de poesía, sobre todo.

–Ah, conque escribes, ¿eh?

–No hace falta que lo digas así. Lo hace bien. De hecho, tengo aquí un poema suyo. –Se tocó el bolsillo del pecho–. Te lo enseñaré después de comer.

–Me ha parecido un poco nervioso.

–¿Ah, sí? No creo.

–Yo sólo digo lo que me ha parecido.

–Muy nervioso no puede estar. Lo despachan de aquí a final de mes. Probablemente era sólo que estaba impresionado por conocer a otro poeta publicado.

Un breve silencio.

–¿Y a ti no te dan el alta ya pronto?

–A finales de mes.

–¿Has decidido qué vas a hacer?

–He dicho a Rivers que volveré, a condición de que el Ministerio de la Guerra me garantice por escrito que me enviarán otra vez a Francia.

–Yo habría dicho que no estabas precisamente en posición de negociar.

–Rivers opina que, con cierta manipulación, puede conseguirlo. No dijo «manipulación», claro.

–¿Se ha acabado todo, pues? Gracias a Dios.

–Le he dicho que no me retractaré de nada. Y le he dicho que tiene que ser Francia. No les permitiré que me pongan a rellenar formularios ante un escritorio durante el resto de la guerra.

–Sí, me parece bien.

–El problema es que no me fío de ellos. Ni siquiera de Rivers. O sea, por un lado dice que no me pasa nada y que me aceptarán para cualquier servicio en el extranjero... no les queda más remedio..., y acto seguido afirma que tengo un «complejo antibélico» muy acusado. Ni siquiera entiendo qué significa eso.

–Yo te diré lo que significa. Significa que estás obsesionado. ¿Te has dado cuenta de que ya nunca hablas del futuro? Sí, ya sé lo que vas a decir. ¿Cómo vas a hablar del futuro? Sass, en Francia nos sentamos en un monte y hablamos del futuro. Hicimos planes. La noche anterior a la batalla del Somme hicimos planes. Ahora serías incapaz. Unos cuantos obuses, unos cuantos cadáveres, y has perdido el ánimo.

–¿Cuántos cadáveres?

–La cuestión es....

–La cuestión es *sólo* 102.000 el mes pasado. Tienes razón: estoy obsesionado. No lo olvido ni por un segundo, y tampoco tú deberías olvidarlo. Robert, si tuvieras valor real no te prestarías a esto tal como lo haces.

Graves enrojeció de ira.

–Lamento que opines así. Detestaría pensar que soy un cobarde. Creo en la obligación de cumplir mi palabra. Tú accediste a incorporarte al servicio, Siegfried. Nadie te pide que cambies de opinión, ni siquiera que te la calles, pero tú accediste a incorporarte al servicio, y si quieres ganarte el respeto de las personas en quienes intentas influir, los soldados de a pie, es necesario que vean que cumples tu palabra. No lo entenderán si de pronto, en plena guerra, te das media vuelta y dices: «Lo siento, he cambiado de idea». Para ellos, eso es un comportamiento indigno. Dirán que no estás actuando como un caballero, y eso es lo peor que pueden decir de alguien.

–Oye, Robert, a las personas que están prolongando esta guerra les tienen sin cuidado los soldados de a pie. Y tampoco permiten que la «conducta

caballerosa» sea un obstáculo para ellos a la hora de sacar tajada. –Hizo un gesto de desesperación–. Y en cuanto a «comportamiento indigno» y «conducta caballerosa»... en fin, no es más que una estupidez suicida.

Durante el café, la conversación cambió de rumbo.

–Hay una cosa que no te dije en junio –comentó Graves–. ¿Te acuerdas de Peter?

–No llegué a conocerlo.

–Ya, pero ¿lo recuerdas? ¿Recuerdas que te hablé de él? Pues lo han detenido. Por prostituirse delante del cuartel local. De hecho, no muy lejos del colegio.

–Vaya, Robert, lo siento. ¿Por qué no me lo contaste?

–¿Cómo iba a contártelo? No estabas en situación de pensar en nadie más.

–Eso ocurrió en julio, ¿no?

–Me llegó en el correo el mismo día que tu declaración. –Graves sonrió–. Menuda mañana.

–Sí, ya me lo imagino.

Graves vaciló.

–Debo decirte que... desde entonces mis afectos han discurrido por cauces más normales. He estado manteniendo correspondencia con una chica que se llama Nancy Nicholson. Creo que te caerá bien. Es muy divertida. La... la única razón por la que te cuento esto es que... no me gustaría que te engañaras. Respecto a mí. No me gustaría que pensaras que era homosexual siquiera de pensamiento, sin ir siquiera más allá de eso.

Era difícil saber qué decir.

–Me alegro mucho por ti, Robert. Por lo de la señorita Nicholson, quiero decir.

–Bien, asunto zanjado, pues.

–¿Y qué ha sido de Peter?

–No te lo vas a creer: van a mandárselo a Rivers.

Para Sassoon eso fue tal sorpresa, y tan desagradable, que ni él mismo entendió su reacción.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? Para curarlo, claro está.

Sassoon esbozó una débil sonrisa.

–Sí. Claro.

Por la noche la fábrica de munición, vista desde fuera, parecía el infierno, pensó Sarah mientras avanzaba hacia allí afanosamente por la calle embarrada, contemplando los reflejos del fuego rojo y humeante en una masa de nubes bajas, como una puesta de sol artificial. En la verja de entrada coincidió con las otras chicas que iban en la misma dirección, todas apáticas, con ese aire de desánimo y embotamiento propios de quienes habían cambiado al turno de noche y aún no se habían adaptado.

En el guardarropa, poniéndose la bata verde larga hasta el tobillo, calándose la gorra, dando una última calada al cigarrillo, había treinta o cuarenta mujeres. Olía a sudor, muguete, fijador de pelo. Poco después las mujeres empezaron a entablar conversación, a comportarse de una manera más natural, incluso alegre, hasta que apareció en la puerta la supervisora y señaló el reloj con el dedo.

–¿Tu madre ha podido irse sin problemas, pues? –preguntó Lizzie mientras bajaban por la escalera al taller del sótano.

–Ha cogido el de las siete. Llegará a eso de las doce de la noche, así que no puede quejarse.

–¿Y cómo ha ido?

Sarah hizo una mueca.

–Bien. Aunque, ya ves tú, juré que no le hablaría de Billy y me lo sonsacó todo.

–Bueno, es tu madre. Por fuerza ha de preocuparse.

–Mmm. Lo mejor que conseguí oírle decir fue: «¿Qué habrá visto en ti?». Todo un cumplido para una hija, ¿no crees? Y yo le contesté: «Un soplo de aire fresco». Por lo que deduzco, allá en el norte están todos con el culo prieto.

–Según y como, no tienen inconveniente en aflojar el culo.

–No todos son así –afirmó Sarah.

–Pero sí la mayoría –aseguró Madge–. En la casa donde yo trabajaba

antes de la guerra, el hijo era de esos. ¡Uy, cuando se enteraron! Tendríais que haber oído a la señora. Cómo pateaba el suelo y gritaba. La araña de luces iba de un lado a otro; pensé que la condenada iba a descolgarse. Pero, claro, es que el pobre no tenía hermanas, así que nunca trató con chicas. Va al colegio, ni una chica. Va a la universidad, ni una chica. Cuando al final puso los ojos en mí, ya era tarde. La cosa ya no tenía remedio. E incluso los que no son así, echan una mirada a la señora y les falta tiempo para marcharse al club. –Madge recorrió el pasillo del sótano con un pavoneo, el dedo bajo la nariz. Con un acento engolado, de colegio privado, añadió–: «Esta noche cenaré en el club, querida. No me esperes despierta». Luego aparece dando tumbos, a las dos de la madrugada, y se echa a la cama del vestidor. A saber cómo se reproducen.

Resonaron las carcajadas de las otras mujeres mientras se distribuían por el taller y se sentaban en los bancos. La supervisora, una mujer con gafas, de cara redonda y pelo cortado a cepillo, que vestía un austero traje a medida, las apremió.

–Chicas, ¿tenéis previsto empezar a trabajar algún día?

La observaron mientras se alejaba.

–Espero que ningún hombre meta nada por la chimenea de ésa –dijo Lizzie–. Sería una crueldad para las arañas.

Sarah acercó la primera banda de cartuchos y se puso manos a la obra. No había ninguna razón para no permitirles hablar, ya que la tarea no requería concentración. El objetivo era proporcionar un descanso del trabajo con los detonadores, mucho más difícil, y también de otras tareas que debían llevarse a cabo con máscara. Máscaras que ajustaban mal. En más de una ocasión, Sarah se había quitado la suya de la cara y sacudido el polvo amarillo acumulado dentro. Recordó los comentarios críticos de su madre sobre su aspecto, las indirectas que había dejado caer sugiriéndole que abandonara ese empleo para volver a casa y ayudar en el puesto de té. Pero a mí me gusta esto, pensó Sarah. Y enseguida se corrigió: Te gusta ahora porque está Billy. Puede que no te haga tanta gracia cuando él se vaya.

Cautamente, para no captar la atención de la supervisora, volvió la cabeza y miró alrededor. Las mujeres se hallaban sentadas en torno a mesas

pequeñas, cada mesa en un círculo de luz proyectada por una bombilla a baja altura. Salvo por las superficies de trabajo, el taller estaba mal iluminado y era tan amplio que el extremo opuesto desaparecía entre las sombras. Todas las mujeres tenían la piel amarilla, y a todas, al margen de cuál fuera su color de pelo natural, les asomaban rizos rojos de debajo de la gorra verde. No parecemos humanas, pensó, sin saber si tomárselo con desaliento o a broma. Semejaban máquinas, cuya única función era producir otras máquinas.

Sarah posó la mirada en la mesa contigua, donde las chicas estaban relativamente cerca y podía identificarlas. Al cabo de un rato, desconcertada, se inclinó sobre la mesa y susurró a Lizzie:

–¿Dónde está Betty?

–Ya era hora de que lo preguntaras –contestó Lizzie con un gesto de desdén, y se quedó en silencio, regodeándose en su momento de poder.

–Estoy preguntándolo.

Lizzie lanzó una rápida mirada de soslayo alrededor.

–¿No sabes que no le viene desde hace cuatro meses?

Todas las chicas asintieron.

–Lo ha probado todo –continuó Lizzie–. Estuvo atiborrándose del Remedio del Doctor Lawson, como si fuera limonada.

–Lo es –dijo Sarah.

–Bueno, el caso es que debió de perder la esperanza, porque se metió algo para provocárselo. ¿Sabes esas perchas de alambre?

Gestos de asentimiento alrededor.

–Una de éstas. Enderezó un poco el gancho y...

–Ya nos hacemos una idea –dijo Sarah.

–Sí, bueno, pues la cosa es aún peor. La muy idiota se lo clavó en la vejiga.

–¡Oh, no! –Madge volvió la cabeza como si fuera a vomitar.

–Se moría de dolor. Y les rogaba una y otra vez que no la mandaran al hospital, como si supiera que no había hecho bien. Aun así, la chica que vivía con ella se asustó tanto que fue a buscar a la casera. Y a la mujer naturalmente le bastó con echarle una mirada. Vino a decir: «Lo siento, monada, pero tú no te mueres aquí». La ingresaron. Y lo irónico es que sigue

embarazada. Tiene un aspecto espantoso.

–¿La has visto, pues? –preguntó Sarah.

–Claro. Fui anoche. Veréis, tiene la cara toda... –Lizzie se tiró de las mejillas hacia abajo–. Ah, y dijo que el médico no la reprendió mucho. Lloraba como una magdalena, la pobre. Le dijo: «Vergüenza debería de darte». Y luego: «Eso que llevas ahí dentro no es sólo una molestia; es un ser humano».

Sarah y Madge deseaban saber más, pero la supervisora, reparando en que Lizzie había interrumpido su trabajo, se acercaba ya a zancadas. No obstante, cuando llegó a la mesa, encontró sólo silencio y cabezas gachas y dedos que introducían febrilmente las balas de las ametralladoras en el interior de las resplandecientes bandas de cartuchos.

La noche previa a una sesión de la Comisión Médica, Rivers dedicaba más tiempo que de costumbre a la ronda, porque sabía que los candidatos al alta estarían especialmente tensos. Le preocupaba Pugh, que de algún modo había logrado convencerse, pese a las repetidas afirmaciones en sentido contrario, de que iban a mandarlo de regreso a Francia.

Rivers dejó para el final a Sassoon, a quien encontró tumbado en la cama en su nueva habitación, arrebuñado en su grueso abrigo británico. Lo necesitaba. La habitación quedaba inmediatamente debajo de la torre y era tan fría que, en invierno, algunos pacientes, al despertar después de sucesivas pesadillas, encontraban las sábanas rígidas porque se congelaba el sudor. Aun así, parecía del agrado de Siegfried, y allí al menos disponía de la privacidad necesaria para trabajar. Rivers ocupó la única silla disponible, y estiró las piernas hacia la rejilla de la chimenea vacía.

–¿Qué? ¿Cómo se siente ante lo de mañana?

–Bien. ¿Aún no hay noticias del Ministerio de la Guerra?

–No, me temo que no. Tendrá que confiar en nosotros.

–¿Nosotros? ¿Seguro que no quiere decir «ellos»?

–Ya sabe que seguiré haciendo cuanto pueda por usted.

–Sí, eso lo sé –contestó Sassoon–. Pero el hecho es que tan pronto como

me saquen de aquí, pueden hacer lo que les plazca. Puesto de chupatintas en Bognor, allá voy.

Rivers vaciló.

–Se lo ve un poco deprimido.

–No-o. Echo de menos a Robert. No sé por qué, estuvimos casi a punto de discutir.

–¿Por la guerra?

–No sé cuál fue el motivo. Sólo puedo decir que él estaba de un humor extraño. –Sassoon se interrumpió. Luego, al parecer, decidió continuar–. Hace poco recibió una mala noticia.

Rivers se percató de que se le escapaba algo en esa conversación. En los últimos tiempos Sassoon se había mostrado perceptiblemente reservado con él. Lo había notado de manera especial la noche del día anterior, achacándolo a los nervios previos a la sesión de la Comisión Médica y la preocupación de no tener aún noticias del Ministerio de la Guerra.

–¿Llegada de Francia?

–No, no, algo muy distinto. Le pregunté si no tenía inconveniente en que se lo contara a usted, así que no pecho de indiscreto. Un amigo de él... un chico que conoció en el colegio y al que apreciaba mucho... de una forma totalmente honorable y platónica, como es propio de Robert... fue detenido por prostituirse. Delante de un cuartel, de hecho, no muy lejos de su colegio. Por lo que deduzco, Robert se siente... –Sassoon calló–. En fin, un poco como se sentiría uno... si estuviera paseando por un agradable camino en el campo y de pronto se abriera ante sus pies un precipicio. Así lo ve él. Está desolado. Porque, hágase cargo, esa... esa circunstancia abominable debía de estar presente desde el principio, y él no la vio. Le preocupa mucho dejar claro que... él no alberga esa clase de sentimientos repugnantes. En fin.

–¿Así que se ha quedado usted con la sensación...?

–La misma sensación que si fuera por un camino en el campo y de pronto me hallara ante un precipicio.

–Ya.

Sassoon miró a Rivers a la cara.

–Por lo visto, van a enviarlo... a ese chico... a un psiquiatra.

–¿En qué colegio estudiaba?

–Charterhouse.

–Ah. –Rivers alzó la vista y se encontró con la mirada de Sassoon fija en él.

–Para que lo curen. –Un breve silencio–. Supongo que «curar» es la palabra adecuada, ¿no?

–Posiblemente para él es mejor –contestó Rivers con cautela– que lo manden a un psiquiatra en lugar de ir a la cárcel, ¿no cree? –A su pesar, sonrió–. Aunque veo que quizá no piense usted lo mismo.

–¡No habría ido a la cárcel!

–Bueno, yo no lo descartaría. El número de sentencias con privación de libertad para menores va en aumento. Creo que eso se lo diría cualquier psiquiatra de Londres.

Sassoon pareció compungido.

–Creía que las cosas empezaban a mejorar.

–Y así era. Antes de la guerra. Un poco. Pero es improbable que prevalezca la tendencia hacia una mayor tolerancia en tiempos de guerra, ¿no? Al fin y al cabo, en la guerra se insiste mucho en el amor entre los hombres, la camaradería, y todo el mundo lo aprueba. Pero al mismo tiempo siempre subyace ese asomo de inquietud. ¿Es la clase de amor correcta? En fin, una de las maneras de asegurarse de que es la clase correcta es dejar diáfananamente claro cuál es la pena por la otra clase de amor. –Miró a Sassoon–. Ésa es una de las razones por las que me alegro de que haya decidido usted volver. El problema no se restringe a la actividad policial. En estos momentos se respira en el ambiente. Hay un parlamentario, un tal Pemberton Billing... No sé si habrá oído hablar de él.

Sassoon negó con la cabeza.

–Creo que no.

–Bueno, pues va por Londres afirmando conocer la existencia de un *Libro negro* alemán donde constan los nombres de 47.000 personas eminentes cuyas vidas privadas podrían llevar a recelar de su lealtad para con su país.

–Tranquilícese, Rivers, yo no soy eminente.

–No, pero es amigo de Robert Ross, y ha defendido públicamente una paz

negociada. ¡Con eso basta! Usted es vulnerable, Siegfried. No tiene sentido que actúe como si no lo fuera.

–¿Y qué debo hacer al respecto? Acatar la disciplina, adaptar mis opiniones...

–No sus opiniones. Si no recuerdo mal, una vez me explicó que Robert Ross se opone a la guerra, ¿no? En privado.

–No desearía criticar a Ross. Creo conocerlo lo suficiente para comprender el impacto que tuvieron en él aquellos juicios. Pero en realidad lo que usted está diciendo es que si no puedo acomodarme a un ámbito de la vida, debo acomodarme a otros. No sólo en lo superficial, sino en todo. Incluso contra lo que me dicta la conciencia. Pues yo no puedo vivir así. – Calló por un momento y luego añadió–: Nadie debería vivir así.

–Dedica demasiado tiempo a luchar contra molinos de viento, Siegfried. De maneras que a usted le hacen mucho daño... cosa que casualmente a mí me importa... y no hacen ningún bien a nadie. –Titubeó y al final se animó a decirlo–: Ya va siendo hora de que crezca, de que empiece a vivir en el mundo real.

Prior no estaba causando buena impresión. Sonsacarle unos cuantos datos elementales era como arrancarle las muelas del juicio. Al principio Rivers pensó que Prior sólo pretendía molestar adrede –posibilidad que nunca podía descartarse tratándose de Prior–, pero de pronto se fijó en la tensión en su mandíbula y tomó conciencia del alcance de su conflicto interno. Prior había declarado que su mayor deseo era regresar a Francia cuanto antes, alejarse de lo que él consideraba la «vergüenza» del servicio dentro del propio país, y a Rivers no le cabía duda de que era verdad. Pero no era toda la verdad. También quería salvar la vida, y Rivers, al insistir en la importancia de los ataques de asma, le había transmitido, quizá cruelmente, la esperanza de que acaso se le permitiera vivir. No era de extrañar, pues, que contestara a las preguntas con monosílabos, ni que al final, cuando se le preguntó si se consideraba físicamente en condiciones para el servicio, guardara silencio, incapaz de declarar que estaba enfermo o negarlo, limitándose a fijar la mirada en Humphrey. Observándolo, Rivers sintió una inmensa compasión por su dilema. Pobre desgraciado, pensó. Pobres todos ellos.

En la sala de espera Sassoon consultó su reloj. Llevaban casi una hora de retraso y él ni siquiera era el siguiente. El siguiente era Pugh. Pugh era un galés de ojos verdes, saltones, con el peor tic que Sassoon había visto en la vida, incluso en Craiglockhart, ese museo viviente de tics nerviosos. El de Pugh consistía en un violento movimiento lateral de cabeza, acompañado de un sonido mezcla de exclamación ahogada y alarido. Lo hacía aproximadamente cada treinta y cinco segundos. Como todos los demás en el hospital, Sassoon tenía los reflejos condicionados por las circunstancias de la

guerra de trincheras. Para él, era casi imposible no esquivar lo que quiera que Pugh estuviera esquivando. En la periferia de su mente flotaba algo que Owen le había contado sobre Pugh. De pronto se acordó. Un accidente absurdo, una granada de mano que rebotó en la alambrada. Pugh se había pasado una hora retirando de la capa antigás trozos de hombres de su sección.

Sassoon volvió a consultar el reloj. Aun admitiendo que nadie en su sano juicio tardaría mucho en decidir si Pugh era apto o no para reincorporarse al servicio, no podía esperar salir de allí antes de las seis. Había quedado para tomar el té con los Sampson a las cuatro y media. Incluso si se marchaba en ese mismo momento y cogía de inmediato un tranvía, llegaría tarde. Era una lástima. Las personas que estaban dispuestas a morir debían tener al menos el derecho de que no las hicieran esperar. Volvió a cerrar los ojos. Sentía tal cansancio que, pensó, de no ser por Pugh y aquellas espantosas sacudidas, habría conseguido dormirse. La noche anterior apenas había pegado ojo.

En el bolsillo del pecho llevaba una carta de Joe Cotterill, el intendente del batallón. Sassoon se la sabía casi de memoria. El viaje de Joe al bosque de Polygon con las raciones, el suelo tan lleno de agujeros como la tapa de un salero, nada aparte de barro y árboles muertos hasta donde alcanzaba la vista. Habían pasado la noche en el hoyo formado por un obús, perdidos, bajo el intenso fuego enemigo. Varios miembros del grupo de intendencia habían muerto. Pero, decía Joe, el batallón recibió sus raciones. Al leerlo, Sassoon había deseado volver a Francia en el acto, pero, justo al final de la carta, Joe añadía: «Anímate y sal de ahí. Ve al Parlamento. Seguro que esa gente no puede retenerte contra tu voluntad». El problema era, pensó Sassoon, suspirando y consultando su reloj, que esa gente anónima a la que se refería Joe era su Rivers.

Llegó Thorpe.

—¿S-s-s-se s-s-s-s-sabe p-p-p-por qué t-t-t-t-t-tardan t-t-t-t-t-tanto? —preguntó al cabo de un rato.

Sassoon cabeceó en un gesto de negación. Pugh cabeceó también, aunque era difícil saber si fue en respuesta a la pregunta o no. De pronto Sassoon se hartó.

—Yo personalmente no tengo la intención de quedarme a averiguarlo.

Captó la imagen fugaz de Thorpe y Pugh boquiabiertos, y al cabo de un momento abandonaba la sala, recorría el pasillo, atravesaba la puerta de vaivén y se alejaba.

–El siguiente es Pugh, ¿no? –preguntó Bryce.

–Un momento, amigo –dijo Huntley–. Voy a achicar el agua de la sentina. Cuando salió y cerró la puerta, Bryce dijo:

–¿De dónde sacará esas expresiones náuticas? –Al no recibir respuesta, se volvió hacia Rivers.

–Nunca entenderé por qué hemos tenido que dedicarle una hora a eso –comentó Rivers.

–El propio Prior no se ha ayudado mucho a sí mismo, ¿no te parece?
Rivers no contestó.

–Y al menos has conseguido lo que querías. Al final.

El comandante regresó abrochándose la bragueta.

–Bueno, bueno –dijo, como si fuera él quien estuviera esperándolos a ellos–. Sigamos.

La resolución del caso de Pugh fue rápida y angustiosa. Como el ordenanza se había ido a cenar, el propio Rivers fue a la sala de espera a llamar a Sassoon. Allí encontró sólo a Thorpe.

–¿Ha visto a Sassoon?

–Se ha... –empezó a decir Thorpe, y de pronto sucumbió a uno de sus estados de paroxismo—... i-i-i-i-i-ido.

–¿I-i...? –Rivers se interrumpió y respiró hondo—. ¿Adónde ha ido?

Thorpe se encogió de hombros para abreviar. Rivers fue a la sala común de los pacientes en busca de Sassoon, pero no lo encontró a él sino a Prior, sentado al piano tocando unas notas. Prior alzó la vista. Rivers, considerando que la espera para el anuncio oficial del resultado era muy larga, levantó el pulgar y sonrió.

Tras volver a la antesala, dijo:

–Bien, Thorpe. Mejor será que pase usted.

Cuando Rivers salió de la comparecencia de Thorpe ante la Comisión Médica, Sassoon seguía sin aparecer y la hermana Duffy rondaba por el pasillo con la intención de hablarle de Prior.

–Está llorando a lágrima viva –dijo–. ¿No lo han destinado al servicio permanente en el país?

–Así es.

Rivers subió a la habitación de Prior y lo encontró sentado en la cama, ya sin llorar, pero con los ojos muy hinchados.

–He de estar agradecido, supongo.

–No.

–Me alegro. Porque no lo estoy.

Rivers intentó contener una sonrisa.

–Ya le dije que no era eso lo que yo quería –declaró Prior.

–No se trata de lo que usted quiera. Se trata de si está en condiciones.

–Yo estaba perfectamente. Mi enfermedad nunca me impidió hacer lo que hacían los demás.

–Eso no es del todo cierto, ¿verdad? Usted mismo me dijo que se le eximió de pasar por las casetas de gas, porque la única vez que lo intentó se desplomó. Su participación en los ejercicios de instrucción con gas se redujo a las clases teóricas, ¿no es así?

No hubo respuesta.

–Me parece muy bien que haga bromas con eso de ser el canario del batallón, pero ésa es la realidad, ¿no? Sucumbiría al gas en concentraciones mucho menores que la mayoría de la gente, y eso podría ser muy peligroso. Y no sólo para usted.

Prior volvió la cabeza en otra dirección.

Rivers dejó escapar un suspiro.

–¿Es consciente de que el otro hombre que ha sido destinado al servicio permanente en el país esta noche organiza una fiesta?

–Bravo por él. Espero que sea una buena fiesta.

–¿Por qué se ha llevado un disgusto tan grande?

Silencio. Al cabo de un momento, Prior dijo:

–Supongo que ya no soy paciente suyo, ¿verdad?

–No.

–No tengo que aguantar esto, pues.

Rivers estuvo a punto de decir que el alivio era mutuo, pero miró aquellos ojos hinchados y se contuvo.

–¿Qué es lo que no tiene que aguantar?

–La pared en blanco. Los silencios. El fingir.

–Oiga. Ahora mismo me odia porque he desempeñado un papel decisivo en conseguirle algo que le avergüenza desear. No puedo hacer nada respecto a ese odio, pero sí pienso que debe analizar esa vergüenza. Porque no hay motivo de vergüenza en querer seguir vivo. ¿Es que no lo ve? Sería un animal muy extraño si no fuera así.

Prior negó con la cabeza.

–Usted no lo entiende.

–Explíquemelo, pues.

–Ahora ya nunca lo sabré, ¿verdad que no? Si soy...

–Pero claro que lo sabe. Ha sido un oficial plenamente satisfactorio, hasta...

–Hasta que la tensión pudo conmigo y dejé de ser un oficial plenamente satisfactorio. ¿En qué posición me deja eso?

–Con toda la vida por delante y otros desafíos que afrontar.

–Si usted fuera un paciente aquí, ¿no cree que se sentiría avergonzado?

–Probablemente. Porque he recibido la misma educación que todos los demás. Pero me gustaría pensar que habría tenido la sensatez, o como quiera llamarlo... la inteligencia, quizá, para darme cuenta de lo injustificada que era esa vergüenza.

Prior cabeceaba.

–Imposible. El aro está ahí, y uno pasa por él. Si lo cuestiona, ha fracasado. Si se lo quitan a uno, ha fracasado.

–No, yo no lo veo así. Si se lo quitan a uno, ya no está en sus manos. Usted no ha pedido que lo destinaran al servicio permanente en el país. Se lo han concedido, basándose en el informe de Eaglesham, no en mi informe. No hay nada en su estado psicológico que le impida volver.

Prior no contestó.

–Todos los que sobreviven se sienten culpables –dijo Rivers con delicadeza–. No permita que eso lo estropee todo.

–No es eso. Bueno, en parte sí. Es sólo que nunca he permitido que el asma me impida hacer algo. Me ordenaron no entrar en las casetas de gas; yo estaba más que dispuesto a atravesarlas. Incluso de... de niño tenía la firme determinación de que eso no fuera un impedimento para nada. Podía hacer lo mismo que todos los demás, y no sólo eso: podía superarlos. No estoy diciendo que eso sea un rasgo característico mío. Creo... creo que casi todos los asmáticos son así. Mi madre tiraba siempre en la otra dirección. Intentando retenerme. No debería criticarla, a la pobre; probablemente me salvó la vida, pero el hecho es que lo utilizó. Me quería dentro de casa, lejos de aquellos gamberros. Y ahora de pronto está usted aquí... –levantó las manos–, haciendo exactamente lo mismo. –Miró a Rivers con una expresión fría, risueña, burlona, afectuosa, en extremo inteligente–. Supongo que por eso nunca he querido que fuera usted un papá para mí. De lo contrario, le habría asignado un destino peor.

Rivers, recordando la cabra lechera, sonrió. Se alegró de que Prior no pudiera acceder a sus pensamientos.

–Gracias por aguantarme.

Lo masculó con tan poca gentileza que Rivers no supo si lo había oído bien.

–Me he comportado como un verdadero cerdo.

–Eso nunca.

Prior vaciló.

–¿Le importaría si fuera a verlo después de la guerra?

–¿Importarme? Sería un placer. Aunque no entiendo por qué esperar hasta el final de la guerra. Siempre puede escribirme a esta dirección. Si... si me trasladara a otro sitio, sabrán dónde encontrarme.

–Gracias. Le escribiré.

En la puerta Rivers se volvió.

–Por si no volvemos a vernos antes de que se vaya, le deseo suerte.

Durante la cena, hablar representó un esfuerzo, en parte por el cansancio, en parte por la silla vacía de Sassoon. A esas alturas era evidente que se había saltado la entrevista apostada. Había salido de la casa de los Sampson a las seis, pero no había regresado aún al hospital. Cabía la posibilidad de que estuviera cenando en el club, aplazando el momento de encontrarse cara a cara con Rivers, pero dado su talante impetuoso, y quizá también su grado de desesperación, era capaz de coger el tren a Londres y embarcarse en otro plan delirante para detener la guerra. Rivers era consciente de la magnitud del dilema que debería afrontar si Sassoon había desertado y expresaba otra protesta pública. Solicitarían su participación para declararlo incapaz; nunca le formarían un consejo de guerra. En ese momento no. Con tales listas de bajas, un debate público sobre la prolongación de la guerra era inadmisibile.

Rivers salió de su ensimismamiento para intervenir en la conversación y se encontró con que el comandante Huntley ya estaba de nuevo con una de sus cantinelas. Esta vez la degeneración de la raza. La caída del índice de natalidad. La necesidad de mantener «el suministro de héroes». ¿Sabía Rivers que los soldados rasos eran por término medio quince centímetros más bajos que los oficiales? Y sin embargo a menudo era la mejor clase de mujer quien optaba por limitar el tamaño de su familia, en tanto que sus hermanas irresponsables procreaban a tal ritmo que acabarían llevando al Imperio a la destrucción. Rivers escuchó con toda la cortesía posible las teorías del comandante sobre cómo podía inculcarse en las mujeres británicas sentido de la obligación, pero fue un alivio cuando la cena terminó y pudo pretextar los apremios del trabajo para escapar a su despacho.

Había dejado dicho a la hermana Duffy que le enviara a Sassoon en cuanto volviese, por tarde que llegara. Y en efecto llegó muy tarde. Entró con actitud dócil y aire de arrepentimiento.

–Siéntese –dijo Rivers.

Sassoon se sentó, cruzó sus grandes manos sobre el regazo y esperó. Su comportamiento parecía en gran medida el de un jefe de curso aplicado y en esencia buen chico, que sabe que ha decepcionado mucho al director y probablemente va a llevarse «un buen rapapolvo», pero cuenta con que al final todo acabará bien. Ni aun proponiéndoselo, habría podido enfurecer más

a Rivers.

–Estoy seguro de que tiene una explicación totalmente satisfactoria.

–Llegaba tarde a mi té con Sampson.

Rivers cerró los ojos.

–¿Y eso es todo?

–Sí.

–¿Le habría sido imposible telefonar a Sampson y decirle que se retrasaría?

–No me ha parecido... cortés. Me...

–¿Y la cortesía para con el comandante Bryce? ¿O el comandante Huntley? ¿No cree que al menos les debía una explicación antes de marcharse?

Silencio.

–¿Por qué, Siegfried?

–Me era imposible afrontarlo.

–Eso sí me sorprende. Habría esperado de usted una conducta inmadura, pero nunca cobardía.

–No estoy dando excusas.

–No está dando nada, y desde luego no da razones.

–No sé si hay alguna. Me he hartado de esperar. He pensado que si tengo que morir, como mínimo podrían hacer el esfuerzo de ser puntuales. Ha sido... –Respiró hondo–. Simple irritación.

–¿No puede dar una razón, pues?

–Ya se lo he dicho, no la hay.

–No me lo creo.

–Oiga, me disculparé. Me postraré de rodillas, si es lo que quiere.

–No me interesa que se postre de rodillas. Preferiría que dijera la verdad.

Sassoon se revolvió en su silla.

–De acuerdo. He estado dándole vueltas a una idea desde... bueno, unas cinco o seis semanas. He pensado que si me declaraban apto y luego iba a Londres, podría ver a alguien como... Charles Mercier.

–¿El doctor Mercier?

–Sí.

–¿Y por qué demonios quiere verlo?

–Para una segunda opinión. Es bueno, ¿no?

–Sí, desde luego, es de lo mejor. Sólo que... si la Comisión lo declarara apto, ¿qué necesidad tendría de ver a Mercier?

–Para que no puedan decir que he recaído si sigo adelante con mi protesta.

Rivers se recostó en su silla.

–Ah, ya entiendo.

Silencio.

–¿Y está firmemente decidido a hacer eso?

–No estoy firmemente decidido a nada. Si quiere saber la razón por la que me marché, probablemente es ésa. De pronto caí en la cuenta de que en cuestión de horas estaría haciendo la maleta y no tenía ni idea de adónde iría. Además me rondaba por la cabeza la idea de que si iba a ver a Mercier, estaría...

Rivers esperó.

–Estaría haciéndole un feo a usted.

–Podía haber pedido una segunda opinión en cualquier momento. Ignoraba que ése fuera su deseo. Las personas a quienes sus psiquiatras les dicen que están totalmente cuerdas no suelen pedir segundas opiniones.

–Sin embargo eso es lo que harían, ¿verdad? Decir que he recaído.

–Sí. Probablemente. Deduzco que ha tomado la firme decisión de no volver.

–No, al contrario; quiero volver.

Rivers se desplomó en su silla.

–Menos mal. No pretendo entenderlo, pero menos mal. –Al cabo de un momento, añadió–: ¿Sabe cuál es la verdadera ironía de todo esto? Esta mañana he recibido una carta del Ministerio de la Guerra. No es exactamente una promesa de mandarlo de vuelta al frente, pero sí se advierte... algún avance.

–Y ahora lo he echado todo a perder por tomar el té con un astrónomo.

–No, no lo creo. Les escribiré esta noche.

Sassoon miró el reloj.

–En fin, no nos conviene que se enteren por mediación de Huntley, ¿no le parece? –dijo Rivers–. Por cierto, aunque sea tarde, creo que al comandante Bryce le gustaría verlo.

Sassoon captó la indirecta y se puso en pie.

–¿Qué cree que hará?

–Ni idea. Leerle la cartilla, espero.

Prior nunca había allanado una casa. Tampoco era que estuviese allanando aquélla exactamente, se recordó, aunque esa sensación tenía, allí de pie en el patio trasero, aterido y tembloroso, en un hueco entre dos anexos que debían de ser la carbonera y el excusado. Se arrebujó en el abrigo y alargó el cuello para ver el cielo, ligeramente encapotado, sin luna, alguna que otra estrella asomando, como escarcha, entre las nubes.

Esperaba la señal del quinqué en la ventana de Sarah, pero ella empezaba ya a tardar más de la cuenta. En su interior sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la gélida noche. La oscuridad, el nerviosismo, la tendencia a tragar saliva una y otra vez innecesariamente... Volvía a estar en Francia, aguardando el momento de salir de patrulla.

Recordó la sensación que uno experimentaba en Tierra de Nadie, aquel espacio inconmensurable e inimaginable. De día, vista por el periscopio, esa inmensidad se encogía hasta quedar reducida a una pequeña franja de tierra salpicada de hoyos, surcada de marañas de alambre. Uno nunca se acostumbraba a esa discrepancia de percepciones entre la noche y el día, y en eso precisamente residía parte de su poder para avivar la imaginación. Era comparable a la diferencia entre ver una llaga en la boca y palpársela con la lengua. Se dijo que nunca volvería, que era libre, pero la palabra «libre» le sonó vacía. Date prisa, Sarah, pensó.

Comenzaba a preguntarse si Sarah no se habría cruzado con la casera en la escalera cuando de pronto una luz apareció en la ventana. Empezó a trepar de inmediato, buscando apoyo en el saliente herrumbroso del tubo de desagüe para encaramarse al tejadillo en pendiente de la trascocina. El ascenso no

presentaba la menor dificultad, siendo el único peligro el mal estado de las tejas. Avanzó deslizando los pies, procurando no hacer demasiado ruido, aunque si lo oían, seguramente pensarían que era un gato.

La habitación de Sarah se hallaba en la primera planta. Cuando alcanzó el muro principal, se irguió con cautela e introdujo los dedos entre dos ladrillos. La ventana de Sarah estaba a un metro por encima de él poco más o menos, pero había allí una oportuna cañería. Ladeando el pie izquierdo hacia fuera, apoyó la puntera de la bota en la cañería –por suerte en mejor estado que el tejadillo– y se lanzó al agujero oscuro. Aterrizó sano y salvo, aunque no silenciosamente, chocando con Sarah, que había regresado para ver por qué tardaba tanto. Se quedaron inmóviles, aguzando el oído por si se producía alguna reacción. Al ver que no, se miraron y sonrieron.

Sarah llevaba un quinqué. Lo dejó en la mesilla junto a la cama, y corrió las cortinas. Prior se alegró de que la noche quedara fuera, con sus evocaciones del miedo y los susurros de los centinelas intranquilos. Sarah se dio media vuelta y volvió al centro de la habitación.

Se miraron, sin saber qué decir. La cama, aunque individual, parecía muy amplia. Ante la perspectiva de la inminente desnudez, se sintieron cohibidos. Durante todas las semanas transcurridas desde que hacían el amor, no habían podido desvestirse ni una sola vez. A Prior lo conmovió la timidez de Sarah, y lo avergonzó un poco la suya.

Aparentando desenvoltura, echó una ojeada alrededor. Aparte de la cama había en la habitación una mesilla de noche, una silla, una cómoda y un aguamanil, encajonado en el rincón junto a la ventana. Una camisola colgaba del respaldo de la silla, al lado, en el suelo, había un corsé. Sarah, al advertir la dirección de su mirada, lo lanzó debajo de la silla de un puntapié.

–No te preocupes –dijo él–. No soy muy ordenado.

El sonido de su voz disipó el nerviosismo de ambos. Prior se sentó en la cama y dio unas palmadas en el colchón para que ella se acercara y se sentara junto a él.

–Más vale que no hablemos mucho –sugirió Sarah–. Les he dicho que volvería tarde, pero si oyen voces vendrán todas.

En cualquier caso Prior no habría podido hablar mucho; apenas podía

tomar aliento. Se miraron fijamente. Él alargó el brazo y le soltó el pelo, apartándoselo a los lados de la cabeza. Luego se tendieron uno junto al otro, aún mirándose. A esa distancia, los ojos de ella se fundían en un solo ojo, orlado de pestañas semejantes a vegetación prehistórica, una charca misteriosa y apenas humana. Permanecieron así durante diez o quince minutos, sin el menor deseo de apresurarse, asombrados ante la perspectiva de tener tanto tiempo por delante.

Al cabo de un rato, Prior se volvió boca arriba y miró la fotografía de la mesilla de noche, desplazando el quinqué para verla mejor. Una boda. La boda de Cynthia, pensó, y ese soldado regordete y pálido, sonriendo tímidamente en el centro del grupo, debía de estar ya muerto. En las fotografías de grupo la gente siempre parecía idiota o trastornada, con el rostro inmovilizado en espera del flash. No así la madre de Sarah. Incluso en sepia, sus ojos despedían chispas. Y esa mandíbula... habría sido notable incluso en un hombre.

–Tu madre se parece a mi médico –comentó. Volvió a mirar la fotografía–. No sonrío mucho, ¿verdad?

–Sonrió en el funeral. –Miró la fotografía–. Yo la quiero, ¿sabes?

–Cla... –Se interrumpió. ¿Por qué «claro»? Él no quería a su padre.

–Me alegro de que no vuelvas al frente.

Sin previo aviso, Prior vio de nuevo la pala, el saco, la cal esparcida. Tenía el globo ocular en la palma de la mano.

–Ya –dijo.

Ella nunca lo sabría, porque él nunca se lo contaría. Por alguna razón, si ella hubiese conocido los detalles peores, no habría podido ser un refugio para él. Buscaba a tientas una idea que no conseguía precisar del todo. Los hombres decían que no hablaban a sus mujeres de Francia por no preocuparlas. Pero no era sólo eso. Él necesitaba la ignorancia de ella a modo de escondrijo. Aun así, a la vez, quería conocer y ser conocido con la mayor profundidad posible. Y ambos deseos eran inconciliables.

–¿Crees que le caeré bien a tu madre?

Habían acordado pasar juntos parte del permiso.

–No tanto como si fueras a volver al frente.

–Explícale lo de mis pulmones. Eso la animará. –Tenía la sensación de que ya conocía a Ada.

Sarah rodó hacia él y empezó a desvestirlo. Él fingió resistirse, pero ella lo obligó a quedarse tendido en la cama de un empujón, y él, sometiéndose, empezó a temblar de risa cuando ella se hizo un lío con las polainas. Al final desistió y, riéndose, apoyó la cabeza en las rodillas de él.

–Son como un corsé.

–No se lo digas al Ministerio de la Guerra. Muchos hombres se preocuparían.

Pararon de reír y se miraron.

–Te quiero –dijo Prior.

–Bueno, eso no hace falta decirlo.

–Sí, hace falta. Es la verdad.

Ella se detuvo a pensarlo tranquilamente. Al final, tomando aire, dijo:

–Bien. Yo también te quiero.

Owen y Sassoon se sentaron en una esquina del salón del Club Conservador. Lo tenían todo para ellos, excepto por otro socio, y estaba medio oculto detrás del *Scotsman*. Cuando el camarero les sirvió el coñac y se marchó, Sassoon sacó un libro del bolsillo.

–Me gustaría leerle una cosa. ¿Le importa?

–No, adelante. ¿Es de alguien que conozco?

–Alymer Strong. Me lo dio el autor. Me llevó un ejemplar del libro de lady Margaret y... mmm... bueno, comentó de pasada que él también escribía. Y yo, tonto de mí, lo alenté a seguir escribiendo, y éste es el resultado.

–Tampoco será tan malo, digo yo. ¿Por qué me lo quiere leer?

–Ya lo verá. Hay una especie de dedicatoria. En uno de los poemas.

*Siegfried, tus padres combatieron
contra muchos cernícalos, imitando a la paloma.*

Owen puso cara de incompreensión.

–¿Y eso qué significa?

–Cuánta ignorancia hay detrás de esa pregunta... Espero que no haya hablado el futuro porquero. Creo que es una alusión a la persecución de los judíos.

–Pero usted no es judío.

–Sí lo soy. O mejor dicho, lo fueron mis «padres».

–No lo sabía. –Owen contempló el dato a través de una bruma de coñac–. ¿Por eso se llama Siegfried?

–No-o. Me llamo Siegfried porque a mi madre le gustaba Wagner. Y lo único que tengo en común con los judíos ortodoxos es que agradezco profundamente a Dios haber nacido hombre y no mujer. Si fuera mujer, me llamaría Brünnhilde.

–Ésta es nuestra última velada juntos y me siento como si acabara de conocerlo.

–Ya sabe todo lo importante.

Se miraron. En ese momento el susurro de las hojas del *Scotsman* los indujo a fijar de nuevo la atención en el libro. Sassoon empezó a leer fragmentos, y Owen, que estaba ebrio y temía ponerse demasiado serio, se rió hasta atragantarse. Sassoon había empezado declamando los versos con solemnidad, pero cuando llegó a:

*¿Puedo haberme convertido
en esta calabaza, este vacío gótico?*

Soltó una carcajada.

–Éste me encanta. Puede que a usted le guste más éste otro:

*¿Qué misántropo con sotana,
pregonando cánticos de paz para ganarse la gloria,
himnos desde las alturas de su estrado, el epopto del Odio?*

–¿El *qué* del odio?

–«Epoppto.»

–Esa palabra no existe.

–Pues sepa usted que sí. Es la forma heroica de la epopeya.

–¿Puedo verlo? –Owen leyó el poema–. Este hombre está en contra de la guerra.

–Pues sí. –Sassoon contrajo los labios–. Y se siente especialmente desolado por el papel que desempeña en ella la Iglesia cristiana. Los paralelismos son preocupantes, Owen.

–Yo estoy preocupado. –Hizo ademán de devolver el libro–. Es increíble, ¿no?

–No, mire lo que hay dentro.

Owen lo abrió por la guarda y leyó: «Owen. De S.S. Edimburgo, 26 oct., 1917». Debajo Sassoon había escrito:

*En cuanto el capitán Cook olió la acacia por primera vez,
el amor se impuso a Aristóteles.*

–Muy propio –comentó Owen.

–Compendia muy bien su estilo, ¿no le parece?

–Ya sabe a qué me refiero. Para una vez que expresa mínimamente sus sentimientos, va y lo hace de tal manera que es imposible tomárselo en serio.

–¿Cree que es buena idea que nos pongamos serios esta noche?

–Por el amor de Dios, voy sólo a Scarborough –dijo Owen–. Usted llegará a Francia antes que yo.

–Eso espero.

–¿Se sabe algo del Ministerio de la Guerra?

–No –contestó Sassoon–. Y Rivers ha dejado caer una bomba esta mañana: se marcha del hospital.

–¿Ah, sí?

–No me hace ninguna ilusión quedarme en Craiglockhart sin ninguno de los dos. Pero le he hablado de usted a Rivers –dijo Sassoon.

–¿Y qué ha dicho?

–Que es un joven oficial muy gallardo y responsable...

–Oooh.

–«Oooh.» Y que no necesita a nadie para que le enseñe sus obligaciones. A diferencia de... puntos suspensivos. Por lo tanto, no hay ninguna razón para retenerlo en el hospital ni un momento más. Creo que se ha sentido un poco incómodo cuando le he pedido que hiciera hacer valer su autoridad sobre Brock.

–No me extraña. No debería haberlo hecho. Verá, no me iría mal pasar otro mes aquí. Detesto la idea de marcharme. Pero la verdad es que estaría ocupando una cama que otro pobre desdichado necesita mucho más que yo.

–Como haré yo.

–No he querido decir eso.

–No, pero es la verdad. –Consultó el reloj–. Más vale que me ponga en marcha. Con el nuevo régimen, creo que la pena por llegar tarde es la crucifixión pública.

En el vestíbulo Sassoon sacó un sobre del bolsillo del pecho.

–Esto es una carta de presentación para Robert Ross. Va cerrada porque hay otra cosa dentro, pero eso no significa que no pueda leerla.

Owen buscó algo que decir pero no lo encontró.

–Cuídese.

–Lo mismo digo.

Sassoon le dio una palmada en el hombro y se marchó. Nada más. Ni siquiera «adiós». Quizá era mejor así, pensó Owen mientras volvía al salón. Mejor para Siegfried, al menos. Las copas de coñac vacías permanecían juntas en la mesa, en el círculo de luz proyectado por la lámpara de pie, pero el oyente invisible se había ido. El *Scotsman*, pulcramente plegado, estaba en una mesa junto a la puerta.

Owen se sentó, sacó la carta de presentación, pero no la abrió de inmediato. El tictac del reloj era muy sonoro en el salón vacío. Se recostó en la silla y cerró los ojos. Temía medir su sensación de pérdida.

Rivers debía marcharse de Craiglockhart el 14 de noviembre, cumpliendo así su promesa a Bryce de esperar hasta que llegara el nuevo oficial al mando. Se iba cubierto de lo que consideraba una gloria totalmente inmerecida. Willard por fin caminaba. Rivers podía entender que las voluntarias, los ordenanzas, las secretarias y el personal de cocina vieran esa «curación» como una gran hazaña médica, pero le producía cierto desaliento comprobar que incluso algunas de las enfermeras de mayor rango parecían coincidir.

Incluso Willard tenía un comportamiento exasperante. Todos los esfuerzos de Rivers para inculcarle una mínima comprensión de su trastorno, para permitirle conocer las razones por las que había necesitado una silla de ruedas y saber cómo evitar ese mismo resultado en el futuro, topaban con una mirada de respeto trémulo y ojos vidriosos. Cada vez que Rivers se le acercaba, Willard invariablemente se levantaba de un salto para dirigirle un saludo militar. Él *sabía* que se había roto la médula espinal. *Sabía* que Rivers había reconectado los extremos seccionados. De más estaba decir que los otros oficiales médicos no se dejaron impresionar. De hecho, después de ver a Rivers responder a un saludo especialmente efusivo, se oyó murmurar a Brock: «Y en mi siguiente truco caminaré sobre el agua».

La última noche fue angustiosa tanto para Rivers como para los pacientes. Dejó a Sassoon para el final, y antes de ir a su habitación, recordó que el joven había pasado el día con lady Ottoline Morrell y, cabía suponer, había estado expuesto a una gran dosis de propaganda pacifista.

Sassoon se hallaba sentado en el suelo, con las manos entrelazadas en torno a las rodillas y la mirada fija en el fuego.

–¿Cómo estaba lady Ottoline? –preguntó Rivers mientras ocupaba la única silla–. ¿En pleno furor?

–En realidad, no. Apenas se ha mencionado la guerra.

–¿Y eso?

–Hemos hablado sobre todo de Carpenter. De la homosexualidad. O más bien he hablado yo. Ella ha escuchado.

Pobre lady Ottoline.

–¿Y el tema de la guerra no ha salido en absoluto?

–Hoy no. Anoche, sí. Creo que los dos sabíamos que no tenía sentido darle más vueltas. ¿Sabe qué me ha preguntado? Si era consciente de que volver implica matar a alemanes. –Contuvo la ira–. Los pacifistas pueden ser de una brutalidad increíble.

Ese breve asomo de cólera era la primera y única emoción que Sassoon exteriorizaba desde la sesión de la Comisión Médica a la que no había asistido. A veces parecía casi ajeno a su entorno, como si pudiera sobrellevar ese paréntesis entre una sesión y la siguiente sólo anulando toda conciencia de dónde se hallaba o qué ocurría. Y sin embargo escribía, y pensaba, por lo visto, que escribía bien. Ahora encauzaba a través de la poesía toda la ira y el dolor. Había renunciado a la esperanza de influir en el curso de los acontecimientos. O quizá había renunciado a toda esperanza. En el fondo Rivers temía que Craiglockhart hubiera ejercido en Sassoon el efecto que no habían tenido el Somme y Arrás. Y de ser así, no podía eludir su responsabilidad.

Sassoon salió de su ensimismamiento.

–Se marcha mañana a primera hora, ¿no?

–Sí. A las seis.

–Ésta es la despedida, pues.

–Sólo durante quince días. Regresaré para la sesión de la Comisión Médica. Entretanto... –Se levantó–. ¿Podrá pasar inadvertido?

Rivers se quedó a dormir en casa de los Head y luego se instaló en su nuevo alojamiento de Holford Road, a un paso del hospital del Real Cuerpo Aéreo.

Ocupaba la planta inferior una familia de refugiados belgas que irritaba sobremanera a la casera, la señora Irving, con sus exigencias de mejor comida y su manifiesta indiferencia a los problemas de racionamiento. La señora Irving acostumbraba a parar a Rivers en la escalera y quejarse de ellos largo y tendido. Al parecer, los demás huéspedes se contentaban más fácilmente y no daban motivos de queja.

Por la noche padecían la perturbación de las incursiones aéreas, aunque no tanto por la acción alemana como por los estampidos de la artillería de Hampstead Heath, que sonaban como bombas. Todo el mundo se reunía en el sótano durante las incursiones, los refugiados belgas, la señora Irving, su hija soltera, que trabajaba en el hospital, todos los demás huéspedes, y dos muchachas que vivían en la buhardilla y se ocupaban entre ambas de todas las tareas de la casa. Por lo que Rivers deducía, se sentaban todos a la mesa, o debajo, y se aventuraban a subir a la casa sólo para preparar innumerables tazas de leche con cacao. Lo invitaban a unirse a esas fiestas, pero siempre se negaba, aduciendo que las incursiones aéreas no lo inquietaban mucho y necesitaba dormir.

Consiguió dormir durante algunas de las incursiones, pero otras noches se lo impedía el ruido de los cañones. No se encontraba especialmente bien, pero no quería volver a pedir la baja por enfermedad, ni le correspondían ya más permisos rutinarios. Pasaba mucho tiempo con los Head, que una noche se presentaron y lo llevaron al teatro para ver el ballet ruso. Al salir, aún aturcidos por los remolinos de luz y color, se encontraron en medio de una incursión aérea más. En Leicester Square se detuvieron y alzaron la vista al cielo, y allí vieron un zepelín flotando como un extraño pez de plata. Se rumoreaba que los pilotaban mujeres. Rivers no se explicaba que alguien diera crédito a algo así, pero pronto descubrió que eso creía la mayoría de la gente. La señora Irving lo sabía a ciencia cierta.

En cuanto empezó a trabajar en el hospital, estuvo desbordado desde el primer momento y, como Head había vaticinado, lo fascinaron los distintos niveles de gravedad de las crisis nerviosas entre las diferentes ramas del Real Cuerpo Aéreo. Los pilotos, aunque también padecían crisis nerviosas, las tenían con menor frecuencia y en general menor gravedad que los hombres

que tripulaban los globos de reconocimiento. Éstos, que flotaban desvalidos sobre los campos de batalla, incapaces de eludir los ataques o defenderse eficazmente contra ellos, presentaban la mayor incidencia de crisis nerviosas entre todas las formas de servicio, incluidos los oficiales de infantería. Esta circunstancia reforzó la tesis de Rivers, que consideraba que la tensión prolongada, la inmovilidad y el desvalimiento eran las causas del daño, y no las impresiones repentinas o los horrores extremos que los propios pacientes solían señalar como desencadenante de su estado. Eso contribuiría a explicar el predominio de la neurosis de ansiedad y los trastornos histéricos en las mujeres en tiempos de paz, ya que sus vidas relativamente más confinadas les proporcionaban menos oportunidades para reaccionar al estrés de maneras activas y constructivas. Cualquier explicación de la neurosis de guerra debía contemplar la circunstancia de que esa vida de combates y peligros y penalidades, en apariencia profundamente masculina, generaba en los hombres los mismos trastornos que sufrían las mujeres en tiempos de paz.

Así pues, tenía mucho en qué pensar, y no tardó en ver claro que tendría también mucho que hacer. Gran parte de sus antiguos pacientes de Craiglockhart residentes en Londres o el sur de Inglaterra ya le habían escrito para preguntarle si podían ir a verlo. Eso, por sí solo, le representaría gran cantidad de trabajo.

Debía volver a Craiglockhart el 25 de noviembre. Había aceptado una invitación para visitar Queen Square el día 24. Ya antes lo habían invitado en varias ocasiones, y siempre había encontrado alguna excusa para no asistir, pero ahora que era uno de los pocos médicos instalados en Londres que trataban las psiconeurosis de guerra, sí aceptó, más porque lo consideró oportuno que por placer. Y por tanto, a las nueve y media del 24 de noviembre, subió por la escalinata del Hospital Nacional. Esa noche los cañones le habían alterado el sueño más que de costumbre, y se sentía claramente indispuerto. Si hubiese podido anular o aplazar la visita sin causar ofensa a nadie, sin duda lo habría hecho. Dio su nombre a la recepcionista. El doctor Yealland lo esperaba, contestó ella. Suba.

Cogió el ascensor hasta la tercera planta. Atravesó las puertas de vaivén que daban a un largo y resplandeciente pasillo vacío, que pareció alargarse en

cuanto accedió a él. Empezaba a pensar que estaba realmente enfermo. Ese pasillo desierto en un hospital donde, como sabía, se hacinaban los pacientes, producía una sensación inquietante. Extraña. Casi la misma que describían sus pacientes al hablar de sus experiencias en el frente, en Tierra de Nadie, ese paisaje aparentemente desprovisto de vida que en realidad contenía millones de hombres.

Las puertas de vaivén en el otro extremo del pasillo se abrieron. Al principio Rivers se sintió complacido, esperando que lo recibiera una exultante enfermera o voluntaria, pero atravesó el umbral una criatura que apenas parecía un hombre, medio a rastras. Avanzaba con notable rapidez para estar tan encorvado, tan manifiestamente deformado. Tenía la cabeza torcida a un lado y echada hacia atrás, la columna tan doblada que el pecho quedaba casi paralelo a las piernas, éstas también curvas en las rodillas. Además tenía un brazo, el izquierdo, alejado del cuerpo y contraído. Mantenía la mano derecha agarrada al pasamanos, no deslizándola, sino moviéndola hacia delante paso a paso, con repetidas palmadas en la madera.

Cuando se cruzaron, el hombre volvió la cabeza, en la medida en que era capaz de volverla, y miró a Rivers. Probablemente se sintió impulsado a ello por la curiosidad que los pacientes siempre sienten al aparecer un médico en una sala donde nunca ocurre nada más, pero Rivers tuvo la impresión de que su expresión era a la vez sombría y malévol. Tuvo que obligarse a apartar la mirada. En ese momento salió una voluntaria de una sala lateral y, con el brío que las caracterizaba, anunció:

—Ya son casi las diez. Es hora de irse a la cama.

La ronda de la mañana. Rivers se preguntó si era eso lo que le esperaba.

No se equivocó. Yealland salió de su despacho flanqueado por dos médicos subalternos, le estrechó la mano enérgicamente y dijo que la mejor presentación general quizá fuera una ronda por las salas.

Formaban el grupo Yealland, los dos médicos subalternos en prácticas, una hermana de sala, que no aportó nada ni la invitaron a hacerlo, y una pareja de ordenanzas que permanecían en segundo plano por si se requerían sus servicios para levantar a alguien. Yealland era un personaje imponente. Al conversar, no sólo miraba a los ojos a su interlocutor, sino que fijaba los

suyos en él tan atentamente que el otro tenía la sensación de que su cráneo era transparente. Hablaba con extrema precisión. Algo en esta proyección de autoridad firme e implacable despertó en Rivers un deseo de reír, pero dudó que hubiese querido reírse en caso de haber sido un médico subalterno o un paciente.

Primero pasaron por la sala de postratamiento. El grueso de la conversación era entre Yealland y los dos médicos subalternos, con apartes ocasionales dirigidos a Rivers. El contacto con los pacientes se restringía a un saludo vigoroso, animado y con autoridad. No se les preguntaba nada sobre su estado psicológico. Muchos de ellos, pensó Rivers, presentaban indicios de depresión, pero en todos los casos se había prescrito como cura la eliminación del síntoma físico. La mayoría de aquellos pacientes recibirían el alta al cabo de una semana, informó Yealland. Rivers se interesó por el índice de recaídas y el índice de suicidios. Recibió la respuesta previsible: nadie lo sabía.

A continuación visitaron la sala de ingresos, de una longitud inmensa, con hileras de camas blancas muy juntas. A ambos lados, los ventanales se extendían desde el suelo hasta el techo, y una fría luz septentrional bañaba el espacio. Los pacientes, muchos con deformaciones extrañas en los miembros, permanecían sentados –si es que podían sentarse– en las camas con la espalda erguida, en una actitud lo más parecida posible a la posición de firmes. El hombre que Rivers había visto en el pasillo se hallaba en esa sala, justo a la entrada, tendido boca abajo en su cama, con las nalgas en alto, muy posiblemente la única postura que era capaz de mantener. No podía decirse que contribuyera a la deseada impresión de orden, pero las enfermeras habían hecho lo que estaba a su alcance. La pequeña procesión se detuvo junto a su cama.

Hasta entonces la actuación de Yealland había sido expeditiva. Rivers sospechó que perdía interés en los pacientes en cuanto se obraba el milagro. Ahora, en cambio, se volvió hacia Rivers con verdadero entusiasmo.

–Éste es un caso bastante típico –observó, dirigiendo un gesto de asentimiento a Rivers.

El paciente, tras estallar un obús cerca de él, había quedado enterrado

hasta el cuello y permanecido así durante cierto tiempo bajo incesante e intenso fuego cruzado. Después de desenterrarlo, estuvo aturdido durante dos o tres días, aunque conservaba un vago recuerdo de la explosión. Seis semanas más tarde lo enviaron a Inglaterra, a un hospital de Eastbourne, donde lo sometieron a un tratamiento basado en el ejercicio físico. Durante ese periodo la flexión anómala de la columna había empeorado.

Retiraron la sábana. No le era posible doblar el tronco pasivamente, comentó el médico, haciendo una demostración. El paciente no podía comer de una mesa y, como todos veían, no podía yacer recto en la cama. Se quejaba de grandes dolores de cabeza, que se agravaban de noche. Y cuando despertaba veía danzar luces de colores ante los ojos. Se observaba cierta hemianalgia en el lado derecho. Presentaba sensibilidad al dolor – palpando– desde la sexta dorsal hasta la zona lumbar. Sudoración abundante, sin ser excesiva, en los pies. Le practicaron una marca en la planta del pie, y tardó un tiempo anormalmente largo en desaparecer.

–¿Y qué más? –preguntó Yealland.

El joven subalterno pareció asustarse, miedo que Rivers recordaba muy bien. El dato que faltaba se le ocurrió justo a tiempo.

–No hay indicios de enfermedad orgánica –contestó triunfalmente.

–Bien. Así las cosas, ¿podemos al menos animarnos a creer que el paciente está en el hospital adecuado?

–Sí, señor.

Yealland se acercó a la cabecera de la cama.

–Recibirá tratamiento esta tarde –anunció–. Primero le enderezaré la espalda, por medio de corrientes eléctricas en la columna y la propia espalda. Tiene la capacidad de levantar la cabeza y de hecho incluso puede alargar el cuello. Comprende sin duda que el dolor se debe a la posición que adopta. Los músculos están demasiado tirantes, y no hay alivio, porque incluso cuando descansa, mantiene la misma posición. Las descargas eléctricas pueden ser intensas, pero será el medio de reestablecer las facultades perdidas, la capacidad de enderezar la espalda.

Era extraordinario. Si antes Yealland había dado una imagen de autoridad, eso no era nada en comparación con el tono semidivino que adoptó

en ese momento. El paciente estaba visiblemente alarmado.

–¿Me dolerá? –preguntó.

–Sé que no pretendía hacer esa pregunta y por tanto la pasaré por alto –respondió Yealland–. Estoy convencido de que comprende usted los principios del tratamiento, que son... –Se interrumpió, como si esperara que los aportara el propio paciente–. Mucha atención, eso lo primero y por encima de todo; charla, en último extremo y la mínima posible; preguntas, jamás. Nos veremos esta tarde.

Y así siguieron recorriendo la sala. Yealland se detuvo con actitud un tanto triunfal junto a la última cama.

–Éste es un caso verdaderamente interesante.

Rivers había reparado en ese paciente nada más entrar en la sala. Estaba sentado en la cama con la espalda muy recta, y seguía a los médicos con la mirada manteniendo una expresión de pensativo antagonismo.

–Callan –dijo Yealland–. Mons, el Marne, Aisne, el primer y segundo Ypres, Colina 60, Neuve-Chapelle, Loos, Armentières, el Somme y Arrás. –Miró a Callan–. ¿Me he dejado alguna?

Obviamente Callan oyó la pregunta, pero no contestó. Apartó la mirada de Yealland y la posó en Rivers, a quien observó de arriba abajo desapasionadamente. Yealland se inclinó hacia Rivers y musitó:

–Una actitud muy negativa.

Dirigió un gesto al médico subalterno para que empezara.

Callan había sufrido la crisis nerviosa en abril. Por entonces se hallaba destinado en una unidad de transporte en retaguardia, quizá porque su estado nervioso presentaba ya motivos de preocupación. Mientras daba de comer a los caballos, de pronto se desplomó y permaneció inconsciente durante cinco horas. Cuando recobró el conocimiento, le temblaba todo el cuerpo y era incapaz de hablar. Desde entonces no había despegado los labios. Atribuía la pérdida del habla a un golpe de calor.

–¿Métodos de tratamiento? –preguntó Yealland.

El paciente, inmovilizado con correas a una silla durante periodos de veinte minutos, era sometido a potentes corrientes eléctricas en el cuello y la garganta. Se le aplicaban repetidamente placas calientes en el fondo de la

garganta, y cigarrillos encendidos en la lengua.

–Perdón, ¿cómo dice? –preguntó Rivers.

–Cigarrillos encendidos en la lengua, señor.

–Sin perseverar en nada de ello –añadió Yealland–. Ése es el peor enfoque posible para un tratamiento, porque la electricidad ya se ha probado, y él sabe, o cree saber, que no da resultado. –Se acercó a la cabecera de la cama–. ¿Usted desea curarse? Responda con la cabeza si es que sí.

Callan sonrió.

–Lo veo muy indiferente a su estado, pero la indiferencia no sirve en tiempos como éstos. He visto a muchos pacientes con trastornos similares, y no pocos casos en los que la dolencia ha existido durante mucho más tiempo. Por mi experiencia sé que en situaciones así nos encontramos ante dos clases de pacientes: aquéllos que quieren recuperarse y aquéllos que no quieren. Conozco a fondo su trastorno y me da igual a qué grupo pertenezca usted. Debe recobrar el habla de inmediato.

Cuando salían de la sala, Yealland llevó a un lado a Rivers.

–¿Tiene tiempo para presenciar un tratamiento?

–Sí, me gustaría mucho. –Al margen de todo lo demás, sentía curiosidad por saber a qué intensidad se referían al calificar de «potentes» las corrientes eléctricas. Era un detalle sobre el cual se advertía cierta reticencia en los artículos publicados–. ¿Podría verlo aplicado al hombre con el que acabamos de estar?

–Sí. Aunque no será rápido. Y no puedo interrumpir el tratamiento.

–No se preocupe. Esta tarde no tengo ningún paciente. Me gustaría verlo a él en concreto por el fracaso de los anteriores tratamientos.

–Sí, tiene usted razón. Es el caso más interesante. Los demás son simple rutina.

Se dirigían hacia el comedor de los oficiales médicos para el almuerzo.

–¿Sólo hace una sesión? –preguntó Rivers.

–Sí. El paciente, cuando entra en la sala de tratamiento eléctrico, tiene que saber que no hay salida salvo la recuperación completa. –Yealland vaciló–. Normalmente lo administro yo solo.

–Procuraré molestar lo menos posible.

Yealand asintió.

–Bien. Lo último que necesitan estos pacientes es un público compasivo.

Después de comer fueron directamente a la sala de tratamiento eléctrico. Rivers se sentó en una silla dura en el rincón, dispuesto a quedarse tanto tiempo como hiciera falta. Componían el resto del mobiliario un pequeño escritorio con una pila de carpetas de color beige bajo el ventanal, la batería y la silla del paciente, que parecía más bien la silla de un dentista, salvo por las correas en los brazos y en torno al reposapiés. Yealland, que había ido a vaciar la vejiga en previsión de una sesión larga, entró frotándose las manos. Saludó a Rivers animadamente con un gesto, pero no habló. A continuación, para relativa sorpresa de Rivers, empezó a bajar las persianas. Eran las características persianas tupidas y eficientes de tiempos de guerra, y cuando acabó, no entraba en la sala ni una pizca de luz de aquel día desapacible de noviembre. Rivers esperaba que encendiese las luces del techo, pero no lo hizo. Yealland optó por dejar la habitación a oscuras, a excepción de un pequeño círculo de luz en torno a la batería. La luz se reflejaba en su bata blanca y en su rostro.

Entraron a Callan. Se lo veía indiferente, o desafiante, aunque en cuanto lo instalaron en la silla, desplazó la mirada alrededor con visible temor.

–Voy a echar el cerrojo –anunció Yealland. Al regresar, se plantó ante el paciente y dejó caer la llave ostensiblemente en el bolsillo del pecho–. Debe hablar antes de separarse de mí.

Eso estaba muy bien, pensó Rivers. Pero Yealland se había encerrado también él con el paciente. No había vuelta atrás.

Yealland colocó el parche del electrodo en las vértebras lumbares y se dispuso a acoplar el largo electrodo faríngeo.

–No se separará de mí –repitió– hasta que hable tan bien como hablaba. Ni un minuto antes.

Las correas de la silla seguían desabrochadas. Yealland introdujo un depresor lingual. Callan no cooperó ni se resistió; sencillamente permaneció con la boca muy abierta y la cabeza atrás. Yealland aplicó el electrodo en el fondo de la garganta. Callan dio tal sacudida hacia atrás que se desprendieron los cables de la batería. Yealland retiró el electrodo.

–Recuerde que debe comportarse como corresponde al héroe que espero que sea –dijo Yealland–. Un hombre que ha combatido en tantas batallas debería tener más control de sí mismo. –Abrochó las correas en torno a las muñecas y los pies de Callan–. Recuerde que debe hablar antes de separarse de mí.

Callan estaba pálido y tembloroso, pero era imposible conocer la magnitud de su dolor, ya que obviamente estaba tan incapacitado para gritar como para hablar. Yealland volvió a aplicar el electrodo, de manera continua, pero por lo visto con una intensidad más débil, porque Callan no se sacudió.

–Cuando esté listo para intentar hablar, indíquemelo con un gesto de la cabeza.

Tardó una hora. Durante todo ese tiempo Rivers apenas se movió. Su empatía para con el hombre sentado en la silla lo mantenía inmóvil, ya que el propio Callan no se movió en ningún momento, salvo una vez para flexionar los dedos de las manos sujetas por las correas. Al final asintió con la cabeza. Yealland le retiró el electrodo de inmediato, y Callan, con un gran esfuerzo, consiguió decir «Ah» en una especie de susurro entrecortado.

–¿Es consciente de que hay ya una mejoría? –preguntó Yealland–. ¿Se da cuenta de que ya se ha obtenido un resultado? Por pequeño que le parezca, si se detiene a pensarlo racionalmente, me creerá cuando le digo que no tardará en hablar.

Aplicó de nuevo el electrodo y empezó a pronunciar los sonidos del alfabeto, a, be, ce, de, etcétera, animando a Callan a repetirlos. Éste se limitaba a repetir «ah». Cada vez que Callan decía «ah» a petición del médico, se le retiraba momentáneamente el electrodo. Cada vez que sustituía «ah» por otros sonidos, volvía a aplicarse la corriente.

Ya llevaban una hora y media en la sala. Saltaba a la vista que Callan estaba agotado. Pese a la casi continua aplicación de corriente eléctrica, incluso empezaba a vencerlo el sueño. Yealland percibió que perdía la atención del paciente y soltó las correas.

–Ande por la sala –ordenó.

Callan obedeció, y Yealland caminó a su lado, instándolo a repetir las letras del alfabeto; aunque el paciente tampoco ahora producía más sonido que «ah», y con un susurro ronco, muy desde el fondo de la garganta. Callan tropezaba una y otra vez, y Yealland lo sujetaba. Deambularon arriba y abajo, entrando y saliendo del círculo de luz en torno a la batería.

Por fin surgió la rebelión. Callan retiró el brazo de las manos de Yealland con un brusco tirón y corrió hacia la puerta. Obviamente había olvidado que estaba cerrada con llave, pero lo recordó en el acto y se volvió hacia Yealland.

–Esa idea de separarse de mí ahora es absurda –dijo Yealland–. No puede abandonar esta sala. La puerta está cerrada y yo tengo la llave en el bolsillo. Se separará de mí cuando se cure, recuérdelo, no antes. No me cabe duda que está cansado y desanimado, pero la culpa no es mía; la razón es que usted no entiende su estado como lo comprendo yo, y el tiempo que ya ha pasado conmigo no es mucho en comparación con el tiempo que estoy dispuesto a quedarme con usted. ¿Lo entiende?

Callan miró a Yealland. Por un segundo le pasó por la cabeza la idea de golpearle, se vio claramente, pero de pronto pareció aceptar la derrota. Tras señalar la batería y luego su boca, indicó con un gesto: «Sigamos».

–No –replicó Yealland–. Todavía no ha llegado el momento de continuar con el tratamiento eléctrico; si hubiera llegado, yo ya se lo habría administrado. No quiero sugerencias tuyas; no son necesarias. Cuando llegue el momento de continuar con la electricidad, la recibirá, lo quiera o no. – Guardó silencio por un instante. Luego añadió con gran énfasis–: Usted debe hablar, pero yo no escucharé nada de lo que tenga que decir.

Volvieron a deambular de aquí para allá, y Callan repetía «ah» pero no emitía ningún otro sonido. Producía «ah» con un esfuerzo casi sobrehumano, con espasmos en los músculos del cuello y sucesivas sacudidas de cabeza.

Incluso el torso y los brazos intervenían en el inmenso esfuerzo de empujar ese sonido a través de los labios. Rivers tuvo que contenerse para no emitir el sonido por él. Él mismo estaba muy tenso; lo asaltaban una y otra vez los peores recuerdos de su propio tartamudeo.

–Ahora ya está listo para la siguiente fase del tratamiento, que consiste en la administración de potentes descargas en la parte exterior del cuello. Se transmitirán a la laringe y pronto podrá decir todo lo que quiera en susurros.

Callan fue colocado otra vez en la silla e inmovilizado nuevamente con las correas. Yealland le aplicó en el cuello, en la región de la laringe, la corriente del electrodo principal con breves ráfagas, a la par que repetía «a, be, ce, de», etcétera, al ritmo de las descargas. A la tercera repetición del alfabeto, Callan dijo de pronto «be», pero en lugar de intentar el siguiente sonido, siguió repitiendo «be», no en voz alta, aunque sí con virulencia. «Be, be», y luego, inconfundiblemente, «¡Beeee! ¡Beeeeee! ¡Beeeeeee!».

Yealland pareció francamente complacido.

–¿No se alegra de haber hecho semejante avance? –preguntó.

Callan empezó a llorar. Durante un rato sólo se oyeron en la sala sus sollozos. Al cabo de un momento se enjugó los ojos con el dorso de la mano y, con gestos, pidió agua.

–Sí, pronto tendrá agua. En cuanto sea capaz de pronunciar una palabra.

Callan apartó a Yealland de un empujón y, abalanzándose contra la puerta, sacudió el picaporte y aporreó la madera con los puños. Rivers ya no podía seguir mirando. Fijó la vista en el dorso de sus manos cerradas.

–Abandonará esta sala cuando hable con normalidad –insistió Yealland–. Sé que no desea interrumpir el tratamiento ahora que está haciendo tales avances. Es usted un hombre noble y esas ideas que se le meten en la cabeza y lo empujan a querer separarse de mí no representan su verdadera personalidad. Sé que anhela curarse y se alegra de haberse recuperado hasta este punto; ahora está cansado y no puede pensar con claridad, pero debe esforzarse en pensar como es propio de su verdadera personalidad: la de un héroe de Mons.

Quizá Callan recordaba, y no así Yealland, por lo visto, que Mons había sido una derrota. En cualquier caso regresó a la silla.

–Debe pronunciar un sonido –dijo Yealland–. Me da igual cuál sea ese sonido. Me entenderá cuando digo que podré encauzar cualquier sonido hacia la producción de sonidos vocálicos, luego hacia sonidos consonánticos y por último hacia palabras y frases. Emita un sonido cuando respire hondo, y en cuanto yo le toque la garganta.

Callan, aunque parecía cooperar, era incapaz de producir sonidos respiratorios.

Dio la impresión de que Yealland perdía la paciencia. Cerró las manos en torno a las muñecas de Callan y dijo:

–Esto ya se ha prolongado demasiado. Puede que tenga que utilizar una corriente más potente. No quiero hacerle daño, pero si es necesario, lo haré.

Rivers no supo si la ira era fingida o real, pero no cabía duda acerca de la intensidad de la corriente aplicada al cuello en una descarga tras otra. No obstante, surtió efecto. Pronto Callan repetía «ah» con un tono normal, luego otros sonidos, y por fin palabras. En ese punto Yealland dejó de utilizar la electricidad, y Callan se desplomó hacia delante en la silla. Pareció que iba a caerse, pero las correas lo sujetaron.

–Siga repitiendo los días de la semana –indicó Yealland.

–L-l-l-lunes. M-m-m-m-martes. M-m-m-m-miércoles...

Acabó por el domingo.

–Recuerde que no hay manera de salir de aquí, salvo volviendo a su voz de siempre y por esa puerta. Yo tengo una llave. Usted tiene la otra. Cuando hable debidamente, abriré la puerta y podrá volver a la sala.

Y así siguieron, repasando el alfabeto, los días de la semana, los meses del año –las descargas a veces suaves, a veces en extremo intensas–, hasta que Callan habló con normalidad. En cuanto pudo pronunciar las palabras con claridad en un tono normal, desarrolló, en el brazo izquierdo, un espasmo o temblor, no muy distinto de la parálisis agitante. Yealland aplicó en el brazo un electrodo de rodillo. El temblor reapareció en el brazo derecho, después en la pierna izquierda y por último en la derecha, y cada caso fue tratado mediante la aplicación del electrodo. Finalmente se declaró concluida la cura. Se permitió a Callan ponerse de pie.

–¿No se alegra de estar curado? –preguntó Yealland.

Callan sonrió.

–No me gusta su sonrisa –dijo Yealland–. La encuentro muy inaceptable. Siéntese.

Callan se sentó.

–Esto no será breve –anunció Yealland–. Sonría.

Callan sonrió, y el electrodo principal fue aplicado a un lado de la boca. Cuando por fin se le permitió levantarse otra vez, ya no sonreía.

–¿No se alegra de estar curado? –repitió Yealland.

–Sí, señor.

–¿Qué más?

Una mínima vacilación. Callan comprendió enseguida qué se le exigía y en el acto dirigió un saludo militar a Yealland.

–Gracias, señor.

Esa noche después de cenar, Rivers intentó escribir el artículo que debía entregar a la Real Sociedad de Medicina en diciembre. Mientras releía lo que había escrito, se dio cuenta de que ciertas imágenes lo asaltaban una y otra vez. El hombre del pasillo en Queen Square, las manos de Yealland, la boca abierta de Callan, las dos figuras, médico y paciente, deambulando arriba y abajo, entrando y saliendo del círculo de luz en torno a la batería. En Rivers no era normal visualizar de manera tan intensa, ni de hecho visualizar en general, pero ciertamente la experiencia en su conjunto, de principio a fin, había tenido algo de... alucinatorio.

Rivers abandonó la máquina de escribir y fue a sentarse en su sillón junto al fuego. En cuanto renunció a concentrarse en el artículo, supo que estaba enfermo. Sudaba, el corazón le latía con fuerza, sentía palpitaciones en todo el cuerpo, y volvió a experimentar esa sensación extraordinaria de que la sangre avanzaba a empujones por las venas. Pensó que quizá tenía un poco de fiebre, pero nunca, por principio, se tomaba él mismo la temperatura ni el pulso. No estaba dispuesto a caer en el neuroticismo más allá de cierto punto.

Su confrontación con Yealland lo había agotado, ya que, aun siendo cortés el trato entre ellos, aquello había sido una confrontación. Estaba demasiado cansado para seguir trabajando, pero sabía que si se acostaba en ese estado, no dormiría, aun si esa noche no se producían las perturbaciones de la artillería. Decidió dar una vuelta por Hampstead Heath, cogió el abrigo del perchero y bajó lentamente por la escalera. La señora Irving era una mujer más bien agradable, pero también estaba muy sola, y tenía cierta tendencia a airear sus quejas sobre las excesivas exigencias de los refugiados belgas.

Rivers llegó al final de la escalera, aguzó el oído un momento y luego salió sigilosamente de la casa.

Avanzó a tientas por la calle oscura. Las ventanas con los postigos cerrados, como ojos ciegos, observaban desde ambos lados. Esa oscuridad era algo nuevo, como la profunda oscuridad del campo. Incluso en Hampstead Heath, desde donde normalmente Londres se extendía en un despliegue de luz, sólo se veía oscuridad, y más oscuridad. Las estrellas se reflejaban en el estanque con un resplandor mate, como el del metal. No había más luz que ésa. Empezó a rodearlo, intentando quitarse Queen Square de la cabeza, pero las imágenes flotaban ante él como motas en el ojo. Una y otra vez se representaba la cara de Callan, oía su voz repetir palabras sencillas, una parodia grotesca de Adán al dar nombre a las cosas creadas. Se sintió perseguido. Allí estaban, los dos, Yealand y su paciente, deambulando arriba y abajo en su cabeza, sin que nadie los invitara. Si ésa era la experiencia habitual de quienes tenían la capacidad de visualizar, sólo podía decir que le resultaba sumamente desagradable.

Se detuvo y contempló el estanque. Percibió el susurro de unos pasos poco firmes. Alguien chocó con él y murmuró algo, pero él se alejó. Para cuando llegó a su pensión, se sentía mucho mejor, tanto que saludó a la señora Irving en el vestíbulo y la felicitó por una cena más que correcta.

Ya en su habitación, se acostó de inmediato. Notó las sábanas frías, tan frías que volvió a preguntarse si no tendría fiebre, pero al menos las palpitaciones y la dificultad respiratoria habían remitido. Pensó que podría dormir si los zepelines y los cañones lo permitían, y en efecto lo invadió el sueño en cuanto apagó la luz.

Recorría el pasillo de Queen Square, un pasillo inmensamente largo que se alargaba aún más a medida que avanzaba por él, como una goma elástica totalmente estirada. En el extremo opuesto, las puertas se abrían y cerraban, con un vaivén anormalmente prolongado, como las alas de un pájaro de mal agüero. Agarrado a la barandilla, el hombre deforme lo observaba acercarse. Seguía su avance con la mirada. Abría la boca y de ella salían las palabras: «Expreso esta protesta en representación de mis compañeros de armas, porque, a mi juicio, aquéllos con el poder necesario para poner fin a la guerra

están alargándola intencionadamente».

Las palabras resonaban a lo largo del pasillo blanco. Súbitamente el sueño cambiaba. Se hallaba en la sala de tratamiento eléctrico, con un electrodo faríngeo en la mano y la boca abierta de un hombre ante sí. Vio el interior húmedo y rosado, el leve temblor de la campanilla, la superficie granulosa y amarillenta de la lengua, y las amígdalas, como grandes huevos hinchados de color azul violáceo. Introdujo el depresor lingual e intentó aplicar el electrodo, pero por alguna razón éste no entraba. Trató de forzarlo. El hombre se resistió y se agitó debajo de él. Bajando la vista, vio que el objeto que tenía en la mano era el bocado de un caballo. Ya había causado considerables daños. El hombre tenía las comisuras de los labios en carne viva, salpicadas de sangre y espumarajos, pero él seguía de todos modos, intentando introducir por la fuerza el bocado, hasta que un grito del paciente lo despertó. Se incorporó, con el corazón acelerado, y se dio cuenta de que era él quien había gritado. Por un instante el sueño fue tan vívido que continuó viendo la silla, la batería, la boca torturada. Luego, nada. Gradualmente, se le acompasó el ritmo del corazón, pero cuando se levantó de la cama y cruzó la habitación para sentarse junto a la ventana, volvió a acelerársele a causa de ese ligero esfuerzo.

Esa noche no hubo incursión aérea. Resultaba irónico que esa única noche tranquila lo despertara una pesadilla. Como ocurría con todas las pesadillas, el horror perduró. Seguía sintiéndose culpable. Eso, pensó —el autorreproche—, había sido el afecto dominante. Al principio tendió a relacionarlo con las imágenes cuasi sexuales del sueño, porque la acción onírica había sido una representación fiel del tratamiento de Yealland y parecía incómodamente una violación oral. No creía, no obstante, que el conflicto subyacente fuera sexual.

El contenido manifiesto procedía de su visita a Queen Square y estaba presente sin apenas transformación. No cabía duda de que la visita rebosaba posibilidades de conflicto. Desde el primer momento había sentido una tensión entre, por un lado, su compasión para con los pacientes, sus dudas sobre la calidad del tratamiento que recibían y, por otro lado, la obligación social y profesional de comportarse de una manera razonablemente cortés.

Conforme pasaba el día, el conflicto se había agravado claramente. Durante el almuerzo Yealland le había hablado de un paciente suyo, un oficial con un serio tartamudeo, a quien Yealland había curado –como de costumbre– en una sola sesión. Rivers –para diversión y exasperación suyas– había reaccionado a la anécdota tartamudeando de manera muy perceptible. Y cada vez que titubeaba ante una palabra, intuía que Yealland calculaba el voltaje. Todo absurdo, claro está. La situación lo había divertido más que cualquier otra cosa; así y todo, el agravamiento del tartamudeo revelaba el conflicto subyacente que bien podía haberse expresado en un sueño.

El hombre del pasillo con la deformación vertebral parecía representar a Sassoon, porque había mencionado la declaración, pero era difícil imaginar a alguien más distinto físicamente de Sassoon que aquel pseudoenano contrahecho. Y la expresión de antagonismo: eso desde luego no se correspondía en nada con la actitud del Sassoon real hacia él. Pero tampoco había ninguna razón para que así fuera. La acción onírica es creación de quien sueña. La atmósfera de ese sueño, una atmósfera tan poderosa que aún no podía desprenderse de ella, transmitía una autoacusación en extremo dolorosa. La expresión del hombre sólo tenía que reflejar su propia sensación de que Sassoon tal vez tenía motivos para el antagonismo.

No había podido ver la cara del segundo paciente, y no tenía una clara idea de su identidad. El candidato obvio era Callan, ya que había presenciado el tratamiento de éste, y Callan trabajaba con caballos cuando perdió el habla, detalle que podía explicar la presencia del bocado. Y sin embargo tenía la casi total certeza de que el paciente del sueño no era Callan.

En la sala le había llamado la atención un ligero parecido facial entre Callan y Prior, que padecía también de mudéz a su llegada a Craiglockhart. Recordó un incidente poco después de la llegada de Prior: introdujo una cucharilla hasta el fondo de su garganta, confiando en que el reflejo nauseoso desencadenara la recuperación del habla. Eso a veces sucedía. Había visto a más de un paciente recobrar la voz de esa manera. Pero lo había intentado en un estado de profunda irritación con Prior, y la náusea de éste le había ocasionado un momentáneo espasmo de satisfacción. Muy leve, pero suficiente para inducirlo a sentirse, en retrospectiva, descontento con su

propia conducta. Los pacientes mudos suscitaban exasperación, y más cuando, como era el caso de Prior y Callan, apenas disimulaban la complacencia en su trastorno. Tal vez el paciente del sueño era una figura compuesta, parte Callan, parte Prior, propiciada la combinación por el hecho de que él había aplicado una cucharilla en la garganta de Prior, y Yealland un electrodo en la de Callan.

Pero no se podía comparar el grado de daño infligido en ambos casos. Ante eso, parecía felicitarse por dar un trato más humano a los pacientes que Yealland, pero entonces ¿a qué se debía la autoacusación presente en la atmósfera? En el sueño él ocupaba el lugar de Yealland. El sueño parecía decir, en lenguaje onírico, «no te engañes, no hay ninguna diferencia».

Un bocado de caballo. No un electrodo, no una cucharilla. Un bocado. Un instrumento de control. Obviamente, Yealland y él se dedicaban ambos al control de las personas. Los dos reacondicionaban a hombres jóvenes para la función de guerrero, función que éstos –aunque inconscientemente– rechazaban. En los últimos tiempos se había preguntado alguna que otra vez qué sentido tenía devolver la salud mental a aquellos hombres en el contexto de su trabajo. En general la curación significa que el paciente abandona un comportamiento claramente autodestructivo. Pero en aquellas circunstancias el restablecimiento implicaba el retorno a actividades que no sólo eran autodestructivas, sino a todas luces suicidas. Pero, claro está, en una guerra nadie actúa libremente. Yealland y él estaban ambos atrapados, en igual medida que sus pacientes.

Bocados. La mordaza de hierro utilizada para silenciar a las mujeres recalcitrantes en la Edad Media. Más recientemente, con los esclavos norteamericanos. Y sin embargo, en la sala, escuchando la lista de batallas de Callan, había tenido la impresión de que el silencio de ese hombre era más poderoso que cualquier palabra que pudiera decir. Más tarde, en la sala de tratamiento eléctrico, mientras Callan empezaba a repetir lentamente el alfabeto, deambulando arriba y abajo con Yealland, entrando y saliendo del círculo de luz, Rivers había tenido la sensación de que presenciaba el silenciamiento de un ser humano. De hecho, Yealland casi había dicho precisamente eso. «Usted debe hablar, pero yo no escucharé nada de lo que

tenga que decir.»

Silenciamiento, pues. La tarea de silenciar a alguien, estando él en el lugar de Yealland y un paciente no identificado en la silla. Todavía era posible escapar, creerse que la acusación del sueño era general. Del mismo modo que Yealland silenciaba la protesta inconsciente de sus propios pacientes eliminando la parálisis, la sordera, la ceguera, la mudéz que se interponía entre ellos y la guerra, también él, de un modo infinitamente más sutil, silenciaba a sus pacientes; ya que los tartamudeos, las pesadillas, los temblores, las pérdidas de memoria de los oficiales eran una protesta involuntaria en la misma medida que las enfermedades más manifiestas de los soldados.

Pero no se creía la acusación general. No se creía que ése fuera el significado del sueño. Los sueños eran detallados, concretos, específicos: la voz de lo protopático oída por fin, a medida que los centros superiores del cerebro se cerraban uno por uno. Y sabía quién era el paciente de la silla. No era Callan, no era Prior. Sólo un hombre estaba siendo silenciado tal como indicaba el sueño. Se dijo que la acusación era injusta. Fue Sassoon quien decidió renunciar a la protesta, no él. Pero a Rivers eso no le sirvió de nada. Conocía el alcance de su propia influencia.

Permaneció sentado junto a la ventana mientras amanecía en Hampstead Heath, y lo invadió la sensación de tener que apelar la condena en un juzgado donde él mismo había sido jurado y juez.

En la consulta de Head reinaba el silencio. Unos visillos blancos cubrían los ventanales que daban a la plaza. En el cielo las nubes se desplazaban y el sol asomaba entre ellas de manera intermitente, y cuando lucía, se proyectaban en el suelo las formas de las ramas deshojadas de los plátanos. Así debían de estar los pacientes de Head, sentados allí hora tras hora, bajo la mirada intensa de aquellos ojos más bien saltones, mientras en el resto de la casa se oían portazos y empezaba a sonar el teléfono. Pero ahí terminaba la normalidad de la «visita» de Rivers, porque Head jamás, ni siquiera ante la mayor provocación, habría espetado a uno de sus pacientes que no decía más que tonterías sin el menor control. Rivers abrió la boca para protestar y Head lo obligó a callar con un gesto.

–De acuerdo –prosiguió Head–. Es atolondrado, inmaduro, con tendencia a los arranques de entusiasmo, inconsecuente. Todo eso. Pero... Además, prácticamente no tuvo padre, y te ha puesto a ti en el lugar del padre. Pero también es... –enumeró con la ayuda de los dedos– valiente, capaz de resistir una presión extrema... el solo hecho de que protestara en el actual clima demuestra que... sobre todo... no, permíteme acabar... tiene integridad. Por lo que me has contado de él era obvio que iba a volver en cuanto comprendiera que la protesta era inútil, sencillamente porque era imposible que se quedara honorablemente en Craiglockhart ocupando una cama que no necesitaba.

Rivers sonrió.

–¿Para qué sirven los amigos si no es para sacarte de un atolladero?

–Pues, ya puestos, permíteme sacarte del atolladero. En cuanto a que

Yealland y tú hacéis esencialmente lo mismo... Pero, por el amor de Dios, si de verdad crees eso, es el primer síntoma de demencia. No puedo imaginar a nadie más distinto de Yealland... los métodos, las actitudes, los valores, todo. La actitud misma ante el paciente. Y a pesar de toda esta autolaceración, no puedo dejar de pensar que tú eso ya lo sabes. Si fueras tú el paciente, ¿quién preferirías que te tratara?

–Tú.

Head sonrió.

–No, no voy a decir que trabajo mal, pero no lo hago tan bien como tú con esos pacientes en concreto.

–Supongo que estoy preocupado por él.

–Sí. Bueno...

–Creo que lo que más me inquieta es esa incapacidad absoluta para pensar en la vida después de la guerra. Verás, creo que ha decidido dejarse matar.

–Razón de más para que tengas claro de quién ha sido la decisión de que él vuelva. –Un silencio–. Por cierto, la otra noche, después de cenar, Ruth comentó lo cambiado que te veía.

Rivers miraba por la ventana.

–¿Crees que es verdad? –preguntó Head.

–Probablemente yo fuera la última persona en saberlo. No me imagino volviendo al mismo estilo de vida. Pero... –Levantó las manos–. Ya he vivido eso antes. Y... –Una breve risa autodespectiva–. No pasó nada.

–¿Y eso cuándo fue?

–Después de mi segundo viaje a las islas Salomón.

Head esperó.

–No sé si alguna vez has vivido la... experiencia de que tu vida cambiara por un incidente trivial. Ya sabes, ningún hecho dramático como la muerte de un padre o el nacimiento de un hijo. Algo tan trivial que casi ni ves por qué ha tenido el efecto que ha tenido. A mí me ocurrió en ese viaje. Estaba en el *Southern Cross*... era el barco de la misión... y había un grupo de isleños, conversos recientes. Siempre se nota si son recientes, porque las mujeres aún llevan los pechos al descubierto. Y pensé en realizar mi rutina de costumbre,

así que empecé a hacer preguntas. La primera pregunta fue: ¿Qué harías con una guinea si la ganaras o la encontraras? ¿La compartirías, y en ese caso, con quién la compartirías? Captaba su atención porque para ellos eso era mucho dinero, y así es posible averiguar cosas muy diversas sobre la estructura del parentesco y la organización económica, y demás. En cualquier caso, cuando acabamos... estábamos todos sentados con las piernas cruzadas en la cubierta, a kilómetros de cualquier sitio... decidieron volver las tornas y me hicieron las mismas preguntas. Empezando por: ¿Qué haría yo con una guinea? ¿Con quién la compartiría? Expliqué que no estaba casado y no me sentiría obligado a compartirla con nadie. Reaccionaron con auténtica incredulidad. ¿Cómo podía alguien vivir de esa manera? Y así sucesivamente, pregunta tras pregunta. Fue una de esas situaciones en la que uno se echa a reír y, ya sabes, los demás se suman, y al final las risas se alimentan a sí mismas. Para cuando acabé, se revolcaban por la cubierta. Y de pronto comprendí que dijera lo que dijera recibiría la misma respuesta. Podía haber hablado de sexo, represión, culpabilidad, miedo, toda esa lamentable retahíla, y habría recibido exactamente la misma respuesta. No habrían sentido ni un asomo de rechazo ni desaprobación ni... compasión ni nada, porque todo les habría resultado demasiado raro. Y de pronto vi que sus reacciones ante mi sociedad no eran ni más ni menos válidas que las mías ante la suya. Y ése fue un momento de asombrosa libertad, ¿sabes? Me tendí boca arriba, cerré los ojos y me sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

—¿Libertad sexual?

—Eso también. Pero fue más que eso. Fue... el Gran Dios Blanco destronado, supongo. Porque era eso lo que hacíamos: dábamos por supuesto con absoluta naturalidad que éramos el baremo de todas las cosas. Así nos aproximábamos a ellos. Y de repente no sólo vi que no éramos el baremo de todas las cosas, sino que no había baremo.

—¿Y sin embargo dices que no ha cambiado nada?

—No ha cambiado nada en Inglaterra. Y no sé por qué. Creo que en parte por la presión misma de las expectativas de los demás. Sabes que vas por ahí con una máscara puesta y quieres quitártela desesperadamente, y no puedes

porque todo el mundo piensa que ésa es tu cara.

–¿Y ahora?

–No lo sé. Pienso que quizá los pacientes... han hecho por mí lo que yo no pude hacer por mí mismo. –Sonrió–. Lo ves, la curación sí continúa, aunque no en la dirección esperada.

Esta vez el regreso de Rivers a Craiglockhart fue más discreto que en ocasiones anteriores. No había bulliciosos jóvenes jugando al fútbol con el sombrero de una visita; de hecho, el edificio entero parecía más silencioso, aunque Brock, junto a quien Rivers se sentó durante la cena, declaró que el cambio de régimen no había tenido tanta incidencia como se había pretendido. Se había impuesto estrictamente el uso del cinturón y la bandolera, y los infractores eran perseguidos de manera implacable. Aparte de eso, el intento de dirigir un hospital psiquiátrico como si fuera una plaza de armas, tras un estridente y breve periodo de prueba, se había abandonado rápida y discretamente.

Después de cenar, Rivers se marchó a ver a los pacientes que debían someterse al día siguiente a la sesión de la Comisión Médica. Anderson había recibido por fin una visita de su mujer, aunque no parecía haberlo animado mucho. El conflicto entre él y su familia, por lo que se refería a si volvía a ejercer la medicina o no, se agravaba conforme se acercaba el momento de su marcha de Craiglockhart. Seguía teniendo unas pesadillas atroces, pero en todo caso la hemofobia por sí sola impedía todo servicio hospitalario tanto en Gran Bretaña como en Francia. Rivers esperaba que le dieran un puesto administrativo en Londres, lo cual también le permitiría seguir viéndolo. Al mismo tiempo tenía ciertas dudas incluso a ese respecto. Anderson había pasado de una posición de escepticismo e incluso falta de cooperación a un estado de profundo apego en el que existía peligro de dependencia. Salió de la habitación de Anderson cabeceando.

Sassoon se hallaba sentado junto a la lumbre casi en la misma posición en que Rivers lo había dejado.

–¿Qué ha estado haciendo? –preguntó Rivers.

–Intentar pasar inadvertido.

–¿Y lo ha conseguido?

–Eso creo.

–¿Ha podido escribir?

–He acabado el libro. Se titula *Contraataque*.

–Muy apropiado.

–Usted recibirá el primer ejemplar.

Rivers miró alrededor, y encontró la habitación fría e inhóspita a pesar del pequeño fuego.

–¿Ha tenido noticias de Owen?

–Sin cesar. Él... esto... escribe cartas ostensiblemente efusivas. Ya me entiende... –Vaciló—. Yo ya era consciente de adoración al héroe, pero empiezo a pensar que era algo más que eso.

Rivers observó el parpadeo del fuego en el pelo y el rostro de Sassoon.

–A veces pasa –comentó.

–Sólo espero haber sido lo bastante amable.

–Seguro que sí.

–¿Supongo que no habrá recibido noticias del Ministerio de la Guerra?

–Al contrario. La otra noche cené con Hope y me ha asegurado oficiosamente que no le pondrán trabas. No hay garantías, pero es lo máximo que he podido conseguir.

Sassoon respiró hondo.

–Bien. De regreso a la picadora de carne.

–Eso no significa que no deba andarse con cuidado ante la Comisión.

Sassoon sonrió.

–Hablaré lo menos posible.

Presidía la Comisión Médica el nuevo oficial al mando, el coronel Balfour Graham. La noche anterior Rivers y Brock habían hablado de los posibles efectos del cambio en el proceder de la Comisión, pero no habían llegado a ninguna conclusión firme. Balfour Graham no había tenido tiempo de conocer a la mayoría de los pacientes. O se conformaría con dejar que las

cosas siguieran su curso lo más fluidamente posible o, en el peor de los casos, quizá se sintiera obligado a reafirmar su autoridad formulando al paciente y al oficial médico más preguntas de las habituales. El tercer miembro de la Comisión Médica era el comandante Huntley, todavía obsesionado –a juzgar por la conversación sostenida en el desayuno– con el cultivo de las rosas y la degeneración de la raza.

Anderson fue el primero. Balfour Graham expresó cierta sorpresa al ver que Rivers no recomendaba una licencia absoluta.

–Quiere seguir sirviendo a su país –aclaró Rivers–, y no hay ninguna razón que se lo impida. En algún cargo administrativo. Pienso que se le podría asignar un puesto en las oficinas del Ministerio de la Guerra.

–¿A quién le estamos haciendo un favor, al Ministerio de la Guerra o al paciente? –preguntó Balfour Graham.

–Es un hombre competente. Tal vez les sea útil disponer de alguien con amplia experiencia en Francia.

–Dios mío, sí –dijo Huntley.

–Simplemente he pensado –aclaró Balfour Graham– que podría ser bueno para Anderson aplazar el momento de enfrentarse a la perspectiva de ejercer la medicina civil.

–Eso también –corroboró Rivers.

La posterior entrevista con Anderson fue razonablemente breve. De hecho, la mañana entera avanzó deprisa. Hicieron un alto para el almuerzo – en el que Rivers mostró un gran interés en el mildiu y la mancha negra del rosal–, y luego, un poco cansados pero puntualmente, ocuparon de nuevo sus puestos para dictaminar sobre los diez siguientes casos. A esas alturas Rivers seguía sin saber si sentirse más tranquilo o no. Balfour Graham era rápido, cortés, eficiente... y sagaz. Las intervenciones de Huntley, aunque pocas, eran un tanto imprevisibles, y parecían depender por completo de si el paciente le inspiraba simpatía o no. Como Willard enseguida le cayó bien, se escandalizó cuando Rivers hizo un comentario lamentando la escasa perspicacia de aquel hombre.

–¿Para qué quiere perspicacia? Se supone que tiene que matar a esos cabrones, Rivers, no psicoanalizarlos.

Sassoon fue el penúltimo.

–Un caso un tanto inusual –empezó a decir Rivers, como quitándole importancia–. En el sentido de que lo recomiendo para el servicio general fuera del país.

–Es algo más que un tanto inusual, ¿no? –preguntó Balfour Graham con una leve sonrisa–. No creo que algo así se haya hecho nunca, ¿no?

–No podría dar ninguna otra recomendación. Es plenamente apto, mental y físicamente; quiere volver a Francia y... y el Ministerio de la Guerra me ha asegurado que no le pondrán trabas.

–¿Y por qué habrían de ponérselas? –preguntó Huntley.

–Éste –aclaró Balfour Graham– es el joven que cree que se está librando la guerra por razones equivocadas y que debemos explorar el ofrecimiento alemán de paz negociada. ¿Les parece que...?

–Ésas eran sus opiniones antes –puntualizó Rivers–, cuando aún padecía de agotamiento y las secuelas de una herida en el hombro. Por suerte otro oficial, compañero suyo, intercedió y lo mandaron aquí. En realidad sólo necesitaba un breve periodo de descanso y reflexión. Ahora tiene la firme convicción de que su deber es volver.

–Ha recibido un trato demasiado indulgente, en mi opinión –observó Huntley.

–Tiene un buen historial. La Cruz Militar. Ha sido recomendado para la Orden al Mérito por Servicios Distinguidos.

–Ah –dijo Huntley.

–Ya entiendo lo que quiere decir con eso de «inusual» –comentó Balfour Graham.

–La cuestión es que quiere volver.

–Bien, veámoslo.

Sassoon entró y saludó. Rivers observó a los otros dos hombres. Balfour Graham respondió al saludo con relativa cordialidad. El comandante Huntley desplegó una radiante sonrisa. Rivers revisó con Sassoon su pasado reciente, formulando las preguntas de manera que no exigiesen más que un simple sí o no. El comportamiento de Sassoon fue excelente, con la mezcla precisa de aplomo y deferencia. Rivers se volvió hacia Balfour Graham.

Balfour Graham revolvía sus papeles. De pronto alzó la vista.

—¿No tiene pesadillas?

—No, señor.

Sassoon no cambió de expresión, pero Rivers percibió que mentía.

—¿Nunca?

—No desde que salí del Cuarto Hospital General de Londres, señor.

—Eso fue en... ¿abril?

—Sí, señor.

Balfour Graham miró a Rivers. Rivers miró el techo.

—¿Comandante Huntley?

El comandante Huntley se inclinó.

—Rivers nos ha dicho que usted ha cambiado de idea sobre la guerra. ¿Es así?

Una breve mirada de sorpresa a Rivers.

—No, señor.

Balfour Graham y Huntley se miraron.

—¿No ha cambiado de parecer? —preguntó Balfour Graham.

—No, señor. —Ahora Sassoon mantenía la vista fija en Rivers—. Mi opinión es exactamente la misma que tenía en julio. Sólo que más firme si cabe.

Un tenso silencio.

—Ya veo —dijo Balfour Graham.

—¿No salió algo en *The Times*? —preguntó Huntley—. Me parece...

Tendió la mano hacia el expediente. Rivers se inclinó y apoyó el codo en él para impedirle cogerlo.

—Pero ¿sí tiene la certeza de que su deber es regresar?

—Sí, señor.

—¿Y no alberga ninguna duda a ese respecto?

—Ni la más mínima.

—En fin —dijo Balfour Graham cuando Sassoon salió y se cerró la puerta—. Espero que lo vea usted claro, Rivers. ¿No volverá para promover la rebelión entre las filas?

—No, eso no lo hará. No hará nada que baje la moral de sus hombres.

—Confío en que tenga razón. Ha mentido sobre las pesadillas. Se ha dado

cuenta, ¿no?

–Sí, esa impresión he tenido.

–Sassoon debe de pensar que ésa podría ser una razón para retenerlo aquí. La cuestión es si nosotros tenemos una razón para retenerlo aquí. ¿Huntley?

El comandante Huntley pareció volver de muy lejos.

–Judíos españoles.

Balfour Graham lo miró con cara de incompreensión.

–Por el lado paterno. Judíos españoles.

–¿Usted conoce a la familia? –preguntó Rivers.

–Sí, claro. La madre era una Thornycroft. –Cabeceó—. En fin, vigor híbrido.

Rivers cruzaba la rosalada varios pasos por delante de Balfour Graham.

–Lo considera capacitado, ¿pues?

–Claro que lo considero capacitado –respondió Huntley—. Por Dios, ¿cuántas veces ha visto usted un físico así, siquiera en las supuestas clases altas?

Volvían a la eugenesia, pero por una vez Rivers no sintió el menor deseo de interrumpir.

Después de cenar Sassoon se pasó por el despacho de Rivers para despedirse. Le habían comunicado el dictamen de la Comisión Médica y había dedicado el tiempo intermedio a hacer la maleta. Rivers no preveía que demorara su marcha. Aparte de Owen, no había hecho amistades en Craiglockhart, ni siquiera con Anderson, pese a haber pasado juntos gran parte del día desde el principio. Y nunca se había tomado la molestia de disimular el aborrecimiento que sentía por aquel lugar.

–¿Qué va a hacer? –preguntó Rivers.

–Bueno, pasaré un par de días en Londres y luego me iré a casa, supongo.

–¿Ha llegado la hora de consultar con el doctor Mercier? No, lo digo en serio.

–Ya sé que lo dice en serio, viejo zorro –contestó Sassoon—. Luego iré a Garsington e intentaré dar una explicación a los pacifistas. –Torció el gesto—.

Eso no me apetece mucho.

–Écheme a mí la culpa. Es lo que harán ellos.

–No pienso hacer eso.

–Es una versión, ya lo sabe.

–Sí, ya lo sé. Pero no es mi versión. ¿Ha sido difícil, la sesión?

–No, ha sido sorprendentemente fácil. El comandante Huntley opina que tiene usted un gran futuro como rosal: vigor híbrido.

–Ah, ya entiendo. Es de la quinta de mi padre.

–Debo decir que la pura fuerza de su negativa a retractarse ha sido una sorpresa considerable.

Sassoon desvió la mirada.

–No podía mentir.

–Ha reaccionado bien a la pregunta de las pesadillas.

Silencio.

–¿Cuánto tiempo hace que las tiene? –preguntó Rivers.

–Desde que usted se fue. Se me pasarán en cuanto salga de aquí.

Sassoon no deseaba hablar de las pesadillas. Estaba visiblemente animado. Se sentía igual que a bordo del barco en el viaje a Francia, mientras veía Inglaterra alejarse entre la bruma. Sin dudas, sin remordimientos, sin sufrimiento, sólo una retirada directa y precipitada hacia el frente.

Rivers pareció leerle el pensamiento.

–No corra riesgos innecesarios.

–No, claro que no –respondió Sassoon. Aunque pensó que quizá sí lo hiciera.

Sassoon se levantó, a todas luces impaciente por marcharse. Rivers lo acompañó a la puerta y luego al vestíbulo. Balfour Graham y Huntley estaban allí, enfrascados en una conversación. Iba a ser una despedida muy pública.

–Seguiremos en contacto –dijo Sassoon.

–Sí. Procure venir a verme antes de marcharse de Inglaterra.

Se estrecharon la mano. Luego Sassoon, mirando de soslayo al coronel y al comandante, le dirigió una sonrisa de clara complicidad y acto seguido un saludo marcial.

–Gracias, señor.

Por un momento era Callan quien estaba allí. Luego la sala de tratamiento eléctrico en Queen Square se difuminó, y Rivers volvió a estar en Craiglockhart, en el suelo ajedrezado, solo.

Regresó a su escritorio, y atrajo hacia sí una pila de expedientes. Redactaba breves notas sobre los pacientes que habían pasado por la Comisión Médica ese día, pero podía hacerlo de manera casi automática. El pensamiento se le iba a otros asuntos mientras escribía. No perdió tiempo preguntándose cómo se sentiría si Siegfried resultaba mutilado o muerto, porque ésa era una posibilidad con cualquier paciente que volvía a Francia. Ya había pasado por eso, muchas veces. Si acaso, le veía cierta gracia a la ironía de la situación, la circunstancia de que él, cuyo trabajo consistía en cambiar a las personas, hubiera sido quien acabara cambiado, y por alguien que a todas luces no tenía conciencia de haberlo hecho.

Pero era un cambio mucho más profundo que la mera convicción de que una paz negociada era posible, y deseable. De que al menos debía explorarse. Recordó haber contado a Head que había intentado cambiar su vida al volver de Melanesia por segunda vez y que había fracasado. Siguió siendo reservado, introvertido, propenso a recluirse. Por supuesto, realizó el intento desde una actitud introvertida y cohibida, y tal vez por eso no dio resultado. Allí, en ese edificio, donde no tenía tiempo para la introversión ni para el cohibimiento, donde apenas disponía de un momento para sí mismo, los cambios se habían operado sin que él se diera cuenta. Eso no se debía a Siegfried; se debía a todos. A Burns y Prior y Pugh y un centenar más. De joven había sido, tanto por temperamento como por convicción, profundamente conservador, y no sólo en política. Ahora, en su mediana edad, el puro alcance del estropicio parecía estar induciéndolo a entrar en conflicto con las autoridades por muy diversos asuntos... médicos, militares. De todo tipo. Una sociedad que devora a sus jóvenes no merece una lealtad espontánea o incondicional. Quizá la rebelión de los mayores pudiera tener más peso que la rebelión de los jóvenes. Ciertamente la rebelión del pobre Siegfried no había tenido mucho peso, aunque se recordó a sí mismo que eso él no podía saberlo. Había sido una acción totalmente honrada, y tales acciones son semillas que se lleva el viento. Nadie sabe adónde, ni en qué

circunstancias darán fruto.

¿Cómo demonios iba a arreglárselas Siegfried en Francia? Su oposición a la guerra no había cambiado. Si acaso, se había endurecido. Y al volver al combate, pensando como pensaba, encontraría escisiones internas mucho más profundas que todo aquello que había experimentado antes. La «solución» de Siegfried era decirse que regresaba sólo para cuidar de unos cuantos hombres, pero esa fórmula no resistiría las realidades de Francia. Por más que el comandante de una sección se preocupara por el bienestar de sus hombres, en último extremo estaba allí para matar, y para adiestrar a otros a matar. La poesía y el pacifismo son una extraña preparación para ese papel. Aunque Siegfried ya lo había desempeñado antes, y con un éxito notable. Pero entonces su odio a la guerra no estaba tan desarrollado, ni tan razonado, como ahora.

Era un dilema con un desenlace muy obvio. Rivers estaba convencido – aunque nunca había expresado esa convicción – de que Sassoon volvía con la intención de que lo mataran. Eso en parte era, sin duda, autodramatización juvenil: «Así aprenderán. Lo lamentarán». Pero a eso subyacía, intuía Rivers, un sincero y profundísimo deseo de muerte.

¿Y si se le negara la muerte? Entonces sí podría venirse abajo. Y esta vez venirse abajo de verdad.

Rivers vio que había llegado al expediente de Sassoon. Leyó el informe de ingreso y las posteriores anotaciones. No había nada más que quisiera añadir que pudiera añadir. Acercó la última página y escribió: «26 de noviembre de 1917. Concedida el alta para el servicio».

Nota de la autora

En este libro los hechos y la ficción están tan entrelazados que puede ser de ayuda para el lector saber qué es histórico y qué no. Siegfried Sassoon (1886-1967) sí protestó en julio de 1917 contra la prolongación de la guerra. Robert Graves lo persuadió a someterse al dictamen de una Comisión Médica y lo mandaron al Hospital de Guerra Craiglockhart, donde fue tratado por el doctor W. H. R. Rivers, miembro de la Real Sociedad de Medicina (1864-1922), el distinguido neurólogo y antropólogo social que por entonces tenía el rango de capitán en el Real Cuerpo Médico. Durante su estancia en el centro, Sassoon entabló amistad con uno de los pacientes del doctor Brock, Wilfred Owen (1893-1918), aunque probablemente sea más exacto afirmar que la amistad desempeñó un papel más importante en la vida de Owen, entonces y después, que en la de Sassoon.

Los métodos de Rivers para el tratamiento de los pacientes se describen en «La represión en la experiencia bélica» (*Lancet*, 2 de febrero, 1918) y en su libro publicado a título póstumo *Conflict and Dream* (Londres, Kegan Paul, 1923), donde Sassoon es mencionado brevemente como «Paciente B».

Los métodos de tratamiento del doctor Lewis Yealland, muy distintos, se describen detalladamente en su libro *Hysterical Disorder of Warfare* (Londres, Macmillan, 1918).

En «El perro bajo la piel» de Jonathan Miller (*Listener*, 20 de julio, 1972) aparece un interesante análisis acerca del trabajo de Rivers en colaboración con Henry Head anterior a la guerra sobre la regeneración nerviosa, y el concepto de inervación protopática y epicrítica que se desarrolló a partir de él.

Las correcciones propuestas por Sassoon al primer borrador de «Himno por los jóvenes malditos» aparecen con letra de Sassoon en los manuscritos. Véase *Wilfred Owen: The Complete Poems and Fragments*, Vol II, edición a cargo de Jon Stallworthy (Chatto & Windus, The Hogarth Press y Oxford University Press, 1983). Dos textos modernos que contienen análisis estimulantes de los «traumas por efecto de la guerra» *No Man's Land: Combat and Identity in World War I* de Eric Leed (Cambridge University Press, 1979) y *The Female Malady* de Elaine Showalter (Virago Press, 1987).

Julian Dadd, cuya enfermedad psiquiátrica causó cierta preocupación a Sassoon durante su estancia en Craiglockhart, se recuperó por completo tiempo después.

Expreso mi agradecimiento por la ayuda recibida al personal de las siguientes bibliotecas: Biblioteca Pública de Sheffield, Biblioteca Médica de la Universidad de Newcastle, Biblioteca de la Universidad de Cambridge, Biblioteca Politécnica de Napier, Hospital de Edimburgo (antes Hospital de Guerra Craiglockhart), Biblioteca del Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad de Oxford, Museo Imperial de la Guerra y St John's College, donde el ayudante del bibliotecario jefe, M. Pratt, contribuyó enormemente a hacer placentera e interesante mi visita.

Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Nota de la autora

Título de la edición original: *Regeneration*
Traducción del inglés: Isabel Ferrer y Carlos Milla
Diseño de sobrecubierta: Winfried Bährle

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2014

© Pat Barker, 1991

© de la traducción: Isabel Ferrer y Carlos Milla, 2014

En esta edición de la obra se han reproducido textos de otros autores bajo las siguientes autorizaciones: Reproducción de los textos «Preludio: Las tropas» (extracto), «Retaguardia», «El general» y «Permiso por enfermedad», de Siegfried Sassoon, por cortesía de El Desvelo Ediciones y The Estate of Siegfried Sassoon, 2014. Traducción de Eva Gallud Jurado, 2011. Reproducción de los textos «El lecho de muerte» (extracto), «El redentor» (extracto) y «A los belicistas», de Siegfried Sassoon por cortesía de The Estate of Siegfried Sassoon, 2014. Reproducción de extractos de los poemas «Himno por los jóvenes malditos» y «The Next War» por cortesía de The Estate of Wilfred Owen, 2014.

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Conversión a formato digital: Maria Garcia

Depósito legal: B. 6297-2014

ISBN: 978-84-16072-30-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.